



AMERIKA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

CONTENIDO

ANTONIO MONTALVO: Diez años de vida. Mirador Bibliográfico.— NICOLAS JIMENEZ: La filosofía, —JULIO E. MORENO: El problema de nuestra política educacional.— V. GABRIEL GARCES: La Política social.— ALEJANDRO ANDRADE COELLO: El periodismo nacional.—ATANASIO VITERI: El cuento ecuatoriano moderno.— MANUEL MORENO MORA: La crítica literaria en el Ecuador.— GONZALO ESCUDERO: Poemas.— HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE: Sueño de amor.—MIGUEL ANGEL ALBORNOZ: Maestro y amigo.— OSCAR EFREN REYES: Dos instantes de la vida de Montalvo.—JOSE ALFREDO LLERENA: América, continente de la palabra.—EMILIA BERNAL: Poemas. Saludo al Ecuador.— JOSE DE LA CUADRA: Palo 'e Balsa.—COMENTARIO DE LA PRENSA.— AUGUSTO ARIAS: Discurso en la Inauguración de la Exposición del Libro Hispanoamericano.—HUGO MONCAYO: Discurso en la velada del Teatro Sucre.—REMIGIO ROMERO Y CORDERO: El Libro Hispanoamericano.— ALFREDO MARTINEZ: Palabras en la clausura de la Exposición.—VEREDICTOS DEL CONCURSO NACIONAL DE LITERATURA.— ACUERDOS, DECRETOS Y OTROS DOCUMENTOS RELACIONADOS CON EL CERTAMEN DEL LIBRO.—NOTAS MARGINALES.—

Vol. X

Año X

Nos. 60 y 61.

A M E R I C A

Publicación Trimestral del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo

Dirección Postal

GRUPO AMERICA
Casilla 75.—Quito, Ecuador. S. A.

A T E N E A

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

Enrique Molina.— Luis D. Cruz Ocampo
Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago:

Domingo Melfi.

Mutual de la Armada y Ejército, 2o. piso, No. 8.

SANTIAGO CHILE.

01110-11

GRUPO AMERICA

SOCIOS

Arias Augusto
Arroyo César E. (en Cádiz)
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis (en Bogotá)
Cárdenas Hipatia de Bustamante
Carrión Benjamín
Carrera Andrade Jorge (en El Havre)
Carrera Andrade César
Cuadra José de la
Escudero Gonzalo
Jaramillo Alvarado Pío
Jiménez Nicolás
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Muñoz Juan Pablo
Pérez Guerrero Alfredo
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Salvador Humberto
Torres Luis F.
Velasco Ibarra J. M.
Vaca Telmo N.
Zaldumbide Gonzalo (en Ginebra)

REPRESENTANTES

Teresa de la Parra, en Suiza
Rosa Arciniega, en España
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Alberto Guillén, en Perú
Carlos Mastronardi, en Argentina
Fernando Diez de Medina, en Bolivia
Jesús Lea Navas, en Madrid
Carlos Préndez Saldías, en Chile
Mariano Latorre, en Santiago
Arturo Scarone, en el Uruguay

S U R

REVISTA TRIMESTRAL

Dirigida por
Victoria Ocampo

Suscripción anual (países del
convenio postal hispanoame-
ricano) \$ 8.50.

Dirección y Administración:
Rufino de Elizalde 2847
Buenos Aires, Argentina.

REVISTA BIMESTRE CUBANA

De la Sociedad Económica
Amigos del País

Director:
Fernando Ortiz

Suscripción: \$ 2,50.
Dirección postal:
Apartado N° 214
La Habana, Cuba.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Publicación Bimestral

Director:
José A. Presno Bastiony
Secretario:
Roberto Agramonte

Suscripción anual: \$ 2,50 m.o.
Departamento de Intercambio
Universitario:
La Habana, Cuba.

ESPAÑA Y

AMERICA

Revista comercial ilustrada,
de exportación, economía y
finanzas

Director:
Eduardo de Ory

Suscripción anual: 20 ptas.
Cadiz, España.

REVISTAS DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la
"Unión Iberoamericana"

Dirección postal:
Calle del Duque de Medina-
celi, 8.

Madrid, España.

NOS-OTRAS

Revista Mensual Ilustrada

Directora:
Luisa Martínez

Suscripción anual: Bs. 16.

Apartado de Correo 795
Caracas, Venezuela.

AMERICA

AÑO X. — Núms. 60 y 61

2º y 3er. trimestres de 1935

Quito, Ecuador, S. A.

DIEZ AÑOS DE VIDA

ANTONIO MONTALVO

LA INICIACION

Cuando, hace diez años, Alfredo Martínez y quien esto escribe, concebimos la idea de fundar en esta ciudad una revista literaria, prestigiosos elementos de la intelectualidad nacional, a quienes comunicamos nuestro proyecto, lo recibieron, unos, con cierta velada ironía, y otros, echaron sobre él, francamente, su fallo condenatorio. Tan ilusoria y quijotesca veían nuestra empresa! Y, hasta cierto punto no dejaban de tener razón, pues que no poseíamos ni la base económica que asegurara su éxito, ni sus presuntos directores, revelaban, a pesar de su fogoso optimismo, capacidades para llevar adelante tal proyecto.

Por nuestra parte, en medio de nuestra propia confianza, no dejábamos de analizar el ambiente, que se mostraba desfavorable a nuestros propósitos. El espíritu público no estaba para las letras. No se leía. Y la élite culta o aficionada, se nutría con gran entusiasmo aún—y con gran desdén para la literatura nacional, desde luego—, de lo extranjero, de la literatura importada de Francia, preferentemente. Autores y lectores hallaban la fuente de su inspiración y delectación en exóticas aguas, que perfumaban, ya de olores obsoletos, los tardíos crepúsculos del modernismo, romantizado y romantizante. Se habían encendido, sin embargo, entonces, las primeras inquietudes sociales, reveladas, en lo político, con el despertar de la conciencia colectiva de las masas populares, y en lo intelectual, en la aparición de un periódico a cuyo frente se presentaba un recto espíritu apostólico, Ricardo Paredes, quien más tarde habría de probar su convicción doctrinaria, su fe política, en una lucha honrada e incesante por dar realidad a sus ideales de justicia social.

Con todo esto nuestro propósito de fundar la revista, no decaía; antes bien, mientras más lo discutíamos y buscábamos po-

sibilidades para su realización, se iban borrando in mente obstáculos y dificultades. Así fue, cómo un día, la solución se nos vino con una claridad deslumbradora. Al transmitir el proyecto a un coterráneo nuestro, ilustre poeta y literato, don Miguel Angel Albornoz, éste sí, lo encontró realizable, y al aplaudirnos, nos ofreció su apoyo. En efecto, su ayuda fue eficiente. En uno de los Bancos de la ciudad él prestó su garantía para obtener, respaldada con nuestros sueldos incipientes de burócratas, la cantidad de dinero que necesitábamos, según cálculos—que nos fallaron por cierto—para sostener la vida de la revista— a la que, por otro lado, pensábamos, la sostendría el público lector, cosa que también nos falló rotundamente— por unos seis meses, lo menos.

Quedó, pues, así, resuelto el problema económico que facilitaba la edición de la revista, cuyo bautismo, que Alfredo Martínez lo llevaba escondido en uno de sus bolsillos, y al cual cercenándole un preñijo que me pareció no cuadrar al fin ideológico que habría de propugnar ella, quedó con el nombre conocido, coincidiendo, como recientemente acabamos de ver, con un pensamieto de la inteligente escritora Rosa Arciniega.

Y, el 10 de Agosto de 1925, de los talleres salesianos, en donde hallamos la amistad de un hombre comprensivo que acogió con simpatía nuestro entusiasmo, don Néstor Romero, Regente de esos talleres, y hoy, al frente de la Imprenta Nacional, salía el primer número de "América", en formato algo inelegante, exornado en su portada con el retrato de la lírica Djennana, con colaboraciones distinguidas y, como era de rigor, haciendo su declaración de fe, es decir propugnando, desde entonces, un ideal americanista, por cuya realización ha venido luchando, en la medida de sus esfuerzos, entre alternos golpes de buena y mala fortuna, durante sus diez años de existencia.

"América", históricamente —por la coetaneidad del tiempo en que vió la luz pública—no nació en un ambiente favorable a su desarrollo, ni cultural, ni económicamente. Pues que acababa de sobrevenir al país una de sus más trascendentales transformaciones políticas. La del 9 de Julio de 1925, revolución la primera quizás, que en América, no costó una sola gota de sangre y que, en expresión de uno de sus líderes, se hizo "con el fin de reedificar el demolido templo de la sociedad". Razón que justificaba, por demás, que la revista, acogida con beneplácito por las reducidas minorías intelectuales y saludada y aplaudida con cordialidad por la prensa capitalina no tuviese por lo demás, los resultados que en otro medio hubiésemos esperado.

No nos desalentó, sin embargo, porque ya lo previmos, el resultado económico, nugatorio del primer número. Y así, en el mes siguiente, Setiembre, salía el segundo número de "América", en el cual, de nuevo, volvíamos a hacer hincapié en nuestro programa de acción, y el que, también, contenía un selecto material de lectura, y como el primero, por ver de atraer simpatías, incluíamos, con conocimiento del defecto, algunos gráficos que tampoco surtieron su efecto de venta.

Estaba visto, pues, que en lo financiero, el fracaso era absoluto para "América". Fuera de unos pocos ejemplares vendidos y los dedicados al canje nacional, la mayor parte de la edición, la enviamos al exterior, conquistando así, desde los primeros momentos la amistad extranjera que más tarde habría de ser el motivo poderoso y estimulante que nos obligaría a perseverar en nuestra lucha, sobre la oposición frecuente de incontables fuerzas adversas. Y no nos sorprendimos cuando, hecho un ligero balance, una vez salido otro número de la revista, doble, que contenía el 3º y el 4º, correspondiente a los meses de Octubre y Noviembre, se liquidaban fatalmente los haberes de nuestra iniciada empresa literaria, es decir, todas las posibilidades económicas de sus fundadores, y con ello la suspensión de la revista.

AMERICA Y EL APOYO OFICIAL

Pero no, nuestro joven dinamismo no era para derrotarse tan fácilmente. Teníamos demasiada voluntad y entusiasmo para dejar perder nuestros primeros esfuerzos ante una realidad, al parecer, sin solución. Pulsamos los ánimos de algunos amigos, escritores y poetas, con el fin de allegar fondos para afrontar, de manera independiente, pero segura, nuevamente la publicación de "América". Mas, esto no fue posible. Nadie quería aventurar, en una empresa irretribuible, si es que tenía, una parte de su presupuesto. Lo que sí conseguimos fue esbozar la fundación—y casi dejar organizada—de una sociedad literaria que, seriamente constituida, hiciera, entonces sí, frente a la vida de la revista. Mas, mientras esto se realizaba, nuestro deseo vehemente de seguir con la publicación de "América", sin dejar caer en su salida ningún interregno, nos movió a buscar con la prueba patética de los números anteriores el favor oficial, el que, después de graves decepciones que nos permitieron conocer las mediocres figuras de ciertos hombres de la política

de entonces, quienes con enfatismo muy digno de su solemne insignificancia nos expresaron su "aversión por las letras", hubimos de conseguirlo, aunque perentoriamente, de uno de los miembros de la Junta de Gobierno Provisional (se recordará que la revolución juliana, adoptó para su administración política, la forma de gobierno suizo) el Vocal Encargado de la Cartera de Instrucción Pública, doctor don Francisco Arizaga Luque, quien con generosa comprensión dió las órdenes necesarias para que se editara el número quinto de "América", en los talleres de la Imprenta Nacional, el que anunciaba ya, la fundación de la Sociedad "Amigos de Montalvo", bajo cuyos auspicios habría de editarse la revista.

LA SOCIEDAD "AMIGOS DE MONTALVO"

Crecidos en el culto de Montalvo, deseando dar a su gloria y a su obra principalmente, el valor y la propaganda debidos, queriendo que su conocimiento se haga asequible a la mayor parte del conglomerado nacional, que es el menos conocedor de la obra del Cosmopolita, iniciativa de los fundadores de "América", secundada por inteligentes jóvenes, escritores y científicos, fue la de fundar la sociedad de este nombre, y poner la vida de la revista bajo la advocación del Maestro, cuya obra, de amplitudes aun no descubiertas, si constituye, para nosotros, el mejor cúmulo de enseñanzas en el que hallarán siempre fulguraciones transcendentales las generaciones de todos los tiempos.

El 18 de Diciembre de 1925 quedaba formalmente establecida la Sociedad "Amigos de Montalvo". Estaba compuesta por comisiones que se integraban así: la Directiva General, cuyos miembros eran: doctor Julio Endara, César y Jorge Carrera Andrade y Humberto Fierro. La Editora del Libro Trimestral: Gonzalo Escudero, Juan Pablo Muñoz Sanz, Gonzalo Pozo y Hugo Alemán. La de Propaganda: Hernán Pallares Zaldumbide, Jorge Reyes, doctor Francisco Alvarez y doctor Miguel Angel Zambrano. La Directiva de la revista "América": Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, doctor Julio Arauz y Pablo Palacio. La de la Biblioteca Latino-Americana: Hugo Moncayo, Ricardo Alvarez, Augusto Arias y Olmedo del Pozo. Tesorero: Alfredo Martínez. Bibliotecario: Antonio Montalvo. Secretario General: Augusto Arias.

Promisores fueron los primeros momentos de la actividad de la Sociedad "Amigos de Montalvo". En los salones de la Sociedad Jurídico-Literaria, ofrecidos incondicional-

mente a la nuestra, nos reuníamos frecuentemente. Se deliberaba. Se conversaba de arte, literatura, etc., Se discutían principios y teorías literarios. La obra y el espíritu de Montalvo eran exaltados con fervor y entusiasmo, y hasta se trazaron, si no recuerdo mal, por algunos apasionados del Maestro, planes para una empresa divulgadora de sus libros. Se hacía, lo que era raro, en fin, vida de cenáculo. Con frecuencia, las nocturnas sesiones eran rematadas en algún bar pintoresco, en donde al calor de estimulantes generosos, se encendían los entusiasmos literarios, y cada cual, con más o menos videncia, con más o menos seguridad de sí mismos, vaticinaba lo que, andando los tiempos llegaría a hacer y a ser. Recuerdo, por haberse hoy cumplido y superado quizás el augurio, un episodio que tal vez ni mis amigos, ni su actor mismo lo recuerden. Es de Humberto Salvador, miembro también de la Sociedad "Amigos de Montalvo". El joven poeta, al calor de la discusión, sentenciaba: "ya veremos cuál hace mejor obra; el tiempo lo dirá". Y, realmente, el tiempo ha confirmado las excelencias de su vocación literaria, probaba en una obra que ha delineado bien su personalidad, sobre la que han caído ya las consagraciones continentales.

Cúpole por entonces a la Sociedad "Amigos de Montalvo" cumplir el honroso encargo que la Ilustre Municipalidad de Ambato le hiciera, de editar el libro recordatorio del homenaje rendido en París a la memoria del estilista ecuatoriano, con motivo de haberse colocado, a iniciativa de Gonzalo Zaldumbide, una placa conmemorativa en la casa de la Rue Cardinet, que habitara Montalvo en la Villa Lumière.

Por lo demás, asegurada parecía la vida de la sociedad. Su Comisión Directiva de la revista, había gestionado que ésta se editara, por tiempo más o menos prolongado, con la eficiente ayuda oficial. Y, en el editorial del número doble —6 y 7— de "América", consignaba, entre reiterados votos por perseverar en el culto montalvino, por realizar una obra de cultura nacional, y construir nexos espirituales entre América y España, cuyo intercambio intelectual requeriase, el cálido entusiasmo que la animaba por hacer de ella y la Sociedad, un organismo que levante a niveles de consideración la cultura intelectual ecuatoriana.

Mas, pronto hubo de descorrerse el velo que cubría la aparente armonía y bienestar de la Sociedad. Surgieron no se qué incomprensibles desavenencias. Se irguieron fieros egoísmos individualistas. Se puso, en fin, una vez más, a prueba, nuestro espíritu característico: falta de unión, de comprensión, de voluntad y de perseverancia para llevar adelante cualquiera empresa.

Mucho entusiasmo pirotécnico, en la superficie. Poco ánimo de sacrificio y de trabajo en el fondo. Y, así fue cómo, una tras otra, después de haberse hecho el silencio y la sombra en la Sociedad, fueron llegando las renunciadas, irónicas, humorísticas, airadas, de sus socios. Gonzalo Pozo, el inolvidable —y olvidado, sin embargo— enviaba la suya contenida en cinco considerandos que no explicaban, con todo, su motivo. Jorge Carrera Andrade, el apreciado Jorge, en urticantes frases, matizadas de briosidad lírica, manifestaba separarse de la Sociedad, “convencido de la vetustez e inutilidad de los cenáculos artísticos y de las cerradas capillas donde se monopoliza el incienso para uso de los ídolos caseros”, pero, ofreciendo —como bellamente lo hizo ya— “rendir el tributo ideológico que se merece el gran Montalvo, penetrando en un lento peregrinaje el ciclo de su vida y de sus obras y depositando un haz de páginas admirativas en su piedra tumbal”. Y, entre otras, la de Pablo Palacio, quien, quizás haciendo gala ya del humorismo que había de caracterizar su obra, decía que renunciaba pertenecer a la Sociedad “Amigos de Montalvo”, “por la razón de no considerarse, en verdad, amigo del escritor cuyo apellido le da nombre.”

Así, y con la publicación de dos números de “América” que contenía del 6 al 10, correspondientes a los meses de Enero a Mayo de 1926, se extinguió la Sociedad “Amigos de Montalvo.”

INTERREGNO Y NUEVA APARICION DE “AMERICA”

Un poco decepcionados con el fracaso de la Sociedad “Amigos de Montalvo”, pero sin desmayar en nuestro propósito de seguir dando vida a la revista, la que, de hecho, también con la Sociedad, se extinguía, no dimos tregua a nuestro proyecto, y, de nuevo, el que escribe y Alfredo Martínez, se dieron a la tarea de buscar medios para hacerla revivir. Dos meses, los subsiguientes a Mayo, gastamos en tal búsqueda, al terminar los cuales, ya estaba, otra vez, solucionada la salida de “América”. Guillermo Bustamante y Hernán Pallares Zaldumbide con sus prestigios literarios, al lado de Alfredo Martínez figurarían en la dirección, Nicolás Delgado sería su director artístico y Ezequiel Abad Guerra, su administrador. Habíamos convenido que mi nombre no figuraría entre sus directores; pero, mi voluntad de trabajar en la revista y por ella, con el mismo entusiasmo de la iniciación, sería inquebrantable, como me ha sido dable probarlo en su diez años de existencia.

Con tal directorio asomó, pues, sin fecha, sea por olvido o por omisión tipográfica, el nuevo número de la revista, doble también, 11-12. En diciembre de 1926, en el número 14, ya se anuncia el concurso literario que promueve "América" con motivo del 95 aniversario del nacimiento de don Juan Montalvo, que se cumpliría en Abril venidero, concurso auspiciado inteligentemente por el Presidente Provisional de la República doctor don Isidro Ayora, el Municipio ambateño y la colonia de residentes ambateños en esta ciudad. El móvil primordial de nuestra acción era, al exaltar la obra y la vida del grande hombre, estimular y exaltar también las fuerzas intelectuales del país, haciéndolas reaccionar en favor de una patética realidad cultural. Y no se dejó esperar nuestra llamada. A poco de haberse publicado las bases del concurso, fueron llegando los aportes literarios de todas las provincias de la República. Mientras tanto, sin interrupción salían los números de "América" correspondientes a los meses de Enero a Abril de 1927.

Realizado el concurso, el respectivo Jurado Calificador, compuesto por don José Austria, el diplomático y literato venezolano de tan grata memoria para nosotros, Presidente; Isaac J. Barrera, Luis F. Veloz y Jorge Hübner Bezanilla, Vocales; y, Guillermo Bustamante, Secretario, merecieron el triunfo de los premios otorgados por el Presidente Ayora, consistentes en medallas de oro y la edición de las obras respectivas, Fernando Chaves, por su novela "Plata y Bronce" y Augusto Arias, por su libro de versos, "El Corazón de Eva". El premio del Ayuntamiento ambateño se ganó Hugo Moncayo, con su poema "San Francisco de Quito", consistía en una artística medalla de oro. Y los dos premios de la colonia ambateña, correspondieron a Carlos Dousdebés por su libro de poemas, y a Telmo Vaca por su celebrado "Canto a Montalvo".

Para la entrega de tales galardones, que por su parte, en persona fue hecha por el Presidente Ayora, organizamos una velada en el Teatro Sucre, que resultó memorable. De ella, la prensa de Quito, apreciadora justiciera de lo que significaba aquella justa cultural, dijo, entre otras cosas: "El Día": "Pocas veces es dable al público de Quito presenciar un espectáculo como el que se efectuó anoche en el Teatro Sucre... Una de las más brillantes fiestas sociales que se han realizado desde alguna época a esta parte en el Sucre". Y, "El Comercio": "Un franco éxito alcanzó la sugestiva velada literario-musical organizada por el personal de la revista "América". Enhorabuena para los realizadores de esta fiesta..."

Requerido por nosotros, Augusto Arias, quien había desde

los primeros momentos laborado por "América", al lado nuestro, vino a formar parte de la dirección desde los números (doble) 17-18, de Mayo y Abril de 1927. Así la representación de la revista quedaba respaldada por este otro prestigio literario. Igual cosa acontecía con Fernando Chaves, a quien se le incorporaba a la dirección de la revista en Mayo de 1928 —Nº 28—, en el mismo que, por haber sido nombrado Hernán Pallares Zaldumbide, Adjunto Civil de la Legación de Italia, se despide de "América" revista, y de América continente, para anclar su existencia en tierras de Europa, hasta hoy día.

De este modo, a números dobles la mayor de las veces, desde el impulso fuerte y munífico dado por el Presidente doctor Ayora, la revista que ya lleva conquistados la simpatía del público, y lo que es verdaderamente precioso, el aprecio internacional que principia a reclamar con fervor su amistad, después de sufrir dos interrupciones, la primera a raíz de los números 26 y 27 de diciembre de 1927 y Enero de 1928, por los meses de Febrero, Marzo y Abril, y la segunda por los meses de Enero, Febrero y Marzo, a continuación del tercer aniversario, en Diciembre de 1929, entra, con los números 38 y 39, de Julio y Agosto de 1929 en su quinto año de vida, en los que, como anteriormente, a principios de 1928 se hizo por la muerte del lírico Ernesto Noboa Caamaño, lamenta la desaparición del no menos exquisito Humberto Fierro, ligado a nosotros por caros nexos de amistad. Es con la salida de estos últimos números que "América" sufre nuevamente otro colapso, del que sólo la terapéutica del dinamismo invencible de Alfredo Martínez, puede sacarla, resucitándola en el número 40, en cuyo editorial, escrito con la invocación de Montalvo, y con bíblica emoción, dice: "Estamos de nuevo en el frente. "América" es en nuestras manos lo que el guijarro en la honda David. Lo hemos tomado limpio, después de lavarlo en la fuente del espíritu, para lanzarlo, con la fuerza del optimismo, sobre la frente del Goliath de la indiferencia, de la sombra. Si el guijarro radiante explosiona como una granada, habremos triunfado plenamente."

En este número, por razones que no puedo precisar, Fernando Chaves, hace el vacío en el cuerpo de la dirección. Cambia la revista, con gran complacencia de los entendidos, y la nuestra, su formato, el mismo que ha conservado hasta estos días. Quedan como directores: Alfredo Martínez, Guillermo Bustamante y Augusto Arias, hasta el número 42, con el cual, y en esta vez por largo tiempo, que parece indefinido, precursor de la muerte irremediable, desaparece "América", con gran pesar nuestro.

EL GRUPO AMERICA

Durante el largo interregno de casi un año, en el que se consideró muerta definitivamente a la revista, no habíamos cesado, empero, de cruzar ideas, con el fin siempre de darle una nueva vida independiente, libertándola del tutelaje oficial, —sujeto éste también a los tornadizos vaivenes de nuestra política— que si bien, hasta entonces había favorecido la vida de la revista, no siempre los dirigentes del Gobierno mostraban simpatía para nuestra labor cultural, ya que repetidas ocasiones sufrimos sus desaires, adversos a nuestros desinteresados propósitos. Pero, siempre, también, tropezábamos con la valla económica. Mientras tanto, de fuera, del exterior, donde había llegado a ser ya familiar "América", insistentes reclamos y estímulos nos llegaban. La revista pues, habiase ganado, en sus cinco años y más de existencia, el aprecio formal de la intelectualidad internacional, que veía en ella un claro exponente de la cultura ecuatoriana, un fuerte lazo de relaciones espirituales que acendrabá el mutuo conocimiento de las realidades culturales intercontinentales.

Se acercaba el centenario del nacimiento de don Juan Montalvo. Hecho que, como ambateños y admiradores del gran estilista y por consecuencia natural a su culto, estábamos en la obligación de celebrar, uniendo nuestra voz al homenaje continental que se preparaba. Queríamos formar un grupo de intelectuales, simpatizadores del Maestro que afrontara con voluntad la realización del homenaje a su memoria. Y, de nuevo, a invitación suscrita por el autor de estas líneas y de Alfredo Martínez, en los salones de doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, gentilmente ofrecidos para el objeto, tuvo lugar una junta preparatoria en la que se sentaron las bases para la formación de dicho grupo, el mismo que debería llevar adelante el proyecto del homenaje a Montalvo, y, además, trabajar por la resurrección de "América".

A poco quedaba seriamente organizado el Grupo que llevaría el mismo nombre de la revista. La sesión tuvo lugar en los salones de la Sociedad Jurídico-Literaria. Quedaba constituida así: **Dignatarios:** Tesorero, doña Hipatia Cárdenas de Bustamante. Secretario, Hugo Moncayo. Bibliotecario, Alfredo Martínez. **Directores de la revista:** César Arroyo, Augusto Arias y Alfredo Martínez. **Socios Activos:** Arroyo César, Arias Augusto, Albornoz Miguel Angel, Bossano Luis, Barrera Isaac J., Cárdenas de Bustamante Hipatia, Escudero Gonzalo, Moncayo

Hugo, Martínez Alfredo, Montalvo Antonio, Reyes Oscar Efrén, Sánchez Manuel María, Velasco José María y Zaldumbide Gonzalo. **Socios Colaboradores:** en Guayaquil, señoritas Adelaida Velasco Galdós y María de la Torre. En Buenos Aires, Guillermo Bustamante. En Lima, Benjamín Carrión. En Caracas, Víctor Hugo Escala. En Roma, Hernán Pallares Zaldumbide.

Se dictaron importantes resoluciones, entre otras, la de publicar la revista "América"; celebrar el centenario del nacimiento de don Juan Montalvo; organizar anualmente la Semana del Libro, en los días del 13 al 19 de Abril, en honor del aniversario del Cosmopolita.

En el acta de fundación del Grupo América, se consignaban los anhelos americanistas que lo animaban, de perseverar en el intercambio intelectual, de estrechar más fuertemente los nexos espirituales con América y España.

En efecto, nuevas gestiones de los más distinguidos miembros del Grupo, entre los que se destacaba, gentilmente, la figura de doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, ante el Gobierno, alcanzaban otra vez más, el favor para "América", y, resucitaba ésta, bajo la dirección convenida anteriormente, en su número 43, de Mayo de 1931, conteniendo un bello estudio de Augusto Arias sobre el autor de Los Siete Tratados, e integralmente, el magistral de Rodó, insuperable, en ciertos aspectos, al menos, hasta hoy día.

Desde entonces, sin fijación matemática de tiempo, porque esto no ha sido posible nunca, con respecto a "América", va apareciendo temporalmente. A comienzos del año 1932 ha alcanzado ya el número 48. Y, en Abril del mismo año se publica el número 49, dedicado, como había sido el propósito inicial del Grupo, a conmemorar el centenario del nacimiento de Montalvo, número en el que, inteligentes escritores de toda la República hacen, en vía de exégesis y de interpretación una incursión integradora, tanto en el espíritu, en la vida y en la obra del ilustre ambateño. Esta edición de "América" adquiere resonancias continentales. Ha logrado despertar la curiosidad, el afán de un mejor conocimiento de la obra montalvina en los medios culturales hispanoamericanos y europeos, y de todas partes llegan demandas por adquirirla.

Cuatro números se editan en 1932, con los que "América" llega al 51. Aquí, por haberse ausentado del país César Arroyo, el suscrito, llamado a completar el cuerpo de la dirección de la revista, entra a figurar, efectivamente, de nuevo, como uno de sus directores.

En 1933 solamente llegan a editarse los números 52 y 53 de la revista, celebrando con este último, su octavo aniversario de vida; y, exacto número, en 1934, llegó al 58 que gana para "América" una de sus mayores y continentales consagraciones. La edición fue auspiciada, con generosidad e inteligencia que le honran, por el ilustre Ayuntamiento quiteño, y destinada, por previo acuerdo de sus directores a conmemorar el cuarto centenario de la fundación española de la ciudad de Quito, resolución inspirada en el deber en que estábamos como ecuatorianos, como miembros de un Grupo propugnador de cultura, y principalmente, por nuestros sentimientos de afecto y admiración a la ciudad ilustre. El número, de 300 páginas aproximadamente, con la colaboración de destacados elementos intelectuales, resultó ser una preciosa monografía en la que se estudiaba la prehistoria, la historia, la cultura, el arte, la vida de Quito y de sus hombres prominentes, etc., que constituía un verdadero tesoro de conocimiento y de estudio, el mismo que alabado entusiastamente por la prensa ecuatoriana, mereció los más autorizados elogios de personajes e instituciones culturales de América y Europa.

Al primer trimestre de 1935 corresponde el último número de "América", el 59.

BALANCE LITERARIO

Como puede verse en este breve balance literario, "América", en los diez años de su vida —que se cumplen con el presente número— bastante accidentada, ya que no siendo órgano de una empresa independiente económicamente, (aquí los capitales se invierten en más redituosas e inmediatas especulaciones, y, las inteligencias, las más firmes y prometedoras, emigran, en el mejor momento, hacia los capitales!) mal podía imponérsele normalidad a su existencia, ha venido cumpliendo con heroicidad, que no pide reconocimiento, por cierto —y reconocida a pesar— con un programa cultural que ha alcanzado dimensiones insospechadas. Ella ha logrado, al fin, constituirse en un organismo representativo de la cultura nacional —lo digo por el concepto extranjero— y, como producto de su medio, ha recogido en sus páginas la expresión intelectual de los fenómenos literarios en acción, la voz del pensamiento ecuatoriano, emitida por los más decididos constructores de cultura; ha propugnado y ha luchado, en cuanto a sus intereses nacionales se refiere, por dar relieve, dentro del movimiento continental, a la perso-

nalidad cultural ecuatoriana, acogiendo en su seno tanto la manifestación intelectual de los valores consagrados como la de las nuevas generaciones, fuerzas ambas que conforman, obligadamente, el acervo totalizador de un ciclo de cultura. Y, en lo que respecta a su acción exterior, mucho ha hecho y más ha alcanzado, al ver realizados, en gran parte, sus ideales de interconocimiento y de conexión con los centros intelectuales del mundo. Hoy es ya familiar su presencia en los medios de la cultura extranjera, y es requerida su amistad por las entidades de mayor autoridad literaria o científica de las Américas y de Europa, lo cual nos ha dado el convencimiento de su significación como exponente de la cultura nacional.

En el pasado año de 1934, animada la dirección de "América" del propósito —aprobado con el mayor beneplácito por el Grupo— de levantar a un plano de mayor consideración el producto intelectual ecuatoriano, estancado hasta hace algunos años, ignominiosamente, por falta de empresas editoras, afrontó, asimismo, a golpes de esfuerzo, la edición de algunas de las obras de los escritores ecuatorianos de la actualidad. Se logró dar a publicidad: "El Cristal Indígena", biografía de Espejo, por Augusto Arias, "Brevisima Historia General del Ecuador", por Oscar Efrén Reyes, "Latitudes", por Jorge Carrera Andrade y "Siluetas", por José de la Cuadra, truncándose con la publicación de estas obras un largo plan de divulgación literaria que habíamos trazado.

Y, es increíble que esta labor de cultura, que sólo intrínsecamente ha beneficiado a los intereses civilizadores del Ecuador, afirmando su nombradía de país culto, haya, a veces, sido combatida, con hipócrita saña por los roedores del esfuerzo ajeno, entre los que se han destacado, ¡también ellos!, los orondos demagogos de la política, que barajan, alternamente, la suerte, la vida, y los destinos de este país. Pero, qué hacer, son los morbos idiosincráticos que desfiguran, —o conforman más bien— con el Ecuador inclusive, la psicología —inextricable complejo de excelencias nunca bien utilizadas y de taras abominables— de estos jóvenes pueblos de América.

LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO

Fue uno de nuestros más caros ideales americanistas, antiguamente concebido y en largo tiempo madurado. Se realizó con trascendental éxito, al que contribuyeron con generosidad

y comprensión dignas del alto espíritu de unión hispanoamericana, todas las naciones de habla castellana, con España en primer término. Constituyó esta fiesta del libro un elocuente certamen cultural, que, al tiempo que merecía el aplauso continental y era un motivo de íntima congratulación para el Ecuador, reunía, por primera vez, en una rara anfictionía del pensamiento, el espíritu hispanoamericano vibrando en su más noble manifestación; la que encerraba el pensamiento escrito, clásico y nuevo, —el nuevo sobre todo— tan necesario para vincular el interconocimiento de los países del continente y estrecharlos prácticamente.

Pronto inauguraremos la Biblioteca "América", de autores hispanoamericanos, como pronto también iniciaremos nuestro plan de acción americanista, a fin de darle las proyecciones debidas, tanto aquí, en el Ecuador, como en los países que abarca el gran radio de la cultura hispana y americana, y donde quiera que el castellano sea su vehículo de expresión.

En suma, la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, no ha sido el triunfo más o menos concreto, más o menos efímero —como la generalidad de los triunfos— para el país realizador. Ha sido un triunfo de valor auténtico, provechoso de sugerencias, aprovechable más aún, dentro de un largo período de tiempo, para los intereses de la cultura hispanoamericana, íntegramente.

Y, sólo me cabe consignar que, para tallar la personalidad de América, para exaltar a su justo valor sus escondidas fuerzas culturales, hace falta únicamente un poco de comprensión, de voluntad, de espíritu de sacrificio, de esfuerzo recíproco, mancomunado, que hagan desarrollar en toda su amplitud las ideas matrices de las pocas minorías que creen en América como en una próspera realidad sociológica, económica, política, cultural, autónoma, a la que sin mucho lirismo demagógico, sin vacuas petulancias internacionalistas, sin demasiada efusión confraternizante, hay que saber conocer, asimilar y comprender y dar su justo valor, con un sentido y una conciencia eso sí realistas, es decir constructivos —y por esto nuevos— de lo que ella es y puede ser en el conjunto de la civilización mundial.

AFIRMACION CULTURAL

Hay en el Ecuador, en la actualidad, consecuencia de un proceso evolucionista que arraiga en la ecuménica transformación bio-sociológica de la humanidad contemporánea, un franco

movimiento social que va, poco a poco, vertebrándose, haciéndose carne de conciencia en el espíritu popular, y, viva realidad actuante, en la fenomenología política. Este movimiento ha hallado, como es natural, repercusión total en la expresión literaria del momento. Ha hallado, en toda una excelente y lúcida generación intelectual, brotada a reivindicar la solvencia, la responsabilidad históricas de un ciclo cultural que ofrece inextinguibles fuentes de inspiración propia, vernacular y autóctona, su intérprete, su exégeta y realizador insuperables, por los beneficios del rendimiento que produce, por la consagración que ha merecido, críticamente, de los apreciadores extranjeros.

"América" ha comprendido siempre su misión. Ha sabido realizar su programa de acción cultural, a todo esfuerzo, con amplia visión integradora. Por eso ha recogido en sus páginas —como no era posible hacerlo de otro modo, respetando los cánones de su ideología cultural— todas las manifestaciones literarias de valor, quizás, a veces, de opuestas tendencias, reflejadoras, por fuerza, pese a los teorizantes del independentismo literario, absolutista, de módulos, o estados políticos o estéticos.

No es posible excluirle al servicio sólo de las fuerzas renovadoras en beligerancia. No se debe, como se sabe, a una empresa independiente, debiéndose a una generación que propugna, auspicia y lucha, en su medida, por estructurar formalmente la configuración ideológica de los nuevos apremios estéticos, a los que no se sustraen ni los fanáticos del conservadorismo artístico. Además, —y aquí, como anteriormente interpreto el pensamiento de mis compañeros codirectores— creemos, como cree un alto valor de la vanguardia literaria americana, Antonio García, quien tampoco cree en los radicalismos súbitos, que, el proceso de la transformación estética contemporánea, sujeto como todo fenómeno revolucionario a lentas maduraciones, no necesita, precisamente, para realizarse, destruir —cosa que tampoco es posible— los viejos basamentos de la cultura, sobre los cuales, por necesidad, habrá de erguirse la que con tanto conocimiento de su realidad histórica, principia a levantarse.

Abierta queda, pues, "América", como antes, como siempre, a todas las falanges renovadoras y constructoras de la intelectualidad ecuatoriana y continental, mientras le sea dable conservar su vida.

HOMENAJE

Al cumplirse, con el presente número, los diez años de existencia de "América", hemos querido, al tiempo que conmemoramos este acontecimiento, grato para nosotros, con la Exposición del Libro Hispanoamericano y el Concurso Literario Nacional, generosamente auspiciados por el Gobierno, que él contenga, una vez más, la expresión de la cultura ecuatoriana. Lo dedicamos, como un homenaje, a la intelectualidad del Ecuador, y a la continental, a cuyo poderoso estímulo debe "América", en gran parte, su razón de existir.

LA BIOGRAFIA EN EL ECUADOR

NICOLAS JIMENEZ

Tres escuelas o ramas pueden distinguirse en el cultivo de la biografía moderna. La inglesa, la francesa y la alemana. Todas tres difieren de la biografía clásica o antigua, escrita según el patrón de las vidas de Plutarco, que predominó por muchos siglos en el género, con breves aunque sustanciales variaciones, observadas en la producción biográfica de Inglaterra.

La biografía, como todo género literario, adquirió últimamente aspectos de modernidad, rompiendo los moldes antiguos e incorporando en el metal ardiente con que plasmaba sus figuras los elementos que el arte y la crítica, modernizados a su vez, habían introducido en todos los géneros literarios y científicos.

Inglaterra, país en donde la tradición del cultivo de la biografía se había conservado con más esmero que en ninguna otra parte, es también la nación que se apresuró a innovar ese género. Inglaterra fue siempre la nación más fecunda en obras biográficas. Desde el relato minucioso, documentado, que se explayaba en dos o más volúmenes, hasta la nota necrológica, extensa y cuidadosa, escrita al siguiente día de la muerte de algún personaje eminente, la biografía recorría todas las escalas y se ocupaba de todo hombre célebre, siendo su propósito constante la exhibición acentuada del carácter que distinguió al biografiado.

Naturalmente se había formado una especie de marco demasiado conocido, dentro del cual todos los biógrafos situaban a sus héroes, formándose así una galería uniforme y bastante adocenada. Lytton Strachey fue el primero que, en estos últimos años, transformó la biografía, dándole más vida, más animación, más amenidad. Introdujo el arte en ella; pero un arte tal como lo entienden generalmente los ingleses, poco desinteresado, con tendencias a la moral y a la doctrina. Sin embargo, fue una profunda y verdadera innovación que bien pronto iba a transformar el género y a fecundarlo en todas partes.

André Maurois, literato francés, que tenía ganado renombre en las narraciones novelescas, se apoderó de la innovación de Strachey y consiguió hacer de la biografía una obra artística, literaria, novelesca. Encontró en las vidas aventureras de algunos grandes personajes ingleses la materia que necesitaba su imaginación para una obra de arte literario en que se unieran la biografía y la novela, el documento y una discreta ficción, la fidelidad histórica y la amenidad narrativa.

Y cruzaron el mundo las vidas de Shelley, de Byron, de Disraeli, de Eduardo VII, originando ese género especial que se ha llamado la biografía novelada o romancesca, que ha producido en poco tiempo un aluvión incontenible de libros de diferente valor y mérito.

En Alemania fue Emil Ludwig el renovador de la biografía, en la misma época, más o menos, en que lo eran Strachey en Inglaterra y Maurois en Francia. Si el primero de éstos dió a la biografía el carácter de arte narrativo y el segundo el de novela histórica, el alemán le dió el aspecto de drama. Los personajes de la poderosa trilogía —Napoleón, Goethe, Bismarck— se prestaban para ello. La vida de cada uno de estos fue un drama, en lo más amplio del concepto. Un drama universal que cambió la faz y el destino de muchas naciones, con las campañas napoleónicas; un drama intelectual que fundió en un arte único, majestuoso, universal, la poesía antigua y la moderna, que penetró en las ciencias filosóficas y naturales para descubrir también allí la ley unitaria de la constitución orgánica que se manifestaba en el universo; y un drama europeo, que abatió el poderio tradicional de Francia, la idealista, para entronizar el de Prusia, la imperialista, mediante el triunfo de la fuerza, del acero, del cañón.

Y ese carácter de drama que se descubre en las obras de Ludwig, se sostiene en las del biógrafo de la misma escuela y lengua, en las de Stefan Zweig. Es éste vienés de nacimiento, pero alemán de raza, de idioma y de temperamento. Su biografía de Fouché es una obra maestra, en proporciones reducidas, del genio de la política. Jamás se ha penetrado con mayor intensidad y agudeza en el alma de un personaje político. Zweig nos prueba claramente que si hay vidas humanas que son materia propia de novela porque en ellas domina el sentimiento, hay otras que se prestan para el drama porque sus peripecias trágicas o cómicas, presentan la variedad, la intriga, la sorpresa, los cambios bruscos del destino o hado, propios de las obras del teatro, de las que están ausentes las descripciones y en las

que se ponen de realce los cambios de decorado y los incidentes significativos, en forma breve y concatenada.

Este desenvolvimiento de la biografía, que le ha llevado tan lejos, a partir del molde clásico, no puede considerarse como el último término de su transformación, como el fin en que haya de pararse. Es, al contrario, el comienzo de una nueva serie. Aun la esperan nuevas variaciones y nuevos matices diferenciales.

Y es en este momento de su desarrollo, cuando se va a considerar lo que ha sido y es la biografía en el Ecuador.

* * *

También entre nosotros cabe la distinción de la biografía antigua y de la biografía moderna. En el cultivo de ese género, por nuestros literatos, se notan las variaciones que la han ido transformando. Ingenua, sencilla, al principio, tenía mucho de conseja al amor de la lumbre en hogares modestos. Luego adquirió ciertas tendencias moralistas, con la imitación de los modelos europeos, cultivada por ingenios que tendían mucho a la asimilación. Por último, aunque raras, hay dos o tres obras de arte y de imaginación. Y, entre esos intersticios, llenando las épocas que sirven de transición de una variante a otra, se cultiva la biografía breve, la nota necrológica en que se compendia la vida de un personaje o se la emplea como homenaje a los grandes jefes de partidos, a los personajes que han sobresalido en la vida pública.

Ya en la Colonia se encuentran algunos biógrafos. Es el primero, el jesuita Jacinto Basilio Morán de Butrón, nacido en Guayaquil en 1669. Escribió la vida de Mariana de Jesús. Era esta doncella quiteña, una alma verdaderamente predestinada para la virtud y la santidad. Debió llenar su ciudad natal y las poblaciones vecinas con la fama de su austeridad, de sus eximias virtudes y de su muerte en aras de un sacrificio voluntario. El alma más pura y más bella de esa época, suscitó escritores que publicaron su vida. El P. Butrón fué uno de ellos. Intenta, en pequeño, lo que es uno de los requisitos de la biografía: la descripción del medio en que va a desenvolverse la vida de un personaje. La obra, por desgracia, está afeada por el mal gusto literario de esa época, en que la exageración de figuras literarias legítimas como la metáfora, daña la dicción poética y el estilo. Es este autor, y por ello merece ser recordado, el primero de los biógrafos ecuatorianos en orden cronológico.

Para hacer más popular la vida de Mariana de Jesús, para corregirla de las demasías gongorinas de su primer autor, y para cumplir con un deber de conciencia, el clérigo quiteño Dr. Tomás de Jijón y León, nacido en 1712 de una noble familia de esta ciudad, publicó una vida de la misma Beata Mariana de Jesús. Sobre los datos consignados por el P. Butrón, escribió esa biografía en mejor estilo y más cuidada dicción. Fue ese libro muy bien acogido y divulgado.

En época anterior a estos dos genuinos biógrafos, figuraron dos escritores que nos han dejado páginas preciosas en un género de la biografía: la autobiografía. Cuando se escribe la vida propia con sinceridad, con intento desinteresado, obedeciendo a la facultad intelectual de la introspección con que nacen dotados algunos seres y que se desenvuelve con las prácticas de la vida religiosa conventual, entonces esas obras tienen un candor especial y llegan a una belleza artística, que aun en estilo humilde, desaliñado o infantil, ofrece páginas de imperdurable valía y recordación.

Sobre todo entre los religiosos, en el claustro, se ha cultivado ese género. Suelen los directores de las almas, entregadas a la perfección, cuando creen que han llegado a cierta elevación espiritual, en que se depuran los sentimientos y se afinan las virtudes, obligarles, bajo un deber de conciencia, a escribir sus propias vidas. Y al hacerlo, por motivos que serían dignos de especial análisis suelen esas autobiografías ser un modelo de sencillez, de sinceridad, de examen íntimo, de introspección aguda y aun de narración y de exposición. Son obras de un arte no aprendido, pero bien ejecutado. Una prolongación de la confesión auricular con toda la integridad y la verdad que ésta exige.

Antecedente y modelo es Santa Teresa de Jesús y sus sucesoras que nó imitadoras, forman legión en todos los tiempos y países. En la colonia hubo en Quito por lo menos dos de esas religiosas que escribieron sus propias vidas y que por el mérito de sus ingenuas Memorias han ocupado puesto distinguido en las Antologías. Fueron, la religiosa quiteña Gertrudis de San Ildefonso, de la orden de las Clarisas, y la religiosa Catalina de Jesús Herrera, también natural de Quito. No se olvide que esta misma costumbre produjo en Tunja, Colombia, otra escritora de mérito, que es contada siempre entre las mejores de esa nación.

Con brio más desenfadado y con cualidades literarias superiores, porque tenía dotes de poeta, escribió su autobiografía el Ilmo. Fr. Gaspar de Villarreal, nacido en Quito en 1587.

Figuró mucho más fuera de su patria que dentro de ella. Fue Obispo de Santiago de Chile y Arzobispo de Charcas.

Otro biógrafo colonial fue el P. Francisco Javier Antonio de Santamaria. Escribió la vida de la Venerable Juana de Jesús.

Con estas obras se cierra el periodo colonial. La nota distintiva de las biografías, poquisimas en número que entonces se escribieron, es el estar dedicadas a las personas que florecieron en la Iglesia y que llevaron una vida de perfección. Pertenecen a la hagiografía. Estaba ese cultivo acorde con las creencias y costumbres de la época, todas de religiosa austeridad. Sabemos de la vida de las personas que se rodearon de una aureola de virtudes heroicas. Era ello lo que más llamaba la atención de los habitantes de la colonia. Entre tanto, no nos han quedado sino vagas noticias sobre los hombres de ciencia que produjo el Reino de Quito y sobre los artistas mejor dotados. De algunos de éstos, como de Miguel de Santiago, no se sabe casi nada de su vida y aun se ignora el verdadero lugar de su nacimiento. Las ciencias y las artes aunque cultivadas con esmero no atraían la curiosidad de los escritores de entonces en un grado suficiente para que se consignaran los datos biográficos de nuestros sabios, pintores y arquitectos, ni se estudiaran sus obras con criterio artístico.

* * *

En la era republicana, la biografía fue cultivada con más constancia y con más apropiados fines. Habría que distinguir entre las grandes biografías, exclusivamente dedicadas a la narración de la vida de algún personaje, proveniente de la admiración y de la selección de sujetos y temas, y aquellas otras biografías breves, impuestas por diversas circunstancias, que son más bien notas necrológicas, notables eso sí, extensas y documentadas, y aquellas que forman galerías de retratos históricos, fruto de la erudición, materia para amplios estudios posteriores.

Entre las obras que pueden calificarse en el primer grupo encontramos las siguientes:

Las biografías escritas por don Juan León Mera y por el Dr. Pedro Fermín Cevallos, literatos ambateños que figuraron casi en la misma época, que estuvieron ligados por fiel amistad y que han dejado obras de reconocido mérito.

El señor Mera, artista de peregrinas dotes, pues, además de la pluma manejaba también el pincel, se distinguió por excep-

cionales facultades asimilativas. Sabía hacer suyos propios los más variados géneros y escuelas. Con excepción del drama, cultivó todos los géneros literarios. Escribió varias biografías, con evidente imitación de los Estudios y Ensayos de Macaulay. Gustó mucho de este afamado escritor inglés y en su Epistolario íntimo se leen frases de la admiración que sentía por aquel. No tuvo, desde luego, la penetración psicológica de Macaulay, ni su formidable lógica. Pero sus narraciones biográficas son estimables por el estilo y la rectitud de ideas.

Habríamos dejado una obra, sobre utilísima, imparcial y completa, si hubiera tenido tiempo de escribir íntegra su biografía de García Moreno. Testigo de muchos de los hechos de ese hombre, copartidario y amigo, quiso enfocar aquella enorme figura por un lado, por el que no le contemplaron el P. Berthe ni el Dr. Antonio Borrero C. Pero la muerte frustró sus propósitos y nos dejó un libro trunco y malogrado.

El doctor Cevallos, imbuído en documentos y hechos de los anales patrios, fue conducido, por sus mismas facultades de historiador, a destacar en la narración general que emprendió algunas figuras notables, para darles por separado el relieve que exigían su especial figuración y valía.

Mera y Cevallos ofrecen la rara casualidad de haber escrito biografías mutuas. Mera trazó la vida de nuestro historiador, y éste la del autor de Cumandá. Es una circunstancia digna de anotarse como una curiosidad literaria, pues creemos que no se ha repetido, ni hay ejemplo de ello, en otras literaturas.

Aunque tengamos que saltar algunos años, sin embargo hay que catalogar a continuación de los dos ya nombrados, a don Abelardo Moncayo y al Dr. Remigio Crespo Toral, por aquella nota característica de las biografías de Mera, de ser imitaciones de los Ensayos de Macaulay.

Moncayo, en la reclusión a que se vió obligado en su quinta de Otavalo por persecuciones políticas, endulzó las horas de soledad con el trato ameno de los clásicos de todos los tiempos e idiomas. Si en sus críticas literarias siguió los pasos de los acerados panfletistas españoles, habiéndose las con don Juan León Mera, cuya composición "Los Últimos Momentos de Bolívar" destrozó literalmente, y cuya novela Cumandá no salió bien librada de sus manos, en la biografía se propuso escribir una serie de vidas de hombres notables del Ecuador a la manera de Macaulay.

Las tituló Estudios Biográficos; pero no llegó a publicar sino la del Dr. Mariano Acosta, sacerdote benemérito, el más ilustre acaso de los que ha producido, en lo eclesiástico, la pro-

vincia de Imbabura. Moncayo fue, si no andamos equivocados, el primero entre nosotros que utilizó los escritos íntimos de un personaje para escribir su biografía.

El Dr. Crespo Toral que igualmente ha cultivado casi todos los géneros literarios, debe tener una buena colección de biografías inéditas, si hemos de juzgar por lo poco que ha publicado en ese ramo. Empezó a dar a conocer la egregia figura de uno de los más grandes estadistas del Ecuador, el Dr. Benigno Malo, pero no concluyó su estudio. Los fragmentos publicados bastan para acreditarlo como escritor que, en más alto grado que Mera, siguió las huellas de Macaulay en sus Ensayos.

Otro biógrafo azuayo es el Dr. Antonio Borrero Cortázar. La mayor parte de sus escritos permanece inédita. Pero publicó muy estimables biografías. Recordemos la del P. Vicente Solano y la del poeta de Colombia José Joaquín Ortiz. No es un narrador ameno. Carece de ese don particular de planear bien sus escritos. Pero es sesudo y bien orientado. Se basa en documentos, en hechos y en citas, que las prodiga con demasía, interrumpiendo la unidad orgánica de la narración propia.

En Quito dos Prelados ilustradísimos han dejado ensayos biográficos de primer orden: el Ilmo. González Suárez y el Ilmo. Manuel María Pólit Lasso.

Nuestro historiador fue el primero que trazó la biografía de Espejo. Es, en nuestro concepto, este estudio biográfico una de las obras más perfectas que salieron de su fecunda pluma. Forma un cuadro completo, en el que el personaje se presenta de relieve dentro del marco histórico de la época. Igual mérito encontramos en la biografía del sabio español Mutis, escrita por el mismo Prelado. Todo es en esos dos estudios proporcionado y admirablemente escrito. Sobrios, planeados con destreza, ejecutados con simpatía artística, son de lo mejor que nos ha legado el Ilmo. González Suárez.

El Ilmo. Dr. Pólit tenía grandes disposiciones para la historia. Las utilizó en la biografía. Escribió la vida de una insigne compatriota nuestra, del tiempo colonial, de la sobrina de Santa Teresa. Esa obra es modelo de una biografía, escrita en grandes proporciones, en la que no se olvida ni se descuida nada: época, familia, medio social, influencia de la educación del hogar, temperamento individual, etc.

Un ensayo escrito por él mismo con especial cariño es la vida del Dr. Juan de Dios Campuzano, aquel sacerdote talentoso, ilustrado, enérgico, de admirable ingenio, de castiza plu-

ma —era nada menos que lector asiduo e imitador feliz de Montalvo— que, si por algo pecó, fue por sus nada laudables intromisiones en la política.

Para continuar formando una galería de eclesiásticos distinguidos, hay que mencionar el nombre del Dr. Luis R. Escalante. Orador ante todo, escribió un libro bastante voluminoso —550 páginas— sobre el humilde religioso y Obispo Fray José María de Jesús Yerovi. Es obra de mérito, sin embargo nos va a servir para que señalemos uno de los defectos en que suelen incurrir no pocos biógrafos. Consiste en quebrar, por así decirlo, esa unidad, ese todo orgánico que forma la vida y el ser de un hombre, para irlos considerando por partes, fragmentariamente, como si se hiciese la autopsia de un cadáver, en vez de exhibirlo vivo y animado, y se separaran las diferentes piezas anatómicas para estudiarlas aisladamente. Dedicamos unos capítulos a las virtudes del Santo Obispo de Quito y nos describe su fe, su esperanza, su amor de Dios, su humildad, su modestia, su celo, su oración, etc., siendo así que debió en el curso de su biografía —por otro lado muy bien escrita— mostrarnos al Ilmo. Yerovi en el vital y pleno ejercicio de sus cualidades y virtudes.

Salto brusco hay que dar para acercarnos, en polo opuesto, en cuanto a doctrina y credo, a otro biógrafo: a don Roberto Andrade. También él ha escrito un libro voluminoso, "Vida y muerte de Eloy Alfaro", en 490 páginas compactas. La mitad o más de este volumen consiste en documentos o en reproducción de las Memorias del Caudillo liberal. Es éste un defecto, en nuestro concepto, como ya lo hemos anotado anteriormente, porque se rompe la unidad que debe tener la narración, tal como brota de la pluma del autor. Pero es un defecto que, por otro lado, queda compensado porque sirve para la exactitud de los hechos. Es una obra de polémica, de combate, hecha para refutar y defender. Nos parece incompleta, porque no considera al Caudillo de ese partido por uno de sus aspectos más notables. Alfaro no fué sólo un militar tenaz y resuelto, sino un político muy avisado. Conoció y manejó a los hombres a su antojo. A casi todos sus enemigos les ganó, si no para su partido, para el servicio de sus administraciones. Queda este aspecto de la vida de Alfaro todavía por escribirse.

Antes de que emprendiese el trabajo de su admirable historia de la Iglesia ecuatoriana en el siglo XIX, de la cual sólo ha publicado hasta ahora el primer tomo, el Dr. Julio Tobar Donoso, Académico de la Lengua y de la Historia, penetró en el examen y conocimiento de todos los sucesos importantes de

la vida nacional, escribiendo unas cuantas biografías de personajes ilustres, así eclesiásticos como seculares, del Ecuador en la nombrada centuria. Formada esa galería amplió después el cuadro y el escenario en las proporciones que todos hemos admirado.

Entre quienes cultivan la crítica literaria, hay algunos que basan sus juicios en la biografía de los autores. Llevados del excelente principio de que la vida explica la obra y de que ésta se completa con aquella y siguiendo la ley última de la crítica de que la vida de un escritor y, de un hombre en general, es un todo orgánico, regido por cierta energía interior, que se manifiesta en todas las dotes de ese hombre; han unido sagazmente la biografía y la crítica literaria. Y en esa labor conjunta, han dado con verdaderos hallazgos, sobre todo cuando han estudiado a ciertos autores casi olvidados, de cuya vida poco se han cuidado los demás críticos, a pesar de que en ella estaba la clave para explicar ciertas dotes peregrinas que asomaban en sus libros y no eran debidamente apreciadas.

Gonzalo Zaldumbide al ocuparse de algunos escritores de la colonia, al escribir esas obras maestras que se llaman *Rodó* y *la Evolución de D'Anunzio*, ha aprovechado los rasgos biográficos de ellos, en una fecunda compenetración de hechos y libros, de incidentes y de páginas episódicas.

Manuel J. Calle ha empleado igual procedimiento en su libro *Biografías y Semblanzas*, y marchan a su lado Víctor M. Albornoz y Oscar Efrén Reyes. Albornoz se propone ampliar sus estudios, o mejor, encuadrarlos en una historia amplia de la literatura azuaya, la más fecunda y variada de las literaturas regionales o provinciales del Ecuador. Los ensayos publicados revelan dotes genuinas de historiador y de crítico.

Sin establecer íntima unión entre el hombre y la obra, por consiguiente, sin hacer propiamente una labor de crítica literaria, el Dr. Leonidas Batallas escribió la vida del Padre Juan de Velasco, en relación con sus escritos.

Al Dr. Agustín L. Yerovi somos deudores los ecuatorianos de una biografía —la primera— de Montalvo. Hasta entonces se sabía poco del *Cosmopolita*. Sobre él circulaban anécdotas más o menos auténticas. Escaseaban las ediciones de sus libros y se carecía de datos precisos sobre ellos y sobre el hombre. El Dr. Yerovi, sin elevarse a las apreciaciones del literato, ni ahondar mucho en el alma de Montalvo, nos dió la única biografía que hasta ahora existe del escritor ambateño.

El P. Alfonso A. Jerves ha publicado, de lo mucho que sabe

y debe tener escrito, un ensayo biográfico sobre el Doctor Juan B. Vásquez, uno de los más esclarecidos jurisconsultos del Ecuador.

Sobre don Pedro Moncayo ha escrito el joven José S. M. Leoro un notable ensayo, que fue recibido con aplauso por la crítica. La época en que figuró en nuestra historia aquel ilustre ibarreño y la agitada vida del mismo están descritas con fidelidad, colorido y acción.

Llegamos finalmente a las mayores biografías que se han escrito entre nosotros con el carácter moderno que hemos señalado en la introducción de este artículo.

Augusto Arias R. es autor de dos libros de biografía, uno de ellos consagrado a Mariana de Jesús, la Bienaventurada quiteña, y el otro a Espejo, héroe múltiple, representante de la nacionalidad por muchos aspectos. Y Benjamín Carrión ha publicado un libro biográfico sobre Atahualpa.

Prescindiendo de diferencias de estilo, el que en Arias es flúido, sutil, quintaesenciado, y en Carrión fuerte, preciso, incisivo, cortante, musculoso, los libros de estos dos notabilísimos literatos concuerdan en ser una reconstrucción de épocas y de hechos individuales con fina penetración artística, diríamos, casi con adivinación intuitiva.

Relatan sucesos de épocas que nos han dejado pocos datos y escasos documentos. Para escribir esas biografías Arias y Carrión —les nombramos en el orden cronológico de la aparición de sus libros— han tenido que recurrir a esa razón de arte, a esa perspicacia adivinadora, a la ley de composición, a que se refería Renán, fundándose en una teoría estética de Goethe.

Para aclarar estos conceptos, nosotros acudiríamos, en similitud apropiada, a la labor científica de Cuvier, quien, con unas cuantas partes del organismo de animales antediluvianos, de razas ya extinguidas, reconstruyó intuitivamente el organismo y el cuerpo íntegro de esos ejemplares raros, valiéndose de la ley de simetría, de proporción, que deben tener entre sí todas las partes constitutivas de un ser vivo. Admirable visión la del sabio, conocimiento perfecto de la correspondencia orgánica interior y exterior de los seres, penetración aguda en las leyes sabias de la naturaleza, que crea y modela conforme a cierto ritmo, equilibrio y proporción. Tan acertado anduvo Cuvier en sus reconstrucciones que, encontradas después las demás piezas componentes del organismo animal que él recreó por decirlo así, se observó que coincidían perfectamente en tamaño y desempeñaban exactamente las mismas funciones que él imaginó.

Así con las biografías noveladas de Arias y Carrión. Con los pocos datos que nos han transmitido cronistas e historiadores antiguos, guiados por esa razón de arte que hemos indicado, ateniéndose instintivamente a las leyes proporcionadas de la historia y de la naturaleza, reconstruyen toda una vida de personajes que vivieron en otras épocas y en un medio social diferente del nuestro.

* * *

En cuanto a las biografías de menor grado y de aquellas que se escriben de ocasión, vamos a enumerar las principales.

El Dr. Pablo Herrera, infatigable investigador de Archivos, ha preparado como pocos los materiales que han sido aprovechados por otros y que los serán aun más en adelante. Es autor de una extensa biografía de García Moreno, de quien fue condiscipulo en las aulas universitarias y con quien colaboró en la administración pública. Es autor de una serie de apuntes biográficos cortos, puestos al frente de trozos selectos de escritores de la colonia y de los primeros años de la República, con los que se han formado algunos tomos de Antologías.

Asimismo investigador de Archivos y escritor de amenas narraciones biográficas, es el Sr. Celiano Monge que tiene su sillón en la Academia de la Lengua y en la de la Historia, lo que quiere decir que a su erudición une el castizo manejo de la pluma.

Han formado galerías biográficas, útiles para consultas y citas, los Sres. Francisco Campos y Camilo Destruge.

Entre los que, por deberes de periodistas, han escrito biografías ocasionales, se han distinguido dos: el Dr. J. Modesto Espinosa y Manuel J. Calle. De los artículos de periódico, generalmente escritos a prisa, han conseguido ellos hacer algo duradero y ameno, trazando retratos, semblanzas, siluetas, a base de biografías.

Hay matices que deben ser considerados en este estudio nuestro: el de ecuatorianos que han escrito la vida de hombres célebres del exterior, y el de escritores de fuera que se han ocupado de nuestros hombres.

Además de los que ya hemos citado como Gonzalo Zalumbide a quien se debe el mejor estudio crítico biográfico sobre Rodó, deben recordarse los nombres de los dominicos Fray

Enrique Vacas Galindo que narró la vida de Bartolomé de las Casas, y del P. Alberto María Torres que dió a luz su admirable volumen sobre el P. Valverde, su hermano de religión, el que figuró durante la conquista.

Escritores del exterior, que merecen puesto de honor en el presente estudio son el P. Berthe por su biografía de García Moreno, la que, si bien llena de equivocaciones, es el primer monumento literario, erigido en honor del primer Magistrado ecuatoriano.

Sobre Juan Montalvo escribió el insigne e inolvidable Rodó su mejor ensayo, obra de arte, de justicia y de reivindicación. Sobre el mismo ingenio ambateño ha escrito y sigue escribiendo un literato cubano, Roberto Agramonte, quien encuentra en don Juan al tipo del polemista y del literato, sin segundo, en su concepto, en el Continente.

* * *

No es escaso el número de los cultivadores de la biografía en el Ecuador. Forman un respetable grupo, aun siendo posible que hayamos incurrido en olvidos e involuntarias omisiones. Damos los nombres y citamos las obras que hemos tenido ocasión de conocer. Así y todo, aun hay personajes ilustres que no han sido objeto de biografías, a pesar de que sus vidas contienen enseñanzas y rasgos dignos de alabanza. Un Antonio Flores Jijón, un Luis F. Borja, un Camilo Ponce, un Luis Cordero, un Pedro Carbo, merecen ser estudiados con detención. Esperan el biógrafo que los presente a la posteridad en todo el brillo de sus cualidades excepcionales.

Y de los que ya tienen su correspondiente biografía, hay muchos que necesitan de estricta justicia y reparación. Habría que rehacer no pocas de esas vidas.

Permitásenos que, en este punto, expongamos no una teoría sobre el género biográfico, sino una sencilla opinión personal, ya indicada en la Introducción a nuestra obra sobre el Ilmo. González Suárez.

La biografía, en concepto de algunos, debe ser novelada, en concepto de otros, histórica, anecdótica, y en el de no pocos, técnica y psicológica. Creemos que, además de esos matices, debe ser ante todo crítica.

Entendemos por tal la que reúne estos dos caracteres principales: adaptación del tono dominante al carácter del perso-

naje biografiado, porque hay personajes cuya vida no se presta a la narración novelesca en boga; y apreciación del hombre, de sus hechos y de la época en que vivió.

Este segundo rasgo no es nuevo, ha sido empleado siempre; pero creemos que debe ser más acentuado, más expreso en toda biografía. Debe tender el biógrafo a decir la última palabra, mediante juicios críticos, sobre el sujeto, cuya vida escribe, sobre los hombres que con él se relacionaron y sobre la época misma en que vivió.

Quito, 1935.

LA FILOSOFIA

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

La filosofía es el fruto más sazonado de una cultura. Si todo pensamiento reflexivo, si toda ciencia aspira a dar un sentido unitario a las cosas, a buscar lo que hay en ellas de más general, permanente y profundo, la filosofía lleva ese afán a su último grado y anhela dar con la síntesis definitiva donde se halle lo uno que totalice al Universo y la realidad, y enlace y articule lo plural y vario. La cultura, recordemos a Keyserling, es manifestación vital del espíritu, es el espíritu inserto en la vida. Y lo espiritual es justamente lo que une y compenetra, lo que reduce la división de la materia a la penetración mutua de los elementos en el todo, a la solidaridad y posesión recíproca de las partes que dejan de estar fuera las unas de las otras, como en el simple estado físico y material, para unificarse en los organismos vivos, para sentirse por medio de la sensibilidad, para comprenderse merced a la inteligencia, en una palabra, para intensificar la unidad de lo múltiple. Y aquí está también el escollo de toda cultura: el afán espiritual, que es afán unitario, puede, en sus paroxismos, atacar el principio de lo diverso, que es el principio de la libertad. Unificar, ordenar, sentir, comprender está bien, muy bien, pero sin poner cadenas y frenos a la incoercible esencia que diversifica, fecunda y hermosea el mundo.

La filosofía no es fruto de sociedades y pueblos primitivos e incipientes. Si en Grecia pudo florecer con tanta nitidez y exuberancia, aquello se debió a las condiciones benignas y templadas del medio que, como en la fértil Jonia, especialmente en Mileto, daban tiempo para el ocio noble, el que permite que el ánimo se desprenda de la preocupación concreta y material y se eleve a la consideración desinteresada de las cosas del espíritu. Pero poned pueblos, como los americanos, sumergidos en el seno de una naturaleza bravia, inhospitalaria, quemante en la costa, destemplada en la cordillera, salvaje por todas partes, dispersa la escasa gente en territorios inmensos y selváticos, en páramos desolados y frígidos, de nula o rudimentaria cultura en el indio, de cultura mediocre en el conquis-

tador y decidnos si aquél es campo favorable para que el espíritu se alce a la contemplación serena y la reflexión profunda? Si diariamente la vida está amenazada de aplastamiento y muerte, si luchar heroicamente por ella es imperativo de cada hora, si el aparente sosiego y natural inercia del que habita en la altiplanicie no es sino encogimiento y tristeza que encubren la angustia de la impotencia ¿cómo podría haber aquel discorrir de la mente que sutiliza los conceptos y aprehende las esencias y busca e intuye el enigma y el sentido del todo desinteresándose de las partes y elementos? Dominar y vencer a una naturaleza poderosa y hosca requiere el esfuerzo heroico de cada instante, la atención al hecho en sus menores detalles, la acción sostenida y embebida en lo particular y crudo sin punto de respiro para abstracciones, generalidades y sueños. Cuando en el ánimo hace garra la tiránica preocupación vital, la necesidad apremiante, —hambre, vivienda, abrigo, sustento— no se está para filosofías, esto es, para ampliar la mirada y ensanchar el corazón hacia el horizonte y la existencia inmensa e infinita. El *primum vivere* se impone con exigencia despótica y absorbente. Es el egoísmo primitivo y crudo de la vida particular que se protege y defiende. No dominado su instinto poderoso por la satisfacción legítima, no cabe alzarse a la serenidad y armonía superiores. Si que por escapar a ratos de la prisión dura en que se convierte la tarea práctica, el espíritu vuela fugitivo al través de las ventanas de la ilusión y alcance atisbos y barruntos certeros, visiones originales y maravillosas, pero que no dejan de ser chispazos sueltos y esporádicos que nunca constituirán un sistema o una síntesis. El cultivo metódico y sistemático de la filosofía no existirá, a menos que se llame tal la rutinaria repetición de lo que los filósofos dijeron en épocas pasadas. América, tierra de conquistadores y de indios, primero, y luego de colonos "perseguidores del oro y de la plata", de frailes simoníacos o de apostólicos misioneros, y después de caudillos salvajes, poseídos de la pasión política, ha sido siempre ambiente mortal para la meditación y el pensamiento. De ahí que ni en tiempos de la colonia ni después apunte un filósofo de verdad, que acierte a embeberse en las altas ideas y los primeros principios. Pensadores los hay de grande aliento, pero que simbolizan esas breves escapadas de que acabamos de hablar, ese hurto de la atención a la apremiante labor para lanzarse a divagar y pensar; nunca la entrega por entero a la tarea ordenada de eslabonar hilos y cabos hasta tejer la fuerte contextura de un todo. Los demás se contentan con la fe religiosa, con el dogma hecho e impuesto o con volverse fiel eco de algún filósofo céle-

bre cuyos juicios se repiten y enuncian sin penetrar su hondo sentido ni exprimir de él todos los problemas que encierra o suscita. Ni cómo tener calma para ello si ahí está la selva enmarañada pidiendo el hacha y el brazo que abran en ella el camino y el claro; si ahí está el monte escarpado y el río torrentoso y los rigores del clima y en suma la lucha a brazo partido con la naturaleza y los demás hombres y pueblos. Vida revuelta, vida caótica, vida sin paz ni sosiego, perurgida por todos lados, no libera el ánimo para el recorrido intelectual por los universales campos. Se está preso ahí, en el cuidado mortal de ver por la existencia, de proveer a sus necesidades, de defenderse del enemigo, de resolver el problema angustioso de abrirse campo en la tierra inhospitalaria e inhumana. Ni se diga que los descendientes de los conquistadores, adueñados de extensas tierras, podían disfrutar de horas tranquilas para cultivar el espíritu. Es el rico el hombre que menos puede pensar y meditar. El rico está prendido a sus propiedades y a sus negocios con toda la fuerza de su ánimo y aún en el caso de que no trabaje activamente, la tensión de sus cuidados y preocupaciones le roba toda la savia que podía emplearse en nutrir universales y desinteresados pensamientos. Poseer dominios y tierras, perseguir el oro y la plata, entregarse al vaivén y escaramuzas de los negocios es enajenar sin remedio el espíritu y perderse para la reflexión filosófica que no se halla sino en planos a donde no llega el hálito de la pasión de posesión y de dominación. Ni los políticos ni los hombres prácticos pueden ser auténticos filósofos mientras no logren desasirse del empeño actual, del deseo de adquirir, poseer y vencer. Es claro que toda experiencia, toda vida vivida rinde una base sólida para filosofar, pero es menester siempre que la lucha haya tenido fin y que se apague el coraje y el interés de ella para poder reflexionar sobre sus azares, aspectos y enseñanzas, para inferir de sus experiencias, dolores y glorias la generalización justa, la ética verdadera, la norma válida que haya de servir de regulación en los futuros tiempos.

No ha habido filósofos en América. En la del Norte, dominado ya el elemento natural, floreciente y alegre la vida humana gracias a esa potencia máxima que ha levantado y construido en un siglo la arquitectura poderosa de una gran nación, los filósofos principian ya a aparecer y acusarse con fuertes relieves. William James, Dewey y otros se perfilan como iniciadores de una filosofía joven, nueva, que bebe directamente en la vida su inspiración y su vigor. El pragmatismo, de origen inglés con Schiller, cobra originalidad y empuje con James y los pragmatistas americanos.

Sería inútil buscar, en la América nuestra, filósofos de alguna suposición. La genial intuición de algunos pensadores no basta para otorgarles el título de tales, por la falta de visión completa, conjunta y armónica de los problemas filosóficos. Se ha tildado, y a veces elogiado, el idealismo de los pueblos latinos de América en contraste con el espíritu práctico de los del Norte. Pero conviene advertir que ese idealismo es apenas un afán lírico de gentes que no pueden impulsar su progreso práctico a causa de su ociosidad y desgobierno; y, además, ese idealismo es puro ensueño que nunca encarna en la vida real, de manera que ésta, huérfana de toda dirección moral, se desbarata a cada paso, lo que deja en pie e intensifica la preocupación de orden material que embaraza la obra sazónada del pensamiento. Lirismo de poetas niños que entretienen su pereza y su ineptitud para el trabajo organizado y fecundo, nunca labor de espíritus reflexivos y serios, es el decantado idealismo de nuestros pueblos.

En estos días, no obstante, un verdadero filósofo se dibuja en el horizonte ibero-americano. Es Vasconcelos. Sus dos libros, *Metafísica* y *Ética*, nos sorprenden gratamente. Es de admirar cómo un político, un hombre sacudido por la fiebre de las luchas bárbaras de su país, haya podido conseguir tal poder de visión y penetración. La *Metafísica* revela la comprensión a fondo de todos los problemas de la filosofía y si la *Ética* no alcanza igual altura se debe a que, por la naturaleza de sus asuntos, se deja influir más por la pasión palpitante del hombre que no puede librarse por completo de la hiel de sus rencores y odios de luchador. Pero debemos reconocer que en esas obras se deja sentir ya la garra inconfundible del genio filosófico.

En el Ecuador, pueblo azotado como ninguno otro por los males de la raza y la naturaleza, la carencia de filósofos es quizá más notable que en los demás. Cuenta González Suárez que en el año de 1589, cuando se anunció un curso público de filosofía en Quito, hubo general entusiasmo y que fué un verdadero día de fiesta aquel en que leyó el profesor jesuita la primera lección de la ciencia filosófica. Novelorías ingenuas de nuestras gentes que no podían menos de sentir curiosidad de esas cuestiones famosas que implica el estudio de la filosofía, aunque a la postre nadie se entrase con ánimo resuelto y perseverante a desentrañar el abstruso fondo que ella encubre y guarda. A la infantilidad americana causa dolor agudo de cabeza el pensar filosófico como a los salvajes todo esfuerzo mental. Iniciada la enseñanza pública de filosofía, ella ha continuado dictándose hasta nuestros días, especialmente en

los colegios de religiosos, donde se le da capital importancia, ya que siempre fué afán notorio de ellos robustecer con razonamientos los dogmas de la fe. El laicismo la relegó al olvido confundiéndola con la religión, sin darse cuenta de que la filosofía es, justamente, un sustituto indispensable de aquella.

Durante la colonia hubo muchos frailes que escribieron en latín obras filosóficas. Se pueden citar varios nombres. Fr. Cristóbal López Merino, Fr. Clemente Rodríguez, Fr. Agustín Marbán, Fr. Juan Caballero, Fr. Pedro de Alcántara Mejía, Fr. Bartolomé Azuegra, Fr. José Antonio de la Concepción y Arroba, Fr. Francisco López Merino, entre otros, figuran como autores de tratados de filosofía. Hemos leído fragmentos apreciables del P. Antonio Manosalvas, uno de los primeros confesores de Mariana de Jesús, del P. Antonio Vanión Moncada, del P. Baltazar Pinto y Narváez, de Fr. Francisco Guerrero, del P. Diego de Ureña, de Fr. Bernardo Serrano de Ugarte, del P. Jacinto Bacilio Morán de Butron, del P. Fernando Espinosa, del P. Luis de Andrade, del P. Nicolás Crespo, del P. Jacinto Serrano, del P. Marcos Escorza, de Fr. Gregorio Tomás Enríquez de Guzmán, del P. Juan Bautista Aguirre. Cultivo de la filosofía no dejó de haber en los conventos y universidades, pero fué filosofía repetida, eco casi servil de la escolástica con escasísimos brotes de pensamiento original y libre. De ahí que, como observa González Suárez, no se dió ningún autor eminente de filosofía en la colonia. La crítica del Padre Feijoo, de cuyas obras trajo muchos ejemplares su admirador, el cuencano Escandón, agitó no poco el espíritu filosófico de aquel tiempo, despertándose el deseo en los quiteños de someter a juicio y discusión todos los asuntos. Hubo de sobresalir, entre los profesores de filosofía, el presbítero Manuel Antonio Rodríguez, de quien informa González Suárez que fué el primero que sostuvo y enseñó el sistema copernicano en Quito, y cuyas tesis fueron una novedad en la colonia.

Merece especial mención, ya en la República, el Padre Manuel J. Proaño, largo tiempo profesor de filosofía en la Capital del Ecuador y aún en otras partes de América. Escribió un texto que fué oficial en los colegios de segunda enseñanza y que contribuyó no poco a despertar el interés por los estudios filosóficos. Filosofía ingenua y entusiasta la del Padre Proaño, discípulo devotísimo de Santo Tomás, que por la claridad del lenguaje y el fervor de las ideas no deja de remozar y refrescar la seca y huesaruda estructura de la doctrina tomista.

Durante harto tiempo se ha desatendido la enseñanza filosófica en las Universidades, donde sólo es dable que adquier-

ra vuelo y profundidad. Hace poco se restableció dicha enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, que muy en breve ha sido suprimida. Falta grave que irá en mengua de la cultura nuestra, que podía ya asentarse sobre sólidas bases.

La cultura, recordémoslo, no existe mientras el sér y la vida no se dejan penetrar e informar de los valores. El sér y el valor, la vida y la norma, lo real y lo ideal son los dos elementos de la evolución humana y la historia. No que creamos, como ciertos modernos filósofos, que el sér y el valor sean dos esferas esencialmente diversas de la realidad, aunque coherentes y de exigencia recíproca. Pero es innegable que el sér puede modificarse por la penetración o influencia del valor, norma, en nuestro sentir, emanada del sér mismo, de su esencia virtual y merced a la cual el sér o la vida, de brutos y ciegos, de crudos e incultos, se tornan en algo inteligente, comprensivo, bueno y bello y se encaminan al perfeccionamiento. La irrupción de los valores en el proceso natural del sér, como dice un filósofo, constituye la cultura que mejora y ennoblece a la naturaleza y eleva la condición física y psíquica del hombre. No basta ser. Es fuerza ser bueno, ser inteligente, ser bello, ser santo. Es fuerza que el reino de los valores embeba y empape, plasme y modele el barro de la humana naturaleza a fin de que ésta se vuelva culta. ¿Son acaso palabras huecas la belleza, la verdad, la bondad, la perfección? ¿Carecen de todo sentido? ¿No significan algo más que la simple categoría de ser y de vivir? Si nada más significasen no se explicaría, no tendría sentido el afán humano que investiga, que educa, que anhela, que ama, que busca una vida mejor y más bella. Distanciar el sér del valor, imaginarse que el sér es una cosa y el valor otra, de manera que nada tenga que ver éste con aquél es cosa incomprensible y absurda. Sin embargo, nada más común que oír en nuestros días que la realidad, léase el ser, es una cosa y los principios, las normas, otra. Para la especulación están bien las doctrinas y los valores; para la acción, para la vida real y la práctica, los principios huelgan, los valores son vacíos y sólo la mecánica material y física y el psiquismo del instinto y la pasión tienen alguna virtud. ¿Para qué especular entonces? ¿Por puro deporte del intelecto?... ¿Para qué hablar de cultura y de moral?... Basta con el fusil del soldado que mete miedo y arregla las cosas a su talante y capricho. Pero no, en el Ecuador de estos días se está dando la extraña y admirable paradoja de que el hombre del fusil y la bayoneta tenga normas, reconozca valores, respete leyes y cuide del orden y de la cultura; y que sean los hombres de

pensamiento los que inciten al soldado a hacer uso de su fuerza para derribar constituciones, pisotear leyes, barrer con las normas y los principios.

Y es que en el Ecuador la cultura filosófica no existe, no echa raíces, no hace presa en el espíritu de los hombres. Los que blasonan de pensadores son aún puro apetito de dominación, puro apetito de posesión, puro apetito de goce, los tres apetitos fundamentales del animal humano que han menester la irrupción de los valores para que el animal se transforme en ser culto y aprenda a vivir la vida buena y la vida bella.

EL PROBLEMA DE NUESTRA POLÍTICA EDUCACIONAL

JULIO E. MORENO

Como en el caso del voto simplemente numérico, padecemos en el Ecuador las consecuencias de otro grande y funesto equívoco de cariz institucional: la libertad de enseñanza. También en este campo el simplismo mental y la penuria de sentido histórico han vuelto estéril entre nosotros cualquier esfuerzo de avance ético-cultural.

MISTICISMO POLITICO

Problemas mal planteados y peor discutidos entorpecieron en todo tiempo el proceso evolutivo de las democracias. El envenenamiento de los pueblos por la inyección abusiva del alcaloide de "los principios", sin análisis de las características del organismo social, fue el crimen de los propagandistas retóricos, de los políticos metafísicos. Campo abierto, el de "los ideales", para los simuladores del talento, lo es más para los simuladores de la integridad moral. Se ha dicho, con exactitud, que hay una beatería de los credos democráticos. Al igual que en la esfera religiosa, acaece en el dominio político que una buena porción de gentes hace consistir su virtud —la virtud ciudadana y su patrimonio ideológico— en enfervorizarse y entonar himnos y formar procesiones ante los ídolos espectrales que llamamos Libertad, Orden, Derecho, Justicia, Democracia... El intelectual o el hombre político ineducado para enjuiciar la realidad y actuar en su área con denuedo hará de la profesión de fe en esos dioses laicos y de su hiperbólica valoración abstracta todo el aporte substancial de su ánimo.

Como se comprende, esto es grave cuando se generaliza. Significa la ausencia del sentido crítico orientador, exigible a las minorías inteligentes, sin cuyo concurso no puede estructurar su vida un pueblo. Y este es el caso de la convivencia pública ecuatoriana.

En todas partes la política es lucha, y los luchadores se

atuvieron siempre al conocido aforismo de psicología elemental: a las multitudes se persuade con afirmaciones más que con razones. El razonamiento demanda un esfuerzo de atención, y el público, a semejanza del niño, tiene muy escasa capacidad atenta. Se aburre si le vienen con disquisiciones. En cambio, reacciona y se exalta cuando estimulamos las funciones originarias o espontáneas de su psique: la admiración o la aversión, el entusiasmo o el coraje. Con una pequeña matización de ideas, pero con suficiente recargo de imágenes y una chisporroteante fraseología, y siempre imbuyendo en su ánimo la mayor suma posible de "derechos", el tribuno, el escritor político, el gobernante, puede estar seguro de dar una caza a los grupos populares, momentánea o duradera.

Mas la aplicación de la técnica de estos influjos no excluye el interés consciente y reflexivo de los verdaderos dirigentes por los problemas mismos. Sólo se repite aquí el destino que la ciencia política ni el sistema democrático han vencido hasta ahora: las mayorías prestan apenas a los grupos directores el mismo servicio de apoyo constructivo que el andamiaje en la ejecución de un plano (lo cual, desde luego, no significa que el asunto de la estructura esencial que preocupa a tales grupos sea ajeno al auténtico ser de las masas sociales). Lucha sin tensión y sin "forma" no se concibe; de modo que en una época cuyo espíritu es la suprema socialización de la vida resulta natural que cada núcleo representativo busque en el aparatoso movimiento plebiscitario esa tensión y esa forma. Con ello exterioriza su potencialidad y su avance irreductible. El tubo sonoro de los motines callejeros en que se pregonan ecos de ideas es obligado ingrediente para los que están en posesión de ideas más o menos orgánicas sobre las cosas. Que la multitud crea tener opiniones propias, que experimente la vaga sensación de que su actitud de aporte o retiro de adhesiones es espontánea, e imagine decidir en los conflictos públicos, no quita nada a lo característico de la verdadera acción directa que reside, y residió perennemente, en las minorías cualificadas.

Entre nosotros, éstas casi se confunden moral y mentalmente con la multitud. A cada paso se ve cómo en el fondo la manera de discurrir y de comportarse de nuestros hombres mejores tiene su raíz en el racionalismo romántico, heredado de la Revolución francesa. Con generalidades y con lirismos nos finjimos vivir una intensa vida política. Es un estado pasional, turbio, fluctuante, no una conciencia de lo real asequible, lo que nos mantiene en la lid. Cada vez se ofrece más horroso el límite de nivel que debiera haber entre el gran público y los

capacitados para un influjo plasmante y organizador. De aquí el origen del desorden consubstancial en la marcha de la República. Vive el país en la práctica de una política que no tiene trayectoria ni sentido, y es lógico que tantas sórdidas mutaciones superficiales le lleven al convencimiento de que política y farsa son sinónimos.

En este aspecto de la inanidad de criterio inherente a la actitud romántica todos llegamos a parecernos. La tradición mental religiosa que tienen estos pueblos de personificar y divinizar abstracciones los predispone admirablemente para recibir esa representación mística de los anhelos colectivos. Su estado de espíritu viene a ser el de una espera mesiánica en la organización social definitiva, en el Gobierno perfecto. Es propio de las masas, como decía, el don de receptividad de cualquiera equívoca invitación a un inmediato futuro en que las divinidades laicas —Libertad y Orden, Derecho y Justicia—, afiancen su reinado. Como esto no ocurre, atribuyen entonces el fracaso a los hombres. De la creencia en el valor absoluto de ciertas palabras mágicas se llega al grosero hábito de la inconformidad con todo régimen gubernativo. De ahí las perennes conspiraciones; de ahí esa sucesiva y ciega dilapidación del precioso capital humano de la nación representado en sus hombres públicos. Gastamos demasiado pronto a los elementos más representativos y, lo que es peor, los anulamos. Si se aprecia que la obra del gobierno de las colectividades es día a día más compleja y exige en quienes han de enfrentarla una buena dosis de estudios y experiencias, habrá de verse lo torpe y suicida de esa manía destructora.

No somos, pues, idealistas: somos apenas verbalistas. Verbalistas y místicos, con ese misticismo que implica la negación de toda vida cívica activa y creadora. Cada situación nos sorprende sin nociones claras ni conceptos diferenciados que colaboren en la faena de articulación de nuestras posibilidades. Como no se analizan los hechos, se ha atrofiado en todos la esencial función de descomponer los elementos de cada problema de nuestro vivir político. Este es el origen psicológico de la aberración común que nos hace esperar en cada cambio gubernativo una reconstrucción nacional subitánea y unos reestructores milagrosos cuanto ignorados. Con tales hábitos de valoración irreal y sentimental, no sirve de nada cuanto ha hecho aquel régimen ni cuanto han proyectado estos otros. Cométense entonces los más atroces desconocimientos y, como en toda transgresión del sentido de justicia, esa actitud inconcreta y frívola nutre la gusanera de los personalismos.

CONCIENCIA SOCIAL

Sólo un intento de agrupar orgánicamente las ideas sobre los distintos aspectos que constituyen el problema de la vida nacional puede salvarnos. Necesitamos dejar de ser una mentalidad simplista, homogénea. Porque el valor mental y moral de un pueblo no consiste precisamente en integrarse al movimiento de ideas y anhelos contemporáneo, vagando por los ámbitos de lo inconcreto. Consiste en que acierte a analizar su propio estado social-histórico y, a la luz de las enseñanzas de la cultura moderna, se fije una orientación y una disciplina constantes que le lleven a un desarrollo cada vez más acentuado. Exaltación de principios con desvinculación de la realidad en que se vive y actúa es el mayor despropósito de la política teorícista. Tenemos que buscarnos a nosotros mismos, adquiriendo sensibilidad para nuestros problemas.

Pero entendamos que sensibilidad no es sentimentalismo,—estado emocional semi-patológico. Aquella supone una actitud racional comprensiva. Por esto, la más alta calidad de espíritu de un pueblo se expresa diciendo que tiene sensibilidad política; o sea, comprensión de sus problemas e inquietud que busque las soluciones dentro de normas leales y vivificadoras.

Al favorecimiento de este fecundo impulso vital están obligados los intelectuales que no quieran ser simplemente fogosos retóricos o repetidores de ideologías ajenas. El escritor político de verdad debe aspirar a convertirse en la conciencia de la sociedad a que pertenece, ya que nuestra historia nacional ha llegado a un punto en que el estado mental colectivo es de flagrante inconsciencia. Si el factor decisivo en historia es el tipo medio de los ciudadanos, con que se forma el material actuante y votante en una democracia, como esa parte del cuerpo social tiene una limitación constitutiva, el modo único de subsanarla consiste en que haya siempre una minoría con talento específico para el desinteresado enjuiciamiento de las circunstancias ambientales.

Aquí viene bien completar el pensamiento que enuncié en mi ensayo anterior, cuando decía que nuestro viviente problema político se resuelve en la confrontación de nuestro peculiar problema histórico: el definitivo problema nuestro es un problema psicológico. Necesitamos aprender la identificación sumisa de nuestras realidades y posibilidades, como medio de reacción mental y moral contra ese mórbido o primitivista afán informalado de una situación ideal que esperan todos y que jamás

llega. Precisa que la porción más o menos ilustrada o civilizada del país vaya adquiriendo el hábito de reducir a sus debidas proporciones cada hecho social o político, cada situación histórica. Nos importa conquistar algún sentido realista de nuestro vivir colectivo, si éste no ha de limitarse a una reverencia supersticiosa para los programas abstractos y una condenación fanática para cuantos son los gobiernos que enuncian o a los que se imponen esos programas.

El alcance sociológico de esta actitud rectificadora resulta así doblemente fecundo: se estimula la formación de la conciencia social en la esfera de los valores, el conocimiento de cuyas conexiones apareja comprensión y tolerancia, y esa conciencia nos conduce al campo propio del derecho positivo y de la política práctica, que constituyen el complejo de funciones del Estado. Se me figura que la sustitución de los hábitos mentales de nuestra educación místico-romántica por el intento sistemático de ordenar a las gentes conforme al mundo de sus valores y señalarles los defectos de la ordenación existente daría sentido a la vida pública, que hasta ahora es anarquía y pasión. A medida que se sienta más hondamente las conexiones de valor, en que está comprendida la sociedad, más enérgicamente se rechazará la idea de imponerse a ésta con dogmatismos y fanatismos. Desde este fundamental punto de vista, cabe decir que vida civilizada es vida conexiónada.

Este concepto, que informa toda la sociología moderna, se vislumbra y cobra relieve, en pequeño, aplicado a la familia. Cuando el matrimonio transcurre tranquilamente, hay que entender que, en un grado más o menos justo, las relaciones de valor entre el marido, la mujer y los hijos, cada cual dueño de sus vivencias, forman un mundo unitario. Y, para el caso de alteraciones en este mundo de valores, debidas a modos de acción u omisión de unos u otros, el derecho positivo hace del matrimonio una construcción jurídica, con un fondo superior de respeto a la vida "valiosa" de cada cual. Los Estados cultos tienden, por tanto, ahora, a estudiar la estructura familiar con esta cambiante significación vital que juega un papel importante en la evolución práctica del derecho.

La sociedad, base y objetivo de la misión del Estado, ha de tener igualmente un enlace íntimo siquiera de los valores vitales primarios sin cuya vigencia no se concibe un organismo social histórico. Con afinidad, no igualdad, en los medios, ha de haber unidad del fin: la vida en común sana. Ello toca luego a la sustancia misma del Estado, que como totalidad jurídica tiene un interés moral en una cierta "tensión" incesante de las

tendencias valorativas de los grupos sociales. Sin tal tensión y tal sentimiento de comunidad, o no hay lucha y desarrollo orgánicos, o lo que debiera ser armónica convivencia degenera en rudeza primitiva y discordia.

En el Ecuador, no alcanzamos a tener organización en la política, porque no la hay previamente en lo más sencillo e interno de la estructura social misma. No llevamos vida común, en el dinámico sentido del término, y nos limitamos a una simple y discordante coexistencia en que todos oponen resistencia a todos. Y sin organización política no hay Estado posible; es decir, un sistema de regulación jurídica lo bastante eficiente para que la conciencia social se sustantive en conciencia nacional.

De todo esto se deduce que es **incultura** el fondo mismo de que proceden los modos de conducta nuestros, como individuos y como ciudadanos. En términos precisos: es falta de conciencia moral el defecto primario y máximo que ha hecho tan agrio, tan incorregible nuestro estilo de vida. Ahondando un poco, llegamos así a tocar las raíces de nuestra actitud siempre hostil a un sano régimen de convivencia. Se descubre el motivo y origen de que toda nuestra vida pública esté envenenada.

LA FUNCION EDUCATIVA

Este esquema de investigación nos conduce al problema último de nuestra historia y nuestra sociología: la educación como proceso vital. Me atrevería yo a condensar la esencia de la función educativa diciendo que es formación y perfeccionamiento de la estructura social de la vida del alma. Allí donde se halle entumecido el sentimiento de comunidad y los contenidos espirituales (religión, arte, ciencia, metafísica) no se traduzcan en moralidad y organización, quiere decir que hay falla del sistema de ideas educacional. El pueblo —y tal es nuestro caso— que con toda su armazón y doctrinas institucionales advierta, sin embargo, que vive en un sentido contrario al de una verdadera cultura, es porque tiene las líneas directrices y fundamentales de su vida mal planeadas.

La concepción de la cultura y la concepción de la vida se interfieren y compenetran, por tanto. En su razón de vivir ha de hallar un pueblo su ideal de cultura. Esta no habrá de ofrecer sólo bienestar material; deberá descubrir fórmulas de satisfacción espiritual y de vida ascendente.

¿Qué sucede, empero, si percibimos en el pasado y en el

presente la indole y el tono de nuestra vida social y política? Que, como decía, han sido y son de una escandalosa, feroz discordia. Formada nuestra individualidad bajo el influjo avasallador de la iglesia católica, ésta impuso a la sociedad ecuatoriana, durante siglos, la falsamente denominada cultura cristiana. Lógicamente, se reservó el instrumento de la educación, en cuanto representa una de las funciones fundamentales de la cultura. Para el poder eclesiástico, el dominio de la educación implicaba la necesidad inevitable propia de su misión específica. Fuerza visible e irreductible la iglesia nacional, el Estado no tenía esfera alguna independiente en este punto: su sumisión es completa y garantizadora.

Ya en otro ensayo expresé lo que para la capacidad intelectual y el desenvolvimiento ético comportaba un género de educación en que las doctrinas son tan sólo pías o impías, no por verdaderas o falsas, sino según confirman o hacen dudar al creyente, y en que se inculca la abominación de todos los que se apartan de la obediencia a los ministros de la religión. Aquí agregaré que desde entonces queda adulterado, viciado, radicalmente, el sentido estimativo de los valores humanos, alrededor del cual y con cuyo resorte es posible una cultura. La orientación general de nuestras formas de vida será en el curso del tiempo de instintiva aversión a cuanto revele alguna libertad de espíritu. La opinión social más favorable la tendrán aquellos que se muestren creyentes o piadosos, aunque su vida moral sea bien dudosa. No se reconocerá a nadie la capacidad de ejercitar, a conciencia, cualquiera otra concepción religiosa del mundo distinta de la católica. Imbuidas las clases sociales del prejuicio cultural religioso, apenas serán susceptibles de dirección. La unidad de la positiva cultura nacional se tornara un problema irresoluble.

En un principio, el derecho escolar, en lo que ahora es República del Ecuador, mantiene, pues, una relación obligada con el régimen interior eclesiástico. No libertad de enseñanza, sino derecho exclusivo a dar y cuidar la que se debe al niño y al joven, es el axioma proclamado por las potencias clericales. La llamada "educación cristiana" queda ceremoniosamente exaltada al rango de dogma de la política docente estatal. Quiquiera que, sin ser eclesiástico o pertenecer a una comunidad religiosa, desease ejercer el magisterio, había de hacerlo estrictamente en el sentido de la inspiración clerical. No se imagina por nadie otra manera de realizar la docencia, la cultura y la investigación.

Pero la edad moderna tiene una concepción distinta y, sin

duda, contrapuesta, en materia de educación pública. El espíritu moderno, para organizar un pueblo, lo primero que procura es crear, desarrollar el sentido de comunidad; mas una comunidad de individuos a quienes preocupe la nación, vasto confinio en que caben todos los credos religiosos. Con la base de esa conciencia social y de esa conciencia nacional, el Estado puede entonces unificar fuerzas vivas preexistentes. El mismo viene a ser una unidad sustantiva, lograda merced al libre y coordinado juego de las organizaciones social-políticas. El resultado es que se hace educación y se hace cultura.

Habituada históricamente la iglesia entre nosotros a tener dislocado el cuerpo social en cofradías innumerables, las cuales no mostraban cohesión interior, políticamente, sino cuando de actuar en sentido del conservadorismo clerical se trataba. ¿cómo podía avenirse al implantamiento de una educación contraria a la consigna de preponderancia del poder eclesiástico sobre el poder civil? Lo que reputaba, religiosa y jurídicamente, su derecho, ¿iba a dejar menoscabarlo y revisarlo?

Al advenimiento del Estado laico en el Ecuador, se produce, en consecuencia, una formidable e implacable campaña clerical contra la escuela no confesional. La implantación de escuelas oficiales en que simplemente se prescindía de la "asignatura" de religión o de las prácticas del culto considera la iglesia como un doble atentado insufrible: contra los intereses de esa misma religión y contra las inalienables prerrogativas de la Roma papal. La guerra incesante a "la escuela sin Dios", a "la enseñanza atea", fórmulas con que el clericalismo político, mezclado al ciego afán proselitista, defendió siempre sus posiciones de avasallamiento de las generaciones, complica la áspera tarea del liberalismo de deslindar la religión dominante y la función educativa para formar genuinos ciudadanos. Los escritos más violentos, las prédicas más inflamadas, la acción social eclesiásticamente mejor organizada, mantienen hasta ahora candente la cuestión del antilaicismo en la enseñanza.

La verdad es, sin embargo, que ese siniestro ambiente creado en torno a los planteles de educación oficiales, si ha hecho lenta y difícil su marcha, no ha impedido que vayan conquistando cada vez la confianza del público. Al fin y al cabo, advierten las gentes que no existe un motivo irrefutable para tan sañudo ataque. No son pocos los padres de familia creyentes que encuentran indiscutiblemente de mayor calidad la enseñanza de algunos establecimientos del Estado que la de congregaciones religiosas docentes, las más de ellas impreparadas y ajenas a nuestra nacionalidad.

LIBERTAD DE ENSEÑANZA?

Cuando nuestras Constituciones liberales creyeron de su deber "consagrar el principio" de la libertad de enseñanza, el pensamiento primario fue, pues, el de reacción contra el absorcionismo docente de nuestro catolicismo histórico. Ese pensamiento primario se ligaba internamente a la tesis reformista de que al Estado incumbe la preocupación de dar y extender una educación general lo mejor posible, junto con una estructura y régimen adecuados. Sin esta asunción de funciones, el precepto constitucional complementario sobre obligatoriedad de la primera enseñanza, gratuita, no podía tener sentido. Frente a esa actitud reivindicativa del Estado en la función pública de la educación nacional, dijérase que la iglesia no pierde de vista un propósito: el de sugerir siempre a las masas sociales lo ilegítimo de la docencia estatal enfrentada a la legítima y autónoma educación confesional.

Entretanto, ésta hace ahora suyo el principio de la libertad de enseñanza. Lo hace contra todo el proceso de nuestra lógica histórica, pretendiendo una absoluta autonomía con respecto a la acción del Estado y reservándose el derecho de combatir y desprestigiar la enseñanza de tal Estado.

Este problema se ha mantenido, por lo visto, en lamentable confusión, a causa principalmente de dos circunstancias: el que los constituyentes liberales dieran con su precepto equivoco la impresión de que la libertad de enseñanza era como de derecho natural y el que nuestro romántico liberalismo olvidase demasiado la percepción histórica en ésta, como en muchas cuestiones.

Luego veremos en qué límites desempeña algún papel aquello del derecho natural en el complejo de problemas que es la política educacional práctica. Por lo pronto, quede en claro que la decantada libertad de enseñanza dista mucho de ser un postulado liberal. Cuantos han tratado esta cuestión, exentos de prejuicios, reconocieron que la Revolución francesa, de que nació el Estado liberal, lo que hizo fue afirmar, como una de las reivindicaciones primeras de la democracia, la necesidad de una educación pública común, fundamento de la unidad moral de la nación. Condorcet, el gran pedagogo de la Revolución, proclama la enseñanza libre, pero establece una absoluta incompatibilidad entre la función pública docente y las profesiones eclesiásticas. Ya sé que en la propia Francia se tergiversó y traicionó después ese concepto de libertad. Así, ha habido re-

gimenes liberales que dejaron amplitud de penetración en el campo educativo a los institutos religiosos. Se olvidó o fingió olvidar que precisamente el problema central para el pensamiento revolucionario estaba en la excepción de que habla Condorcet. Cualesquiera organismos pedagógicos podían alegar la garantía constitucional para el ejercicio de la profesión enseñante, menos las organizaciones eclesiásticas.

Esto en el aspecto conceptual y de alcance interpretativo de la sociología del derecho. Distinta cosa es que, en el plano de la realidad, el Estado, puesto a enfrentar una vasta organización secular de planteles de indole confesional, respete su funcionamiento y los deje prácticamente en posición análoga a la de los verdaderos establecimientos de educación libres. Es el conflicto de relación propio de los países católicos (los países protestantes desconocen el mal del clericalismo). Es el conflicto del Estado liberal ecuatoriano. Ni económica, ni política, ni técnicamente, a menos que se creyera en los milagros del caos, puede concebirse un impulso superior de abolición de la enseñanza confesional y su sustitución con la que estuviera sustraída al cánón de Roma. No queda otro arbitrio que abordar la múltiple función de ejercitamiento de una política cultural en un amplio sentido y en conexión con la fatalidad histórica. Esto no es, en manera alguna, absolutismo centralista del Estado, ni dominio rígido en el orden de la significación de conceptos y normas de la actividad pedagógica. Es sencillamente la consciencia del Estado en la finalidad que ha de buscarse desde puntos de vista ético-culturales.

EL CONCEPTO DE CULTURA

Venimos, así, al problema de una cultura (un todo espiritual-social condicionado histórica y jurídicamente) centrada en el Estado, no dominada por él. La idea de los viejos pedagogos de que la educación general humana constituye la esencia de la educación nacional y de que ésta es el fundamento de la educación del Estado ha sido cada vez superada. Rasgo fundamental de nuestra época es la preocupación por una disciplina a la que se quiere llegar a darle el carácter de ciencia rigurosa: el estudio de la cultura. El enorme acervo de escritos acerca de las varias concepciones de la cultura llega al punto de entrañar ello mismo la más tremenda confusión de direcciones y objetivos culturales. Mejor dicho: esas concepciones se corresponden con cuantas han sido y son las ideologías que ha-

cen referencia al problema político moral de constitución de los pueblos. Tenemos la concepción idealista, la concepción burguesa del Estado de derecho, la concepción del liberalismo económico, la del democratismo "cristiano", la socialista, la bolchevista, la fascista... No hay, pues, una cultura absoluta, como no hay una concepción totalitaria del orden natural de la vida histórica.

Pero en el fondo de todas esas varias formas con que los hombres subrayan su voluntad de convivencia orgánica, late un doble sentido universal: la vitalidad del espíritu humano, cuya significación radica en hacer del hombre una consciencia ascensional frente al cosmos, y la persistencia de directrices específicas parciales que incluyen para el futuro exigencias ético-culturales. Mediante lo primero, la Humanidad se muestra capaz de una actitud espiritual unitaria y esto conduce al pensamiento de la evolución indefinida, —objetivo de la cultura. Mediante lo segundo, alcanzamos la comprensión sociológica de las condicionalidades políticas de las culturas nacionales, en que es un factor la preocupación universalista.

La educación, en cuanto representa uno de los aspectos fundamentales de la cultura de un pueblo, ha de ser, pues, estructuración progresiva, dentro del devenir histórico concreto y de una posición vigilante sobre el movimiento espiritual general de la época. Esto pone de realce el error de los que creen que la "ciencia de la educación" pueda ofrecer fundamentaciones científicas inequívocas para el derecho y la política educacionales: favorece la selección de medios, pero no es el agente decisivo. Esto evidencia también otro error: suponer que la unidad de la vida espiritual deba traducirse en uniformidad. Tal pretensión se delata cuando aspiramos a que un sector de cultura domine a todos los demás. Ha sido y es el caso de nuestros pueblos amamantados en el catolicismo español: a título de que la unidad religiosa es un bien espiritual inapreciable para la vida política de un país, se aspiró a que esa religión tuviese un rango de elevación tal, que su predominio llegaba a confundirse con el dominio cultural mismo. No es extraño, ante esa tendencia exclusivista, que en culturas ya bien evolucionadas, la reacción haya ido al otro extremo: negar la justificación histórica del régimen de la docencia por la Iglesia.

Claro está que en todas partes hay el peligro de las corrientes pedagógicas que arrancan de una determinada concepción social y política. Los padres con sus hijos, los maestros con sus alumnos, los propagandistas con las masas, sienten apremio por hacer compartir su fe y, consiguientemente, su pasión. Se

adultera así los fines de la formación cultural, "en el empeño, según dice el pedagogo español Barnés, de poner al niño, prematuramente, al servicio de la causa y de los ideales de una clase, partido o secta, como ocurre con aquellos comunistas que quieren rescatar como un privilegio la **escuela proletaria**, en vez de pedir frente a todo privilegio para todos los ciudadanos la mejor escuela y la mejor educación, al fin y al cabo, la más humana posible".

Sin embargo, el juego de estas influencias antagónicas en el campo educativo lo que hace, a lo más, es acentuar la tensión de fuerzas espirituales y sociales que mantiene el interés regulativo del Estado por superarla. Pero en el caso de nuestro problema político educacional lo que hay, fundamentalmente, no es tensión de fuerzas culturales en el seno de la vida del Estado; es violenta oposición, hostilidad rígida, guerra permanente, sistemática, por parte de la Iglesia contra los esfuerzos educacionales progresivos del propio Estado.

El conjunto de la situación político-escolar presenta, por esto, en nuestro país, caracteres especiales. El Estado liberal no puede menos de asumir alguna posición de beligerancia con respecto a un poder histórico militante cuya fuerza radica en el prejuicio religioso y, al mismo tiempo, tiene que procurar la elaboración de un régimen constitucional de la educación compatible con los imperativos de la cultura. La tendencia de la iglesia y de las derechas ultramontanas, en las discusiones político-escolares, es presentar este problema como un caso de conflicto entre la "autonomía pedagógica" y el "monopolio del Estado". Se esquivo el asunto en lo esencial con el clásico subterfugio de las frases formalistas, de los cabos de ideas desvirtualizadas.

DERECHO Y POLITICA ESCOLARES

Sin negar lo difícil de la conciliabilidad de las dos ideas —la idea suprema de la educación y la idea plena del Estado,— es preciso, pues, que alguna vez empecemos a situar el problema en su verdadero terreno. Ya basta de convertir lo que es una realidad constitutiva y apasionada en juego de conceptos bizantinos. Ya basta de considerar como el decisivo argumento contra toda política escolar aquella trivialidad de que "es necio hacer del Estado el supremo pedagogo". Más necio resulta el insistir en no darse cuenta de la índole de los problemas e imaginarse que nuestro tradicionalismo semi-cultural es una ad-

quisición sempiterna. Cualquiera pasividad del Estado en este orden de exigencias vitales de la sociedad ecuatoriana puede encontrar aliados sólo en quienes sigan creyendo que el modo primitivo de existencia que llevamos es cultura.

Rechazando, una vez por todas, el supuesto anti-histórico de que haya un estado político escolar natural, base para la falacia de la autonomía pedagógica absoluta, vengamos, pues, al punto de la significación y de los límites del derecho y la política educacionales.

Conceptual y materialmente, la política de la educación carece de sentido alguno si no ha de referirse a la realidad nacional vivida. No es posible organizar y estimular el proceso de la cultura, haciendo abstracción de los motivos concretos que han vuelto anormal o retardado el régimen de crecimiento del cuerpo histórico que es un pueblo. Todo pueblo es un complejo de circunstancias reinantes, y el sagaz dominio de éstas en sentido progresivo es el gran resorte de impulso del espíritu cultural.

Según esto, el Estado ecuatoriano necesita:

Primero: Como línea de conducta general e inamovible, no perder de vista que la educación de indole confesional contraría en su esencia el concepto básico de cultura y que no será nunca una actitud de política comprensiva, ni histórica ni pedagógicamente, la de permitir, con un mal entendido concepto de la libertad de enseñanza, que los planteles de congregaciones religiosas sigan adquiriendo extensión y vigor en el país.

Segundo: Dado lo fuerte de la posición clerical en el Ecuador y atenta la circunstancia de que su profundo sentimiento religioso ha hecho alojar en las cabezas de las gentes la falsa idea de que mejores que los establecimientos de educación oficiales son los congregacionistas, "ya que, ante todo, se enseña en éstos religión", propiciar y mantener, sistemáticamente, una labor de razonamiento que lleve al ánimo de esas gentes la convicción de lo contrario; es decir, que los caracteres constructivos y pacíficos de la educación liberal distan mucho de atentar contra todo sentimiento religioso sincero y que culturalmente no significa aquella un sistema de saber tendencioso y contra-hecho.

Tercero: Revisar el concepto de laicismo en la educación, que nuestros estadistas y debatientes políticos entendieron superficialmente en sentido de eliminación de aquello de que ninguna cultura prescinde, como factor de la vida espiritual histórica, y menos cabía que prescindiere la nuestra: la religión (la religión no dogmática ni atendida a un maquinal devotismo).

Cuarto: Partiendo de la necesidad del principio orientador cultural (queda aquí intocado el vasto aspecto de los métodos y organización formal docentes), hacer un imperativo de la política educacional práctica el que nuestros organismos pedagógicos formen el canal conscientemente dispuesto para la múltiple obra de rectificación de los defectos histórico-raciales que padecemos.

Quinto: Sobre esta base firme del análisis de la propia existencia colectiva, que nos lleve a la voluntad de una objetividad fecunda en el esfuerzo de cultura, para no ahogarnos en el mar de la retórica y la rivalidad sectaria, ir estructurando nuestro derecho educacional positivo, que, como se ve, no puede ser arbitraria construcción del Estado, sino la forma con que éste armonice y supere constantemente las tensiones espirituales en un cuerpo de poder y validez jurídica.

EL PRINCIPIO CENTRICO

Si no podemos aceptar aquella vaga pretensión de una autonomía pedagógica que implica, especulativa y prácticamente, la contradicción interna en el proceso cultural; si la ciencia de la educación no ofrece, tampoco, fundamentaciones inamovibles para la ordenación jurídica de las corrientes ideológicas y las actividades enseñantes; si es un despropósito suponer que hay una configuración acabada y justa de escuela del Estado, para todos los tiempos y lugares, ya que la idea misma de la estructura y función estatales anda en crisis, ¿qué principio céntrico, valdérol universalmente, autoriza y fundamenta la política educacional?

Es obvio que, si elevar el nivel cultural de un pueblo —educación— consiste en favorecer la formación de individualidades capaces de convivir progresivamente en sus concreciones históricas, el eje del mecanismo está constituido por el hombre como sujeto y objeto de valoraciones. Se ha dicho, con razón, que el grado de cultura de un pueblo, de una época, puede medirse por su sistema valorativo o estimativo de las personas y las cosas en la vida de comunidad. De aquí surge este principio de derecho absolutamente universal, independiente de las soluciones parciales que se dé en los Estados a la cuestión de los ideales de cultura: no hay que introducir en el alma en desarrollo nada que no sea auténtico y propio. Ha de evitarse, pues, aún la presión espiritual del Estado en cuanto a mera organización de poder.

Este peligro es tanto más de temerse, cuanto que las profesiones de fe y las concepciones de la vida son fuerzas políticas muy esenciales, por ser antes poderes espirituales históricos. Lo delicado de la misión del Estado se halla, entonces, en que, al presentarse en más alta posición ante esas concepciones, realiza a su vez un acto de concepción de la vida y, como ha dicho un pensador, tiene la tendencia a convertirse en el dios laico de la tierra.

Pero cuidémonos del otro peligro, mayor que el estatal: creer que la lucha entre el pasado tradicional y el anhelo orgánico y unitario con que se trata de sustituirlo es simple política jacobinista y no una protección de poder y de derecho del dominio vital y objetivo para el cual se educa. Sólo el interés clerical o una incompreensión de los caracteres de aquella lucha dejará de reconocer que el estudio de la cultura ha conquistado un cierto fondo de conceptos y categorías básicos, que rebasan la estructura histórica actual, y con esas bases cabe proseguir el desarrollo de relaciones entre el Estado y la Escuela. No se hable despectivamente de la ciencia pedagógica oficial, porque ello es esquivar la cuestión.

Descendiendo al terreno de las normas de derecho que nos rigen en materia de educación, encontramos que conceptos y tendencias se mantienen en una vaguedad y oscilación peculiares. La Constitución garantiza la libertad de enseñanza, "sin más restricciones que las señaladas en las leyes"; pero advierte que la enseñanza oficial y la costeada por las municipalidades "son esencialmente seculares y laicas".

Ya el hecho de que la ley suprema atribuya al legislador la facultad de restringir la enseñanza libre alude a la necesidad de que la organización escolar esté íntimamente ligada al atributo de su regulación eminente por el Estado. Empero, una elástica interpretación abstracta del concepto de libertad fue siempre arma que esgrimieron los clericales para resistir al ejercicio de la facultad legal restrictiva. De haber sentido histórico y visión sociológica en la disposición constitucional adversativa sobre lo esencialmente secular y laico de la educación del Estado, y darse a la acción orientadora y liberadora de éste el justo alcance, la forma de garantización del contra-movimiento docente eclesiástico, con profundas raíces en la tradición, debió ser la inversa: la afirmación del principio céntrico que reconoce a las generaciones el derecho a ser educadas dentro del moderno concepto de cultura. La frase adversativa habría venido luego consignando el deber —un deber relativo— de respeto a la situación educativa clerical históricamente dada.

Otra tergiversación de un concepto deficientemente enunciado en la Carta Fundamental y con el que se tiende a reforzar el dogma embustero de la libertad de enseñanza es creer que hay un significado de oposición entre la autonomía del dominio cultural, que es dominio vital, y aquello del "derecho de los padres para dar a sus hijos la enseñanza que a bien tuvieren."

Una somera apreciación conexa de los incisos del numeral constitucional sobre libertad de enseñanza nos muestra que, al clasificarse ésta en oficial, municipal y particular o libre, y prescribirse que la primaria oficial es gratuita y obligatoria, la reserva incidental que este concepto de obligatoriedad hace respecto al aludido derecho de los padres no cabe entender sino como garantía de opción de éstos entre las tres formas de la enseñanza existente. Acusaría la más grotesca de las contradicciones el que tal derecho incluyese el de una anárquica independencia con respecto al nexo unitario, conceptual y legal, que hay en el fondo de nuestra institución de la educación pública. Plan orgánico, espíritu de cultura y poder regulador son elementos que no pueden ya separarse realmente en las motivaciones más simples de la política escolar.

Todo este falseamiento proviene de haberse mantenido el criterio del derecho natural arcaico, el cual pretende establecer normas con un contenido ajeno a las situaciones culturales de lugar y de tiempo. Desde fecha inmemorial, es cierto, ha constituido un motivo jurídico la intervención familiar en la educación. Aún en nuestros días, en que se da tanto relieve a la idea de la enseñanza del Estado, se considera a los padres como cooperadores obligados de ésta. Todavía más, inclusive en nuestra ley orgánica, se acepta la posibilidad de la educación sustitutiva doméstica, cuando el niño no concurre a ninguna escuela pública. Como derecho humano, esa modalidad individualista se origina, pues, en el campo de ideas del derecho natural. Mas el límite de éste cesa en el punto en que empieza la necesidad de correlación entre la educación común y el Estado, con vistas al fin supremo moral de la cultura del pueblo.

LAICISMO RELIGIOSO

Estaría incompleto el presente esquema, encaminado a poner un poco de claridad en el punzante problema de la política educacional de nuestro país, si no explicase aquello de la urgencia de revisión del laicismo en las escuelas oficiales.

De tal modo y con tanto exclusivismo había mantenido su

preeminencia la iglesia católica docente, frente al Estado, que, cuando éste reivindicó políticamente la función educativa, nuestros reformadores liberales no entendieron otro laicismo que el que quiere ignorar esta verdad: sobre las organizaciones eclesíásticas y las religiones positivas, domina en el espíritu humano un sentimiento intimamente entrelazado con la concepción del mundo y de la vida, al cual denominamos "sentimiento de religiosidad". La docencia católica nos había habituado a ser ciegos para este dominio vital, y entonces se llegó al falso criterio de entender por escuela laica la que prescindiese de toda educación religiosa. De lo que se prescindía, con tan estrecha concepción del laicismo, era de uno de los factores fundamentales de toda cultura y, por tanto, de toda educación basada sobre la realidad histórica de la vida cultural.

En descargo de nuestro reformismo indiferente al sentimiento religioso como vivencia de los educandos, bien estará que anote aquí que igual o, por lo menos, análoga concepción de lo laico se daba antes en amplios sectores de la actividad y la legislación escolares extranjeras. Se produjo, como consecuencia, una abundosa literatura acerca de los diferentes tipos de escuela en consonancia con las doctrinas y los sistemas político-religiosos. Hoy puede decirse que ya nadie discute, al menos desde el superior punto de vista de la escuela con orientación ético-cultural moderna, la relación intrínseca de la tarea de dirección del niño con sus vivencias religiosas.

La expresión un tanto paradójica de laicismo religioso, que empleo, responde, pues, al pensamiento de ineludible penetración de motivos históricos y psicológicos que tiene que informar nuestra educación. Es incomprensivo, es escandalosamente anti-pedagógico que, mientras el niño respira a todas horas un ambiente de "religión", que se expresa en formas innumerables, pero que significa un elemento biológico en la situación anímica total de ese niño, el educador laico crea cumplir su deber de tal haciendo absoluta abstracción de una vivencia semejante. Esta casi repulsa sistemática de lo vivido en lo hondo del ser resulta desconcertante para el educando, cuya relación funcional entre el espíritu y el universo queda sin un sentido incorporado a la educación recibida.

Resulta claramente de lo expuesto que no se trata de conservar lo existente, sino de que, al contrario, por la estimulación de las intuiciones fundamentales anejas al proceso evolutivo de la conciencia del yo, el fondo religioso de ésta se traduzca en reacción contra una moral atrasada como la que ha regido en este pueblo.

La cuestión es bien escabrosa y delicada, lo reconozco. Encuentro que la educación religiosa, en el sentido y con el alcance indicados, encierra tantas dificultades como la educación sexual, al presente tan recomendada por psicólogos y pedagogos. Preocupa a éstos la preterición absurda en que se ha mantenido aquel aspecto educacional, pero no ocultan su temor de que la práctica pedagógica no acierte con el **qué**, el **cuánto** y el **cómo** de la enseñanza sexual. En una fórmula, sí, van conviniendo todos: que esa enseñanza ha de estar estrictamente subordinada al propósito de "educación del impulso y conducta sexuales". Otro tanto cabe decir de la índole con que ha de entenderse y darse la enseñanza religiosa laica. Frente al dogma, al culto y a la Historia con sus movimientos religiosos, queda el vasto campo de las vivencias religiosas primarias, cuya dirección ha de traducirse luego para los educandos en elevación mental y moral de su tono de vida.

Si, como con la educación sexual, lo delicado y peligroso del tema ha de mantenernos en un no menos grave abstencionismo con respecto a la educación religiosa, de amplias perspectivas, que no se exagere la tendencia, cada vez acentuada, del pedagogismo racionalista para el cual no hay más que ciencia positiva en todo. Ese pedagogismo, a título de que el sentimiento de religiosidad es originado en el miedo o en la incapacidad de interpretación de los fenómenos naturales, olvida que tal sentimiento, explicable o inexplicable, es contenido cultural que no cabe soslayar en la función educativa, y mucho menos en civilizaciones poco desarrolladas como la nuestra. El materialismo pedagógico, además, entendiendo la religión tan sólo como algo de que es posible una crítica razonadora, y no un dominio vital con autonomía y sentido propio, ignora que "las religiones nacen, crecen y mueren: no se demuestran ni se refutan". Querer estudiar una evolución del hombre hacia la Religión, dice el filósofo y profesor Messer, parece tan absurdo como la cuestión del origen del lenguaje o de la razón. No es posible plantear razonablemente la cuestión de que el hombre haya pasado desde un estado prerreligioso, en el que tenía una cierta idea del mundo real, a la idea de lo divino...

En pueblos de fuerte raigambre religiosa —y el nuestro es un caso típico,— este divorcio del pensamiento laico y del sentimiento religioso no ha hecho otra cosa que romper el equilibrio moral interior de las conciencias y atizar un fanatismo agresivo. Si la docencia católica no ha aprendido la virtud de la flexibilidad histórica para adaptarse a la vida, la docencia laica no ha sabido tampoco comprender que precisamente el positivo

resorte de reacción contra la perniciosa rigidez del catolicismo docente debía consistir en la limpia manera de educar el espíritu religioso, que es la unidad del sentimiento vital con la conciencia del yo en proyección cósmica. Rota esta unidad, la educación positivista difícilmente se hace una fuerza con poder para moldear el individuo y la sociedad. Una religión dogmática sin contacto con el pensamiento moderno, y un pensamiento moderno desconocedor del mundo religioso íntimo de los hombres, producen lógicamente un estado de mentalidad y moralidad mezquino.

Quito, 1935.

LA POLITICA SOCIAL

V. GABRIEL GARCES

Ensayo de visión socio-económica del Ecuador

I

De acuerdo con las necesidades de la cultura de los pueblos cuyo proceso evolutivo es, o debe ser, imperativamente progresista, la acción política del Estado tiende, cada vez más, a patrocinar y auspiciar el juego de energías colectivas, la determinación normal de sus posiciones vitales, el ejercicio de sus actividades en lucha constante, todo el complejo campo de las gestiones humanas derivadas de la convivencia. La vida social moderna, requerida por mayores estímulos y acicateada por infinitos incentivos, demanda ordenamiento y ética en sus orientaciones; de otro modo, al no existir metodologías vitales impuestas por la misma necesidad de vivir, el caos sustituirá al orden y la tragedia ilegítima y nefasta sería cosa de ordinaria ocurrencia en los grupos humanos.

No admitimos, porque la historia nos lo niega y la lógica lo rechaza, la ingenua creencia pseudocientificista que pretende demostrar el lado fraterno fervorosamente humano y solidario que hizo a los hombres y a los pueblos subsistir en trances de amor cooperativo y correcto. Por más que esto se propague, como religión, como dispositivo ético y político, como quiera, la verdad histórica nos muestra a los hombres y a los pueblos por ellos formados, levantándose y cayendo, en ritmo incesante, sobre los hombres y pueblos que se levantan y caen intermitentemente para dar lugar a análogos movimientos individuales y sociales en la perdurable agonía de la vida universal y, acaso, cósmica. Si la misma cultura —tendrá razón Spengler— se forma e integra con elementos y materiales que cultúres anteriores dejan al paso, su paso fatal e inobjetable; si la civilización y el progreso son producto acumulado de ruinas antiguas y arquitecturas modernas, en su sentido social, que armonizan

en una construcción de presente la grave austeridad clásica y pasada con líneas atrevidas y flagrantes que auguran la geometría audaz para el futuro; si todo ello acontece forzosamente en campos totalitarios de actividad humana, no hay por qué exceptuar de esta calificación al sector de la energía colectiva relacionada con el vivir social puro, con la vivencia actual llena de zozobras pero repleta de esperanzas en un porvenir mejor.

Del compás moroso que caracterizó a la existencia de siglos pasados al súbito accionar del existir presente; del equilibrio lento que el medioevo comportó para el mundo, como una laxa modalidad en el pensar y el sentir colectivo, al impresionante y aparentemente ilógico imperio de la velocidad integral, al apresurado capricho de la vida, al tousco correr de los hechos actuales, hay tan palpable diferencia que no cabe negarla. Diferencia que comporta la transformación necesaria de la vida en todas sus manifestaciones, ya que el mundo marcha, la humanidad camina, hacia alguna meta, pero camina siempre, porque la evolución así lo exige fatal e imprescindiblemente.

En efecto, basta pasar la mirada hacia las realidades existentes en campos de política, de economía, de cultura humana global en los pueblos, en las distintas etapas históricas de su desarrollo, para hallar tan marcadas diferencias. La edad antigua, con Grecia y Roma como cimbras de una civilización hecha sobre basamentos filosófico y políticos —filosofía y ética, en Grecia; ética y política, en Roma— declina ante la arremetida de una nueva cultura que venía con los siglos y que significaba un profundo remanso humano, en tanto que la tragedia se interiorizaba en el espíritu de los hombres que hacían, quizás y sin pensarlo, la penumbra de la Edad Media, gesta misteriosa, a su vez, del clarear del Renacimiento. El largo transcurso feudal —modalidad económica enmarcada en su tiempo—, el pasar de esos siglos transidos de ensimismamiento y dolor silencioso, hubo de determinar lentamente el amasijo mayor de la historia antigua y media cuyo fruto emergió en Francia, en su Revolución del 89. No hace falta extender consideraciones al detalle histórico preciso y a la minucia expresiva de emociones culturales nuevas para el espíritu humano de entonces. Surgen, cambiadas en subsistencia, normas de actuación interhumana; brotan, puestas a mejor ritmo existencial, disposiciones de encauzamiento ético, arreglo formal de conductas, reputación distinta del valor de los seres y las cosas. Se ha logrado una superación sobre el ámbito inmenso de la vida de los hombres y los pueblos; porque eso es la cultura: supera-

ción, triunfo, éxito de unos móviles vitales sobre otros que se desplazan; vencimiento de un módulo comprensivo de afanes y realidades actuantes, sobre otro u otros que acabaron su vigor, porque deben agotarlo con el tiempo que se va para siempre.

La cultura impresa en todos los países que rumbaron por nuevos caminos luego de la revolución de Francia, que en este sentido de revolución humana fué universal, toma caracteres distintos. Se ha consagrado al hombre como entidad suprema y autárquica a la que ha de rodearse de garantías y protecciones; el individuo pasa a ser centro de todas las gestiones y meta de todos los anhelos; nada hay después del individuo o por encima de él. El tipo humano cultural de entonces constituye una elevación de la calidad biológico-psíquica del sér para valoraciones universales: el hombre es la máxima categoría del cosmos y su mejor exponente de equilibrio. El Estado ha confrontado su problema, que es problema de ser, de obligación de existir, frente al problema del individuo y del hombre soberano y libre, al menos en la concepción teórico-romántica de aquella época.

La cultura europea, que más tarde había de hacerse universal, irrumpe con sus dictámenes irrefutables. Los hombres, pero hombres agarrados a sus derechos de tales como si se tratase de títulos mayúsculos, como reto formidable a antiguos años de desfallecimiento o ausencia de personalidad, los hombres— decimos— vieron claramente que su pompa dependía de otras causas y seguía ritmos nuevos a los que no estaban acostumbrados. Es el momento histórico decisivo, en el que iba a germinar sistemáticamente el auge económico en el mundo moderno, alzado a planos de industrialismo y técnica inicial, cuyos éxitos anteriores tuvieron expresión social en Inglaterra. Europa tiene que cambiar su faz, haciéndose rápidamente austera, meditativa y grave. Los pueblos se hacen trágicos y los hombres se hacen trágicos también; la economía trasciende de la pura acción política a la esfera auténticamente social. El auge obrero cobra bríos insospechados, la producción necesita arreciar en cantidad y en calidad. Los economistas, fisiócratas, liberales, individualistas, ya fuesen Quesnay, o Smith, o Ricardo, o Malthus, indagan los fenómenos y, desde los albores del siglo XIX y aún en los finales del XVIII, han añadido inquietudes en la ciencia económica que germina conocimientos nuevos y expone teorías nuevas. Pero el hombre, que había de ser el **homo-conómicus** más aún que el **homo-sapiens**, que pensara Linneo, se halla extragado con su individualismo ro-

tundo; se anota entonces la necesidad de modelar un distinto arquetipo social cuya fortaleza colectiva subsanara la impotente defensa del individuo aislado. El hombre solo, metido en su egoísmo, no puede vencer en la lucha vital tan grave como se ha hecho en cualquier plano de su existencia. Por eso cede paso el individualismo económico —primero económico, luego será político— al colectivismo o socialismo, entendidos simplemente como organizaciones contexturadas por elemento humano múltiple. Del economista individualista hay que pasar al economista social, al que contempla al mundo como panorama de trabazones angustiosas de hombres magullados por la vida. Allí cuadra la estructura clasista, grupal. La clase social, con esqueleto económico, si virtualmente existe en los pueblos, acelera su marcha y se muestra claramente con la profunda y profética intuición marxista. No hay cómo negarlo: con Marx se afirma la consideración económica, materialista y determinista, que informa la vida de los pueblos. Las clases sociales y económicas están en lucha; lucha de diversa índole, desde la ordinaria y normal hasta la cruenta tragedia revolucionaria.

Hay que dar saltos sobre la historia para entender el significado, robusto en verdades sociológicas, que entrañan dos grandes acontecimientos de repercusión universal: la Revolución Francesa y la Guerra Europea del año 14. Francia simbolizó con sus Derechos del Hombre y del Ciudadano, la reivindicación del individuo, la plenitud soberana del ser consciente de sus destinos. Se alcanza entonces a elevar al hombre a su sitio de honores y prerrogativas; pero es el hombre apenas, célula emancipada, sola, de forzosas convivencias; hombre, pero no ligamen de hombres como es el pueblo, como es la sociedad. El sentido individualista de las sociedades hace consistir a éstas en sumas matemáticas de unidades humanas, mientras el sentido universalista de las mismas —sentido sociológico moderno— las define como entidades cuyo fondo humano es solidario e íntimamente vinculado por nexos de toda clase, entre ellos y preponderantemente, nexos de espiritualidad y de cultura. A esta inmensa comprobación histórica, a esta exégesis sociológica condujo la Gran Guerra: a demostrar que el Estado, la Nación, el Pueblo, las sociedades, son complejos intensos de humanidad organizada, porque debe serlo, y cuya valía general supera profundamente a la valía del individuo, partícula de un todo social incomprendido eternamente.

Desde el punto de vista americano, es decir, desde un ángulo geográfico de consideraciones culturales que han seguido lentamente el ritmo de las evoluciones europeas, es posible a-

preciar cómo los países nuevos de esta parte del mundo han acudido al ejemplo europeo para matizar de modernidad a sus vidas, así en planos político-ideológicos como en terrenos sociales específicos.

El Estado, la encarnación política por excelencia, ha debido orientar sus actividades conforme a los imperativos de la cultura. No cabe el Estado ajeno a las palpitaciones de la vida; no cabe la jerarquía política ausente de las fluctuaciones reales de los grupos humanos. El Estado tiene que asentarse sobre bases sociales; necesita ser la expresión ética y jurídica de un estado social popular, colectivo. El Estado-Rey, el Estado-Príncipe cedieron paso al Estado-Pueblo o Estado-Democracia; y en los tiempos modernos se anota ya la tendencia a desplazar estos conceptos para encarnar integralmente al necesario Estado-Servicio.

La orientación de la política hacia lo social es una peculiaridad del estado presente. Aún las Cartas Políticas se transforman en Estatutos de convivencia, en normaciones de sociedad civil, en cauces de dirección ordinaria de la vida en común. Las Constituciones modernas, las de México, España, Alemania, etc., consagran largos capítulos a exteriorizar sus reglas normativas de conductas humanas en el asesante actuar de los hombres, en su trabajo, en su lucha. No habrá de pasar mucho tiempo en que las legislaciones, inclusive la legislación, que llamaríamos política, deba hacerse legislación social de preferencia: a ello impulsa el ritmo de la vida actual que en todos los pueblos, aún en los de América, cobra vigor y poder irresistible. El Estado está compelido a hacer posible y, más que posible, porque virtualmente lo es, a hacer eficiente y justiciera la convivencia de sus súbditos, de sus hombres. La Nación, viejo trámite o armadura colectiva en que se asienta la arquitectura política, se ha trocado en colectividad humana llena de energías dispersas, desiguales, flotantes por distintos lugares y que el Estado necesita armonizarlas y equilibrarlas éticamente. El Estado debe estar con la Nación, con su Nación pero no en su contra. Porque en América ha acontecido este caso curioso y grave: el Estado estuvo en pugna con la Nación y, a la inversa, la Nación o siquiera grandes sectores humanos que la integran, se estuvieron en lucha con el Estado. Este divorcio permanente, cuyas causas probables habrían de indagarse paciente y concienzudamente, dio margen para el perpetuo revolucionarismo americano, ya que el Estado, con su armadura oficial, el Gobierno, anduvo conteniendo la perturbación interna de sus pueblos y de sus hombres,

mientras éstos buscaban flancos de asalto y derribamiento político, yéndose contra los gobiernos.

Por eso el anhelo nuevo de la política es de amplio equilibrio humano, de protección, de tutela para los grupos y colectividades.

La política llamada social es la que responde modernamente a estos imperativos substanciales. Y esta corriente acrece su acción desde hace muchos años, pero fundamentalmente a raíz de la paz de Europa, luego de la tragedia de cuatro años que hizo, entre dolores y catástrofes sin cuento, comprender a los Estados y a los pueblos la necesidad de nuevas normas y reglas para hacer a la vida mejor, por lo menos en límites de relativa y apetecible justicia nacional e internacional. A tal fin responde, aunque fuese teórica más que prácticamente, la organización de la Sociedad de las Naciones, entre cuyas mayores perspectivas se hallan las de política social, legislación social, protección obrera, etc. para todos los países afiliados a su Estatuto y aún para los restantes que no lo fuesen. No hay para qué alargarnos en una justificación histórico-cultural de una acción política ecuatoriana con rumbos sociales. Salta a la vista esta necesidad y es cosa muy clara su imperativo presente. Más adelante, al analizar concretamente las condiciones del pueblo ecuatoriano, veremos si es o no oportuna y legítima la intervención del Estado para legislar, para regular y encauzar los arduos problemas que comporta, aún para un país de limitadas reservas y elementos humanos como el nuestro, la evolución social que hayamos alcanzado en el país.

2

Conocer a un país es demenzarlo en realidades y fenómenos de modo tal que su estructura quede sometida al análisis y al estudio más severos. De este modo debemos abordar el problema de indagación ecuatoriana, ya que nos es necesario definir al pueblo, descifrarlo en su vida colectiva, valorarlo en función de sus destinos actuales, computando su energía presente, sus posibilidades humanas, etc., para inferir de este examen la legitimidad de una acción del Estado encaminada a establecer nuevas ordenaciones jurídicas, distintas normas de convivencia, dando auge a los imperativos de justicia social ecuatoriana en sus expresiones de vida moderna calificada y correcta.

El Ecuador —lo sabemos todos— es un país asentado sobre las estribaciones de los Andes, lo cual ha determinado naturalmente la división en tres grandes regiones geográficas cuyas variantes topográficas significan, así mismo, condiciones sociológicas diversas que es preciso estudiar con atención. La región del litoral con su ámbito humano propio se diferencia de la región serraniega con el suyo, y ambas regiones son desemejantes con respecto a la región oriental y selvática del país. Si las descripciones geográficas del Ecuador son suficientemente abundantes, en cambio la narración psicológica de los habitantes, su valoración socio-geográfica, no se ha hecho sino en cortos y contados ensayos ecuatorianos. Porque precisa anotar estas variantes en la indole, en el temperamento, en la idiosincrasia de colectividades numerosas, a fin de que la tarea del Estado, en su sector legislativo, alcance éxitos posibles. Una ley necesita adecuar sus normas al carácter específico de los hombres que han de cumplirla, sin promover disturbios en el espíritu de los mismos por el choque de modalidades propias de su ambiente y los preceptos nuevos que la ley implante. Acaso esta particularidad psicológica en las materias jurídicas no se ha estudiado entre nosotros, ni jamás se tuvo en cuenta su valía para adecuar el cánón legal a la modalidad psico-sociológica de los grupos humanos. Pensamos que las leyes sociales, de preferencia, han de ir armadas de todas estas defensas para que fuesen discretas en sus normas y eficaces en sus métodos impositivos u obligatorios. Los hombres del litoral tienen una contextura anímica apta para la reacción nerviosa y pronta, su carácter expansivo y resuelto necesita ser prudentemente valorado como expresión exacta de las repercusiones telúricas, propias de su región. Cuando veamos el contenido de la huelga, por ejemplo, fenómeno humano digno de examen no solamente económico o político sino también psicológico, habremos de hallar esenciales diferencias originadas por el ambiente interno y externo en que tales hechos se producen. Los hombres del interior suelen ser mesurados, apáticos, indiferentes; hombres de rocas, junto al macizo andino, su actitud tiende a la soledad, al egoísmo; y es preciso indagar por qué ahora sus gestos alcanzan una energía y una violencia ajenas a explicaciones ambientales, lo cual hace pensar en la penetración intensa de nuevos factores de inconformidad social que reclaman remedio. No creemos en la pasividad de los individuos de conciencia; no podemos creerlo, porque la vida humana, emancipada de la coacción de la especie, condición zoológica irrefragable, es de acción y de reacción, de ataque y contraataque con la vida y la

naturaleza en que ésta se realiza. Por eso el Estado ha de buscar medios y recursos para que sus componentes humanos lo sean en la alta jerarquía que les corresponde; por eso el Estado tiene que propiciar de todas maneras la dignificación de la lucha colectiva, síntoma de existencia de seres pensantes y sensibles. La ley es para esto: para levantar el nivel educativo popular, sincronizando movimientos culturales que se le asignan por otros medios; la ley ha de establecer caminos y rumbos para el justo y espontáneo accionar de los hombres y los pueblos. Hoy que reclamamos justicia, veamos dónde debe dársela y en qué proporciones; hoy que reclamamos solidaridad social, escrutemos en qué sectores de humanidad ecuatoriana hace falta.

La población ecuatoriana, cuyo monto preciso no conocemos sino por conjeturas o cálculos aproximados (la Dirección de Estadística hace sus cuentas demográficas sobre los datos elaborados por Wolf) se halla diseminada en el país en sus distintas regiones habitables.

Estos mismos datos estadísticos ecuatorianos asignan al país (cálculos al 1° de Enero de 1935) una población total de 2'645.583 habitantes sin contar con la exigua cifra de 949 inmigrantes en el decurso de un año. La población correspondiente al Litoral, alcanza la suma de 817.720 habitantes, mientras la de la Sierra llega a 1'639.187 habitantes.

Por desgracia (nunca será por demás el lamentarnos), estas cifras escuetas que revelan apenas el monto demográfico de un país, sin que nos aclaren la esencia de los fenómenos humanos que las estadísticas entrañan, no nos permiten hacer operaciones precisas para apreciar como es debido la estructura íntima del Ecuador, clasificado y diferenciado en jerarquías colectivas, sea por condiciones raciales, sea por aspectos económico-sociales que las diversifican. Hay que ir al cálculo y a la conjetura para plantear problemas de extrema importancia nacional.

Según los pareceres más o menos autorizados de cuantos estudiosos ecuatorianos han tratado de nuestros problemas sociales, se puede asignar un 60% de población india al país; el resto, o sea un 40% estaría compuesto por las demás categorías humanas: blancos, mestizos, negros y mulatos.

La diversificación racial, si bien no tiene mayor valor para consideraciones culturales cuando realmente existen en los pueblos, en el Ecuador adquiere importantísimo papel, por lo menos como resabio histórico colectivo que reputa a unos hombres inferiores respecto de otros y que siéndolo históricamente, no

hay peligro en conservar hegemonías étnicas —cualesquiera que fuesen— sobre grupos humanos indígenas cuya larga sumisión racial ha trascendido ya evolutivamente a sumisiones psicológicas, cápitisdiminución de sus hombres, y aún ha llegado, como era natural, a desviar juicios sociales que autorizan implícitamente la explotación del hombre por el hombre, la saña economista contra el indio, su pobreza considerada en regímenes de plena democracia. Las clases sociales ecuatorianas, valoradas desde un punto de vista técnico, no acusan devaneos sobre razas o insinceridades nobiliarias; acusan —como en todo el mundo— crudelísima distinción de capacidad económica en sus componentes humanos.

La clase social y, mejor, el estamento social, que incluso puede tomarse como índice de apreciación histórico-cultural de los grupos ecuatorianos, tiene hoy importancia por su potencialidad económica en relación con la riqueza pública y privada de los pueblos. De tal manera que, al hablarse de clase social en el país, hay que entender preferentemente como expresión computable en cifras económicas, la posibilidad de alcanzar riquezas, etc., sin olvidar del todo una ubicación de grupos en el campo global y totalitario.

Sí, pues, el 60% de población ecuatoriana está integrada por gente aborigen, por indios o por sus inmediatos derivados étnicos sin cruzamiento, resultaría que esta mayoría demótica ecuatoriana integra la gran clase social inferior del país, cuando el resto minoritario hay que subdividirlo en clase media y clase alta ecuatoriana.

No hay que olvidar la dificultad que las clasificaciones sociales traen consigo, dificultad en veces insuperable, si no hay métodos positivos y científicos de discriminación y si no hay, para apoyarlos lógicamente, datos concretos y reales de afirmación individual y colectiva. Descartamos, pues, la insegurar de jerarquías sociales que no fuesen comprendidas por indicaciones culturales, de un lado espiritualista humano, y complejos económicos verosímiles —ciertos y auténticos no los conocemos en el país—, de otro lado objetivo y materialista en nuestros pueblos.

Será preciso, entonces, escrutar el panorama nacional buscando realidades humanas en relación con la forma actual de vida económico-social en el país. Una primera visión socio-económica nos hará dividir a la población en urbana y campesina, o sea, en gente que vive apiñada en las ciudades, que convive en el diario afanar, y aquella otra dispersa en el agro y cuya modalidad vital se condiciona forzosamente a los recursos

que ofrece el ambiente. El urbanismo ecuatoriano, es decir, la expresión social calificada propiamente como tal, comporta un complejo intenso de actividades de los hombres para subvenir a sus menesteres, agravados económicamente por demandas de sociedad, por exigencias cada vez crecientes, según el grado o categoría en que el individuo se coloque frente al grupo social del que forma parte. El campesinado supone la existencia terrígena por todo concepto, vida, lucha, trabajo agrarios, lo cual manifiesta una contraposición inmediata con los caracteres del urbanismo.

En las ciudades, aún en poblados mínimos, la vida se hace casera, doméstica y familiar, siendo de anotarse que esta tonalidad existencial decrece a medida que el centro urbano es mayor, ya que en estos centros la vida toma ecos distintos, burocráticos, oficinescos, políticos, administrativos, señalando un tipo humano que no es el de hogar propiamente dicho, sino el hombre de la calle, hombre de taller, el de la fábrica, el de la acción fuera del domicilio.

Hay que anotar que la crisis ecuatoriana se reflejó en varias ocasiones por una corriente numerosa de población que tomó el camino de las ciudades, lugares que se los creía propicios para hallar trabajo, sobre todo el remunerado por entidades de carácter público: Fisco, Municipio, etc. Las condiciones de la economía ecuatoriana afectada por males inherentes a su textura débil, determinó alteraciones, altos, bajos, vaivenes extraños en la economía pública, inclusive la del Estado, y en la privada; todo lo cual, a su vez, impuso para las masas humanas y sus componentes individuales móviles de acción y de lucha distintos, desplazando normas anteriores de convivencia y dando margen para proliferaciones numerosas de gente desorbitada económicamente y en trances difíciles de adaptación a las nuevas circunstancias de vida. Del campo a la ciudad, del campo al cuartel general de operaciones urbanas, del campo al caos, en una triste deficiencia de medios vitales y recursos de subsistencia. Las ciudades, añadidas de cantidad humana, se hicieron emporios de agitación y tragedia, claro está que sin las recias y formidables posiciones que estos fenómenos adquieren en países ajenos al nuestro en calidad y cantidad social, económica y política.

Debe ser interesante anotar que el mejor refugio monetario de nuestro país, constituye el Presupuesto del Estado y los Presupuestos Municipales; la burocracia es salvavida inmediata para la crisis humana de trabajo, sea que realmente exista como tal crisis, sea que se deba a ausencia habitual de espíritu de cons-

tancia y de lucha que el trabajo en si mismo comporta. La verdad es que la desocupación urbana deja entre nosotros de ser realmente una actual y definitiva carencia de trabajo de cualquier indole para convertirse en sucesiva y alternativa captación de cargos y empleos por unos hombres, mientras otros se ven compelidos a dejarlos en fuerza de condicionalismos de carácter político. La desocupación urbana auténtica, precisa, entendida como limitación de actividades humanas productivas, existe también, pero en cortas proporciones, aquellas que provienen de sobresaturaciones obreras o de mala organización y reparto de actividades del trabajo social.

Quien analiza severamente las condiciones de vida de los poblados, en sus distintas categorías, desde el villorrio humilde hasta la ciudad, puede advertir la presencia de fenómenos interesantes, tanto más interesantes cuanto más complicados se manifiestan en su expresión colectiva. El villorio, que quizá entraña una atomización socio-económica particular, interferencia de lo rural con lo urbano, transición entre el campo y la ciudad, aparece como primera agrupación de seres al rededor de un motivo que los sustenta y abarca: una hacienda, una industria localizada en ese lugar, un trabajo permanente en aquel sitio, etc. La aldea debe comprender, entonces, la sociabilidad necesaria e inicial de hombres cuyos nexos de convivencia responden casi siempre a motivos económicos. Sería importante apuntar demostraciones históricas a este respecto americano, —y ecuatoriano, como es natural—, a más de referirse a teorías socio-genéticas que por ahora no las traemos a colación. En todo caso, la aldea ecuatoriana, en especial las de formación reciente, y cuya definición se acercaría a valorar cuantitativa y cualitativamente los incentivos económicos de asociación humana, tiene vida de calma, de diaria faena, de trabajo intimo, tarea mezclada entre menesteres agrarios y ocupaciones domésticas. A medida que la aldea crece en importancia, logrando valias incluso de orden político-administrativo, —anejo, parroquia, etc.—, la vida se complica o se hace múltiple; del hombre avezado a la jornada terrigena, se pasa al hombre adiestrado en trabajos de pequeño taller, así fuese su propia industria, lo cual es frecuente en los pueblos ecuatorianos, o ya fuese operario o trabajador de industria ajena. El artesanado nace en el centro urbano antes que en el medio agrario, lo cual tiene justificación exacta y aún histórica en el auge que este género de trabajo universal obtiene en la Edad Media y en periodos de su declinación. Hay que anotar ciertamente, porque se debe hacer justicia a los pequeños poblados, que es allí donde la obra silenciosa del trabajo privado, per-

sonal, pequeño, escasamente aprovechable, tiene su mejor expresión ecuatoriana. La producción nacional hecha con aportes ínfimos de los hombres del país tiene sus fuentes nutricias en la aldea, en la pequeña población; la productividad se opera allí, aunque el consumo requiere movilizaciones precisas en busca de mercados. Sobre todo, los productos naturales logrados en la agricultura son nacidos económicamente fuera de las ciudades, como es obvio entenderlo. De otra parte, la producción, dividida en pequeña y grande, según sean las fuentes de que proceden en la desarmonía económica ecuatoriana, entabla una lucha desigual en el país: la pequeña producción se mantiene presionada sistemáticamente por el boicot de la grande, fuerza absorbente de energías nacionales e índice de las fluctuaciones en los negocios de la república.

De aquí ha de inferirse inmediatamente los marcados caracteres de nuestro ruralismo, contraponiéndole al urbanismo del que hemos tratado en sus líneas generales.

El ámbito rural, campesino, debe entenderse como una ecuación constituida por el elemento humano y el elemento natural o geográfico: ecuación consistente en la adaptabilidad del hombre a su medio, en la compenetración de la energía humana a las circunstancias en que la vida va a desenvolverse. Así entendemos virtualmente al ruralismo. El agro, la tierra sin el hombre que los posea o domine, no tiene significado sociológico de ninguna naturaleza. Por eso es menester la ecuación de que hablamos antes: hombre adherido, encajado en la tierra; hombre puesto sobre ella para hacerla cuajar frutos, para vencerla.

Las tierras ecuatorianas son del dominio de los particulares, aparte de las propiedades que pertenecen al Estado. El Código Civil vigente define y clasifica a la propiedad conforme a normas legales, pero la Carta Política ensaya una moderna estructura de la propiedad en "función social", por más que prácticamente no se haya logrado aún afirmarla en esta última calidad.

Las tierras del país están, pues, en manos de los particulares. Si hubiese entre nosotros algo más que los cuadros vacíos de interés humano que los avalúos hacendarios suponen; si tuviésemos algo más que el simple recuento de haberes patrimoniales computados en forma de riqueza territorial; si supiésemos a punto fijo el número de propietarios frente al número de los que no lo son, en relación exacta con la extensión del suelo técnico o empíricamente aprovechable por el trabajo humano; si existieran cuadros demostrativos del reparto de la propiedad inmueble en el país, con planos topográficos de su ubicación nacional y relacionándolo con las posibilidades de cada medio na-

tural y humano, allí sería viable una justa valorización de la riqueza agraria ecuatoriana, de muy antiguo ponderada como la forma de mayor rendimiento económico en el país. No nos es posible, entonces, como sería nuestro deseo, demostrar con cifras y con gráficos expresivos la situación de la propiedad territorial con respecto al número de sus legítimos poseedores o propietarios.

Tantas veces se ha dicho de latifundismos y feudalismos asentados en el Ecuador; otras tantas se ha irrumpido con calor, desde sectores ideológicamente inconformes con situaciones actuales, para demandar parcelación, o para exigir tierras, o para reclamar justicia agraria. ¿Qué fundamento hay para tales afirmaciones relativas al feudalismo criollo, americanizado y ecuatorianizado desde la Colonia hasta nuestros días republicanos? ¿Es verdad que el suelo productivo, la tierra fecunda se halla en muy pocas manos, protegido el dominio por fuertes defensas jurídicas y legales frente a una mayoría nacional humana que desfallece de necesidad y miseria? ¿Los campesinos, indígenas o mestizos, que viven en el medio rural, no son propietarios y si lo son en qué proporciones, cómo y de qué manera? ¿Los indios tienen tierras propias, aparte del misérrimo **huasipungo**, concesión hecha por los dueños de hacienda a sus peones y braceros? ¿Dónde la estadística detallada que nos aclare tan formidable problema ecuatoriano?...

No hay cómo dejar pasar inadvertida la importancia que tendría el conocimiento del número de haciendas, fincas, fundos, etc. repartidos por todo el territorio ecuatoriano, con la especificación de extensión, calidad de tierras, género de cultivos, número de trabajadores propios o ajenos, condiciones jurídicas de dominio y más detalles de interés profundamente social para el país. Entendemos que el Ministerio de Hacienda, Departamento a cuyo cargo funcionan las comisiones avaluadoras de la propiedad rural ecuatoriana, debe poseer cuadros de esta naturaleza.

En cualquiera forma que se considere el reparto de la riqueza radicada en la tierra productiva, la verdad es que ésta se halla prácticamente en poder de una minoría frente a una mayoría que no la tiene, lo cual determina automáticamente una desigualdad económica en los hombres del país, agravada en el ambiente urbano por la riqueza rentística de pocos frente a la ausencia de rentas por parte de los restantes pobladores. Si es que hay gamonalismo ecuatoriano, precisa entenderlo como expresión de poderío económico, sea de la naturaleza que fuere, pero que en todo caso señala una definitiva superación de unos

seres sobre otros por obra de circunstancias económicas que hacen desiguales la vida, el imperio y las prerrogativas de los hombres.

En el país la obtención de la riqueza se logra por el producto del trabajo; riqueza que resulta computable como margen cualitativo de valores personales o sociales, según sea el modo de repartirse entre los hombres: riqueza, rendimiento económico para el capital y riqueza o rendimiento económico para el trabajo propiamente dicho. Las dos fuerzas concurrentes para la producción de la riqueza económica, si bien teóricamente parecen estar armonizadas, no lo están realmente, produciéndose las reiteradas reclamaciones de justicia. Tal es, pues, la causa suprema y eficiente que explica la fuerza inicial obrera del país, trascendiendo a esferas de conflicto social entre sectores humanos cuya posición no satisface a los anhelos de bienestar y orden colectivos.

Si constituimos un pueblo de escasas energías dinámicas, país de comienzos industriales, de cortos alcances económicos, aún en este estado precisa mantener un auténtico equilibrio humano a consecuencia del reparto social de la riqueza ecuatoriana. No tenemos, hablando de nuestra nación, problemas tan intensos como los países europeos, viejos en materias de trabajo, duramente azotados por tragedias de índole económica. El maquinismo, el industrialismo no logran aún un desenvolvimiento mayor y el cual, en otras partes, constituye el eje de las evoluciones colectivas y el motivo para el cotidiano cambio en las expresiones de la vida social de cada pueblo.

(Continuará)

Quito.—1935.

EL PERIODISMO NACIONAL

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

VISION DE CONJUNTO

Un siglo de periodismo nacional permite conocer sus características, que retratan la evolución intelectual ecuatoriana, si se ha de convenir en el trillado principio de que la prensa es el alma de la cultura de un pueblo.

Como en toda demostración afectiva y cerebral, abundan, más que las virtudes, los defectos. El tiempo se encarga de ponerlos a la faz meridiana.

La visión es de conjunto. No me detendré a citar centenares de nombres de publicaciones, porque sería engolfarme en un océano de papel impreso, en una selva de periódicos que, como otras tantas flores de espino, volaron con el viento, se dispersaron a la semana, y tal vez al otro día de haber visto la luz pública.

En el periodismo hemos de distinguir las revistas de factura reposada y con tendencias ya científicas, ya literarias, ya artísticas, de los periódicos netamente políticos e informativos, muchos de los cuales aparecieron hoy, para ser olvidados mañana irremediablemente.

Quizá pertenecen al género de revistas por entregas las magnas publicaciones de Montalvo, como "El Cosmopolita", que trataba de todo y magistralmente, como los tomitos del "Expectador" y otros.

Obras impresas y de elaboración periódica, como "El Iris", "El Pichincha", "La Revista Ecuatoriana", "El Figaro", "Guayaquil Artístico", "La Ilustración Ecuatoriana", "Albores Literarios", órgano de la Sociedad Cervantes, "Vida Intelectual", "La Idea", "Vejees y Novedades", "Revista Nacional", "Hoy" y "América", magna y continental labor que cumplió diez años de triunfal vida, lo que es asombroso en el periodismo ecuatoriano, etc., pertenecen a distinta y más noble clase, de la

que no es mi ánimo tratar. Tampoco de los "boletines" que sostienen algunas instituciones, entre ellos el de la Universidad Central; sus antiguos y enciclopédicos "Anales"; la "Revista del Instituto Nacional Mejía", órgano oficial del plantel, que ha dado bellos frutos como "Inquietud" y otros ensayos; "La Ilustración Militar", "El Ejército" de copioso material técnico e histórico, etc.

Tomo en cuenta únicamente lo que más se acerca al diario, los bi-emanaños, hebdomadarios y hasta las hojas quincenales, los que se dicen eventuales, que se dieron a la estampa con particulares fines, como los electorales, o atacar y defender puntos determinados, hombres y cosas de tal o cual círculo, y hasta saciar venganzas.

Si en algunas ciudades de la República como Quito y Guayaquil existen a la conclusión del siglo XIX diarios ya establecidos, el diarismo no se generaliza y consolida sino en el siglo vigésimo. Portoviejo, Bahía de Caráquez, Riobamba, Cuenca, Esmeraldas, Ibarra, Ambato, sólo en esta centuria han cultivado aquella clase de representaciones espirituales.

También debo distinguir lo que se ha dado en la flor de llamar prensa grande para diferenciarla sin duda de la chica, no sólo por la amplitud o reducción del formato, según los casos, sino preferentemente por la categoría de los ideales y la mesura y limpieza de los procedimientos. La una, generalmente seria y comprensiva; la otra, juguetona, hiriente y apasionada. La injusticia y el odio han inspirado millares de hojas impresas que fueron, por fortuna, relámpagos fugaces.

De época en época se ha sentido cierta regresión en una parte de la prensa que se consideraba seria. Las pasiones políticas han vencido al periodista ecuánime, cuando las campañas personalistas arreciaron. No siempre supieron ajustarse a las normas del respeto mutuo y del espíritu caballeresco. Terribles ciertos combates por la prensa, como riña de bárbaros. Cuando no imperaron decencia, probidad ni disciplina, los estragos que causara el periodismo fueron infinitos; enfermedad de megalomanía, males de oposición calculadora.

Citanse periódicos —como el que en la colonia fue primicia cultural de Espejo, como el que en la república significó explosión liberal de Quito, robustecida por Hall, Pedro Moncayo y sus patriotas compañeros— que prestaron servicios a la civilización de un pueblo.

Analizaré, en términos impersonales y a grandes pinceladas, las deficiencias del periodismo ecuatoriano. Como acto

de probidad, cumple fijar excepciones merecidas, cada vez que la amarga verdad, saludable desde luego, denuncie incorrecciones.

PERIODISMO DE ESCANDALO

La literatura no es sino la manifestación de un estado social, ha dicho el culto escritor Antuña. Esto se demuestra con claridad al estudiar las corrientes ideológicas que circulan por el mundo en visperas de grandes acontecimientos colectivos, o pasadas las catástrofes sociales. Examínese la índole de las publicaciones de la pre y de la post-guerra europea, y se conocerán sus tendencias literarias.

En América, la literatura del tiempo de Rosas contenía laudatorias al tirano. Así ha sucedido también con la de los turiferarios de Estrada Cabrera y Leguía. Sólo algún raro temperamento como Mármol, el poeta civil, se encaraba contra los Rosas en estrofas de fuego y espeluznantes relatos novelescos.

Por espacio de un cuarto de siglo la literatura mexicana está plagada de encomios a Porfirio Díaz. Los periódicos de Venezuela registran ditirambos continuamente consagrados al General Juan Vicente Gómez, al que la prensa califica de benemérito. No pocos libros le fueron dedicados.

Claro está que estas manifestaciones serviles no son absolutas; pero enfocan el medio ambiente, no obstante lo excluido honrosamente y las voces de valentía y dignidad de los Jacinto López, Blanco-Fombona, Jorge Luciani, José Rafael Wendehake y otros de análoga bravura.

En el Ecuador, en la aguda temporada de crisis económica, ha abundado la literatura financiera y bancaria, reforzada con las críticas al profesor norteamericano Kemmerer, al que la Argentina, ante el fracaso internacional de sus milagros, llamó irónicamente santón, negándose a solicitar sus consejos. A la literatura de los economistas nacionales, llena de recetas, advertencias y proyectos de emergencia, de reformas hacendarias y aduaneras, se ha unido, en otro plano revelador de honda perturbación social, el grito destemplado de las pasiones políticas, en centenares de periódicos que demolian y apuñaleaban moralmente a muchas figuras decorativas; que insultaban y repartían palos de ciego, que escandalizaban a los hogares, atónitos ante el huracán de letras de molde que levantaba polvareda y protestas.

Una ola amenazante se alza en América. Parecería que estuvieran minándose los fundamentos del respeto social, del

buen gusto, de la sinceridad. Cruzan el continente tristes muestras de la decadencia mental, hojas enfermizas, pobres de armonía y de ideas, que han renunciado a la altura de pensamiento, prensa arrabalera que disparata a destajo, olvidándose de la misión de cultura popular.

Si descartamos las muestras de la prensa seria, hallaremos un enjambre de periodicuchos diminutos, demoledores y plagados de gratuitos denuestos contra la gente que algo vale; el brote innoble de la literatura de escándalo que cree asegurar el número de sus lectores, burlándose cínicamente del prójimo. En tanto que los culpables andan muy campantes, que los políticos que han delinquido no son señalados con el dedo, que no es delatada la iniquidad, salen figuras inocentes, varones que no han cometido más crimen que educar a la juventud y trabajar infatigablemente en bien del pueblo, a ser ludibrio de los que manejan un puñal en vez de pluma. Son signos evidentes de la corrupción del medio ambiente, tristes muestras de retorcimiento moral. Se llama la atención del público con objetivo muy distinto al de la sanción y justicia. ¡Qué contrasentido moral ahonda la impunidad!

Necesitamos en la prensa ideas fuertes, sugerencias saludables, arte puro, valores auténticos. Apartar la hojarasca para que aparezca el fruto renovador, es obra de conciencia. Que no nos sature el mal gusto. No demos entrada a las falsificaciones de la belleza, convencidos de que la cultural labor ha de ser de selección. Se diría que la verdad está velada, que se halla como corrida ante el engrandecimiento de los ídolos, a quienes hacen servir para todo, siendo así que están preparados para muy poco.

¿Atravesamos ciclo embrionario de la cultura nacional? ¿Qué se ha hecho por educar al pueblo? La lucha de los partidos políticos arroja, como triste resultado, la división y el odio. Combate a dentelladas, he ahí la acción periodística. ¡Cuántos valores dignos de provecho pudieran ser estimulados y dignamente dirigidos, si la prensa les hubiera amparado, en un sentir con la justicia social!

Nos quejamos de la falta de hombres, y nosotros mismos les hemos fatigado, trayéndolos de acá para allá, con riesgo de envanecerles y corromperles, ya con el aislamiento, la conspiración del silencio y el furor de la trinca o del círculo implacable; ya con el adulo desmedido, la ausencia de equidad y el incondicional apego a la madera de balsa de que salen los protagonistas, los caudillos, los irremplazables.

EL HABITO DE LA LECTURA

Si no se leen libros, menos se buscan periódicos, en apreciable tanto por ciento de la población ecuatoriana, principalmente en algunas regiones de la serranía. Continúa la costumbre de leer de gorra, aspirando a que este pan se les dé graciosamente.

La prensa ha tratado varias veces, como de una medicina espiritual, de la necesidad de que se fomente la lectura en los niños, indicando a los padres de familia que tal es su obligación suprema.

Se habló de un congreso de bibliotecarios para unificar opiniones sobre la difusión del libro y la propaganda de lectura popular. A tan noble fin tendió la rica y hermosa Exposición del Libro Hispanoamericano, a la que concurrieron, con verdaderos tesoros bibliográficos, veinte naciones de habla castellana y una de portuguesa, bibliotecas y casas editoras. Este desafecto a la lectura ha impedido que progrese el periodismo; pero su pujanza concluye por abrirse paso en la maraña intelectual, como el automóvil descuaja la intrincada espesura.

Un tiempo la exageración pedagógica, que sustenta doctrinas encontradas, se pronunció abiertamente contra el libro, haciendo guerra tenaz a los textos. Funestas fueron las consecuencias. El alumno se acostumbró a no comprar libros. Sus labores escolares consistían en copiarse los unos a los otros dictados erróneos. Se ocupó la insuficiencia y ociosidad de los malos profesores que se contentaban con llevar a la clase cuadernitos y apuntes para dictarlos a sus discípulos, convirtiéndose la enseñanza en tarea mecánica de copiar automáticamente. Quedan resabios del odio a los libros. Pocos se adquieren. Muchos viven de prestado o prescinden audazmente de ellos.

Si los padres de familia, si los maestros no inducen a los niños a reverenciar a los libros, a formar bibliotecas particulares, a adquirir afán por la lectura, la sociedad no extirpará a la ignorancia, por empeño que en la formidable campaña ponga la prensa.

Se ha tratado de ensayar las bibliotecas ambulantes a la manera de los Estados Unidos. "Llevemos los libros hasta los hombres, dice la señora Puente de Urgellés; no esperemos que los hombres vengán a buscarlos. Démosle oportunidad a cada individuo a que pueda leer un libro sin costo alguno, que él después de haber leído el primer libro, irá a la biblioteca a buscar que le presten otro para llevar a su casa".

Poco a poco hallará gusto en la lectura. Le tentará entonces la compra de libros y periódicos que nutran su inteligencia.

Una estadística de los libros y diarios que el público adquiere, nos estaría revelando cuántos hogares prescindan, en sus presupuestos, de surtirse de alimento espiritual...

ECUANIMIDAD, PERSEVERANCIA

Son virtudes que no siempre lucen en la prensa ecuatoriana, que lanza periódicos de duración efímera y hojas henchidas de odio banderizo, de rencor personalista.

Existen todavía furibundos enemigos de las causas filosóficas que suelen acarrear buen éxito, cuando constancia, lenta preparación e igualdad de ánimo, unidas a férrea voluntad, proporcionan el acariciado triunfo. Siguen creyendo, a pie juntillas, en la ciega fortuna, descuidándose de los medios de conseguirla. Ningún mérito atribuyen al ¡ayúdate!, que es el himno del esfuerzo propio.

¿Qué filosofía más alta y disciplinadora que la educación de la voluntad? De ella depende, en gran parte, el coronamiento de las empresas. Seres insignificantes, humildes labriegos, modestos artesanos, jóvenes desvalidos llegan a la cumbre por el poder de su carácter, que es palanca prodigiosa como la de Arquímedes.

El educador americano Marden pone ejemplos a porrillo, que estimulando están el cultivo de la voluntad, que tan fácilmente llega a enfermarse. Nadie que con atención y miras imparciales le haya leído, osará negar que de modo sencillo e insistente tiende al mejoramiento humano y al dominio de la fuerza espiritual que empuja a las demás actividades del alma, pisoteando prejuicios y bajas pasiones. Se le ha motejado de que la mayoría de los casos saludables que presenta corresponden a pueblos anglosajones, acusándole de que sólo prefiere a las razas fuertes e imperativas; pero no quieren acordarse que varias ocasiones cita con elogio a excelsos latinos, membrudos de corazón, que con audacia y tenacidad volvieron realidades hasta los inauditos sueños. A cualquiera raza que pertenezca, sucumbirá quien es holgazán, quien al menor fracaso se derrota, quien se siente abrumado por la mínima contrariedad. Son los enemigos capitales del periodista. Por esto pocas veces triunfan sus empresas. Si imitaran a esos personajes representativos como Franklin, Emerson, Lincoln, Edison, la prensa iría viento en popa.

¿Insinuación descabellada aconsejar a los periodistas que lean a Orison Swett Marden, a William Boven con su "Ciencia del Carácter", al doctor Gregorio Marañón que alecciona médica y moralmente a la juventud, a Ramón y Cajal, el de sus luminosas lecciones autobiográficas, a Constancio Vigil con su admonitor "Érial", a Santiago Argüello, a Edmundo de Amicis de tan nobles sugerencias?

Combatir la moral social, la vulgarización de la filosofía ética, no se le ocurre sino a la intransigencia, siniestramente aconsejada por la ignorancia. Quienes no son capaces de escribir ni una columna acerca de auto-educación, llamarán prosaicas, soporíferas a las obras de los colegas trazadas con sinceridad y sencillez, no exclusivamente encaminadas a literatos, sino dirigidas a la generalidad de los mortales que gustan de la llaneza del estilo, del comprensible lenguaje del periódico, ¡oh, floridos retóricos, derrochadores de filigranas!

Las ideas no se gastan: perduran. Hacer buen acopio de ellas es guardar postre suculento.

Ojalá los niños, como se acostumbran a los dulces, se habituaran a lecturas del género de Smiles, Wágner, que los periódicos deberían reproducir más a menudo. Aun suponiendo que no se vendiesen sus libros, nadie dudará que abundan en generosas intenciones que perduran más allá de la envidia y de la bajeza pasional de los intolerantes. No sostengo que sean originales ni artistas. Sin ornamentación, narran la poesía de los hechos que conquistan bienestar personal e independencia, base de legítima libertad y de perfeccionamiento. Sus normas persuaden, son útiles para el pueblo. Esto basta, en medio del mercado de la pornografía, de la lectura mística e insustancial, de los relatos policiales, de la literatura enfermiza y floriqueante, del periodismo que no trata de enseñar y sugerir ideales y que más bien adula al vicio. Esta literatura sensual y débil, que halaga los gustos del público, seduce únicamente a los que se avergüenzan de la lucha infatigable, del santo ahorro, del trabajo perseverante, secretos del buen éxito. ¡Llor a su filosofía!

¡Cuántos merced a sugestivos periódicos han renovado su vida, han transformado sus costumbres, han enaltecido la ideología de los pueblos, han fundado culta prensa! ¿Quién eres, menguada criatura, que te atraveses a desmentir el progreso alcanzado merced a las lecturas fortificantes y sugestivas? La obra múltiple, la empresa revolucionaria, el suceso fecundo, la tarea demoleadora de prejuicios y constructiva de resolucio-

nes, la incomprendida labor de los grandes "inconformes", surgieron muchas veces de una olvidada lectura, de un libro menospreciado quizá que el acaso puso en sus manos. El triunfo de las minorías rebeldes se basa en algún bello ejemplo oculto en el volumen que no fue abierto o no alcanzó a ser comprendido por el holgazán.

Entendamos, en plano principal, que la dicha terrena no consiste exclusivamente en obtener dinero ya que abundan las superioridades de otro orden, pero, obteniéndolo honrada y metódicamente, se aligera la subida a las cumbres espirituales, porque sin la independencia económica la esclavitud no logra, en la generalidad, esconder su máscara burlona. Pocos son los temperamentos que precinden del oro; la filosofía en ellos es alta montaña. Pero, en el común sentir de los mortales, pobreza es servidumbre, más o menos disfrazada, sobre todo cuando la volutad no es de acero y la dignidad humana no ha entrado a lo íntimo del alma, cual religión que nadie profanara.

Ecuanimidad es preciosa virtud que ayuda a la consecución de la victoria. Ecuanimidad no te llamaré milagro de los dioses, porque ellos también, según la mitología, estuvieron de vez en cuando perdiendo los estribos aun cuando volasen caballeros sobre Pegaso; ecuanimidad, eres don de los hombres perfectos que saben dominar sus pasiones, singularmente cuando escriben para el público. La ira, sobre todo, transforma en fieras a los racionales, cuando ecuanimidad no les asiste.

Batalla difícil vencerse a uno mismo, lidiando contra bajezas, odios, precipitaciones y envidias.

Dicen que los artistas, aunque inspirados por el cielo, no suelen ser a las veces modelo de ecuanimidad. Se habla del carácter insufrible de tantos semidioses a quienes marea la cima y vuelve chocantes la ciega fortuna. Vulgar es descubrir que profundos rencores, rivalidades implacables arraiguen entre artistas; no son siempre varones excepcionales. Si por el anverso brillan, cual si el oro de sus méritos nos deslumbrase, por el reverso dejan ver que son de barro.

¡Qué riñas, qué amargas censuras entre literatos y periodistas ecuatorianos, devoradores de la vida ajena!

Ecuanimidad y perseverancia, grandes factores de la filosofía del periodismo.

LA SANA ALEGRÍA

Hay chispa en el pueblo de Quito, epigramático por excelencia. Mas no siempre la sana alegría impera en periodiqui-

tos que se rien del prójimo. Son ingeniosos; pero hostiles y arañadores del bulto y hasta del alma.

Cuando las comodidades de la vida entran en primera línea sobre otra consideración más noble; cuando la corriente materialista es la única digna de estima y preferencia, triunfa el concepto de lo agradable sobre lo bueno.

Si en la marcha de los pueblos se extiende esta apreciación, quiere decir que se han alojado los resortes morales, que las resistencias de la virtud son insignificantes y que austeridad y sacrificio agonizan. Sólo así se concibe que la idea de lo bueno degenera, reemplazada por lo agradable momentáneo que provoca risotadas porque pone al prójimo en ridículo.

Los jardines del positivismo se ven llenos de flores superficiales y vistosas; las sociedades sufren el fenómeno de la simulación de sus auténticos valores. Todo se falsifica: talento, civismo, desinterés, franqueza, merecimiento cedieron el puesto a la conveniencia. El logro material, el empleo, la existencia fácil, la utilidad alzan sus tiendas de campaña para cobijar a sus adeptos de prensa, que mercantilizan la pluma y hasta se van al **chantage**.

En arte, en crítica, en política prima el concepto de lo agradable, posponiendo el de lo bueno. Presenciamos deformaciones, atropellos al buen gusto, insinceridades, escándalos morales, desborde de **remitidos**.

Las luchas por el ideal abnegado y hermoso, se debilitan, porque es de mayor gregarismo la campaña de las componendas, porque el desinterés se desgañita estérilmente en la sombra.

Justicia, comprobación ética, dejan de ser fundamentales, porque el aspecto deleitable conquista simpatías. Ofúscase la lógica. Pocos aciertan a examinar el pro y contra de las cosas, la equidad de los problemas sociales, la pureza o el vicio de los procedimientos políticos. Consideración personalista es atención única. La parcialidad aconseja. La equidad se retira. Por esto, las infracciones legales son diaria comidilla.

¿Síntoma acaso de social descomposición que se prefieran las risas y las burlas a las serenas reflexiones y al reparo bien intencionado? El gracejo epigramático trata de esclavizar al mérito. Se multiplican las notas de chacota y cháchara, los chistes políticos, las sátiras. Con razón para estos periodos degenerativos escribía Aulio Celio que la risa puede a veces salvar un compromiso. La verdad es imprudencia.

Alguien ha recordado que "la escuela de los retóricos ante un **elogismo** de hierro, contestaba con un chiste", que no es de-

mostración de espiritualidad en este caso, sino de simulación del talento.

Van a menos los pueblos cuando sus pristinas y severas buenas costumbres han descendido de su trono. Abnegación, sacrificio, desprendimiento cedieron su noble sitio a lo agradable. ¿Se ve todavía en el ciudadano la religión del heroísmo que le impulsa a arriesgar su vida por salvar la del compañero; el principio santo de la observancia del deber, aunque fuese mortal sentencia? De aquí que el patriotismo continúe siendo víctima de aleaciones como las monedas falsas, y resulte risible, como gracejo periodístico.

Es natural y reconfortador el sano esparcimiento de las muchedumbres que poniendo paréntesis a sus dolores y trabajos, se entregan al regocijo y buscan en la bendecida alegría un bálsamo que las cure. Higiénica es la alegría. Se la ha de fomentar como remedio contra espines y neurastenias. Cuando las fiestas son inofensivas y espontáneas, resultan como acumulo de fuerzas para el reanudamiento de las cotidianas labores. Individuos y colectividades necesitan, como ley de equilibrio nervioso y saludable descanso, unas horas de entretenimiento que hagan olvidar el prosaísmo de la vida, tan monótona de suyo. En los hogares más austeros hay derroche de alegría los días señalados para vestirse de gala, reunir a sus relaciones y parentela y entregarse a gratas fiestas, en las que la gentileza y generosidad corren parejas con el buen humor y entusiasmo, melificadores de todos los actos.

De no existir estos oasis en la peregrinación terrena, la murria acabaría por volver misántropos a los más equilibrados. No es atentado contra la seriedad reír franca y lealmente, poniendo de manifiesto la limpieza del corazón. Aquellas horas que alejan las preocupaciones y son cual una tregua, antes que la diaria batalla prosiga, sanan de tristezas y reponen las gastadas fuerzas orgánicas. Hasta las máquinas suponen algún suave lubricante para que resbalen fácilmente las aceradas piezas y no se rompan los engranajes. La sana alegría en el domicilio privado y en el solar nacional contribuirá al equilibrio. Cuando los pueblos palpan su pobreza o son invadidos por la melancolía, economizan sus locuras, porque no se sienten con ánimo para divertirse.

No hay peor enemigo de la alegría que la ausencia de aquel poderoso caballero que fue saludado humildemente por el Sr. D. Francisco de Quevedo y Villegas. Sin blanca en el bolsillo, la gracia huye. En las fiestas populares la sana alegría ha

de ser la higiene del espíritu y una clara demostración de bienestar económico, no el angustioso grito romano: *pánem et circenses*.

El periodismo debería mantener una sección humorística, un manantial de alegría saludable que no cause daño a nadie. Páginas de la prensa secas, estériles, sin jugosa alegría, se caen de las manos.

SINCERIDAD PERIODISTICA

Conviene la sinceridad en el periodismo para el triunfo de sus ideales. Sinceridad, virtud rarísima, clarifica las acciones humanas, quitando borras de engaño, impurezas psicológicas.

En 1893 el educador francés Julio Payot firmó el prólogo de su célebre libro "La educación de la voluntad", que ha inspirado a muchos pedagogos que señalaron orientaciones en bien de la juventud. En Payot está la fuente de muchas ideas saludables y sinceras. Hay que combatir a los formidables enemigos que tienen postrados el carácter de la prensa. Le cumple esforzarse para no ser moralmente floja, para no languidecer. "Apatía, inconstancia, desaplicación—dice—son otros tantos nombres adecuados para designar ese fondo de universal pereza que es a la naturaleza humana lo que la gravedad a la materia."

Viejos libros, como el citado, consignan sugerencias de perenne actualidad para el periodismo. Pensadores han aconsejado remedios contra la molicie, pereza, apatía o desidia reveladas en letras de molde y denunciadoras de insinceridad.

Mientras más atrasados son los pueblos, se resisten más a curarse de estos males que se retratan en sus órganos de publicidad. Huyen del esfuerzo perseverante. El trabajo es en ellos cruel tortura. Se acobardan de exponer la verdad, clara y llana. Payot cita la escasa preparación y el ningún esfuerzo de sus compañeros de colegio. Alude a que los universitarios aspiran a ideales poco elevados, que sólo les proporcionan satisfacción inmediata. Por esto, reproduce las férreas palabras de Maneuvrier en "La educación de la Burguesía". Los estudiantes que toman la ciencia, el periodismo a la ligera y no se nutren de buenos alimentos, sólo aspiran a los cargos públicos, mal o bien remunerados, convirtiendo la prensa en escalera, para después, con un clavo ya en el presupuesto, acostumbrarse a la rutina en el rincón oficinesco, "sin porvenir, sin horizontes, donde el hombre envejece en un sillón de vaqueta, contribuyendo

diariamente con la inutilidad de un trabajo casi estéril a la decadencia y embotamiento gradual de sus facultades; pero donde, en cambio, goza la inefable dicha de estar dispensado de pensar, de querer y de obrar".

La personalidad se anula, porque la holgazanería mental, la abulia y la irresolución matan toda generosa iniciativa. Nada más funesto que el fantasma de un hombre máquina que se mueve por impulsos extraños, por el resorte del jefe, por el botón que le oprime la rutina, por la orden del que paga esa pluma.

LIBERTAD DE IDEAS, CORRECCION DE PROCEDIMIENTOS

Señal del grado de cultura de los pueblos, del que es como espejo la prensa, el respeto a las ideas ajenas. ¿Quién pretenderá haber fraguado el pensamiento? ¿Quién le someterá a un molde? Distinto es el hecho de que, para la difusión de cierto orden de ideas, se censure la incorrección de los procedimientos. Vieja máxima, por más que en sentido contrario la patrocinan solapados gremios, la de que el fin no justifica los medios.

Grandiosas serán las ideas; pero si al propagarlas se cae en culpa, justa censura al vedado procedimiento. Mas la idea en sí misma, como el vuelo de las águilas, es libre y elevada. Un enorme educador argentino, Sarmiento, desde la prisión, trazó, con grandes caracteres, esta verdad: "Las ideas no mueren".

Si son inviolables como la vida ¿por qué no respetarlas? Que se las discuta, que se las rectifique, que se amontonen los razonamientos, que se afirme la cátedra de la prensa, todo es humano y lógico; pero no se las ha de combatir con la ridícula pretensión de que sólo impere un círculo determinado de ideas, un orden preestablecido, una sistematización intolerante de lo que es noble producto del espíritu.

A los periodistas no se les pregunta en países cultos qué ideas profesan. Pueden ser de cualquier género. El análisis está atento a la manera de obrar en cuanto a oficiantes de la prensa, a su conducta en ese palenque, a sus procedimientos, porque esto afecta a la colectividad y se roza con el prestigio de la empresa y de la patria.

Que se estudie la calidad de las ideas; pero que se las ponga comedidamente sobre el corazón, como vitales tesoros que no se profanan ni asesinan. Tildar a una persona porque emite éstas o las otras ideas es sencillamente infantil. ¿Quién ha establecido la medida ideológica? Dejaré de tener méritos en el

infinito jardín de las ideas el que comulgue con determinado credo, siempre que sea moral quien figure en tal o cual partido? Cultura es tolerancia. Esta divinidad está abriendo los brazos a la civilización. Por desgracia, en el Ecuador no siempre brinda su protección al periodismo. Condenación y proscripción a las ideas no permitirán que nos acerquemos a la verdad. Triste sería que el hombre, asustado del poder del pensamiento libre, tratara de rechazarlo en el fondo obscuro de su conciencia. Idea y verdad son todo, ha dicho un filósofo. Germina en el cerebro una idea; la palabra la transforma en un mundo, la verdad la encumbra. No pueden concebirse ideas sin palabras. Cuando se agita en el alma un deseo, ¿de qué modo se exteriorizará su idea si no es con la palabra? "La palabra, dando clara y humana expresión al deseo, le trueca en inefable gozo; se enciende la pasión en llamas de ideales y es la palabra la que propaga el incendio, poniendo lumbres de amor y de esperanza en las almas muertas. Es la palabra el supremo atributo del sér sobre la Tierra, y, por serlo, el primer esfuerzo al nacer se realiza para lanzar un grito o un llanto, que no son otra cosa que palabras imperfectas, y al morir se escapa el débil quejido que quisiera ser también palabra infinita que llenara el eterno silencio a donde vamos".

¿Querella por determinadas ideas? Pérdida de tiempo. Sin embargo, la prensa ecuatoriana frecuentemente empeora la pendencia contra los asertos periodísticos.

EDUCACION DE LA EXACTITUD

En la prensa nacional, especialmente en semanarios y otras publicaciones periódicas, la exactitud no es norma. Las entregas vienen muy atrasadas. A veces, "para ponerse al día", acuden al recurso de reunir bajo un mismo título dos o más números.

Mientras diarios graves y disciplinados cimentan su buen nombre en la exactitud con que llenan sus compromisos, en aparecer en lo que se ha llamado "hora inglesa"; en otros pueblos cifran su vanagloria en quedar mal en todo, en salir a des-tiempo, en que las ediciones traigan retardo. Les falta la férrea disciplina del cumplimiento estricto de sus deberes y compromisos con el público, que es ganancia de tranquilidad y tiempo llenar religiosamente lo estipulado. También el favor del público es nulo.

Nada desgasta más que esperar inútilmente. Razas vigorosas han difundido por el mundo el práctico pensamiento de que "el tiempo es oro" y saben aprovechar del saludable refrán, en tanto que otras derrochan lastimosamente el tiempo, sin sentir que esta prodigalidad les roe la conciencia y ocasiona pérdidas. En el periodismo con incalculables. "Hacer tiempo" es propio de holgazanes e incumplidos.

En Inglaterra, vieja civilización acostumbrada al dominio de la voluntad, se registran casos de sorprendente exactitud, que son familiares y que están proclamando la educación de un pueblo.

Aconteció que un tren expreso que salía de Edimburgo para Londres, tuvo impensadamente que detenerse más de media hora, a causa de haber encontrado obstruida la línea por enormes troncos de árbol caídos de un tren de carga que había pasado anteriormente. Tal demora, no consultada en el itinerario, le ocasionaba muchos perjuicios, singularmente por la circunstancia de que en otras estaciones tenía que ir aumentando su convoy, enganchando varios carros de pasajeros, procedentes de distintos puntos que se dirigían a Londres, labor que debía desarrollarse en perentorio lapso, en el minuto puntual, cumpliendo sacramentalmente con el horario. ¿Qué hacer ante tal percance? Reponer, por todos los medios, el tiempo perdido. Se imparten rápidamente las órdenes del caso y el aviso a los guardavías. Comienza la carrera loca del tren, como si se tratase de un certamen deportivo. Al llegar a York, ya se había incorporado a los trenes que debían unirsele. Arriba a Londres con matemática exactitud el convoy, victorioso de su proeza.

El reloj del periodismo es cronómetro. Cualquier retardo es ruina para la empresa, comercial y moralmente, y ataque contra los lectores. Inexacto el periodismo nacional, apenas pueden apuntarse una media docena de excepciones.

POPULARES NORMAS EDUCATIVAS

La prensa ha de educar al pueblo. ¿Cumple con esta finalidad? Escándalos, insultos, calumnias, injusticias son diaria función de muchas publicaciones que no respetan al público, menos procuran mejorarlo.

Los términos evolución y progreso suelen tomarse en diversos sentidos, en los que entran las creencias y a veces el concepto personal de la vida. Pero si todo evoluciona y la huma-

nidad tiende a su perfeccionamiento, es claro que junto con el progreso material del periodismo, se ha de tender al ético. Los que abrigan tan bajas pasiones como el egoísmo feroz o la envidia indisimulable e incontenible, en vez de adelantar moralmente en los manchados voceros negros como la tinta de imprenta, retroceden a los tiempos oscuros de intolerancia y crueles sentimientos. Progresar es emblanquecer el alma, con el baño del más confortativo de los progresos: la educación personal y la de las multitudes. Resplandece el periódico con fulguración hermosa cuando el sentimiento de justicia está obrando para no postergar ni desconocer a quienes lo merecen; por más que sean nuestros enemigos implacables.

En periódicos estrechos, a cada paso se cometen olvidos voluntarios y desconocimientos. Espesa la venda de los ojos. Triste conspiración del silencio acrece la tiniebla. No florece el sentido humano de la generosidad. Periodicuchos que evolucionan al revés, van constriñendo a la circunferencia, limitación que nada de altruista revela. Injusticia clamorosa mancha sus columnas.

"Progresar, como Camilo Fernández asegura, es cualidad distintiva del hombre. Este es el único animal que puede progresar, acelerar o retardar su progreso, pero no destruirlo ni destruirse a sí mismo, porque el progreso humano, por obtener un bien relativo personal, viola leyes fundamentales de la evolución, pero nunca podrá destruirlas y si privarse a sí mismo, a la prole tal vez del bien que el progreso general no retardado les hubiera proporcionado".

Educar a los jóvenes periodistas con sujeción a las severas normas de la justicia distributiva, es colaborar con el progreso de la sociedad. Que el periodismo vaya hacia adelante, enarbolando el estandarte de la tolerancia y acorazado con la justicia, para que se redima de omisiones, exclusivismos, pretericiones, megalomanías, prurito de pisotear al que se encumbra por sus propias fuerzas. Que el periodismo acate la forma, rinda culto al idioma y sea como la tersa patena que reproduce el alma.

El periodismo nacional, que está en pañales con lo incipiente de su civilización, no obstante la centuria transcurrida, ha de modificarse, garantizando la cultura de quienes acometen la ponderosa empresa.

Si el diarismo ha avanzado mucho en la segunda y tercera década de este siglo, le queda el formidable problema de vencer la hostilidad del medio ambiente.

Obra del diarismo amanerado y decente ha de ser trans-

formar a la prensa que no es cotidiana, por la hora ni el tiempo en que aparece, sino porque la aurora no aclara algunas conciencias de improvisados periodistas. Propenderá a desterrar sus abusos, a cimentar el sentimiento de responsabilidad. Así ni códigos policiales ni congresos se quejarán a menudo de las piraterías de la prensa. El colmo sorprendente sería borrar la sanción legal, abolir el jurado de imprenta.

Al diarismo ilustrado y educador le cumple difundir la caballerosidad por los rincones de la prensa ecuatoriana; difundir también la cultura social que ha de exteriorizarse en los actos más insignificantes.

El hombre de sentimientos delicados respeta a la sociedad, poniendo sumo cuidado en no abofetearla con publicaciones que causan sonrojo. Las agrupaciones humanas tienen derecho a ser consideradas. No es propio de la gentileza urbana, representada por péñolas tersas, hacerlas presenciar desbordamientos pasionales que siembran alarma.

En todo país que se ha alejado millares de leguas del salvajismo, los hechos iracundos de las plumas envenenadas, los atentados contra la educación, jamás se producen en columnas de periódicos que se supone consultados por la sociedad que busca sano esparcimiento, lectura que rinde culto al arte, al deporte, a la moda, a la poesía, a las ciencias, a los ecos del mundo que aparatos de radio o hilos telegráficos y cables submarinos transmiten.

Cuando consideremos a los periódicos, especialmente a los diarios, como un santuario que nadie profana, menos la tiranía de los gobernantes o las argucias policiales, habremos demostrado que la cultura se ha hecho carne en el pueblo.

Si fuéramos exigentes en esta materia, las costumbres se reformarían. Las buenas maneras, las formas correctas, la pulcritud del lenguaje, acreditan a los periódicos que derrochan cortesía, inspiran fe y se convierten en necesidad para el público. Romper con parrafadas bruscas la línea recta de los miramientos sociales no acredita nobleza de alma.

Es forma repugnante la de ese matonismo de levita y pluma en ristre que levanta polvareda a la vuelta de una esquina y escoge las letras de molde para producirse agresiva, destemplada, incultamente. No reflexiona en las consecuencias, que son más deplorables para el gratuito ofensor que para la sociedad herida y ultrajada.

La mujer, el niño, deben ser amparados intelectualmente, rodeándoles de atmósfera suave, sana, galante, educativa.

Jefferson aconsejaba a los violentos, a los impulsivos, a los coléricos que contasen hasta ciento, si estaban airados, antes de hablar. Antes de escribir deberían contar hasta mil.

¡Cuántos disgustos ahorra la prudencia, cuántos sinsabores evita la mesura, de cuántas dificultades saca victorioso el dominio de uno mismo!

Quito, a 18 de Agosto de 1935.



EL CUENTO ECUATORIANO MODERNO

ATANASIO VITERI

Material intenso de renovación, material grávido de estética; pero, material abarrotado, gran acervo del cuento ecuatoriano. El alba de la literatura nueva nació y creció del relato celular, de las bocas de renovadas abuelas contadoras. El cuento es pequeño como un pájaro, como un corazón, como una planta. Pero usted, lector, no le negará narración idílica al piopío, ni sangre al corazón, ni pensamiento a la planta. Y el cuento es una cosa viva.

Pocos años y vamos a una ecuatorianidad sólida. El cuentista camina al asalto de la novela doctrinaria. De "Taza de té", pequeño burguesa, a "Camarada"; de "Barrio de la Sierra" a "Huasipungo", culminación del indio; de "Horno" a la novela montuvia "Los Sangurimas"; del ridículo cruel, deshumanizado de "Un hombre muerto a puntapiés", al humano sentimiento de lo ridículo "Vida del ahorcado". De aquí para allá, de Cuenca a Guayaquil, de Loja a Quito. De Gallegos Lara, a Alfonso Cuesta, a Angel F. Rojas, preparadores de novelas formidables. De todas partes al mundo proletario. Y siempre con sed, con saña, con fiebre de destruir para construir. Vanguardia de energías.

Con todo esto puedo asegurar que la renovación literaria del Ecuador —estética y doctrinaria— comenzó con el cuento.

El laboreo de este estudio no tiene sino sinceridad literaria. Opinar sobre lo ya opinado, es tarea sincera. Malversar el oro consagrado, el edificio prestigioso socavar; o, caso contrario, iniciar los cimientos triunfales del relego, es obra de convencido. Convencido estético y convencido idealista. Es mi opinión un poco precipitada, y además es mi parecer, no se si esto tenga importancia externa. Leer veinte volúmenes para trazar líneas sinópticas: trabajo aburrido, poco grato. Perdón si es que le duele la amistad a alguno. Pero la literatura, cuando la tomo, lo hago con tenacidad, para mí, para la elíptica de mi pensamiento.

Para no proyectar un escalonado absurdo de valores, porque siento que no es posible reunir la obra de un hombre en un adjetivo total, ni en un puesto categórico, porque si le falta lo uno le sobra lo otro; porque si adolece de doctrina, en cambio posee una admirable salud estética, voy a tratarlos en orden cronológico, al tiempo de la aparición de sus obras.

MANADAS de burgueses habrán olfateado a Pablo Palacio enrrabiándose. Rasándole a él en una acera de la calle, intentaron acaso el ladeo, se bilocaron al frente, en la otra acera. Sus cuentos de oídas para ellos, acaso leídos una página, sembraron en sus vidas y en sus bocas una incongruencia de esputarajos. A todos ellos les manaron unos deseos inconmensurables de escupir.

Palacio partió su tiempo, desdoblado una carcajada cruel, sinfónica y palpitante; y sobre todo, intensa y materialista. Como en el siglo francés y español de humoristas el estruendo de carcajadas tuvo mayor contenido de bronce que las campanadas catedralicias, y aquellas que corrían como la miel que se riega, circunflejamente, hizo rabiar a los prosélitos, arreció el furor de los bronces. Para muchos Palacio es el "Antropófago" de sus propios relatos, devoró la carne y asomó la descarnadura. El antropófago —de cabeza grande y oscilante— es un hombre fino, es Pablo Palacio cimera de cultura joven, vida unificada y silenciosa, huidiza del paramento. Años jóvenes, susurrantes, como el regadío de las palmeras en lo alto. Voz mezclada al viento, raíz nutricia y pulposa entregada a la tierra. Talladura recta. La palmera tiene una hermosa soberbia y no asoma la soberbia.

Coger su risa. Sería una risotada pura, sin que tuviera un cruel exceso de ironía. Su monumento a la risa tiene bases materialistas. Se ríe la pura materia. Su protesta es lo físico que protesta. No caza a los hombres en todos sus ángulos, pero, ataca, el más hiperbólico y vulnerable: lo ridículo. Magro y suntuoso ridículo al propio tiempo, henchido como una vejiga, con el aspecto de viejas tripas cuando se desinfla esa huera protuberancia. La materia que se ríe excitada por el espíritu culebreante y chistoso. Frente a un paro de rabiosos, heridos en su vieja vejiga, Palacio suelta una tempestad de carcajadas voluminosas, como los gordos aplausos de un coliseo. Risa sin dolorosos guturales como en "Vida del ahorcado". Limpia, fabulosamente limpia, como el restallo del cuero. A grandes círculos de látigo de domador.

Intencionalmente intuye. De esa intención voluntariosa

intuída extrae el argumento. No se vaya a pedir desnudez de verosimilitud a la materia metida en la historia concebida. Para inteligentemente esconder la realidad narrativa propone previamente su intuición. Sin antepensar, con fatalidad potencial, le nace de esto y aquello su originalidad: de argumentos, de adjetivación, de títulos, de metáforas, de gráficas, de voces onomatopéyicas.

El sonido de un puntapié sobre la nariz:

¡Chaj!

con un gran espacio sabroso

¡Chaj!

Es la gráfica matemática y onomatopéyica, a la vez, tan usada por el autor español de "Amor se escribe con h", para guiar el pensamiento del lector por un procedimiento algébrico. No se le parangone a Palacio a ningún humorista francés, peor a Jardiel Poncela. Pablo Palacio es el superior Jardiel Poncela sobre el mediocre Jardiel Poncela. Si traigo a colación esto, es porque he oído insólitos comentarios al respecto.

Metáforas: la carne medrosa del hombre frente al peligro puesta como "pan mojado".

Adjetivos: "Y véanlo a él! ¡Sobre todo a él! El, que es el **Divino Sonriendo**". Es la expresión que usa para un joven palorrosa, bonitillo, que fue por filtros donde una bruja "para obtener los favores de una dama". La bruja prende sus locuras por él, por su joven cliente, y le hace apurar el bebedizo a la inversa "para obtener los favores de un hombre". El joven se convierte por los encantamientos aquelarrianos en árbol.... "El naranjo, este naranjo sentimental".

"En las mujeres miran las estrellas", otro de sus cuentos insertados en el volumen "Un hombre muerto a puntapiés", Palacio mira también de soslayo un poco el cielo y gachonamente piensa algo de la vida. El cinico risueño se resquebraja y le cae un poco al pecho su barbilla lanceolada.

Como un cubo eléctrico que vierte una arista lateral luminosa, está Amelia, la heroína de su cuento "Luz lateral". Es un dulce diseño de mujer física. Grácilmente triangulada con sus líneas de luz tensas y oscilantes al igual. Pero tiene un defectillo, dice un ¡claro! mascado y triturado, que atropella toda su elocución. ¡Claro! por todas partes; en las protestas de su lenguaje salta un ¡claro! fuerte y rompiente. Este taladro de su palabra, esta simplicidad enarbolada de su vida, esta musiquilla detonante, hicieron un destrozo en la calmosidad cotidiana de Antonio, su marido. Este es todo el argumento.

Toca otras tierras como un descubridor en "La doble y úni-

ca-mujer". Se introvierte para duplicarse. La dualidad le martiriza como puede agobiarle y lastimarle la espalda a un cargador, cuya espalda sería su frente de atrás. Disquisiciones para poblar de ironía como de golondrinas el cielo neutro de su relato. Método nebuloso. Un picador de minas profundas y azules debajo de la tierra, para extraer y lavar con la mañana la carga de hulla. Filósofa en el subsuelo, como el agua que circula bajo la periferie, y todo para sacar la ironía a flote, para decir a los hombres su parte vulnerable. Y surte la cargajada espléndida, los dientes rechinan como si estuvieran incrustados en cuerpos sincopados o posesos. Se vale de la materia, del gusto fuerte de la vida, para pintar y establecer lo ridículo, allí en esa misma zona prodigiosa que los hombres establecieron lo normal y lo sapiente.

Posteriormente, ha publicado otros cuentos, por ejemplo, "La Sierra". Un señor gordezuelo y coloradote, con los cachetes estallantes, resuelve un día incursionar en el campo. ¡Que me vengan a mí con la naturaleza! En el páramo se sintió azotado de pulgas y de frío. Al regreso, junto al fogaril de su casa, describe unos suaves paisajes enjorjados. ¡Jajay que me vengan a mí con la naturaleza!

EL MESTIZAJE frondoso de folk-lore y de trama, arrancado de la carne de los manglares, de las cuadernas nudosas de las balandras, donde Aguilera Malta hace caer a las cholas para el devoreo de las lujurias navieras; en las bifurcaciones de la selva, en lo hondo, donde los machetes culebream. El trópico que arde. Los ríos que arden hasta en la noche como plata. La canoa excitada, quejumbrosa, sesteando surcos efímeros. Los palos con fuertes amarras, corriente abajo, con su balsada de piñas y montuvios. Estos en el monte. Estos en el monte vasto, acre, con su insolencia hiriente de olores, en el mar y en el río, en las barriadas de guadúa de Guayaquil y de los otros puertos, a donde han transportado el monte, su sestear de machetes y su querencia de amorfino. El mestizaje supersticioso, feroz, lascivo y desapoderado y otras esclavo, nemeroso, con dura y solitaria tristeza de acorralado, sojuzgando la vida urbanizada.

Una identidad diáfana en el libro, no hay ondulaciones. Amarre trinitario de escritores en la unidad de "Los que se van" —cuentos del cholo y del montuvio—. Gallegos Lara si bien es el más contexturado. Los relatos son objetivos, se describen, se narran, se agrietan de tristeza, se articulan de argumento; de cuando en cuando una acuarela panteísta y una

raspadura de introversión. Pero, acaso, lejos y contrapuestos de la técnica de Dostoiesky, se puede aventuradamente decir que como él —maestro del diálogo psicológico— de la palabra objetiva como una fruta y como ésta tiene carne de interior, prende en aquella, en el fraseo entre dos, el oro laberintico del hombre, su volumen interior. Así ellos folkóricos, prenden también en sus dialogadas corpulencias, en su frondoso palabreo nativo, su fruta de carne interior, aunque escasamente, se encuentran éstas en los centenarios árboles que tumban.

En "El cholo del tibrón", Aguilera Malta dialoga con castellano de cholo, pero su habla es habla poética, tejiendo metáforas con las cosas de la tierra "te vi coger bejucadas de espumas en la mano", "ella tenía un prieto cuerpo e pechiche". Los otros también extraen sus metáforas de materiales criollos, del natio caliente y aromoso. "Los madereros" de Gallegos Lara, cuento de fina y taladrante montuviez. El monte sobado con todos sus colores, con el áspero olor de sus maderas. Así como "En el cholo que se vengó", Demetrio Aguilera traza un mar polifónico, asimismo con toda su gama salina y fresca. El mar con aguas de follaje. Es el más poeta de los tres. Es más descriptor marino que relatista.

Los montuvios se van. En los cuentos mismo campea una cholada ardiente, cogedora y fina como el jugo de la caña, pero el montuvio de cuerpo entero, es uno que otro protagonista en los relatos, hace una que otra aparición. Se va en el denso mestizaje que ahueca, algo así como una polvareda. Sin ruido. Sin alardes. Mejor dicho como nubes, silenciosamente, para descender en agujajes. Así es la revolución del libro: traseros de nubes. El mestizo del calor y el indio del altiplano. Indios de Cayambe y cholos del Milagro, piñas y cabuyos. Nubes para el diluvio postrero. Una amanecida amarillenta de mestizos y una caída crepuscular, ensangrentada de indios. El diluvio ... El día ...

D. Aguilera Malta con su libro anterior de "Los Mangle-ros" y Gil Gilber con su posterior de "Yunga"; J. Gallegos Lara con los montuvios que se van y los tres con su libro para contenerlos. Fomentadores de montuvios, perennizadores de un bravo mestizaje, vivas por ellos. Un vivac más de aguacero para el último, mayor volumen de palmas para el mutilado de América: Mariátegui, para el mutilado Joaquín Gallegos Lara.

"CUENTOS morlacos" de Manuel M. Muñoz Cueva, como una ditirámica farola china —papel y color—, se engarfiaron más que como luz como ambiente, en la urbe de los parnasos. Y a pesar del esfuerzo dinástico de la ciudad incommovible, la crítica local no fue funambulesca, siguió siendo local. Limitóse imposibilitada a plantar allí sus valladares. Está bien para Cuenca las superficies pictóricas de Muñoz Cueva, se ensambla naturalmente en ella. Y esto lo pide como un reclamo, en el "post-liminar" del libro Crespo Toral —corifeo de esas grisuras tersas—, lo predica. Para él la realidad está en el equilibrio amorfo y letárgico, en la flor de la piel. Y nada mejor para esta consecución que la usanza sin fondo. No comprende, sin embargo, que los espejos son hondos para el reflejo. Con espeso color. Lo colorinesco hace caer en el detalle. Y surge una meticulosidad criolla, impropia imitación del naturalismo francés. ¿Hasta cuándo comprenderá el nativismo que el indio no es el poncho? Con una sémola mestiza de superstición —usufructo del colorido, de la creencia y de la ignorancia—, como las ágoras fúnebres del canto de La Valdivia y la laguna perseguidora que ciñe el Huahualzhuma, cada cuento medula una supersticiosa leyenda. El natio que más que nada es paisaje —realidad panteísta— dobla su frente a la racha del tabú —irrealidad ambiente—. El folk-lore no es sólo la limadura. La costumbre no es puramente objetiva. Se puede socavar tanto, soterrar, pero con nuevos métodos de drenaje. El arado ha dejado su plano surcado y ripioso. Crespo Toral propugnador de superficies pide hacer fotografías. Y la cavadura psicológica? Y la evasión? El tabú de progíene religiosa, estanca. Y hasta el estilo traído y esmirriado de Muñoz Cueva, conserva.

La superación de lo pictórico no está en la estampa. El prodigioso color del sol, cuando depone, está tras los montes, no en la moneda dorada del grabado folkórico. Hacer folkor a lo Muñoz Cueva, es nacionalizar el populismo francés. Contrariando los métodos del patriarca sureño y prohibitivo, importa una dañada mercadería libresca. Los métodos nuevos no llegan a Cuenca, ciudad sin ferrocarril pero con aranceles. Se puede fabricar como ese volumen de realidad, como en Icaza, constructor de una formidable novela de **ambiente nacional**, que trata al indio con momentos fallidos, con nueva ciencia. Qué abismal la diferencia del "Entierro indígena" de Muñoz Cueva, al entierro de la Cuzhi, uno de los capítulos de "Huapungo". Cargado folkor de trópicos recios hay también en

"Los que se van", pero con qué trayectoria intencional, con qué madurez de dominio.

Existe un condimento religioso en todo el libro, recargándose sobre todo en "El gagón", y si se apresta un humor irónico que desopila el cura aldeano, es la protesta del creyente en un reclamo exhuberante de pureza. Sin embargo, Muñoz Cueva parece estuviera mejor en el terreno humorístico. Viejo material de derechas literarias el del autor de cuentos de la morlaquia. Un creyente no hace obra nueva. "Brochazos", en lugar de cuentos, son artículos de costumbres para periódico. "La Valdivia" es un cuento triste, pero siempre con el soborno catedralicio: lo externo. Y, en "Anfora rota", santifica el final como un hermoso creyente. Por referencias literarias sé que Muñoz Cueva es un talento rebelde, una poderosa personalidad escéptica e inadaptada. Desde su soledad, en la soledad en que el ambiente le ancló, es una agresiva voz demoledora; pero, aquí, juzgo tan sólo al cuentista.

"EL PEDRO tenía conciencia byroncana de su arcillosa belleza de idolo ... Y estaría bien paseando sus pantorrillas bajo la caricia de la seda en los arriates que supieron de la huella fragante de las Antonietas y las Josefinas y las desfallecientes damas del lunar, de Alfredo de Musset".

El Pedro es un indio cañari, indio nuestro, empiojado, ennegrecido y con su cotidiana y vieja miseria. En los cuentos de Andrade y Cordero, en su mediocre ensueño tan cuencano, Pedro es un príncipe versallesco con repujada personalidad; cuando pasea por el campo, es un pastor cervantino. Su mujer, dama de trianón, ahora convertida en poética zagala dulce, dialoga con su amante. Como en la Corte esta noble señora fuera de su esposo legítimo, tiene un amante,

él, pastor ahora, musita:

"Mira cómo la luna va por los trigales ayudando a la cosecha. Cuando los runas dejamos el trabajo, ella, Mama Luna, baja con su hoz ..."

Este primer cuento lleva el título de su obra total "Barro de siglos". Cierro el libro.

HABRIA querido formar una antología de cuentistas. Encuentro valores absolutos: Palacio, José de la Cuadra, Gallegos Lara. Encuentro verdaderos valores de transición: Salvador Icaza. Cuentos totales hay en Cuesta, con obra hecha, en Angel F. Rojas, Raúl Andrade, con obra diseminada; pero no faltan celestinas literarias que adoran la insuficiencia aguda de José Rumazo González, la lastrada mediocridad de Muñoz Cue-

va y Andrade Cordero —casos de mediocridad ambiente—; y por esta propugnación desvalorizada, me he visto en el caso forzoso de citar obras y nombres.

JOSE de la Cuadra es el que más arsenal de cuentos posee. "El amor que dormía", obra liminar; "Repisas" y "Horno", estas tres publicaciones aparecidas en Guayaquil. Por la Cénit sé que en Madrid, en el año 1933, recopiló bajo el título "La vuelta de la locura" algunos de sus cuentos. La Editorial nombrada publicó su último libro "Los Sangurimas", novela montuvia, a la que lleva anexada unos tantos relatos.

"REPISAS".— Un romanticismo jugoso, deslizado, pero frenético pone en juego en "El derecho al amor". Argumento flaco, debilísimo. Decorado caliente de hornalla y de salón, son sus cuentos de su primera parte que informa el título —del iluso dominio—. Valor de estética puramente tienen aquellos, sin ese maravilloso y suave recurso de su estilo, sonrosado, terso, iría a tocar lo inocuo, casi la insubstancialidad cursi.

Sus cuentos coleccionados en el acápite —para un suave acaso triste sonreír— donde quiere el autor manifestarse burión, risueño, picaresco, se entreabren sin éxito.

Desde —pequeñas tragedias— hasta llegar a "Chumbote" José de la Cuadra va amacizándose, va hinchando regoldonamente su gestación y es un parto duro el de "Chumbote" —perfección de argumento—. A la obra, con sobra de técnica, viene a medular la historia. Un logro supremo y evidente, un final grotesco, tiránico de realidad, sangre fresca y gorda de tragedia: un sirviente que se masturba junto al cadáver semidesnudo de su patrona. Esta aporreó toda la vida de Chumbote. El ama era crasa. El sirviente armado de una venganza imprevista, reaccionaria, precipita la caída de la gorda por las rendijas podridas de un corredor. "Estaría muerta quizás. Acaso, no. Chumbote no entendía de eso" y ansioso empuja su cuarta masturbación del día.

No se puede en pocas palabras dar el bloque del argumento. Hay detalles de preciosa evidencia: Antes reptaba un gato en el corredor y escapó de caer. A la bestezuela Chumbote se veía conminado a decirle "Niño", es uno de ellos.

"Chumbote" es la arista más prominente de los cuentos, de todos los cuentos...

Al lado de este "Chumbote", de seguidas, está "Maruja: rosa, fruta, canción". Un cuento montuvio delicado y vaporoso; un relato del que salió zarpando la nostalgia, por el tumbé —colina de agua—.

"HORNO".—"Barraquera" se corta de golpe. Está muy bien. El relatista no busca finales novelados. Epiloga, donde la realidad le dijo basta.

Estilo calmoso, seguro. Una serena medida. Ante todo José de la Cuadra es escritor. Con su lenguaje suelto, siempre con gran frescura y con un pulso idiomático sin alardes, tapa un mal argumento. Y este florece y colorea como una gran historia. Se lee de corrido, con suave amenidad. Ante todo José de la Cuadra es escritor y fuerte. El más hecho, el más arbolado prosista. Su vida también tiene esa calmosidad hortelana de madurez y de verano. Siempre bien. En un ministerio o en una cátedra. A su lado, el autor de "El guaraguao", como éste desplumado y fiel, con una hosca tenacidad montuvia a su doctrina, pudo pasarle desapercibido. Gallegos Lara anduvo iguales tierras y juntos se iniciaron acaso. Pero el exfuncionario de Gobierno no apercibió al camarada de labor antigua, roído de hambre azulada.

"Colimes jótel" es una crónica de un hotelillo dudoso y estafalario. No es un cuento. Igual crónica montuviana es la de "Olor de cacao". Relato celular, con una nostalgia henchida de las huertas olorosas de cacao.

Los cuentos de José de la Cuadra remolones, con burguesa adiposidad, aunque sus argumentos extraiga del fermento popular, de la madera de monte, de las barracas portuarias y su folklor copie taumatúrgicamente la barriada, sin embargo en "Honorarios" asegura cierto destrozo, cierta denuncia narrativa contra la casta turbia de abogados y los deslizados procedimientos jurídicos.

Con "Barraquera", "Merienda de perros" y "Ayoras falsos", José de la Cuadra se presenta como un fabuloso conocedor de la indiada ocre de las serranías. "Merienda de perros", cuento desflorado en plena campiña de las rinconeras del Ande, me recuerda por su colmada y trágica miseria a "La penca" de Alfonso Cuesta y Cuesta. Estos cuentos serranos, descartando cierta obesidad, barruntan teóricamente una briosa reivindicación campesina. Bien por José de la Cuadra.

"Banda de Pueblo", es el cuento conspicuo de José de la Cuadra. Es el relato antológico de la ringla apretada, veraz, de tierra caliente o de tierra fría, pero tierra nuestra. Su música zalamera y descoyuntada fueron vaciando en los manglares, en los esteros, en el monte selvático y profundo, en cualquier parte donde habían gentes fiesteras. Era un pelotón de ocho vidas ensambladas. La muerte abrió su hendidura en la coyunda. Apagó una vida musicalera y trajinante. La música

de los restantes arreció como un aguacero en el velorio. Había un latente destrozo orgánico en el sopleteo instrumental. Los montuvios unieron siete de sus vidas por la una que se iba. Epílogo doloroso y soberbio final de cuento.

Cuentos de "Los Sangurimas".— "Sangre expiatoria", uno de ellos, muestra un monstruoso caso sexual de una barraquera mulata.

"La Piltrafa" protagonista de "Candado" es todo un personaje pordiosero. Se ve de cerca la vida pediguena. Es un muy buen cuento.

"Respiraba la yunca con un aliento sordo, ancho, como un gran animal cansado". Así se expresa el autor en "Yunca", al describirla. José de la Cuadra tiene una fina percepción de la naturaleza. En todo el grueso de sus cuentos se proyecta esta calidad.

En el volumen de "Los Sangurimas". De la Cuadra se distingue sobre todo por su estilo. Domina el lenguaje; es un repujador de las palabras que brotan **las tradas** nuevas, precisas, a lo largo de sus relatos. Se ha superado en su calidad de escritor.

HUMBERTO Salvador posee un estilo ágil, sobrio; limpio y caliente como la infusión del té. "Taza de té", son sus cuentos. Un sorbo aromático, muchos de ellos, para las mujercas de salón voluptuoso y tenaz. "María Rosario" tendrá trajes ardorosos para las gargantas de mujer. Salvador tiene un porcentaje de lectoras femeninas en la **sociedad**.

Pero hay otros cuentos de tragedia proletaria, de despavorida miseria, como "Navaja". Macabro y ridículo "el poeta con la melena hasta los hombros". León de miseria. "Sandwich" es un alto personaje gris. Un personaje dostoiéiskiano. Los días quiteños le conocieron y le gritaron sordamente. Con sordidez. Con saña para acorralarle en la soledad. Le limpiaron la ropa y el gozo de los ojos, le ahuequearon los sentidos para una visión sensorial más dolorosa. Las gentes se hartaron su carne de vagabundo:

Sánduches a cinco y diez centavos con la carne del poeta. Carne mediocre de espíritu, sensitiva y ridícula. Pero tenía un cuerpo de hombre, una hombridad feroz. Por debajo de su piel habrían querido hormiguar su piel los héroes del mundo. Más valiente que Napoleón y con un tórax más de piedra que una torre de castillo. No se cita su nombre, pero hay una placa dadora de nombre a una calle, en la ciudad de Latacunga. Se dice que el torturado fué de allí. Los municipales le creyeron

poeta, y olvidaron que fue hombre, el más arisco, el de frente más repechado, el más irreprochable hombre de los hombres valientes.

Otros cuentos van camino de Pirandello. A encontrarle, pero es un personaje menguado, empobrecido, nervioso y angustiado el salido a recibir; por ejemplo, "Proyecto de Cuento", con igual método, con idéntico procedimiento subconsciente de búsqueda, tal como en el libro "En la ciudad he perdido una novela".

"Poker de ventanas", no es un cuento, es una larga elucubración poética.

Temperamentalmente Humberto Salvador es el "Auto loco", angustiado, con un nerviosismo desatado, gira y se curva. Se topa con la existencia sólida para él, de peligros inexistentes. El argumento, vestido de lenguaje caricioso y saltarín, pulsado y suelto, hace que aparezca menos ridículo.

"Catalina", "Gracia", colección dulce de mujeres irreales. "Paranoia" tiene páginas soberbias en su principio, es casi un estudio procesal de nuestros hombres oscuros enrumbando una gran burguesía. Puede aplicarse a esos **intelectuales revolucionarios** devenidos en políticos de asalto gordo; a los poetas convertidos en abogados catedráticos de universidad y ministros de Estado. Sabios en su materia. Maestros.

Un sabio de esos se atormenta su vida creyendo, ensoñando, suponiéndose que su mujer le es infiel. La paradoja y el sueño son sus larvas. No resiste su contextura científica. Es un gran maestro y un gran ridículo atormentado, puede tener cierta fricción con "El Angel Azul".

En la mitad de su relato se afloja hasta el final, entra en un soporífero estado de divagaciones paranoicas, el sueño molesta y no está bie interpretado ni realizado. Da vueltas y vueltas hasta insistentemente llegar al punto de partida.

"Cuento ilógico" es un muestrario científico de las glándulas hecho personajes, con nenas Suprarenales y Señoritas Tiroides. No tiene nada de cuento; pero en cambio es un racimo guloso. Es la maestría de tornar amena la lectura científica. Es leer, historiando, gozoso y hasta emocionado, páginas de técnica científica de altos quilates, profunda y desnuda en sí misma. Una grácil endocrinología substanciosa.

Termina con "Muñecos". Resalta en aquellos la figura del Pelete rumboso, estrafalario, ridículo. Termina hasta encimarse fuertemente en "Camarada", hasta un futuro proletario de "Trabajadores".

ALFONSO Cuesta bañó su cabeza en el río y tiene las ondas del Yanuncay en la cabeza. Colmadas de bosques y de pájaros olorosos como las hierbas están sus manos. El remanso tiene en los párpados porque sus ojos son cristianos y suaves.

Ante todo Alfonso Cuesta y Cuesta es poeta. Sus cuentos ubicados en "Llegada de todos los trenes del mundo", son poemas largos y diáfanos, muchos de ellos. Poemas imaginativos. Su imaginación es una espléndida selva, robusta y salvaje; delicada como el olor; como la naturaleza, exhuberante. Ningún cuentista de tanta imaginación, el poeta fundiendo toda la obra; siempre en las escenas más reales hay un velo tejido, frondoso, de imaginación. Culmina en "El Ciego" en este género de cuentos. Estilo suave, inflorescente.

Estos cuentos imaginativos por excelencia tienen una influencia argumental de lectura antigua. No tienen ningún valor social. Esta influencia estaba latente en el medio. Ambiente retórico, polvoroso, mediocre, y con una literatura que se cae de vieja. Además, fueron aprisionados en plena juventud. Veinte años jóvenes en Cuenca, pero veinte años poderosos. Salvamento por superioridad. Su personalidad tuvo que enhiestarse por sí, por su valor, de ese naufragio incipiente. En "Cuna" comienza su levantamiento y su acercamiento social, más real, más carne de sí y de proletariado. Sin que en éste y en otros cuentos deje de entrecerse teóricamente una creencia.

"Por ladrón" es el mejor cuento de su primera colección. Ningún otro de navidad me ha parecido tan doloroso.

El Cuesta poeta no está reñido con el Cuesta observador. La realidad y la imaginación, —que en este caso es puramente imagen—, conjuntivamente obran con él, por su condición, por su estructura natural. Opulencia mental poética y aprehensión real, psicológica del medio externo. De la sensibilidad pura, a la cerebración objetiva, pensante, fuerte. Es un subjetivo-objetivo, pero ensamblado. Calidad observatriz, pero mayormente, en mejores formas, calidad imaginativa. Poeta y relatista juntos.

Cuesta es un niño grandote de cabellos ondulados y mirada dulce. Temperamentalmente sigue siendo niño. Le gusta el sonrosado decorado infantil. El ha pintado, narrado y descrito un batallón de niños. "La Medalla" y "Trompos" son esencialmente de este género. Como los niños gusta de los pájaros. "El Guaraguao" de Gallegos Lara como el papagayo de "Al margen" de Cuesta. Pájaros vivos, anhelantes. El guaraguao es un pájaro que parece un hombre, en cambio, el papagayo sigue siendo papagayo. Crecen y viven ambos pájaros

unidos a sus dueños, el uno es un ave montuvia, y el otro es un ave carbonera. Cobran la vida de su dueños, obsesionan sus seres, se nutren.

"La Penca", "Tarja" y "La Chacra" historian los defenestrados campos indígenas, en lo más hondo, en lo más desgarrado, allí donde la tragedia es vida como el aire. Pertenecen a la colección de —Andes Arriba—, donde Cuesta amarillea su madurez definitiva. Desde allí comienza su obra hasta terminar en "Cantera", hasta terminar en la novela que viene ... Por los indios de Cuesta, por su hueste de imágenes ricas y su batallón de niños miserables, la novela esperada será grande.

JORGE Icaza que acaba de abastecer una literatura continental con "Huasipungo", en "Barro de la Sierra" se muestra de tránsito, diferencialmente técnico, desmejorando su estilo en la novela, y entreabriendo en sus relatos frondosos el mañana indígena de "Huasipungo".

Tiene palabras acres de demolición, pero mascadas en la boca del indio, en la voluntad, en el pensamiento, en el subconsciente del indio. Por esto la inverosimilitud escarba pequeñas entradas en sus escenas, en los epílogos de sus tramas.

Su técnica dostoiieskiana se alarga, se alarga, hasta frutecer en el pensamiento de Pirandello. Sigue acaso la misma escuela de Salvador en "Taza de té", llegando hasta los lindes postrimeros de lo paranoico. De esto se deduce que las historias espesas de crudeza que cuenta Icaza, vengan a tergiversar al indio. Ningún escritor como Icaza para el verismo insólito, crudo; nadie para hacer reflotar tanto los bajos fondos de los campos, pero el pensamiento del autor metido en el libro y en el indio lo introvierte, maltratándole. Ya no será el indio con musiquilla y tristeza de las épocas azuayas de literatura melódica, o vestido de príncipe, con citas de Alfredo de Musset o de María Antonieta como en Andrade y Cordero, pero será el indio con subconsciente de blanco, con agobiada cabeza paranoica de hombre culto.

Por lo demás Jorge Icaza provisto de un estilo corpulento y elegante en sus cuentos, prepara ya el descubrimiento del indio, con su crudeza pormenorizada, con el fuego de destruir y de pintar, adueñándose de la revolución y del advenimiento, hasta entregarnos un indio casi total en "Huasipungo".

JORGE Fernández —escultura morena— es un exaltado romántico, un frenético mental. En joven, anda enloquecido de extrañezas. Con una nerviosa falsificación va apoderándose de

las cosas. El pensamiento, la introversión, el estado hiperes-tésico de escribir y de observar, todos agudos, colocan a la vida en un plano de quintaesencia deslayada. Colocada así la verdad ofrece su promiscuidad evidente. La urdimbre romántica, el trastorno mental no nos dará jamás nos ha dado, ni por su medio se ha entregado, un livido bracear de multitud, una macerada condición de textualidad.

El elogio vasto de Benjamín Carrión despobló de opinión la obra primigenia de Jorge Fernández, al prologarla. Habría sido éste mejor recibido: por su mocedad, por su talento moreno y ardiente. El autor de "Generaciones proscritas" y "Tierra del indio" —realización del cuento intencionalmete doctrinario— habría recibido el abrazo de su generación, incitándole, preparándole perfección. Abrazo que quedó acunado. Le habríamos dado en su misma medida: con opulenta sensibilidad, con sinceridad. Carrión gritó, alardeó, se interpuso y no le dejó venir hacia nosotros, aunque nos dijera que nosotros, sus pares, sólo seríamos los llamados a juzgarle. El camino de la espera quedó en trance de palpitación.

"Antonio ha sido una hipérbole" es el título de su obra y de su primer cuento. "Acerca del hombre que era todo como un tornillo", introversión rencorosa contra el medio acicalado de uniformidad y de letargia. Incendio que comienza a ennoblecen una angustia de superación.

Con emoción rugiente y espléndida, con energía dolorosa y excavadora, relata en "Generaciones proscritas" la vida laxa, miserable y taciturna de una mujer abandonada, a quien el soborno místico de un cura hizole parir. Días después, egresada de La Maternidad, muere físicamente de hambre y su cadáver le desentrañan en la Morgue.

"Tarabata" es la figura central, suplicante y vengadora sin vengarse de "Tierra del indio". Tarabata seguidor de cuatrereros y abatidor del polvo, de la carretera vieja y trajinada, del caserío que asalta y devora su cansancio, es el esclavo heroico. Estas escenas de persecución y andaje contra el ladrón de animales por parte del indio, llevan una raíz de realidad domada y pulida. Es la mejor parte de su libro y la parte que acusa diferenciación total. Es admirable la concepción de un capítulo pulero, talado y repujado de escenas.

Jorge Fernández hombre nuevo tenía que ser admonitor.

TRES cuentos tiene José Rumazo González, con argumento de vodevil los dos primeros; el último, el "Anselmo", desarticulado en su trama, con pretensiones de aparecer acholado, lu-

gareño. En realidad no se barrunta la historia, menos se cuaja; no hay siquiera esbozo, es de una crítica insuficiencia argumental. Podría salvar a su libro el valor idiomático que él tiene, su construcción meramente gramatical y aún ésta, académica, de una antigüedad que no hay vuelo de neologismos, pero, desgraciadamente, sus cláusulas están adobadas de un énfasis agudo: "El preste, con la capa pluvial de las dominicas, seguía a los monagos". Su retoricismo aplasta, desconcierta y hiel a ... "el sacristán, vestido de garnacha deshilada, alta, casi rodillera, tal que se podían avisorar permisivamente los pernilles ..." Esto produce un enfriamiento en la cabeza receptora del lector, en la emoción abierta, captable del que lee.

En la historia celular del cuento hay siempre unas tres cuartas partes descriptivas —porcentaje abusivo— para sólo describir los labios del doctor Aragón, el vestido del Sacristán, la ceguera de Anselmo. Recurso gramatical que habla de carencias virtuosas.

En los caminos pedigüños de concepción, en su trajín que al fin tanto lastró para la búsqueda, se encuentra con un traje etiquetoso de academia. El adiposo escritor andará siempre de frac, andará siempre de frac por los caminos cotidianos, desparamentales. Le cito para completar el arsenal bibliográfico de los cuentistas. En este caso, nómia cuantitativa, sin selección.

CUENTOS primerizos—por su comienzo y por su técnica—los de Gonzalo Bueno. La opinión que acerca de ellos vierte Joaquín Gallegos Lara, prologando "Siembras", es exacta. Haz de cuatro relatos con crudeza en el exorno. Técnica iniciática e insegura, falta de condensación en el argumento, mostrando eso sí, ulteriores posibilidades narrativas. Se salva por su admirable y nutrida intención revolucionaria. Es un prometededor de las izquierdas literarias. Su futuro espectante tiene que ser como el día de mañana: veraniego.

PUEDO ensanchar este estudio con unos tantos nombres liminares unos, maduros otros, pero todos jóvenes empenachados y agresivos, con un evidente reclamo proletario, que han hecho obra diseminada. Hay una portentosa y nutrida generación lojana —cara a Cuenca— que vive con urgencia. Adivino la labor procreadora de Carlos Espinosa. Acaso una generación le deba su generación. De Loja es Palacio y pronto de Loja será Angel F. Rojas.

En Quito está Raúl Andrade, habría querido decir algo de sus cuentos grises: bares de neblina y noches de marinería bo-

rracha, pero no he tenido ocasión de reelerlos. Está también Francisco Borja y algún otro. Su línea literaria precisamente no es el cuento, pero se evidenciaron en el uno o en los dos publicados.

Enumeraré algunos autores sin obra, pero precisamente por esta carencia, no está completa su nómina:

Por los capítulos de "Banca", novela, diseminados en diversas publicaciones, se sopesa ya esa robustez sinfónica de la voz del sur, voz hecha para América, para la grieta dulce de iniciación; feroz y cruel de porvenir, para el púber que descascara su hombridad a fuerza. La lucha que vacía el púber para sacar al hombre y entregarlo a la ferocidad de los que hicieron el combate. Novela saciada de juventud, infundida de hombre, pero al fin novela de transición por el tema tratado. Vida desplegada, arrojada despavoridamente, todavía niña...

"Banca" es de Ángel F. Rojas. "Moscas y Mosquitos", uno de sus cuentos, es un desfile letal y veloso de moscas y mosquitos. Los insectívoros que conducen a la muerte, como los bacilos de Barbusse en "El infierno". Fantasías de clínico y en ellas metida la vida de Fernández, cholo serrano devenido en el trópico, aparejado con la Chocha. Venenoso paisaje de orfandad. El trópico maligno con el acordoneado zumbido de las moscas. Fernández adormitado por el runrún, triste cholo talado por el enjambre. Qué bonito rumor el de las moscas hasta caer picado y en los ojos la Chocha...

"Pata al suelo" del propio autor, es una estampa de un cholo de carne retorcida y fuerte como una raíz, trajinador de panelas por la campiña caliente y cañadulzal.

En 1934, Rojas publica "Un idilio bobo o historia de un perro que se enamoró de la luna". Relato de sinceridad, tan fuerte, tan deglutivo, como que es de un muchacho de colegio que lo da todo al primer escamoteador. Entrega descuadrada de un romance lelo, pero entrega también de su decepción y de su hipótesis rebelde. Los ojos claros y adolescentes perdidos en la neblina ciega. Salta la primera diferencia—él un muchacho pobre del Sur, ella una americana del Norte, blonda y millonaria—y se establece el reguero de la rebelión futura, más blonda y más rica, que toda esa rubia fantasía del Norte.

E. MORA Moreno.— Los cuentos de la querencia— "En la chacra". Querencia de indios sin ninguna añadidura occidental: textualmente realizada en su atmósfera. Es admirable por esto.

"Lo han chucado", cuento indigea logrado con exacta medida.

ALEJANDRO Carrión.—"Aguaceros en la sierra" es un cuento con esa tristeza uniforme que es tristeza, Carrión entrega su relato mojado en los aguaceros de la serranía y la Chavela vaciada y parida, con la boca castaña de sed; retorcida junto al arroyo promisor. Pero no apaga la fiebre puerperal ni amansa el cuerpo delirante. Guitarras metidas en el agua, en la carne ardida de la Chavela. Guitarras metidas en la lejanía de los ojos de Rafael que no vieron al hijo... Carrión escribió su último y mejor cuento.

"Martillazos en el silencio", humorismo frondoso. Ironía de pasos callados, para decir intempestivamente el puntapié buscón y cascabelero: "no hay ni un diablo. Al contrario, 2 animales de Dios: un gato negro luminoso y un gato café opaco: 2 animales de Dios". Carrión sería fuerte en el humorismo, no cultiva, da una azada de cuando en vez. Humorismo temperamental y anecdótico de su vida.

ALFONSO Aguirre Sánchez.—"Casa Grande": evacuación del argumento intencional. No se procrea la atmósfera indigena: fuga. En cambio guitarra jubilosa la carne y el cuento es un estudio pasional, un aparte psico-erótico. "Que la expulsen", en cambio, es un cuento de grávida realidad aldeana.

FRANCISCO Borja.—"Ruptura", tragedia amorosa de un pequeño-burgués, naturalmente tragicomedia. Para colmar la ironía, aderezó un epílogo inexacto y lento en "Fatalidad". Todo el cuento es la preparación de la muerte del señor Abril.

JOSE Alfredo Llerena.—"Don Juan Metafísico". El título es cabal y se agrupa con todo el relato. Un Don Juan sin fuerzas para domar lo físico, cobra cariño y postra a las mujeres imaginarias, con dulce rijosidad mental. No es un cuento, es una exultación. La prosa idiomática es espléndida.

MARIANELA Martínez.—"Ya nació el Juancito" es un tierno cuento poemático. Perfumada maternidad indigena.

NICOLAS Kingman Riofrío el más joven de todos. Sus tres cuentos "Sal", "Miseria", y "Carbón", no hablan de adolescencia. Es un enfrentamiento rudo con la vida. Son las manos púberes que amasan un pestilente barro de miseria. Tiene porvenir narrativo.

LA CRITICA LITERARIA EN EL ECUADOR

MANUEL MORENO MORA

INTRODUCCION

Antes de hacer la crítica de la crítica literaria en el Ecuador es necesario hacer el análisis del proceso del juicio estético, a la luz de la psicología moderna, ya que él esencialmente es un fenómeno psicológico, para así valorarlo y orientar la misma crítica.

Se ha dicho que la crítica es proceso de recreación de belleza, como también de participación en el goce de la obra artística y de reviviscencia de vivencias por la sugestión de sentimientos y pensamientos. Estamos así frente a una síntesis compleja, cuyos elementos necesitamos conocer y disociar, mediante un análisis sutil y profundo, a fin de averiguar la verdad de estas afirmaciones.

* * *

El fenómeno psíquico que desencadena el proceso de creación artística ha sido contemplado desde la antigüedad, pero sólo en los tiempos modernos se lo ha analizado y conseguido una mayor comprensión suya. Se lo ha llamado **inspiración** para denotar que una fuerza oculta y misteriosa, extraña al yo, animando con su soplo el espíritu del artista, produce el acto de la creación artística. Esta fuerza extraña, de orden sobrenatural, se personificó en las Musas, a quienes invocaban los poetas. Este trabajo inconsciente ha sido interpretado, aun por psicólogos modernos, como extraño al yo y realizado por un yo superior al yo consciente, el **yo subliminal**. En este punto estamos colocados, no en un plano experiencial, sino en un plano metafísico. ¿Quién puede afirmar o negar la existencia de un espíritu superior y sus modos de revelación o expresión? ¿Quién puede afirmar o negar que el espíritu humano pudiese

estar en contacto con este espíritu superior? Abandonemos, pues, estos planos y descendamos a donde podamos aplicar métodos de investigación moderna.

Debajo de la conciencia, en que las síntesis mentales aparecen a plena luz de la reflexión, organizadas en torno de una idea, está la subconsciencia, en que los productos mentales tienden a organizarse en torno de una imagen. La analogía del proceso del ensueño, de la obsesión, de la alucinación y de la locura con la inspiración está demostrando la analogía de sus orígenes. El ensueño es el despertar espontáneo de imágenes y complejos que yacen olvidados en el fondo de la subconsciencia. La persistencia de la imagen y la potencia que a veces cobra explican, en parte, la influencia de lo subconsciente sobre lo consciente y la génesis del proceso de la iluminación. Esta potencia de la imagen, junto con su riqueza, explican asimismo la potencia de la imaginación visual, auditiva, sensorial, en suma, de los artistas. En este trabajo subconsciente de la psique se producen complejos en torno de la imagen, los cuales, por la potencia de ésta, surgen de la subconsciencia y súbitamente flotan en la conciencia con ese carácter de iluminación y con esa potencia de obsesión que se impone al espíritu.

Al ordenarse las ideas bajo la dirección de la razón, de la voluntad y de sus principios, originan el pensamiento. Cuando las imágenes se ordenan sin ser contrastadas por la razón ni la voluntad, lejos del campo de la conciencia, se tiene una variedad de pensamientos subconscientes, según la complejidad de sus estructuras, que van desde el ensueño, desde el soñar despierto, hasta la creación artística, hasta la visión de los místicos, por medio de la **intuición**. Al mismo tiempo cobran esa incoherencia, libertad y espontaneidad tan propias de estos procesos.

Todo producto de la intuición nace de una imagen, de una incubación de complejos y de un trabajo consciente previo. Se diría que la imagen crece mediante asociaciones con otras en el fondo de la subconsciencia, durante lapsos más o menos largos, y llega un momento en que basta una nueva imagen para que, produciendo cierta tensión psíquica, surja esa constelación y flote entonces luminosa, irradiante en la conciencia.

La creación artística no es producto exclusivo de la subconsciencia. La función de la subconsciencia acaso obedezca a una inhibición de la conciencia y de las funciones racionales de la inteligencia, la cual, produciéndose discontinuamente, deja en libertad al espíritu, que adquiere una nueva visión, un nuevo pensamiento, rápidos, plenos, seguros, panorámicos, sin razonamiento, sin dirección. Vuelve la conciencia y vuelve con

ella el pensamiento racional a sumarse al pensamiento intuitivo. Este poder de la subconsciencia, anulador de la reflexión y de la voluntad, da la apariencia de una fuerza extraña y dominadora, de un yo distinto, de voces que suenan en lo profundo del espíritu. De aquí que para el mismo artista creador sea su obra una revelación, un eco de voces misteriosas. De aquí también que sea común en los artistas el sentimiento de desdoblamiento de la personalidad. Fácil es entonces creer en el yo subliminal.

Cuando principia la creación se tiene de ella un esbozo, esbozo que varía según el predominio de la clase de imaginación, visual o auditiva, de cada artista. En el acto de la creación se encarna el esbozo, se enriquece de vivencias, se aviva con relaciones no sospechadas, con hallazgos felices de complejos.

La influencia de la subconsciencia en la creación artística pone en claro la verdad de que no hay escuelas sino artistas. Las escuelas están animadas de principios, de normas, de algo general y común, de técnicas; son frutos del pensamiento racional, son manifestaciones de civilización; el artista, conciencia y subconsciencia a la vez, crea, en parte, dirigido por la razón y por la voluntad, de modo querido, obedeciendo las leyes del pensamiento; pero crea también, en parte, conducido, impulsado por la intuición, de modo inspirado, en pleno mundo de las imágenes y sus complejos, en plena vida de una realidad más íntima, con singular visión estética del mundo, con entera espontaneidad y libertad, como si fuera la naturaleza, como si fuera un dios. Sus obras, así, son frutos de la intuición, manifestaciones de cultura. Esta liberación de la razón, de las leyes y normas impuestas por otros da al artista el sentimiento y la conciencia de ser libre como un dios, de obrar de acuerdo con lo íntimo, lo profundo de su ser, distinto de otros seres. Esto es lo que da el sello de originalidad a la creación artística. Por la razón el hombre es semejante a los demás hombres; por la intuición es distinto de ellos, semejante a un dios. De aquí nace el sentimiento de alegría, de plenitud de la creación artística. El artista, al crear, se libera de la obsesión, de complejos de imágenes, y vuelve de su mundo interior a un mundo exterior y estético.

Pero, junto a este acto de liberación, van unidos ciertos fenómenos psíquicos lindantes con lo patológico. El juego de la subconsciencia trae consigo ciertos desequilibrios de la mente del artista. Lo subconsciente participa en su vida de mil modos. Los fenómenos de automatismo, de disociación son el cortejo de lo subconsciente dinámico.

El motivo director aparece, en sus lineamientos generales, como nebulosa en la mente del artista, la cual, por el esfuerzo de atención, de concentración de la inteligencia, se irá aclarando, poco a poco, y tomando forma precisa y luminosa. La aparición de una idea, de un sentimiento, de un recuerdo despertará otros intimamente relacionados con ellos. Despertado un grupo de neuronas, comunica su actividad a otros, distendiéndose, vibrando, provocados por secreciones endocrinas y provocando, a su turno, otras nuevas. La formación de complejos de ideas, de sentimientos depende, pues, de la riqueza orgánica de estas fibras de asociación, de estas neuronas y de la riqueza de vivencias, cuyos rastros quedan, por modo misterioso, grabados en ellas. Está subordinada además a la potencia suscitadora de las asociaciones, dependiente de causas múltiples, de orden interno y externo. El buen funcionamiento de las glándulas endocrinas que influyen en la inteligencia, la pureza del medio vital en que funcionan las neuronas, el estado de cenestesia, las cualidades del medio ambiente, son otros tantos factores de la creación artística.

* * *

Con el nombre de **inconsciente** se comprende el conjunto de tendencias, disposiciones e impulsos interiores que yacen en los fondos de la vida psíquica y no aparecen con claridad en la conciencia, de modo que se escapan a la introspección y se revelan sólo a través de la sensibilidad. Lo inconsciente es uno de los factores de la creación artística, suscitando muchas veces la misma intuición y contribuyendo siempre a la formación de la tonalidad afectiva.

Lo inconsciente es aquella vida oscura, lejana y profunda del psiquismo, formada, por así decirlo, de otras vidas, transmitidas por herencia y atavismo, y de las vidas celulares del propio organismo que obran fuera del campo de la conciencia.

Esta vida profunda influye poderosamente en el sentimiento estético. Este sentimiento depende, muchas veces, del estado de alma, influido por lo inconsciente. Los fantasmas del mundo interior y exterior, interponiéndose entre la obra artística y la psique, causarán variaciones en su comprensión. Un cambio del clima, un hipofuncionamiento de una endocrina bastarán muchas veces para que el crítico sea incapaz de apreciar una obra artística, objetivamente bella.

Gran verdad la de Nietzsche: **escribe con sangre y verás que la sangre es espíritu**. Lo inconsciente es uno de los elementos

de la psique humana. Basta un disfuncionalismo endocrínico para que se produzca una psicopatía, que escapa a la observación profana. La variación en la secreción de las endocrinas será una de las causas para el trastorno de la creación artística y del goce de la obra de arte.

* * *

La vida afectiva está íntimamente relacionada con la inteligencia, de tal modo que las representaciones, las intuiciones, lo mismo que sus complejos, reciben su influencia y son condicionados y modificados por ella.

Según la intensidad de los fenómenos afectivos, obrarán en el campo de la conciencia reduciéndolo más o menos. Se comprende que si ciertos fenómenos afectivos se presentan habitualmente en el centro visual de la conciencia, vienen a constituir algo así como el fondo sobre el que se destacan las representaciones, las vivencias que franquean el umbral de la conciencia para volverse su objeto de reflexión. Y asimismo, además de esta tonalidad afectiva que adquirirán estos fenómenos mentales, quedarán en la conciencia vestigios de los fenómenos afectivos, que reaparecerán por asociación con nuevos fenómenos. Habrá una disposición para la reacción afectiva, predominante en la psique de intensa vida afectiva, a la vez que disminuirá la atención por los fenómenos de orden mental.

Se ve, pues, cómo el desequilibrio afectivo, sea por depresión, sea por exaltación, rompe la armonía de la vida psíquica, y oscurece con su tono, respecto a la creación artística, la claridad deseable de los fenómenos mentales, los desordena, no los fija en el centro visual de la conciencia ni los asocia con fenómenos del mismo orden. En un estado de exaltación de la alegría se produce cierta aparente riqueza mental; pero, en el fondo, es una volubilidad de ideación superficial, rica en asociaciones, de asociaciones que no se fijan ni se profundizan para agotar sus relaciones. En cambio, en un estado de depresión, como la melancolía, deprimidas como están las neuronas, relajadas las fibras de asociación, empobrecido el medio interior en secreciones, viene una inhibición de la ideación, un retardo en la composición y descomposición de representaciones, una lentitud en el despertamiento de las disposiciones, y, por lo contrario, se produce el predominio de los fenómenos afectivos íntimamente ligados con ella. Se tiene, entonces, el caso de monoidismo.

Tal como la creación artística está condicionada por el estado afectivo, así la participación artística, proceso análogo, tiene como fundamento el estado afectivo, la tonalidad afectiva para la formación de los juicios de valor. Sucede, a veces, que una obra artística es juzgada como bella porque está acorde con el estado afectivo del crítico y así su contenido de vida resuena profundamente en su conciencia. En cambio, se la calificará de fea si disuena de su estado afectivo.

Así sólo el crítico que se ponga a tono con el artista podrá formar un juicio de valor verdadero. Los juicios de valor no son productos del momento, sino de una ponderada experiencia subjetiva.

La comunicación de la vida ideoafectiva estetizada es en gran parte un proceso de despertamiento, de reviviscencia de vivencias en la conciencia ajena. Si el crítico no tiene una rica vida sensitiva, afectiva y mental no podrá despertar en su conciencia lo que no existe más allá de su umbral. La obra artística caerá, entonces, en el desierto, en el vacío.

No siempre el creador de arte está en capacidad de crear belleza; faltan, a veces, los factores de este proceso, cuyo fundamento es cierta tensión psíquica, el tono psíquico, compuesto del tono afectivo y del tono mental. La alta o la baja tensión de la afectividad son fenómenos complejos, en cuya producción entra en juego lo psíquico, lo fisiológico y lo patológico. Al referirse a los imponderables de la vida mental, siempre será necesario contemplarlos como resultados, en parte principal, del funcionamiento de las endocrinas. La alegría sin motivo o la melancolía sin causa, o mejor, el tono afectivo no es sino la expresión inconsciente del hiperfuncionalismo o del hipofuncionalismo de las endocrinas condicionados por factores internos y externos. El estado de calor o de frío, de humedad o sequedad, de viento, de fragancia del aire; el estado de electricidad, de luminosidad o de obscuridad de la atmósfera; la musicalidad o el silencio del paisaje; en fin, todo lo climático y climatérico, en su más amplia aceptación, influye en la producción de la tonalidad afectiva.

La misma reacción contra estos factores externos está condicionada por los del medio interno, por ese conjunto de afecciones endocrínicas que pudieran llamarse el clima individual. Así el hipertiróideo es un hipersensible: la luminosidad, la electricidad de la atmósfera, el ruido, los aromas, el viento le provocarán reacciones dolorosas, produciendo la variación del tono afectivo. El tipo hipertiróideo puro no existe en la realidad o existe por excepción. Es pues un tipo inestable, cuya

inestabilidad da la clave, en parte, del origen de los caprichos. A ciertas horas, en ciertos días, tranquilos o inquietos, deprimidos o exaltados, tristes o jubilosos, afectuosos o indiferentes, efusivos o taciturnos, débiles o enérgicos, irresolutos o resueltos, recorre toda la gama de la tonalidad afectiva de la potencia vital, constituyendo el tipo del Proteo psíquico.

Así como el hiperfuncionalismo y el hipofuncionalismo de las endocrinas se revela en el color de la cara, cabría buscar el color de la obra de arte en el artista creador y en el crítico. Tendríamos, entonces, estilos rosados, rojos, lívidos, amarillentos, pálidos, grises y blancos; color que servirá para guiar en el análisis de la psicología del artista, ya que el estilo lleva el sello del yo. La variación del color del estilo daría a conocer la variación del clima individual, y ésta daría la explicación de aquélla. Así se comprendería mejor la razón del cambio de color del estilo.

Así como influye el tono afectivo en la vida espiritual, del mismo modo ésta, por el proceso de sublimación, influye en aquélla, intelectualizando la reacción afectiva, a fin de alcanzar, en lo posible, el equilibrio, la armonía de la corporeidad y la espiritualidad, de lo inconsciente y lo consciente.

La vida afectiva y en consecuencia su tonalidad están íntimamente relacionados con la raza, el medio ambiente, la época y la personalidad del individuo.

No hay duda de que hay razas superiores e inferiores. Cada una de ellas tiene caracteres propios, en dependencia de la organización nerviosa y cerebral. Cuanto mayor es el grado de evolución del sistema nervioso, tanto mayor es la calidad de la vida afectiva y mental.

El arte indígena de América, por lo que respecta a la expresión de la vida afectiva, es esencialmente melancólico, y no triste, como se afirma generalmente. Es preciso establecer la distinción clara entre melancolía y tristeza. La melancolía es un complejo engendrado por el tono afectivo y lo inconsciente, es decir, por fenómenos de bajo psiquismo que apenas si llegan a la conciencia. En cambio, la tristeza es esencialmente consciente: la vida afectiva se ha espiritualizado por medio de la introspección, de la observación, de la comparación y del análisis, y ha salvado así el umbral de la conciencia para invadir su campo visual y en él agudizarse, exacerbarse. La misma pobreza de la música americana pentatónica, su mismo ritmo pesado, su mismo motivo restringido, su mismo acento monódico, denunciando están su carácter de depresión, de abatimiento, su psiquismo inconsciente.

La raza negra, sensual, imaginativa y exaltada, encuentra, por el camino de la exaltación, mayor tesoro de vivencias, mayor número de complejos mentales y afectivos, y aunque por ella misma caiga en la inestabilidad, revelada en el ritmo desordenado, dislocado, brusco de su danza y música, alcanza, no obstante, un grado más alto de espiritualidad que la raza americana.

La raza mestiza, sumando en ella los caracteres de la raza blanca y de la cobriza, y aun de la negra, lleva en lo inconsciente y lo subconsciente las inclinaciones y tendencias, en grado variable, de las demás razas; inclinaciones y tendencias, contrapuestas, muchas veces, que chocan entre sí, según su potencia vital, y provocan conflictos y desarmonías de la psique.

El medio ambiente está formado por la naturaleza física y por la naturaleza humana. Varía la naturaleza física según las latitudes. Con la variación del color del cielo, de la luminosidad del aire, de la riqueza de rayos ultravioletas del sol, de la presión atmosférica, de la fauna y de la flora de cada región, de la radioactividad de sus aguas, varía también la calidad del medio interno y la función de las neuronas. La costa, —volubilidad del mar, aire cargado de sal, peces hechos de sol y fósforo,— exalta y da la riqueza de ideación, la volubilidad de afectos e ideas, la superficialidad del pensar. La montaña, —cadenas geológicas, horizontes estrechos, mar azul del cielo—, inclina a la reconcentración, a la elevación del espíritu a la superrealidad, originando así las múltiples asociaciones de ideas, la profundidad del pensamiento, la lentitud de los afectos, la viveza de las pasiones y el idealismo del espíritu. La estepa, glacial e inhóspita; el fyord, frío y brumoso; el páramo, —tomado en un sentido no sólo geográfico, sino también climatológico—, frígido y nebuloso, no despiertan el amor de la naturaleza, el sentimiento panteísta de la vida, que alegran y exaltan, sino el retraimiento, la soledad, la introspección; entonces el hombre descubre su yo, y, al descubrirlo, descubre a la misma humanidad, en toda su realidad y en todo su dolor, y se vuelve humanitario y hondamente pensador.

En cualquiera latitud, dentro de caracteres generales, la costa es creadora del arte proteico, la montaña del prometeico, y la estepa, el fyord y el páramo del fáustico. En estos la tonalidad afectiva se resuelve en tedio, en la montaña en ansiedad, y en la costa en volubilidad.

La personalidad, sentimiento a la vez que conciencia de la coherencia de lo inconsciente y de lo consciente del propio ser,

es la unidad organizada de vivencias por medio de la memoria, en torno de la voluntad.

No se sabe en donde termine lo normal y comience lo anormal. Tal vez no haya en la humanidad el tipo normal. De aquí que sea necesario contemplar en el análisis de la creación artística y de su participación y reviviscencia las constituciones, o sea las predisposiciones a las psicosis.

La ciclotimia es la tendencia innata a los estados de excitación o de depresión psíquica. Tiene ésta indudablemente como base la inestabilidad tiroidea. En el arte dará lugar a todo un cúmulo de inestabilidades.

La emotividad es la tendencia innata a la emoción. Esta constitución está en relación con la función de la córticosuprarrenal. El artista emotivo fácilmente se verá emocionado por estímulos mínimos de belleza o de arte. De aquí nace el tipo de artista o de crítico que en todo encuentra belleza.

La perversidad es la tendencia innata a la realización de actos antisociales.

La mitomanía comporta la tendencia a la simulación, cuando oral, en forma de relatos fantásticos.

La paranoia entraña la tendencia al egoísmo, a la soberbia, a la confianza desmesurada en sí mismo, a la venganza.

Cada una de estas constituciones matiza de distinto modo la tonalidad afectiva con sus impulsos, caprichos y morbosidades.

Cuando existe la hipertrofia del yo se da el egoísmo. En el artista se revelará esta constitución paranoica en su creación artística libre de normas, en la tendencia, más que a la originalidad, a la extravagancia. En el crítico de arte se manifestará, del mismo modo, en la formación de juicios de valor que van contra todo principio y toda norma de estética. El iconoclasticismo es el ápice de la paranoia en el arte. Muchas de las modernas corrientes artísticas son hijas de la paranoia.

Cuando existe la atrofia en la personalidad, nace el sentimiento, el complejo de inferioridad, en que comienza a disociarse la personalidad, a perder sus elementos formativos. Brota entonces el bovarismo, o sea el deseo de ser distinto de lo que se es, el deseo de adoptar la personalidad de los tipos creados por la literatura, cuando no los mismos tipos raros creados por la vida. Se tiene, en tal caso, no propiamente el imitador, sino el mimetista, el bovarista de la literatura.

Estas tendencias psicopáticas son desviaciones de tendencias naturales, cuya unión con las funciones psíquicas engendra la personalidad y se revela en el carácter. De esta unión

en sus distintos grados resultan innumerables caracteres, irreductibles casi a categorías.

En una clasificación de los caracteres se debería tomar en cuenta las funciones de la sensibilidad; según la pureza o mezcla de éstas se originarán los caracteres sencillos o complicados, tanto más complejos cuanto más sea el número de tendencias que se combinen. Por lo que respecta a las funciones intelectuales, éstas pueden darse en grado mayor o menor con los caracteres, sin que su predominio pueda servir de base para una clasificación de ellos, ya que el carácter es revelación del temperamento, de algo orgánico e innato, que ni la inteligencia ni la voluntad serán capaces de transformar, aunque sí de sublimar. El carácter es el estilo del alma, mas no del espíritu. El espíritu matiza los caracteres con su influencia, pero no los constituye.

Los temperamentos y constituciones, del mismo modo que los caracteres, al expresarse en el arte, llevarán a él su psicología propia y especial, y el análisis de ésta será la clave que revele el carácter, la tendencia, el estilo de la obra artística. Así se comprenderá mejor por qué tal o cual artista es lírico o épico, novelista o cuentista, dramaturgo o ensayista, pensador o crítico. Así se alcanzará a saber por qué unos artistas son realistas o naturalistas, y otros, románticos o simbolistas. De este modo se penetrará en el secreto del humanitarismo de unos literatos y del soberbio estetismo de otros. Se entenderá por qué tal artista alcanzó un grado elevado en su arte. Y si se estudia el carácter de tal o cual crítico, se conocerá el fundamento psíquico de su crítica y se podrá valorar sus juicios de valor.

Gran parte de la literatura moderna es producto de psicosis. A poco que se analicen muchas obras de arte, bellas flores de mal, se hallará que sus raíces se hunden en el légamo de la morbosidad, de donde toman la savia que tiñe sus corolas. En unas serán enfermedades del alma, en otras del espíritu, morbosidades del sentimiento, de la imaginación, de la voluntad, que harán de ellas vistosas ciénagas floridas. Y no hay razón para el asombro, mucho menos para la censura. Si la vida humana misma es bella ciénaga florida, también lo será el arte, que es su expresión estetizada.

* * *

Representación compuesta esencialmente de estados afectivos es la emoción y como tal plenamente consciente. Este elemento consciente basta para establecer la distinción de la emoción y separarla de los fenómenos somáticos que son la máscara, la apariencia, el epifenómeno de las emociones, como también de los estados de la tonalidad afectiva que no salvan el umbral de la conciencia.

Los fenómenos somáticos que acompañan a la emoción contribuyen a mantenerla, a intensificarla, pero no a producirla. De aquí nace la distinción, tan útil en la psicología del arte, de la emoción vivida, de la emoción recordada y de la emoción participada. La primera, complejo de elementos psíquicos y somáticos, es de mayor intensidad que las otras. Al recordar una emoción, se han perdido en la memoria muchos detalles psíquicos, la emoción se ha estilizado, ha perdido sus rasgos accidentales, lo que le daba el carácter de singularidad, para reducirse a lo general; además, como la representación de la emoción, en el recuerdo, no va acompañada de estados somáticos, pierde esa vitalidad, esa tonalidad, esa profundidad tan propias de la emoción vivida. Al intelectualizarse se ha desmaterializado y espiritualizado.

La emoción participada será menos intensa que la emoción vivida; tendrá análogo carácter de intelectual, pudiendo revestirse de estados somáticos, según su potencia de sugestión, y en relación con las vivencias que despierte en la mente del gozador de arte.

Según el grado de poder participante y reviviente de arte será el grado de capacidad de simpatía y de comprensión del crítico de arte. Este debe tener, pues, un rico tesoro de vivencias; haber vivido la vida con su cuerpo y alma, con su espíritu y con todos los poderes de su espíritu, a fin de corresponder con las emociones del artista, que son las despertadoras de emociones del crítico. Pero hay que aceptar como indiscutible que la emoción del artista no se comunica jamás tal cual es al crítico de arte, al gozador de belleza. Cada hombre vive encerrado en su mundo de representaciones, sin comunicarlas en su pureza, en su originalidad, en su esencia a nadie. Las palabras sólo son símbolos de representaciones; se comunican aquéllas, pero no éstas. Cuando alguien trata de comunicar a otro sus sensaciones, sus afectos, sus emociones, sus pasiones, sus ideas, sus intuiciones, son las intuiciones, las ideas, las pasiones, las emociones, los afectos, las sensaciones del otro las que se han

despertado en su mente, en su conciencia; y si no se han despertado no se los comprenderá. Flotarán las palabras en sus oídos, vacías, sin sentido. Schopenhauer expuso una gran verdad al afirmar que el mundo es su representación. Cada hombre tiene su representación del mundo, representación original, distinta de otras. Esta afirmación se puede extender al arte, y afirmar: El mundo del arte es mi representación. Hay tantos mundos de arte cuantas representaciones pueden darse. De todo esto brota el concepto de la relatividad del valor de los juicios estéticos.

Si el epifenómeno de los estados somáticos contribuye para el timbre y la tonalidad de las emociones, se cae más en el campo de lo relativo. Sería menester volver a hablar de la influencia del medio interno, —fisiológico y patológico—, y del medio externo en la reviviscencia de las emociones y en la correspondiente formación de los juicios de valor. No hacemos sino aludir a ella. Una obra de arte para despertar sentimiento estético ha menester de su hora, de su ambiente, de su estado de alma, de su tipo participante de su belleza.

* * *

La vida afectiva está hecha también de sentimientos y pasiones. La pasión es la reiteración de un sentimiento que alcanza así alto grado de intensidad y produce efectos vehementes en el psiquismo. La reiteración e intensidad del sentimiento, al acaparar el centro visual de la conciencia, originan el anulamiento del libre juego de ésta, que se ve, de este modo, dominada por una representación o idea, la cual se vuelve el centro tanto de la vida afectiva como de la mental. Esta polarización es una de las características de la pasión. Ella explica el fenómeno de absorción de la conciencia por la pasión duradera, por la representación fija. El sentimiento modificado por la pasión no puede ya tomar nuevas direcciones. Y la misma voluntad de vivir se pone en función de la pasión.

Dependen de la capacidad de la inteligencia y de sus funciones los hechos que pueden darse del predominio exclusivo de una pasión o de varias pasiones simultáneas. Sobre todos estos fenómenos están intimamente en relación con la potencia de la imaginación y de la voluntad. Por más que lo característico de la pasión sea el triunfo del alma sobre el espíritu, un hombre imaginativo o volitivo reaccionará contra el desequilibrio afectivo y mental, y aunque no lograra libertarse de la pasión, conseguiría, al menos, libertarse de su estrecho círculo.

He aquí la razón porque el hombre de genio jamás se deja avasallar por la mujer. Esta reacción manifiesta el por qué de la mayor o menor duración de las pasiones. Bien se puede afirmar que la duración de una pasión está en relación directa con el grado de potencia de las funciones mentales.

No hay dos pasiones iguales. Tal como se pueden dar millones de combinaciones de lo espiritual y lo anímico para la producción de caracteres, del mismo modo la pasión, encarnación de una tendencia, es innumerable, reviste millones de formas, en relación con lo personal de cada hombre apasionado. Este carácter de individualidad de la pasión la vuelve difícil de ser comprendida por otros, aun por el mismo crítico de arte. De aquí surge muchas veces el juicio erróneo de insinceridad, de artificiosidad que se atribuyen a la pasión. Como hemos dicho, con respecto a las emociones, sólo quien tenga un tesoro rico de vivencias podrá despertarlas ante la acción reviviente de vivencias de la obra artística, asimismo sólo quien haya sentido pasiones podrá comprender la verdad y belleza de las pasiones expresadas en el arte, a menos que su inteligencia e imaginación sean capaces de intuir la verdad y belleza de las mismas.

Se va, pues, observando que la recreación jamás puede ser igual a la creación. La potencia, la magia, la tonalidad de los fenómenos psíquicos de la creación artística sólo en el alma y en el espíritu del creador, más, aún, sólo en el momento de la creación alcanzan su eclosión original y cabal. En la vida misma del artista, toda emoción, toda pasión sólo una vez pasa por su cenit.

El predominio de la pasión es lo que vuelve de algunos líricos poetas monideístas, poetas de un solo sentimiento. Pero vemos que esto no entraña cualidad de los grandes líricos, como afirman algunos críticos, antes es defecto que revela imperfecciones, desequilibrios de la inteligencia, de la psique. Cualidad de los grandes líricos es más bien ser hombres de pasiones varias, o mejor aún, de sentimientos innumerables.

* * *

El sentimiento estético es un producto psíquico complejo, constituido, entre otros elementos, por la sensación y la representación que se desenvuelven en la conciencia, en concurrencia estrecha con disposiciones y tendencias, matizándose con la influencia del dinamismo inconsciente.

La raíz del sentimiento estético se hunde en la sensación que origina agrado o placer. La sensación por sí misma, por compleja que sea, no puede ser calificada de bella, aunque estetas como Guyau crean que hay sensaciones bellas, como la olfacción de flores, la de gustación de bebidas. Por el mismo hecho de que la sensación no es fenómeno sencillo, sino complejo, formado por varios procesos psíquicos, no se puede determinar con precisión, mediante el análisis introspectivo, en donde acaba la sensación y comienza el sentimiento estético. La asociación del dinamismo inconsciente a la sensación, antes de que se produzca el sentimiento estético, origina ya un producto psíquico intercalado entre los dos fenómenos. Tal vez sería mejor llamarlo interferente. Para este producto de interferencia sería necesario adoptar un nombre distinto de sensación y de sentimiento estético, y llamarlo afección sencilla estética.

La idea no entra a formar parte de este proceso, que está reducido sólo a la complejidad de la sensación y de la afectividad obscura, elemental. De modo que el proceso se desarrolla en la subconsciencia y en la conciencia, como si se dijera en el umbral de una y otra, sin llegar por consiguiente a destacarse plenamente en el centro visual de la conciencia ni a esfumarse en el fondo de la subconsciencia. Es como si a momentos se levantara sobre el umbral de la conciencia y a momentos desapareciera detrás de él. Esta fluctuación es de lo más característica. Por más que este proceso caiga bajo la introspección, la mente no va más allá de su vaga percepción, no llega a su apercepción, y queda entre dos luces, en un estado de interferencia.

La reacción afecional, distinta de la emocional, que provoca este proceso, origina esas tristezas o alegrías, inquietudes o tranquilidades, esperanzas o descorazonamientos, temores o confianzas vagos, indecisos, sin motivo. Son los estados crepusculares de la psique.

Siendo lo agradable lo propio de la sensación y el placer estético lo peculiar de ciertos sentimientos, habría que llamar lo inefable a estas impresiones producidas por ciertas afecciones sencillas estéticas. Así en una noche de luna, de estío, la luz de la luna producirá una sensación agradable, por la suavidad de ella; si a esta sensación se mezclan otras, como la tibieza del aire, los aromas de flores, la azulidad del cielo, el temblor de las estrellas, el susurro de las brisas, la calma de la noche y despiertan una reacción afectiva elemental, sin idea alguna, en el fondo de la subconsciencia, se producirá una afección sencilla

inefable; si se fija en la mente una de estas representaciones por medio de la atención y se produce el acto de apercepción, si encierra elementos de belleza, hará brotar el sentimiento estético.

Mediante el esfuerzo de la introspección se puede fijar la afección sencilla y analizarla hasta transformarla en emoción. Uno de los grandes aportes del simbolismo fue descubrir nuevas fuentes de arte en lo inconsciente y lo subconsciente, mediante el método de la introspección. El simbolismo no trata sólo de expresar emociones, distinguiéndose en esto del parnasianismo, que plasma imágenes; del romanticismo, que expresa pasiones, y del clasicismo que expresa ideas, sino que salvando el campo de la conciencia, llega al umbral de la subconsciencia, con análisis sutil y profundo, y traduce al lenguaje la obscuridad, lo inasible, lo inefable de la afección sencilla, valiéndose para ello de una técnica especial, la técnica de la intuición. De aquí nace el tono menor, la penumbra, el matiz, la vaguedad, la sugestión, la expresión recóndita del simbolismo. Excitaciones leves del medio interno y del medio externo bastaban a los simbolistas para despertarles la tonalidad afectiva y replegarlos sobre la afección sencilla. Este hábito de frecuentar las profundidades silenciosas de la subconsciencia les exacerbó la tendencia a la introspección y a la delicadeza, y por este camino se fueron al amor de estados análogos del mundo exterior, vagos, penumbrados, silenciosos, inefables, y se exilaron en su torre de marfil, por delicadeza y refinamiento.

El análisis de la afección sencilla, fuente de inquietud, es una de las notas características del simbolismo, que así se contraponen a la serenidad de clásicos y parnasianos, y a la pasión estentórea de los románticos.

Toda sensación, por lo mismo que produce agrado o desagrado, elemento primordial del sentimiento estético, comporta principios de belleza, los cuales al desenvolverse en la mente, al provocar la formación de complejos, al originar reacciones afeccionales y emocionales, causarán sentimientos estéticos, pudiendo por lo mismo dar nacimiento a las artes correspondientes. Entre las sensaciones no hay psicológicamente orden alguno que señale una relación de categoría. Aserción de la estética especulativa es que sólo las imágenes visuales y auditivas comportan elementos de belleza. Toda imagen los comporta.

Tal como el arte musical tiene su fundamento en la sensación del sonido, nuevas artes podrían tenerlo en las sensaciones del color, del olor. El día que se logre combinar en armonías el tono, la claridad y la saturación del color, conociendo las reacciones afeccionales y emocionales que produce, se crea-

rá el arte cromático. Se sabe, por ejemplo, cómo el azul y el verde serenán, influyendo en la tonalidad afectiva; cómo el rojo excita; cómo se puede causar variados contrastes y disonancias de colores.

El sentimiento estético de la naturaleza no es sólo engendrado por imágenes visuales y auditivas, sino también por olfativas, gustativas, táctiles, musculares. Los grandes sentimientos estéticos son el resultado mágico de la orquestación de una idea por el cuerpo y el alma, por el espíritu y sus poderes misteriosos, orquestación en que conciertan su música desde las células orgánicas hasta lo divino que duerme en el hombre, y colma todo su ser con la gracia que brota de lo agradable, de lo inefable, de lo bello.

Provechoso es conocer todos estos elementos del proceso de creación artística para no creer que el impresionismo es menospreciable en el verdadero campo de lo estético. Si no se consigue, en ciertos casos, participar en la belleza de una obra de esta índole y así gozar con ella, es por defectos subjetivos, mas no porque ella objetivamente esté destituida de belleza.

La belleza de una obra de arte está en relación con los principios del arte, con lo objetivo de ella y lo subjetivo del gozador, del crítico. Si se trata de establecer la ecuación entre la creación y la re-creación se verá que esta ecuación indeterminada de belleza tiene incógnitas de números ilimitados de valores estéticos. Hay valores estéticos que no se revelan fácilmente, estando en relación con el gusto individual, el cual está en función del grado de riqueza espiritual, afectiva y vivencial de cada uno. El juicio estético de valor es esencialmente subjetivo; es algo así como un cociente estético que resulta de la relación entre el *quantum* de belleza objetiva y el *quantum* de capacidad subjetiva de participación en la belleza y de reviviscencia de la belleza. Se ve, pues, lo relativo de los juicios de valor.

* * *

Siendo relativo el sentimiento estético lo es también la estética misma.

Cada individuo superior, cada clase social, cada nación, cada raza, cada cultura, cada civilización tiene su estética.

En nuestra América, donde no se llega todavía a una fusión racial, a la creación de una cultura completa, tenemos un mosaico de razas, de culturas incipientes y de decadentes civilizaciones, y por ello, un mosaico de estéticas. Esta es la razón de

que junto al arte balbuciente, apenas salido de la barbarie, se dé el arte culto, dueño de técnica perfecta. Como en la creación artística se da desde el arte más primitivo hasta el más culto, en la participación artística se da desde la beocia invec-tiva, —supervivencia de la flecha,— hasta la crítica formal y esencial, crítica artística y psicológica. Por supuesto que aque-lla nada tiene de crítica.

La crítica se fundamenta en la estética y en la psicología, o, para mejor decirlo, en la estética experimental. Quien no esté dotado de alma y espíritu superiores, quien no tenga un rico tesoro de vivencias, quien naturalmente no sea un esteta sutil y fino, perspicaz y sagaz, por más que entienda de estética ex-perimental, no podrá participar de la belleza de la obra artística, no podrá revivirla reviviendo sus vivencias, no podrá gozar de ella, no podrá en consecuencia, formar juicios de valor. De aquí que el desarrollo del sentimiento estético esté en relación con la edad y pase por varios grados.

* * *

Toda afección sencilla, toda emoción, toda pasión cuando llegan a un alto grado de tensión psíquica tienden a expresarse. En el hombre primitivo la fuerte tensión psíquica que engendra una representación impulsa a la expresión de la imagen. Y así la expresión plástica de la imagen es la iniciación del arte en todos los pueblos. Todo fenómeno psíquico está correlacio-nado con un fenómeno físico, que es el producto de aquel. La imagen, el afecto, la emoción, la pasión, el sentimiento y la idea tienen necesidad de traducirse al exterior mediante sím-bolos, de hallar una forma que los plasme o los contenga, de ser comunicados. De esta necesidad de expresión, de forma, de comunicación nace el arte. Por esta razón la pristina apa-rición del arte, *coeva* con el hombre salido ya de la *alalia*, es el dibujo, la plástica, la danza, el canto, la música.

Si se toma en cuenta que no sólo la comunicación es el fac-tor de expresión se concibe claramente que puede darse el caso del Robinsón creador de arte. El *élan artístico* no es sino el pro-ducto necesario del imperativo *élan vital*. Crear por crear, sin finalidad de comunicación, ni de la miserable consecución de gloria, sólo por la divina estesia de la acción espiritual, he ahí el sentido del arte humano, esencial, supremo y eterno. La imaginación creadora está regida por la potencia de una tri-murti especial: lo inconsciente hereditario, —el divino don del arte—, lo inconsciente dinámico y la intuición. Nada le ini-

porta al artista superior, al genio del arte de vivir en una beocia intelectual o vivir en una isla en medio del océano. El vive siempre solitario. El mismo es una isla. En dondequiera que esté se siente ausente. Ausente aun de la misma humanidad. Si el artista superior tratara de hallar comunicación con los hombres no hubieran creado obras de arte Shakespeare ni Cervantes. El verdadero artista puede repetir las palabras de Edgar Poe, este genio de la poesía, extraño a su raza y a su nación: "Para mí la poesía no ha sido un fin, sino una pasión; y las pasiones deberían mantenerse con honor: no se debe, no se puede excitarlas a voluntad, en mira de mezquinas compensaciones, o de las más mezquinas compensaciones de la humanidad".

* * *

El lenguaje, como medio de expresión estética, es sobre todo maravilloso instrumento de sugestión. La palabra misma es insuficiente para expresar el sentimiento, el pensamiento, aun la misma sensación, y, más que nada, el vasto, el misterioso mundo de lo inconsciente, de lo subconsciente, donde el arte moderno explora y explota sus bellezas. Para suplir este defecto viene la sintaxis afectiva, la técnica de la intuición, la forma abierta de la expresión, la musicalidad de las palabras, las correspondencias de los fonemas con las sensaciones, sentimientos e ideas, el tono de la proposición, el ritmo interior y exterior de la cláusula, ese ritmo íntimo, mimológico que imaginifica en las palabras el movimiento del mundo interior y del mundo exterior, hasta el punto de rendir en el verso el ritmo y la imagen del vuelo de un ave, del mecerse de frondas, de la exalación de un suspiro, del silencio, del misterio.

¡Qué mundo de sugestionen encierra la orquestación de los sonidos musicales de las palabras! Cada sonido del lenguaje es la imagen, el símbolo de un objeto, de una cualidad o de un fenómeno del mundo exterior o del mundo interior. Hay frases tan llenas de vida, de colorido por la influencia de la orquestación, que se diría que palpitan como seres vivos. Por desgracia, son elementos sutiles y refinados que han menester de un espíritu alerta y experto para transmitir su lenguaje oculto, esotérico. Dentro del mismo lenguaje obvio, común a todos, exotérico, por decirlo así hay otro lenguaje oculto, velado, esotérico, que suena a la sordina, audible sólo para el esteta, para el gozador artista, para el crítico artista.

* * *

Sería necesario medir, valiéndose de experimentos psicológicos, la intensidad de lo estético y su grado de comunicabilidad, para ver que el umbral diferencial de lo estético varía con cada artista, con cada crítico de arte, con cada gozador de belleza. Estamos así en plena relatividad de lo estético.

Siendo la crítica, no propiamente recreación, sino participación y reviviscencia, que producen el goce estético, el cual está en dependencia de la cantidad de lo estético y de la capacidad del esteta para percibirlo, se ve que el juicio de valor está en relación con el objeto bello y en función de la acción del sujeto.

El objeto estético no está constituido exclusivamente por apariencias, por cualidades, sino también por algo íntimo, profundo, intrínseco que es su naturaleza real. Una obra artística es una eterna fuente de virtualidades estéticas, —sensaciones, afecciones sencillas, sentimientos, ideas e intuiciones que despertarán lo agradable, lo inefable, lo estético en el mundo subjetivo—; su fluencia depende del esfuerzo de percepción, de comprensión, de acción participante y reviviente del esteta. La naturaleza del juicio de valor depende, pues, de la objetividad de lo estético y de la subjetividad del esteta. Según el comportamiento de éste frente a lo estético varía la naturaleza del juicio de valor. Como el comportamiento está en función de innumerables factores variables, él mismo se vuelve variable y cambia por ello la percepción de lo estético, lo mismo que el juicio de valor concerniente. Un mismo esteta no participará dos veces del mismo modo de la belleza de una obra artística, ni revivirá dos veces, del mismo modo, sus vivencias por la sugestión de la misma, ni formará sobre ellas dos veces el mismo juicio de valor. Así el juicio de valor tiene una naturaleza de actualidad, de temporalidad, de relatividad. Bien se puede afirmar que una crítica de una obra de arte formada de modo ponderado, es producto de una conciencia estética discontinua, de una personalidad sutilmente proteica. La conciencia estética en su fluencia, en su perpetuo devenir no tiene valor constante, es como un río en cuyas ondas no se copia dos veces el paisaje de sus riberas. De donde se desprende que el juicio de valor no tiene valor constante. Nada en la vida, donde todo está en devenir, tiene un valor constante.

En experimentos de investigación de lo estético se debiera buscar tanto el **quantum** de excitación a la participación y reviviscencia, que está en relación con la esencia y naturaleza de la obra de arte, como el **quatum** de reacción del esteta, en relación

con la actualidad del comportamiento. A pesar de que, por la misma naturaleza del sentimiento estético, el cual está en función de lo subjetivo o sea de sus estructuras psíquicas, es imposible obtener medidas precisas, se conseguirían por lo menos medidas aproximadas, que servirían para conocer el comportamiento en relación con la edad, con la raza, con el medio ambiente, con todos los factores ponderables de variación funcional de las estructuras psíquicas.

* * *

Vemos que el proceso de la creación artística es un complejo de procesos psíquicos, que nada tienen de sencillos; lo mismo cabe decir de su producto, la obra de arte, tanto más complejo cuanto mayor sea el número de estructuras mentales que lo hayan originado.

Por el análisis del proceso y producto de creación artística, se ve que no se puede hablar de recreación artística al referirse al goce estético y a los juicios de valor correspondientes; no se trata sino de participación de la obra de belleza, en función de las estructuras mentales, y de reviviscencia en relación con las propias vivencias.

El arte, expresión estetizada de vivencias, es también sugestión de vivencias y no comunicación de ellas. La comunicación de representaciones no se da en su totalidad, en su pureza, en su originalidad; con las representaciones de un sujeto, al ser expresadas, se suscitan, no las mismas, sino análogas representaciones en otro. Así el arte tiene un intenso poder de sugestión, de reviviscencia.

El arte es una estructura de lo más compleja. Cabría analizar más profundamente la naturaleza de lo estético, descubrir sus cualidades y su esencia, y hablar por analogía de su altura, de su intensidad y de su timbre. La altura estaría en relación con la jerarquía de las funciones psíquicas cuyas reacciones produzcan; la intensidad, con el grado de reacción que provoque en las mismas, según el mayor o menor número de funciones psíquicas a las cuales afecte; el timbre, con la combinación de una especie dada de lo estético, tomada como fundamental de ella, con otras, que serían los armónicos.

Sólo quien pueda apreciar lo estético de la obra artística, en su forma y contenido, captar todos sus matices, percibir sus sugestiones y no quedarse en su superficie, será verdadero crítico.

Por el estudio del complejo proceso de la creación artística se ve la dificultad, casi la imposibilidad de que se dé el crítico ideal capaz de comprender la belleza íntegra de una obra de arte. De aquí que la crítica, antes que un proceso individual, es un proceso social. Quien primero critica una obra de arte no logra formar juicios de valor cabales ni definitivos; tras él vendrán nuevos críticos que los reformen, y profundizándola la acrecienten, aumentando a la vez la comprensión de lo estético de la obra. Así se esclarece el hecho de que muchos artistas, los de talento superior, los de genio, sean mejor entendidos por las generaciones posteriores.

Por esta influencia recíproca entre estetas y críticos se ve que la crítica es un caso de inter-psicología. Este carácter interpsicológico explica las mutaciones de los ideales estéticos, de las técnicas artísticas, de la decadencia de escuelas o corrientes artísticas, de la boga de otras y del buen gusto mismo. Y explica también que cierta crítica, resultante de este fenómeno, establezca las nuevas normas como principios fijos de arte, el nuevo ideal como único y definitivo, volviéndose así dogmática. O bien el hecho de que en períodos de confusión, de caos de estética, estetas y críticos, perturbados ellos mismos, consideren como estético lo inestético, temerosos de desconocer la nueva belleza, el nuevo arte, temerosos de aparecer como retrasados, fuera de la época, fuera del ritmo de los nuevos tiempos. Es un caso de mimetismo del **homo sapiens**, del crítico que vive en medio de las modas estéticas y adquiere el parecido con estos modistos del arte, para quienes el último modelo, el último estilo es lo único bello, y todo lo anterior, fósil de museo.

Y es que tanto los modistos del arte como los mimetistas de la crítica ignoran la gran verdad de que en estética hay una parte esencial, inherente a ella por ser inherente a la naturaleza humana y a la naturaleza física, y hay otra accidental, separable y mudable como los factores que la determinan. Si esta parte esencial no fuera eterna como es eterna la naturaleza humana no se admiraría ya en el mundo las obras maestras de los genios del arte. Además, en crítica están dominados aún por el concepto taineano de la obra artística al juzgar que ésta es el producto necesario de la síntesis de la raza, del medio ambiente y del momento, sobre todo el momento. ¡Crear que lo accidental puede primar sobre lo esencial! Los discípulos de Taine llevaron su doctrina hasta la paradoja, desconociendo que el mismo maestro reconocía lo distinto de cada personalidad artística, inexplicable por el recurso de las causas generales y comunes, y explicable sólo por medio de causas particulares

e individuales. El artista superior, superior por un *quantum* mayor de humanidad inherente a él, se escapa de las limitaciones de la raza, del medio y del momento, —poderosas en quienes no lo son—, por la influencia de la capacidad energética de su espíritu, de su alma, de su cuerpo, de su yo, en suma, personal y original. En el artista y en el genio el mundo interior es más poderoso que el mundo exterior; lo esencial, más que lo accidental. Y por esto mismo son más humanos, más actuales, más universales. Lo humano actualiza el arte. El arte moderno, que tiende a deshumanizarse, no sólo que no se actualiza, sino que nace muerto.

La crítica, pues, debe evitar todo dogmatismo y toda paradoja y volverse psicológica, sabia en la ciencia del conocimiento del hombre, del artista, proteo que cambia de forma, mas no de esencia humana. El crítico no tiene derecho a juzgar una obra de arte cuando por defecto de sus estructuras mentales no puede participar de ella ni revivirla. La eterna belleza de la verdadera obra artística irradia su divina entelequia aunque no haya quien la contemple ni con ella goce con casi sagrado entusiasmo. La creación artística perdurable, eterna, posee, por modo esencial, valor humano, que vale tanto como decir individual, y por ello mismo universal, sin relación con espacio ni tiempo. Es arquetipo de belleza como el genio, su creador, es arquetipo de humanidad.

Cuenca, Ecuador.

POEMAS

GONZALO ESCUDEÑO

ALTAMAR DE VIDRIO

Al fin, última brizna de centella
en la oceanía negra.
Ninguna brújula como tu sexo,
metal dorado por el viento.

Ignoremos la eternidad.
Estos días que hacen los meses.
Estos meses que hacen los años.
Estos años que hacen la muerte.

Sólo tu vientre de jade es el tiempo.

Nadie leyó tu cuerpo astronómicamente.
Tu línea equinoccial tiembla en la punta de mis dedos.
Autica de tus piernas remadoras
en la orilla de un grito.
Aquarium de los sueños raudos,
donde se encienden y se apagan
los peces eléctricos de tus tobillos.
Las jarcias de tus brazos.
Los capricornios de tus senos.
Lo que Tú eres y no eres.

Tantas luces perdidas
en tantas desnudeces encontradas.

Este minuto se mide con cinta métrica de milenios.
La historia universal es tu sollozo de deseo.

Las naves corsarias te buscarán entre las algas,
alga de humo corsario, Tú misma,
Tartana en dimensiones de aire verde.
Lo que Tú eres y no eres.

Hasta aquí, no se ha perdido sino el tiempo
que demora un cohete sobre la piel de un eco.

¿Y qué más da?
Ignoremos la eternidad.

Los barcos de papel son tantos
como los mástiles de tus espasmos.
Todo es igual al muelle fortuito de tus hombros,
a la rada púrpura de tu cabeza,
a tu ombligo:
delta de un río mínimo.
Menudas cosas de piratería
en la tormenta finita.
Historia de abordaje en altamar de vidrio,
donde la burbuja es nuestro sino.

ECUADOR

La línea equinoccial es un columpio
de cáñamo de estrellas,
para que los volcanes se cuelguen sobre el mundo.
Y a la tierra le nazcan
hongos de cobre de los indios
contra la caballería ligera de los jinetes de naipe
en jacas con jaeces de aurora.
Hombres de metal blanco,
con el hocico de los arcabuces,
fumaron el tabaco de los senos tostados.
Y no supieron que las mozas indias
se desnudaron en los ojos fotógrafos
de los caballos sitibundos,
mazorcas de maíz bermellón
prisioneras en burbujas de tinta.
Y así en los ventisqueros de los vientres
crecieron las neveras de los muchachos.
La piel de yodo se sublimó en la almendra pálida

y se arropó de cordillera prieta
para el amanecer de los puños en racimos de cactus
y de los pies en líquenes de lava.

La alpaca de humo gótico
alzó los arquitrabes de sus ancas
para besar al indio, condecorado con su escarcha,
que inventó el rondador como una cárcel
de rejas vegetales de topacio,
para ceñir grilletes de música a la noche.

Contó el indio sus años
en las centellas de los latigazos
que le tatuaron briznas de remolacha
y todos los luceros verdes
en el cacharro de su espalda.

En la conflagración de las distancias,
los jinetes de naipe fabricaron
una república de baraja,
donde los reyes de cartulina
no se afeitaron los recuerdos pintados
en las patas de grillo de sus barbas.
Se amotinaron los colores
en las ciudades de candela
para el sufragio universal de las mujeres y las guitarras.
Carteles democráticos
volaron en las alas de los pájaros.

Pero todos los días,
las ametralladoras cosieron
la piel del indio bárbaro,
libro de letras iluminadas a ladridos de pólvora.
La angustia mineral subió a los hongos
en cometas de plomo.
Y el indio se leía en sus párpados
una evasión de páramos,
con los machetes de los saltos de agua
y los rifles del pico de los buitres.
Mas se miró el ombligo
como se mira el punto
de desembocadura de los ecos,
para clavar un mástil de alarido
hasta el cielo arquitecto de una tola de vidrio.

SUEÑO DE AMOR

HIPATIA CARDENAS
DE BUSTAMANTE

Me echo a pensar que llevo un universo,
Para una sombra que me espera oculta;
Yazgo yerto al no verla ni entre sombras,
Y ciego a fuerza de no verla nunca.

ALEJANDRO CARDENAS.

¿Ilusión? ¿Sueño? ¿Realidad fugitiva? ¿Quién pudiera decirlo?....

Pero ella vió, ella recuerda que en una tarde de abril, llena de encanto, tarde de claro-oscuros, en que el sol agonizaba en un esplendor de rey y en el patio de grandes arcos la fuente de piedra lanzaba al espacio el chorro de agua que luego caía en lluvia de diamantes, ella vió, en la gran puerta del castillo moro que dejaba en penumbra el salón fastuoso, allí donde la gloria de la luz confinaba con el misterio de la sombra, ella vió la imagen de él que tomando la pequeña mano puso en el dedo el anillo que encadenaba sus dos almas; y en el silencio de las grandes emociones sonó un beso y en el anillo brillaron cinco diamantes como lágrimas fulgentes en la pálida mano. Y su ser fué absorbido en aquella imagen radiosa y en aquel instante, profundo como una eternidad.

Los días pasaron, todo se desvaneció como un sueño y ella quedó en la sombra para siempre. ¿Dónde estaba el amado? ¿Fué una ilusión, un sueño o una fugitiva realidad? Los cinco diamantes, empero, atestiguando estaban que el amado existió, y ella, sin comprender aquel olvido, aquella desaparición, sentada en la puerta, todas las tardes esperaba. ¡Vana espera! El patio de los grandes arcos no podía descifrar el enigma. El ya nunca volvería.

En las noches, ya para ella siempre tristes, lloraba por aquello que juzgaba olvido o traición, pero nunca quitó de su

mano el anillo que le recordaba su amor. Nunca volvería a ver aquellos ojos de tan dulce mirar, no volvería a oír aquella voz tan querida. Era la novia de una sombra, la desposada de un espíritu, de un recuerdo, de una ilusión. ¿Ido, muerto el amado? ¿Quién pudiera decirlo?...

Pero su alma joven, donde los estímulos vitales brotaban a porfía, entre las sombras del desengaño, no podía cerrarse a la vida que palpitaba y se agitaba en torno. El ansia de amor no podía quedar abrazada a la sombra, al vacío a la nada mientras enjambres de seres, de cosas y de almas danzaban en el espacio y alentaban en el mundo del espíritu. La riqueza de vida que se derrama por cielos y tierra y se enciende en la infinitud de los universos pidiendo está amor, convidando está a la dicha de amar. Y ella, que parecía languidecer y morir sumergida en la tristeza infinita del desengaño, aprendió, ante las sollicitaciones innumerables de la vida múltiple, que todo es amor y que todo lo reclama en la naturaleza y el universo, y en el mundo de los espíritus y de las almas. Y llegó a comprender y sentir que la grandeza y la sublimidad del amor no está en la unión de los cuerpos, sino en la conjunción espiritual que lo dignifica y lo corona de felicidad.

Amar la vida es amar la luz y el calor del sol, la pálida y fría claridad lunar, las miradas coquetas de las estrellas, las noches oscuras y tristes, el agua cristalina y mansa, la cascada bulliciosa y trágica, los abismos que atraen y estremecen, las llanuras inmensas que se pierden en el misterio de lo desconocido.

Amar es alegrar la vida de los desventurados con una sonrisa, con una mirada pródiga de cariño; amar es curar las heridas del corazón con frase llena de ternuras, aplacar el hambre y la sed de los espíritus que sufren.

Y ante la perspectiva inmensa de la belleza del universo, de la ansiedad de los corazones y la infinitud del dolor, esta muchacha noble y bella, vislumbró que no hay desengaños amorosos y que siempre es posible realizar su sueño de amor.

MAESTRO Y AMIGO

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

Es para todo escritor sorpresa enojosa y siempre nueva que su libro desde que se separa de él, viva con vida propia. Quizá lo olvidará casi enteramente, quizá se elevará por encima de los conceptos que en él ha depositado, quizá ni lo entenderá ya y habrá perdido el alto vuelo a que se remontara para concebirlo; sin embargo, el libro es buscado por los lectores, produce dicha o desdicha, es causa de nuevas obras; se hace el alma de principios y de acciones; en una palabra, vive como un ser provisto de espíritu y de alma, y sin embargo no es un hombre.

Nietzsche

Si alguna vez, en horas de soledad y acaso de tristeza, nos faltara la mística compañía de un libro amigo, pensaríamos que es aún más dilatado y fatigante el Sahara de la vida, por donde vamos, paso a paso, confundidos en la caravana de cuantos marchan a su fin, sin esperar nada tras la tumba.

Mas, cuan dulce descansar en el oasis del ensueño, donde florecen los recuerdos, junto al arroyo de agua pura del recogimiento espiritual que fertiliza los yermos del corazón humano y da vida al rosal de la esperanza; cuan dulce, decimos, abrir, entonces las páginas de algún viejo volumen, quizá olvidado por mucho tiempo, pero que tiene palabras de bondad, de consolación y de sabiduría, para elevarnos a más amplias esferas, sobre la mísera pequeñez del tumulto social con sus hondos egoísmos, sus ambiciones y sus lágrimas.

El libro es nuestro guía, el libro es nuestro maestro. Por medio de él los genios han descubierto la manera de perpetuar-

se en el apostolado de la ciencia, el arte y la poesía, a través del tiempo y de las generaciones, hablándonos constantemente de lo grande y lo bello; de lo heroico y lo noble; de lo positivo y lo justo.

Sólo el libro es inmortal bajo los rayos del sol. El nos hace el relato de lo pasado con la tranquilidad serena de la Historia; y en la fábula, brillante y fugaz como un ave de plumaje espléndido, nos muestra el recinto de los dioses y la fantasmagoría mitológica en el atractivo cuadro de las edades muertas.

Si el error ha prevalecido en veces, por los extravíos de la razón y las deficiencias del medio circundante, amparándose en los libros de la época, es curioso observar cómo otros libros posteriores rectifican los primeros y dejan las cosas en su punto, cual si las sombras ilustra de la antigüedad se debatieran, en amplia comprensión, con otras sombras no menos grandes y sabientes que traen nueva savia y nueva fuerza, para el acervo de las humanas enseñanzas.

Al contemplar las hileras de libros que decoran las salas de estudio y las bibliotecas, nos imaginamos que cada estante es un trono majestuoso donde se yerguen, como reyes augustos, los sabios, los historiadores, los filósofos, los poetas que escribieron sus obras para nuestro beneficio, y que, de cuando en cuando, salen de la sombra y del misterio a platicar con nosotros, simples mortales, ansiosos de penetrar el por qué de las cosas y conocer lo que fué, lo que hoy es y lo que será mañana la ruta de la vida.

El libro nos habla del origen del mundo y de la secreta armonía de los astros en el espacio infinito; del primer hombre y la primera mujer, cuyo indolente deslizarse en la existencia sobre un jardín de ponderadas venturas, termina en el fatal instante del pecado, según lo afirman los creyentes. Pero más tarde conocemos en libro biológico moderno el nuevo evangelio evolucionista, que rompe los dorados castillos de la grandilocuencia, quitando todo atributo sobrenatural al fenómeno de la vida y explicando racionalmente el problema del origen y diferenciación de las especies.

La Biblia, aquel libro maravilloso compuesto por ignorados poetas de viva y creadora fantasía, guarda profundas enseñanzas, al par que peregrinas lucubraciones, en las que Dios platica amistosamente con los predestinados, los directores del pueblo de Israel; pueblo que renacita con sus leyendas, sus costumbres y sus extravagantes personajes.

El libro nos muestra cómo nació la humanidad y cómo se

sucedieron las civilizaciones de las diversas razas, la grandeza y caída de los imperios. La Grecia de Aristóteles y Platón, y la Roma de los Césares, se destacan en el libro tales como fueron: grandes en el apogeo, pequeños en la hora inevitable de la decadencia. Tras de Sócrates llega Jesús como un heraldo de la nueva causa y, gracias al libro, sigue predicándonos las doctrinas que, hace veinte siglos, le oyeron los caminos y las montañas de Judea.

Subimos al paraíso con el ciego Milton y presenciamos la rebeldía de Luzbel y sus aliados, o bajamos hasta la imponente del infierno conducidos por Dante Alighieri y por Virgilio, a la luz de libros tanto más admirados cuanto más bellos.

Junto a Miguel de Cervantes discurrimos por los campos de Montiel, aplaudiendo y admirando al Caballero de la Mancha. Y, finalmente, los trovadores de capa y espada llegan hasta nosotros en las páginas de amarillentos libros, como viajeros de la eternidad sobre góndolas de estrellas, y nos repiten, en las noches de luna, las serenatas de amor que entonaron en las calles desiertas de ciudades que acaso ya no existen.

Sólo el libro es inmortal bajo los rayos del sol, hemos dicho; y el libro, como el astro del día, ilumina dilatados pero más amplios horizontes: los de la mente y la conciencia, disipando las sombras del dogma y la ignorancia que todo aniquilan.

DOS INSTANTES DE LA VIDA DE MONTALVO

OSCAR EFREN REYES

Está en prensa, y pronto entrará en circulación el último libro de Oscar Efrén Reyes: "Vida de Juan Montalvo".

No es, por fin, un volumen más de simple apologética. Es la relación de una vida humana, simple y escueta, con toda la substancia paradójal y de drama interior que la animó, en un medio social y político singular, aureolado míticamente de legalismo democrático, aunque con realidades, en hombres y cosas, completamente distintas o en contradicción permanente.

Tampoco es una exégesis literaria —y así se expresa en términos explícitos en la introducción;— pues que el autor juzga, de acuerdo con postulados fundamentales de la crítica de hoy, que, previamente a cualquiera de esas exégesis, el crítico necesita conocer el hombre integral, tal como ha sido producido por la herencia, el medio y su época, sin eludir la penetración en los sedimentos del fondo temperamental, no siempre, por cierto, en armonía con los "afanes de virtud", como el propio Montalvo se aventura a confesar, alguna vez, melancólicamente, al intentar y no decidirse a sus escabrosas introspecciones.

Un aporte, pues, al conocimiento exacto del hombre, constituye el nuevo libro. De paso se consiguan rectificaciones esenciales sobre ciertas apreciaciones vulgarizadas, que el autor conceptúa inhistóricas, sostenidas con impunidad, por diversas inspiraciones, aún a la distancia de 50 años, contra todo sentimiento de elemental probidad.

Dos capítulos de ese libro nos ha sido dado presentar a los lectores de "América", tomándolos de las pruebas aún, que corresponden a diferentes momentos de esa existencia agitada, de acre combatir, primero, y resignada, después, que fué la del gran escritor ecuatoriano.

CARACTERES DEL MOMENTO POLITICO EN 1876

Pocos días después de la llegada de Montalvo a la capital de la República, recrudesció la inquietud política.

El gobierno del doctor Antonio Borrero tomaba rumbos inesperados. La parte selecta de sus electores había visto en él, ante todo, un gran ciudadano en abierta pugna con el garcianismo. Y esperaba, naturalmente, que al llegar al poder asumiera la actitud reformadora y de rectificaciones indispensables. Una de las cosas que la ciudadanía, cansada de garcianismo, pidió con mayor urgencia fué la convocatoria de una Asamblea Constituyente para la expedición de una nueva carta fundamental, que se inspirase en los verdaderos principios republicanos y democráticos; ya que la de 1869, inspirada por Gabriel García Moreno, no consultaba sino principios teocráticos y cesaristas.

El Presidente Borrero se negó a convocar la Asamblea Constituyente ...

Alegó que su elección se había hecho precisamente de acuerdo con esa Carta Fundamental y que no podía ni debía auspiciar un movimiento contradictorio y, en el fondo, "revolucionario". Y por lo que respecta a los ciudadanos clericales o elementos de política reaccionaria, tampoco podía ni debía sustituir ...

El liberalismo se juzgó defraudado. Y hasta los elementos no afiliados a partido alguno de los vigentes —pero que hubieran contribuido con todo entusiasmo al triunfo electoral de Borrero—, fueron alejándose rápidamente de sus afecciones políticas.

Un desengaño completo cundió a poco, en la ciudadanía. Algunos amigos del Presidente, con todo, se abstuvieron de atacarle directamente; echando la culpa más bien al Ministro de Gobierno, don Manuel Gómez de la Torre, contra quien dirigieron reproches violentos, señalándolo como el anticonvencional y garciano recalcitrante.

Uno de estos era Juan Montalvo.

Ya desde Ipiales mismo aconsejaba a sus amigos de "El joven liberal" que dirijan sus baterías preferentemente contra el Ministro de Gobierno. No contra el Primer Magistrado. Se imaginaba que con un simple cambio ministerial, se cambiaría también, totalmente, la política ...

En varias ciudades surgieron solicitudes firmadas por centenares de inconformes, pidiendo, urgentemente, Asamblea Constituyente y nueva Carta Fundamental, a fin de garantizar la democracia y la república. Ahí, el Ministro adoptó, en contestación, actitudes represivas. Los liberales de Ibarra suscribieron un manifiesto exigente: "El voto de Imbabura", que obtuvo inmediatamente el asentimiento y el aplauso de los correligionarios de Guayaquil, de Quito, de Ambato y Portoviejo... El Ministro ordenó que se los enjuicie.

La pugna, así, se acentuó duramente. Montalvo comenzó a redactar notas, sin firma primero, y luego opúsculos como "Del Ministro de Estado", en hoja volante firmada, en que, atacando a don Manuel Gómez de la Torre —antiguo amigo de Montalvo, por otra parte, principalmente, cuando, por 1870, se encontraba en París,— y pidiendo su remoción a todo trance.

Don Manuel Gómez de la Torre, ante la resistencia general y sin poder suficiente para clausurar periódicos o encarcelar escritores, por el idealismo legalista del Presidente, renunció el cargo. Renunció el 15 de Junio de 1876.

Siete días después aparecía "El Regenerador". Con ataques póstumos para don Manuel Gómez de la Torre, no sin considerar y recordar, desde luego, que ya se trataba de un político caído... Caído, gracias al poder de la pluma de Montalvo, según él propio lo creía, con la ingenua fanfarronería ya advertida en el escritor político.

"Habiéndole echado por ahí como una pluma a nuestro amigo don Manuel al primer estornudo, nos hemos tomado generosamente el trabajo de rehacer nuestro escrito, perdiendo la edición de mil doscientos ejemplares, tirada ya, y faltando al público en cuanto al día de "El Regenerador". Por una lección de magnanimidad perderíamos la vida, no que una triste suma de dinero. Hombre caído, hombre muerto para nosotros: séale la tierra ligera! Allí lo dejamos responseando al exministro y le echamos agua bendita. Olvido y silencio son la historia de los hombres ilustres por la insignificancia" ... (1)

Estas expresiones despectivas para don Manuel Gómez de la Torre —que ya no ejercía poder alguno,— promovieron contra Montalvo una serie de conflictos personales. El escritor incluía en sus odios del momento también al hermano del exministro, al Coronel don Teodoro Gómez de la Torre, cuya co-

(1) V. "El Regenerador", N° 1. Ed. de 1928. Garnier Hnos. de París. Págs. 36—42.

laboración en el Gobierno se redujera a la simple Jefatura del Distrito Militar de Guayaquil, abandonada, a poco, por motivos de salud.

Los Gómez de la Torre sintieron impetuoso encono contra Juan Montalvo; pues que los dos hermanos siempre fueran generosos y cariñosos para con el escritor, no vacilando nunca en colmarle de "préstamos", en los momentos apurados de Europa, o en defenderle con gentileza en los instantes de cruda pelea personalista, cuando los adversarios del Cosmopolita le llamaban, en papeles o folletos, "estafador", "haragán", "ingrato" o "pordiosero".

Se recordaron las cartas de "Judas", publicadas por el propio Montalvo en 1873. Y las anécdotas que, con respecto a "la dictadura que Montalvo ejercía sobre los bolsillos", se publicaban en algún trabajo de la época, a raíz de la aparición de "La Dictadura Perpetua" ... (1)

Y no era que, al advenir el doctor Antonio Borrero a la Presidencia, los amigos antiguos de Montalvo, lo desestimaran u olvidaran. Precisamente el Coronel Teodoro Gómez de la Torre era quien más asediaba al Presidente para que le confiara a Montalvo un cargo diplomático, en los momentos mismos en que el proscrito, desorientado, no atinaba a imprimir una dirección concreta a su vida, después del 6 de Agosto de 1875.

No pensando, pues, más que en ésto y sin considerar que Montalvo luchaba por las reformas liberales concretadas en ese instante a reformas constitucionales, ante todo, se reaccionó iracundamente contra la saña personalista de que hacía gala, con singular soberbia, el olvidadizo de recientes y viejos favores...

Le esperaron en las esquinas; le injuriaron y amenazaron en la calle públicamente; y una vez, un joven sobrino del coronel —don Joaquín Gómez de la Torre, que, años después, llegara a ser uno de los elementos más representativos y valiosos del liberalismo nacional,— le salió al encuentro por las cerca-

(1) ANONIMO: "Don Juan Montalvo y la verdad contra él; o sea la defensa del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en el folleto *La Dictadura Perpetua*". Guayaquil. Imp. del Guayas. Por A. Merino, 1874.

"Cuando Montalvo en París, pereciendo como en todas partes, levantó entre los ecuatorianos una suscripción, a uno de ellos que sólo se suscribió con 100 francos, lo injurió aplicándole esos epítetos poco más o menos, concluyendo por decirle: "un indio como usted suscribiéndose con cien francos!!!, para socorrer a un Juan Montalvo!!"... (pág. 19, nota 9).

nías de la Alameda, y disparando y blandiéndole el revólver ante el rostro, le desafió coléricamente a Montalvo. Este alzó su bastón, y blandiendo también con energía, gritó reiteradamente, que disparase mejor y en el cuerpo ...

Una intervención amistosa, tanto de parte de los amigos del joven Gómez de la Torre como de los acompañantes de Montalvo, evitó que el incidente se desarrollase en mayores proporciones. Don Alejandro Rivadeneira le tomó el revólver a don Joaquín; y don Manuel Semblantes, con otros jóvenes amigos, condujeron a Montalvo hasta su casa de Santo Domingo, en medio de la expectación y de la agitación de un sinnúmero de curiosos.

En relación con éste y otros incidentes se publicaron "mil impresos" y se hicieron comentarios en todo el país. Montalvo se limitó a una brevisima nota final, publicada en el N° 2 de "El Regenerador".

La campaña por las rectificaciones políticas, siguió adelante.

LA VIDA INTIMA DE PARIS

La vida de Juan Montalvo en Paris durante el tiempo comprendido entre 1881 y 1889, tomó caracteres notablemente diferentes de la que fué entre 1857 y 1860, época de su primera estadía en esa capital, y en 1870, cuando la visitó por segunda vez.

En estos últimos ocho años, con sus horas de solitario y errabundo por las afueras de la ciudad y por los jardines del Luxemburgo, es también el intelectual casi moderno, en roce no eludido con mucha gente; en intensa actividad literaria; escribiendo al día y corrigiendo personalmente las pruebas, y frecuentando oficinas de redacción, para informarse, leer o conversar ...

También ha cambiado ese criterio romántico, de algunos años atrás, de que la pluma, instrumento de combate político o de creación artística, no puede convertirse, a la vez, en instrumento de trabajar y de comer.

Y aquellos célebres desplantes ante sus amigos que le invitaban a publicar revistas o editar cuadernos periódicos para ganar dinero y no pedirlo, quedaron como simples ex-abruptos de lírico; aunque sin dejar de vibrar entre quienes le oyeran: "Mi pluma no se presta a asuntos de lucro"; "mi pluma no es cuchara", etc.

El medio y el tiempo —que no pueden influir en la escuela literaria; pues que Montalvo, en pleno triunfo realista de los Goncourt, de Flaubert, de Emilio Zola y de los más eminentes literatos franceses, continúa pendiente de sus románticos preferidos, de Lamartine y de Musset, de Byron y de Víctor Hugo,— influyen por lo menos en sus concepciones económicas. Los hombres geniales, si son pobres, tienen también que vender lo que producen, a fin de no vivir solamente de la generosidad de los Mecenaz, ya elementos anticuados de proteccionismo literario.

La exasperación y las quejumbres contra José Miguel Macay —a quien principalmente atribuye Montalvo la responsabilidad de su viaje y de su permanencia en Europa,— tienen que cesar, al fin.

Macay, un simple admirador, ha cumplido, siquiera aportando sus 15.000 francos, con un poquitín de sus ofrecimientos de filántropo. Ahora le toca al escritor,— aceptando las exigencias de la realidad de la vida y del medio vertiginoso en que existe, —declinar un poco esa soberbia de español pobre que siempre le exaltó la sangre, para actuar y buscar dinero y ganarlo —no mendigarlo de protectores,— tal como hacen en el mundo y en su siglo, todos los hombres sin capital... (1).

(1) Son dignas de anotarse las relaciones entre don José Miguel Macay y Juan Montalvo; pues que influyen notablemente en el rumbo que toma la vida del escritor, a partir del año de 1881, en que parte a Europa, para no regresar de ella jamás.

Macay quiso ser, espontáneamente, un protector de Montalvo, y fué él, ciertamente, quien sugirió, estimuló y propició el viaje a Francia, luego de las primeras "Catilinarias". Para Macay resultaba, ante todo, inconcebible que un grande hombre como Juan Montalvo, cuyos escritos admiraba fervorosamente, llegase a envejecer y morir en la soledad y miseria de un villorrio perdido, a pesar de las facultades y méritos que podrían permitirle una vida gloriosa en otros ambientes.

Llegó a ofrecerle 50.000 francos si salía de Ipiales, para editar en Europa los libros de valor fundamental que guardaba Montalvo.

Este, por su parte, no le perdonó jamás a Macay el generoso ofrecimiento, que no pudo cumplirse en totalidad, ni el propio viaje a Europa, que Montalvo llegó a considerar como una desdicha y una infame obra de Macay.

Las exigencias pecuniarias, que tomaban caracteres de obligaciones comerciales, inapelables, iban siempre acompañadas de los más acres reproches.

Las letras que le envía de Panamá su amigo Ramón Vallarino; los giros de Guayaquil, de Centro América o de Madrid, no son ya simples préstamos, sino productos de sus libros; pues que las "Catilinarías" los "Siete Tratados" y la "Mercurial Eclesiástica" producen dinero.

En el Ecuador, país pequeño, con un muy limitado número de lectores, alcanzan los libros de Montalvo, gracias a su fama de heréticos y a las prohibiciones eclesiásticas y al escándalo mismo del insulto político, extensa e inusitada circulación.

Uno de los primeros envíos de "Mercurial Eclesiástica" a su país, consta de 800 ejemplares, que se difunden rápidamente entre los católicos del Ecuador. Cuando se publica "El Espectador", para Guayaquil exclusivamente se piden trescientos ejemplares; y estos números, dado el índice general de cultura literaria del Ecuador de 1886, ya puede dar una idea aproximada de la curiosidad que los libros de Montalvo —aun los que no eran ya de combate político— despertaban. El expendio en Centro América, Colombia y el Perú, es mayor todavía, y de evidentes ventajas por las ganancias del cambio. Los giros del

He aquí una carta de 1885:

Sor José Miguel Macay.

París Julio 29 de 1885

Muy señor mío:

El señor Ballén, cuando le presenté la obligación que U. envió, dijo: Es buena firma; tengo noticias de Macay. Y no vaciló en aceptarla.

Así es que, él con sorpresa, yo con dolor, hemos visto pasar el segundo plazo puesto por U. mismo, sin siquiera una explicación o un aviso de su parte.

Hace algún tiempo que estoy a pan y agua, habiendo vendido el último libro y el último mueble de mi cuarto; y con todo no hago reclamación ninguna por lo que a mí respecta; pero al señor Ballén cumpíale U. su palabra, señor Macay. Don Clemente es persona muy seria; y tanta fué la confianza que puso en U. como la bondad de que ha usado conmigo. La firma de hombres como U. en ningún caso debe ser una burla. Hacen cinco años á que salí de Ipiales con la primer carta de U. Tuve que volverme de Panamá con otra carta suya.

Hacen cuatro años á que acudí a la cita que U. me dió a Tumaco, **para pasar a Europa con los fondos necesarios**, decía U. Ni en Tumaco ni en Panamá le hallé a U.

Nueve días de montaña salvaje, a pié, no me hubieran arredrado para volverme nuevamente a mi retiro. Mas los periódicos de Colombia habian anunciado por segunda vez mi paso a Europa a publicar mis obras, y, la zumba de mis enemigos, la vergüenza eran ya cosa más grave.

Ecuador le arrancan frecuentemente quejumbres; pues que la merma del valor monetario "es casi siempre el 50% del Ecuador a Europa", según afirma.

Desde luego, no siempre el escritor saborea plenamente el éxito económico de sus libros. Libreros, agentes vendedores e intermediarios de toda clase, a pesar del interés desplegado por amigos personales de Montalvo, para que las cuentas marchen correctas y prontas, le perjudican por miles. Aparte de la explotación que se realiza con el precio; pues mientras el autor, que es el editor al mismo tiempo, fija el precio de **un peso** por ejemplar de "El Espectador", los libreros lo venden a dos, o a su equivalente. Otros manifiestan, después de algunos meses, cuando ya llega la hora de pagar, que no han recibido los ejemplares ...

A veces, Montalvo obtiene en París francos franceses a cambio de sus fondos de América. Y los reclamos que le vienen en seguida, le coiman de exasperación. "Ya usted habrá visto un pícaro en ese de Panamá —le escribe una vez a su amigo Federico Malo, en setiembre de 1887;— pues después de ofrecerle a usted entregarle el producto de mi libro, le salió diciendo que nada me debía. ¿Y por qué son para él los noventa pesos fuertes que él sacó de los noventa ejemplares? Ud. se acuerda que él mismo publicó en la Estrella que no quedaban sino muy pocos ejemplares de venta, los cuales los vendió en seguida. Pero el que me hizo la jugada de los quince mil francos, bien ha podido hacerme esta más chiquita. Tenía yo la

Alfaro le garantizó a U. y yo pasé, en hora menguada, a esperar aquí los fondos que U. volvió a ofrecer para dentro de poco. Larga ha sido la pesadilla, señor don José Miguel: me despertaré a tiempo? me quedaré en ella?

Que he renunciado a la publicación de mis libros es cosa clara: si puedo salir de este infierno de París y salvar la vida, será mucha fortuna.

He dicho a U. que no toda la cantidad que consta en su obligación pertenece al señor Ballén. Como le envíe U. 20.000 francos, podré recoger la dicha obligación, se la remitiré a U. inmediatamente y daremos por concluido este asunto desventurado.

La suerte que han corrido mis dos anteriores me tenían completamente desanimado; pero el señor Ballén ha exigido de mí que yo escriba a U. a un mismo tiempo que él, y no puedo prescindir de esta carta. Conmigo, haga U. lo que quiera; pero al señor Ballén déle U. contestación, en el sentido que tenga por conveniente.

Su atento y S. S.

JUAN MONTALVO.

esperanza de que usted no tropezaría con esa dificultad en Panamá, y me han dolido las molestias porque usted ha pasado"....

A pesar de estos perjuicios, la vida económica y financiera de Montalvo no se desarrolla muy mal o con los momentos de verdadero pánico que en Ipiales, Guayaquil o en el propio París de 1870.

Montalvo emplea sus actividades también en otras cosas: en la Redacción de "Europa y América", en "Moniteur des Consulats", "L'Opinion Nationale", "Ambos Mundos" etc.

Escribe artículos en francés. Y es cuando cumple con el viejo deseo de publicar sus ideas en aquella lengua.

Literatos, periodistas de diversas partes del mundo, diplo-

Así, durante un lapso de cerca de dos lustros, Montalvo no cesa de verter sobre don José Miguel Macay —"ese horrible Mecenas",— todas las responsabilidades de su situación en Europa, de su pobreza, a partir del año de 1881.

Por Macay se fué a París; por ofertas de Macay se publicaron los "Siete Tratados", contrayendo deudas; por Macay tenía que pasar meses enteros "a pan y agua" en ciudades extrañas. Todas las desventuras de Montalvo en Francia, se las debía a ese "mal hombre" de Macay.

Pero, en el vértigo de las acusaciones y de las quejumbres amarguísimas, olvidaba Montalvo que, si Macay había sido el autor del viaje a Europa, sus ensueños de gloria literaria y la publicación misma de los "Siete Tratados", no se habrían realizado sin ese viaje.

Eloy Alfaro y Miguel Valverde tenían —por el mismo tiempo de los reproches y admoniciones de Montalvo,— en altísimo concepto a don José Miguel Macay, ecuatoriano activo e inteligente, que amasara una fortuna en Centro América, por propios esfuerzos. Erase, además, un caballero generoso, de espíritu entusiasta y filantrópico. Favoreció siempre a varios connacionales suyos en desgracia, inclusive Eloy Alfaro, cuando los encontró en Panamá, donde residía.

En sus tiempos de prosperidad y de riqueza, fervoroso lector de Montalvo como era, le ofreció ese dinero para el viaje, la residencia del escritor en París y la publicación de los libros inéditos.

En los primeros meses de residencia de Montalvo en Francia, Macay cumplió con su promesa, como tenía que reconocerlo el propio Montalvo en carta a Miguel Valverde, del 30 de Octubre de 1885. Alcanzó a enviarle hasta 15.000 francos: luego sobrevino la ruina de Macay, por la decadencia de sus minas y haciendas, y la protección tuvo que suspenderse, lo mismo que el cumplimiento de obligaciones que en París, con cargo a dicha protección, siguiera contrayendo Montalvo ante personas que, como don Clemente Ballén, no vacilaba, por su parte, en erogar

máticos trátanle a Montalvo y establecen relaciones amistosas con él. El ecuatoriano se les presentaba siempre como un caballero pulquerrimo en su vestir, de maneras elegantes, modesto y de muy poco hablar.

Una vez llegó a París la Condesa doña Emilia Pardo Bazán, amiga de Montalvo. "Doña Emilia admiraba a Montalvo y tenía por él particular aprecio — dice un testigo de la época, el Marqués Manuel M. de Peralta. Habiendo sabido que yo no lo conocía, me invitó a su mesa a comer, en un hotel de la rue Daunou, donde hoy se levanta el Teatro de este nombre, frecuentado por muchos españoles, entre los cuales me acuerdo de don Luis de Silva, Conde de Pie de Concha, primer introductor de Embajadores y gentil hombre de los más cumplidos, hijo del Marqués de Santa Cruz, en esa época gran Mayordomo de Palacio.

La conversación de doña Emilia y de don Juan Montalvo debía ser, como fué en efecto, de lo más interesante. Doña Emilia se reservó la parte más brillante, pero ni el uno ni el otro dieron pruebas del menor pedantismo.

Montalvo estuvo simple y arcaico como su estilo, a la vez rebuscado y modesto, apenas se podía creer que él pudiese vibrar con una elocuencia tan vehemente, como en sus "Catilina-rias", contra la tiranía.

lo que se le pedía, en la forma que el connacional solicitante lo tuviera a bien...

"En cuatro años de permanencia en París — se queja Montalvo, en la citada carta a Miguel Valverde, de octubre de 1885, — este dragón espantoso que devora riquezas y vomita miserias, ha mandado diez mil francos".....

Por fin confesaba siquiera ese envío de Macay. Agriado éste por los pedidos y reproches insistentes de Montalvo, tuvo, al fin, palabras duras también. Llamóle ingrato al escritor, indicándole, por último, que, dada la situación financiera en que había caído, se abstenga de fastidiarle más.....

Por cierto, mientras se desarrollara la polémica epistolar entre Montalvo y José Miguel Macay, interviniera Miguel Valverde — uno de los más queridos discípulos del escritor, — para defender a Macay.

Las contestaciones de Montalvo dejaron entrever que, si bien el rico faramallero no había cumplido con la totalidad de sus ofrecimientos, por lo menos si había remitido a su protegido las primeras mensualidades, hasta cuando pudo.... (Véase: **Inventario General de Montalvo—Sección de Manuscritos: pág. 188.** En la Casa de Montalvo, Ambato).

Habitaba en París una casa de la rue Logelbach, y estaba encargado de la redacción de "Europa y América", revista bimensual que no pudo sobrevivirle" ...

Respecto de ciertos detalles de la persona de Juan Montalvo, sorprendidos durante su vida de París, los consignó, a su tiempo, el escritor L. García Ramón, que conociera y tratara íntimamente a Montalvo en esa ciudad:

"Era de aventajada estatura, cenceño y tan enjuto de carnes que, a pesar de la bien desarrollada armazón ósea, parecía más elevado su busto, más largas sus larguísimas piernas. Producía en el ánimo la impresión de lo ondulante flexible, la movediza caña, el junco silbador, todo lo que se dobla sin romperse; y con su andar a grandes trancos, su delicadeza al echar el pie y sentarlo en tierra, recordaba la marcha acompasada del hermoso y limpio flamenco ...

Varonil y expresiva tenía la cara, que aún creo estar viendo. Coronaba la alta, despejada frente, graciosa curva, "explosión de enormes anillos de azabache", ya argentados cuando le conocí; la nariz, valiente, de alas anchas, compite en energía con la redonda y robusta barbilla, erguida sobre un cuello delgado que "ostenta orgullosamente la nuez, símbolo de masculinidad"; atraen los labios, que sombrea ligero y crespo bigotillo de engomadas guías, y sin hablar, sólo con la manera de juntarse, nos dicen la altivez un tanto autoritaria del alma que por ellos se vierte al exterior en palabras intencionadas y brillantes: un dejo de reconcentrada amargura los pliega en las comisuras, particularmente en la derecha, bañándolos en misteriosa tristeza que no consiguen borrar ni el gracejo, ni la fina ironía, ni la sonrisa, puesto que risa bulliciosa y juguetona no debió de asomar nunca a esta boca severa, dulce a ratos y otros áspera. La forma de los labios acentúa la general expresión de cansancio y languidez que adopta la cabeza cuando se inclina en actitud de escuchar, doblándose un poco sobre el pecho al peso de hondas desdichas y altas ideas. Esta actitud era en él más característica que el arrogante porte con que se levantaba cuando sentía los ojos del observador fijos en los suyos. Brillaban éstos entonces bajo la arqueada ceja, negros, profundos por lo reducido de la córnea; afables y cariñosos, cruzábanlos fugitivas llamarada reveladoras de la fogosidad interior de aquel espíritu.

Las mejillas, algo demacradas, eran de color aceitunado, por culpa de la viruela que envenenó su infancia.

Lo que desde luego se notaba en Montalvo, a primera vista, era la meticulosa pulcritud de toda su persona, el visible acata-

miento de las leyes del buen parecer, no por ostentación, sino por miramiento hacia el prójimo y cariño a la dignidad propia, por el invencible deseo humano de agradar. Comentando la belleza de la mujer a los cuarenta, Montalvo habló de "una como ciencia filosófica para el acicalamiento del rostro y del atavío general", que él también conocía a fondo. Llevaba siempre el pelo bien dispuesto y aseado, el bigotillo encerado con oloroso cosmético, blancos y lustrosos los dientes, rasuradas las mejillas, (bastante pobres de barba) las manos largas y nudosas, como acabadas de lavar, con uñas limpias y lucientes recortadas por minuciosa tijera.

Su vestir, sencillo y elegante, era costoso por la riqueza de las telas de su ropa y del paño de sus trajes. Como el viejo Montaigne (uno de sus autores favoritos), no usaba colores, y negros eran sus pantalones, chalecos, americanas o levitas, todo cosido por hábil aguja, cuidado, acepillado, conservado cual si acabase de entregarlo el sastre. No transigía su atildamiento con esas horribles bolsas llamadas rodilleras, ni, por mucho que odiase los botones, consentiría salir con uno faltoso; y era capaz de morirse de un sofocón si la levita... En cierta ocasión le llevó un chapucero una levita con una pieza en la solapa, y si D. Juan no le mató fue por ser de condición sufrida; pero no dejó de quejarse.

Calzaba siempre zapato de charol y media obscura. La corbata, de ancha lazada y puntas colgantes, generalmente era negra también: una sola vez me admiró presentándose con un lazo correcto, aunque al desdén, de un tono violado mate. Los guantes si solían alegrarse con matices más vivos, sin romper la armonía del tono obscuro: nada del chillón canario, ni del rabioso rojo sangre de toro, ni del gris perla que profana todo hortera lechuguino; si el color plomo, el café, el ocre, cuando más el naranja. Ni español ni americano en lo de colgarse llamativas joyas; creo que ni gastaba cadena de reloj, y digo creo porque nunca le vi desabrochado.

Tal vez este detalle cause extrañeza a los que ignoran el modo de vivir de un trabajador en París. La primer carta que me escribió Montalvo está fechada en 27 de Enero del 84; desde entonces anhelé conocerle, y sólo se me cumplió el deseo, en Junio del 86, dos años y medio después de empezar a cartearnos. Vivíamos lejos el uno del otro; nos veíamos acaso una vez al mes —excepto cuando enfermó, que le visité semanalmente—, y no hallé medio de verle la cadena.

Para acabar con la indumentaria, cumple describir el sombrero, que era de copa alta, flamante, de bordes un si es no es

abarquillados, y puesto como si fuera aquel el chambergo que requería la cabeza, calado hasta una ceja, torcido sobre la sien derecha, con airucillo gallardo y conquistador.

Cortés en ademanes y palabras, estrechaba la mano que le ofrecían con efusión, si era querida, con natural deferencia si era indiferente; en su aspecto exterior había la severidad y grandeza del hombre de representación, del que al tomar asiento en la silla de los legisladores impone respeto, y al ocupar un sillón presidencial puede ostentar la majestad teatral y hermosa que los pueblos de raza latina exigirán siempre al jefe del Estado.

Los años y la atmósfera de París habían modificado visiblemente al Montalvo de los treinta y cinco, el de los **Siete Tratados**. La pasión política ardía en el fondo de su alma; pero no era ya el fuego vigoroso de la juventud, llameante y amenazador; le envolvían las cenizas tibias de tanto esfuerzo inútil, de tanta tentativa frustrada, de tantas esperanzas desvanecidas.

El alma de Montalvo, es en estos momentos a que me refiero—1887— más amante que lo fue nunca, y no sé, ni aunque lo supiese lo revelaría, si hubo alguna señora mezclada a su existencia por aquel entonces; pero me parece que sí. Vivía sólo, en modesta y limpia habitación, trabajando cuando se le ocurría, haciendo "vida de fraile", según murmuraba a media voz, con el pertinaz y lento dejo americano que tanto contrastaba con la viveza de su estilo; pero ciertas reflexiones y entonaciones al hablar de la mujer y de aventuras galantes, ciertas nimiedades que no prueban nada y que un observador tan poco sagaz como yo toma a menudo por indicaciones cuando nada indican, me hicieron suponer que acaso la celda se convertía en altar de amores; pues el severo escritor veía con gusto el respeto y el cariño en dos ojos que le miraban embelesados, sumisos, obedientes. En lo demás era el de siempre, caracterizado por la pulcritud".... (1)

Melancólico y rígido en sus antiguas antipatías no dejó de ser nunca; y aun en las relaciones sociales de París no pudo tomar vino ni fumar.

En lo que respecta al amor, si toda la austeridad se le evaporaba, y siempre echó mano de cualquiera buenamoza que tuviera a su alcance, como en Ambato, en Baños o en Ipiales.

Entre sus amigos y compatriotas de París, hablábase mucho de un hijo francés de Montalvo; aunque sin desplegar gran interés por descubrirlo.

(1) "La España Moderna", Madrid, febrero de 1889, págs. 99-121.

AMERICA, CONTINENTE DE LA PALABRA

JOSE ALFREDO LLERENA

1

Mucho se habla hoy en América Hispana sobre el problema de dar forma a lo creado. Sobre la búsqueda de una estética nueva, americana, de la que se dice existe la materia prima y sólo falta su enunciación idiomática; sólo falta encuadrarla en una fórmula semafórica cosmopolita. Pero parece que a menudo olvidamos que la posesión de un arte nuevo envuelve una condición indispensable: la posesión de una cultura nueva y propia. Por esto, yo creo que lo que nos falta es la materia prima y lo que tenemos es solamente una fórmula semafórica vacía. Debido a una falta de conocimiento geográfico de todo el mapa natural de Hispanoamérica, no puedo entrar a hacer un estudio detenido de hasta qué punto los americanos del sur hemos forjado una cultura. Por eso, este **capítulo**, no es algo acabado, sino un simple apunte para una obra posterior. Pero sobre la parte teórica, sobre el diseñamiento ideativo, que es lo que aquí expongo, tengo el convencimiento de que lo sostendré y ampliaré en lo futuro. La vestimenta somática y folklórica vendrá después, cuando sea posible.

2

Bajo un cielo nuboso, proteico, voluble, se extiende la ciclópea armazón orográfica de los Andes. Es un bloque alargado, comido por dentelladas, sobre cuyos sinclinales, durante el paisaje nocturno se cierne una calina algodonosa, nítida, que llena hasta los bordes. Adopta una cierta tensión superficial la neblina que aupa las paredes profundas de las hoyas, de tal suerte que desde las cúspides andinas se adquiere la sensación de que podríamos precipitarnos sobre un paisaje del

Génesis, desfigurado por la neblina. En los bordes de las hoyas se alzan, a veces, picos furiosos, de una geometría caótica. Otras veces, adopta la cordillera la monótona curva del descenso, la cansada volumetría del flanco dilatado. Y quizá esto último es lo más sobresaliente en los Andes. La cordillera andina, más que cualquiera otra del mundo, deja descubrir lo volumétrico, lo plástico, la enervante ondulación de la masa. Las nieves eternas son apenas ligeras variantes de la densa vastedad de la masa indecisa y sombría.

Estos caracteres son más marcados en las ramas levantinas de los Andes, cuya formación geológica es más antigua que la de las ramas occidentales; pues se hallan hechas a base de granito, gneis y cuarcita. En las ramas occidentales, en cambio abundan las rocas sedimentarias cretáceas; son aristadas, pierden a veces su unidad de sistema, diluyéndose en paisajes orográficos acantáceos, espinados; corren generalmente muy cerca de las costas del Pacífico, ocasionando respetables culminaciones.

La cordillera andina occidental ha traicionado al hombre americano, al desarrollarse muy por la orilla del Pacífico; pues, esta es la causa de que las tersas y plácidas aguas del mar más grande del Globo nos ofrezcan costas imposibles para la adaptación humana. Los sistemas fluviales, las venaciones milagrosas que permiten la expansión humana desde los centros continentales hacia sus bordes, no han podido desarrollarse en la faja occidental de América del Sur porque dicho desarrollo ha sido impedido por la proximidad de la cordillera al mar; no habiendo las grandes venas fluviales, una costa no posee golfos y bahías para así ser benéfica y facilitar el guardaje de una alta marina.

La entrante de agua más sobresaliente de esta costa se encuentra en el Ecuador y es la desembocadura del río Guayas.

La faja costanera es estrecha; se halla a veces enfielada por una vegetación exuberante, al pie de la cordillera; pero, también ofrece la parda aridez desértica, como en la costa peruana, o la vegetación raquitica intermediaria.

3

Desde el trópico de Capricornio, por el sur y hasta el paralelo 12, por el norte, puede decirse que se extiende una América unitaria, tanto en geografía física como en geografía humana. Los Andes forman un encañonado, dentro de los in-

dicados límites, que es lo más sobresaliente en cuanto a su relieve terrestre. Al Este de los Andes, se extiende esa gradiente armónica que permite la confluencia de millones de arroyos que forman los grandes ríos, afluentes del Amazonas. Todo el flanco oriental de la cordillera de los Andes es una sola serie de conos de deyección. El hombre de esta América, vive preferentemente en el encañonado interandino, de tal suerte que para él, la idea de levante está asociada a la idea de cordillera, lo mismo que la idea de poniente. Alba y atardecer el ojo americano ve realizarse sobre las altas crestas, sobre los interminables páramos, cobijados de un pardo desesperante.

Esta región interandina ofrece mesetas de toda altura, y por tanto, una completa seriación de climas. En el valle hondo se participa del clima del trópico abrasador, aunque no tan atosigante como la atmósfera amazónica o como algunos lugares de la costa del Pacífico; en las partes elevadas, en el páramo, sopla el helado viento que emerge desde la selva y desde las llanuras del Este.

4

La naturaleza y las contradicciones históricas de que ha sido teatro esta América, han hecho un reparto odioso de la humanidad, atendiendo a los diferentes climas. El hombre más miserable, el más explotado, que es el indio, hace su querencia en la parte más fría, cerca del páramo; en el polo extremo, en el máximo descenso, habitan el negro y el montuvio, también explotados como el indio, aunque con menos rigor. La benignidad del término medio climatérico, lo ocupa con frecuencia la clase rica, de la que es uno de sus representantes típicos el terrateniente.

Blancos, mestizos, indios, zambos y mulatos pueblan este territorio, conservando diferencias; no se ha hecho una fundición acabada del hombre de este Continente; por eso sus sumandos étnicos permanecen todavía como tales. Además de esta enorme variedad racial encontramos en América también una inmensa gradación de clases sociales. Todo es caótico sobre los Andes: la economía, el sexo y el paisaje.

Sin embargo, sobre esta mescolanza de todo orden, se alzan voces individuales de intelectualidad. Europa, en su centrifugamiento de libros, de mujeres y de máquinas, arroja retazos de civilización que llegan hasta América, donde se los adopta al pie de la letra. El intelectual criollo, generalmente representado por el burócrata, macera las ideas que vienen

por el Atlántico. Este intelectual lanza todos los días un programa de extensión cultural, o en su defecto, un manifiesto, fundando una nueva escuela literaria. No hay quien no reclame en esta América un arte nuevo y propio de nosotros; ya hay la creencia de que hemos alumbrado un nuevo tipo de esquemación estética. Pero estimo que dicha creencia es errónea. Los americanos del sur no hemos creado nada todavía, peor un arte. Waldo Frank ha visto muchas cosas que constan en su "América Hispana", que no existen en este Continente; a Frank le ha sugestionado mucho nuestro paisaje y por eso ha tomado al hombre solamente como parte del mismo, es decir, no en su totalidad.

5

El alumbramiento de un arte propio involucra un antecedente; el alumbramiento de una cultura propia. Pero a su vez, hay que recordar que las culturas son elaboradas a base de una agresión del hombre al cosmos, cuya manifestación más importante es el vencimiento de la economía. El pueblo que estabiliza su economía se halla en potencialidad de arrancar al mundo geográfico-histórico una cultura. ¿Hasta qué punto nos hemos dirigido por este camino, los sudamericanos? Cuál es la fórmula simbólica de nuestro equilibrio económico?...

Nadie pretendería defender que sin una economía propia se pueda copelar una cultura propia; a la vera de una economía prestada, ajena; a la vera de la esclavitud, en una palabra, ningún pueblo ha coronado un ciclo cultural, del que pueda llamarse dueño y actor.

Yo no encuentro la ecuación simbólica de una economía equilibrada en América. Por esto creo que nuestro Continente nada ha creado; no ha modelado ninguna figura diferenciada y extraordinaria. Y por esto también, debemos seguir que los manifiestos literarios exaltadores de nuestra propia cultura, son simples fantasías. Difunden el error porque dan fuego a una falsa realidad, a una ilusión. Debido a esto, América del Sur tiene sus ismos culturales atosigantes, descaminantes y utópicos.

Latinoamericanismo, hispanoamericanismo, panamericanismo, bolivarismo, unionismo, continentalismo, monroísmo, autoctonismo, nativismo, arielismo, americanismo, indigenismo, etc., son los biombos literarios, detrás de los cuales se aupa la charlatanería y la ausencia de espíritu analítico de nues-

tros intelectuales. Y cuando no es esto lo que se enmascara detrás de los ismos, es la garra del expansionismo yanqui o inglés que pretende nuestras materias primas. Todos los ismos culturales de América están contruidos sobre bases aéreas: lenguaje, raza, paisaje, literatura, solidaridad, hermandad, etc. Todo estos elementos son superestructuras, y por tanto, consecuencias; no pueden servir de causas y de cimientos. Ya es hora de que emprendamos una cremación de todos estos fantoches de la cultura. Al fin y al cabo, América es un continente atemorizado por espantapájaros.

6

Nuestro panorama es el más curioso ajedrez de economías. Existen desde la explotación del suelo con el arado rudimentario hasta la grande fábrica textil; se emplean para los diferentes fines, desde instrumentos parecidos al hacha de mano hasta la precisa maquinaria importada; existen tanto la propiedad privada como la propiedad comunal. Ciertas aldeas, se parecen a los clanes antiguos, ya que económicamente son dirigidas por el cura de la parroquia. Tenemos la economía del Medioevo, representada por el señor feudal y por los artesanos; además existe lo típico de la economía burguesa, representado por el propietario urbano y el comerciante; la pequeña burguesía burócrata es también diferencial como clase y se envuelve de un tinte de economía individualizada. Existen el alto comerciante, socio del monopolio, del trust, y además el agente del imperialismo europeo o norteamericano. América es ante todo un caos económico, además de ser un caos climatérico. Por eso también es como una nebulosa en lo referente a la actividad del espíritu. Sobre este rimero de economías cobran más relieve tres rasgos sobresalientes (esto sucede, por lo menos en nuestro país): el presupuesto nacional del que vive una inmensa parte de la población urbana; la hacienda o feudo, de que vive el terrateniente, que elabora su riqueza a base de la explotación del indio; la mina y la fábrica, de la que viven los agentes del imperialismo, los banqueros y los proletarios explotados. No se da el caso de un dominio completo de una sola forma de economía; de ahí que exista aún un cierto capital estático, que lo más que hace es ganar interés simple en prenderías y préstamos particulares, o sea que, tampoco el banco ha logrado dominar totalmente el crédito.

En el futuro se romperá en mil pedazos el latifundio, lo que hará aparecer al capital dinámico-financiero. Por ello, para ir hacia una economía propia, urge desarrollar la industria, en tal forma, que haga desaparecer a la propiedad feudal, pesada y estática. La ruptura del latifundismo será el primer paso hacia una posible primera etapa de cultura, porque tal hecho desarrollará muchas consecuencias.

7

Los pueblos de América, en las condiciones económico-jurídicas del mundo actual, tendrían que transformarse en potencias, mediante el desarrollo de la industria nacional, para poder copelar una cultura. Pero esto ya está condicionado por los países extranjeros, por las grandes potencias. Estas tienden a impedir, a toda costa, el crecimiento de la industria nacional en los países sudamericanos, porque éstos actualmente además de vender barato sus materias primas, de ofrecer mano de obra barata, constituyen un buen mercado para los productos elaborados por la superproducción capitalista.

Las líneas caracterizantes del capitalismo europeo y norteamericano se reflejan en el naciente capitalismo de Sudamérica, con sus mismas contradicciones internas y su mismo contenido de injusticia.

De lo dicho, se desprende que deberíamos en Sudamérica construir la potencia, pero a base de un sistema de economía diverso del capitalismo; a base de la economía socialista. Solamente podríamos perdurar, con pretensiones de ganar una personalidad colectiva, de pueblo, forjando un átomo de economía nuevo. Necesitamos una nueva matemática para organizar la producción y esa matemática es la del socialismo.

8

Una cultura es, ante todo, adecuación del hombre al espacio, una experiencia del medio meteorológico y geográfico circundante. La reacción motora que ocasiona el medio ambiente, condiciona las causas de la experiencia y la tectónica de las ideas. Pero la adecuación al espacio, implica un equilibrio afectivo entre éste y el hombre, y este equilibrio no puede existir si la producción no está equitativamente repartida, de modo que satisfaga a la mayoría. Por eso Estados Unidos (el pueblo dotado del sentido común más espantoso que se ha

visto en la historia) no puede forjarse un equilibrio con el medio, el que en dicho país, está representado por la máquina. En nuestros países, dicho equilibrio tiene que hacerse con el suelo, con el relieve terrestre. El primer ciclo de la cultura de un pueblo consiste en la conquista del relieve terrestre, lo que significa acomodación del organismo colectivo al espacio.

Así conforme el individuo, al adoptar una nueva vivienda, necesita adecuar su persona a ésta, para luego establecer sus costumbres; así también, un conglomerado necesita conquistar el relieve terrestre con su organismo, la tonalidad telúrica, para entonces establecer su cultura. Esto es más importante que todo para una cultura propia. Más importante que los factores de raza, porque los hombres no heredamos imágenes del mundo de los antepasados, sino disposiciones o sean juegos que se ponen al servicio del ambiente. Sólo la charlatanería de nuestros pseudo-sociólogos, imagina que somos algo excepcionales, porque heredamos esto y lo otro del indio, del español, del negro, del celta, del árabe. Nuestro caos existe, no por otra cosa que por tener a su base un caos económico.

Grecia organizó su cultura cuando se adecuó a su medio, cuando conquistó con su organismo el mar Mediterráneo; las culturas nilóticas surgieron después de que sus hombres se adaptaron al gran río; las acabadas culturas de Oriente, cuando sus hombres ganaron la geografía. Ganar la Geografía es ganar la Historia, y ganar la Historia es ganar la cultura. Este primer periodo debe denominarse ciclo telúrico o ciclo de conquista del relieve terrestre. Cuando comienza a regir en un pueblo, se caracteriza, en lo filosófico, por sistemas creadores; en lo artístico, también por grandes creaciones y en la obtención de un ritmo propio en los movimientos (danza) Esto último, hay en América pero no como nuevo, sino como rezo de lo que este Continente fué.

En América no hay nada que delate una cultura propia. No existe la creación. Nuestro intelectual repite la voz del Occidente europeo, muy a pesar suyo; no hay espíritu analítico ni tampoco imaginación creadora en nuestros hombres de cultura. Pues, el tipo de nuestro intelectual es el tipo del erudito, del coleccionista, del peón de la cultura.

M. Politzer ha dicho de Freud que es genial, en cuanto descubre datos, pero que se equivoca al hacer la suma. Sin investigar si esta afirmación es justa para Freud, en cambio, creo que nos cuadraría bien a los americanos. Los americanos podemos asimilar la palabra occidental; obtenemos el da-

to, pero no podemos hacer la suma. Por eso, nuestra literatura es una repetición de la literatura europea, con un poco más de rimbombancia; por eso, es típico en América el abogado que escribe tesis sociales, y desemboca, más tarde, en historiador erudito. América es un país de historiadores y de compiladores de antologías.

Sucede que no hemos hecho una teoría de nuestra propia experiencia; no hemos hecho una salida hacia el espacio infinito, con predisposición para amarlo. Sólo la reacción motora ocasiona la verdadera idea. Nosotros no tenemos la reacción motora colectiva, y no tenemos ideas propias; y es que vivimos, algo así como fuera del mundo, porque éste se halla en propiedad de un escaso número de personas.

Desarticulemos el feudo y rehabilitemos la predisposición gregaria de nuestro ancestro. Entonces elaboremos una cultura, cuyo primer ciclo será expansionista, en lo material, y creador en lo espiritual.

Yo encuentro apenas dos ligeros y débiles signos de una orientación, en lo formal, hacia una cultura propia. Tales son la tendencia a la rimbombancia en el arte, especialmente literario; la tendencia a poner más sonido en las cosas que nos brinda Europa, aunque no las cambiemos en esencia. Esto denota un hondo anhelo expansivo.

Finalmente, el intelectual comunista es un gran factor en América; es el factor que niega. El comunismo proletario, exactamente igual al europeo, no es posible, hoy por hoy, en América, porque ésta no tiene industria. Es utópico. Pero, el papel del intelectual marxista, de mentalidad proletaria, es el de borrar todos los valores del pasado, de sembrar el iconoclastismo, de destruir.

Los servidores de nuestra burguesía dicen que los marxistas sólo saben destruir y no crear. Pero esta es una frase sin contenido. Yo creo que nos basta con destruir; pues destruir quiere decir negar. Y la negación, no es sino una afirmación. El que niega afirma. El que destruye crea. Por eso nuestra misión debe ser la de destruir todo lo cedizo de las relaciones sociales que hoy nos rodean.

POEMAS

EMILIA BERNAL

LA CABRITA

I

Cuidala, pobrecita, es una cabra
recién nacida, blanca, quejumbrosa.
Asustadiza, tiembla a todo ruido
y el pelo corto, aún no le calienta
el cuerpecito. Sólo come flores.
Por eso va dentro de un cesto, lleno
de margaritas y de rosas blancas.

Cuidala, hermano, bien. Cuando se duerma
pasa a paso de lobo por su lado.
No le des de comer flores oscuras,
rojas, moradas, ni color de sombra
porque se pone taciturna. Dale
campanillas azules y guirnaldas
de perfumadas eglatinas. Ponle
en el fondo del cesto, acurrucado
entre el pecho y las patas, un polluelo
de paloma torcaz, arrulladora,
para que el corazón no se le muera.

Hermano, ella soy yo. Te la confío
para que la ames como a mí me amas.

II

Ya se va la cabrita, ahora cuando
maduran los castaños. Los castaños,
manos de negros dedos el ramaje
y el tronco verde, de musgosa pátina

húmeda, de humedad de ojos que aman,
y copa arriba el mundo de los majos,
besos de luz centellando vivos
al rayo zenital que los taladra.

Ya se va la cabrita. Cuántas noches
abrevando el claror del plenilunio
en el bosque de almendros florecidos;
cuántos días, al alba, pasturando
en un campo de cañas de begonias;
durmiendo abandonada, a pierna suelta,
en el brazo del sol. Séale dado
vivir como creció, toda poesía
bajo el azul indómito del cielo.

Ya se va la cabrita, ahora cuando
los castaños maduran al otoño,
oro, rojo y verdor. Así ha vivido
tanto, que los pitones ya le apuntan
en botones de luz, como si fuera
en vez de cuernos a alumbrar estrellas,

EL TRAPO NEGRO

El trapo negro se comió los hijos.
¡Qué formidable trapo era aquel!
Sombrio, redondo, con los ojos fijos
perpetuamente en él
orificio de sangre que se abría,
sangre blanca de Abal,
sobre su mala hombría.

El trapo negro no tenía manos;
sino tentáculos inhumanos,
por aquí por allá, siempre revueltos
en su afán homicida.

El trapo negro no tenía boca
ni dientes, sino pliegues sueltos.
Pliegues como guarida
negra, hueca y loca
que entera se tragaba la vida.

No tenía corazón el trapo negro.
Inflexible y cruel,
era un cerebro negro
de circunvoluciones de hiel

Era peluda araña, erizada
en un campo de nieve incontaminada.

Era una oruga ebria de negrura
babosa, del lilar en la blancura.

Era bandera de guerra en las
reconditeces de una sábana de paz.

El trapo negro flota, flota, flota,
sobre el mástil del ánimo en derrota.

El trapo negro se comió los hijos
con impavidez
sobre la albura de dos crucifijos
de agónica palidez
clavados en el mismo leño a la vez.

Y en
el palo de la cruz en derrota
el trapo negro flota, flota, flota
eternamente. ¡Amén!

PALO 'E BALSA

JOSE DE LA CUADRA

(Vida y milagros de Máximo Gómez, ladrón de ganado)

CAPITULO I

—¡Palo 'e Balsa!

Venía el nombre navegante, retrepado en las ondas, encrespando —como un viento soberbio— las aguas del río dormido.

—¡Palo 'e Balsa!

Venía el nombre aviador, volando de hoja en hoja, cuando los árboles se estremecían de frío, en las noches de luna; o de miedo, en las noches cerradas.

I

—¡Palo 'e Balsa!

Venía el nombre caminante, a flor de tierra, sobre el lomo romo de las culebras o sobre el lomo erizado de las iguanas huidizas.

—¡Palo 'e Balsa!

Vibraba el nombre en los agudos relinchos de los caballos aterrados. Pero, eran las gordas vacas rejas —pomposas amas de cría—, quienes mejor sabían anunciarlo. Y así lo hacían, en efecto, con sus roncós mugidos, húmedos como la yerba en las madrugadas, húmedos como el pasto mascado.

El clarín de los relinchos y el tambor de los mugidos, sonaban como música de ataque en los oídos de Máximo Gómez, capitán de cuatreros.

Era entonces que les decía a sus gentes:

- Aquí hay ganado.... Por estos potreros hay ganado....
 ¡Dentremos, pues!
 Y "dentraban".... El, a la cabeza.
 —¡Palo 'e Balsa!

2

Se merendaba en la hacienda de don Atanasio Jama, montuvio viejo, hombre caudaloso.

Era fiesta grande. Tanto que, sobre la mesa, se había dispuesto mantel: un mantel blanquísimo, de un blancor agresivo como el de la dentadura de los negros. Tanto que, en alarde suntuario, se había encendido el brisero colonial, cuajado de velas de a ocho. Por supuesto, para alumbrar, se había prendido la lámpara de cuerda.

Sobre este particular luminoso, don Atanasio había dicho a la concurrencia.

—Dende tiempos quiero mercarme una Petrona.

—¿Y por qué no la merca, don Ata?

—¡Qué va! Están muy caras las Petrómaxes.

Don Atanasio poseía ochocientas cabezas de ganado, mal contadas; es decir, algunos millares de Petrómax en carne mugiente....

Rodeaban la mesa familiares y amigos del dueño de casa.

Desde su asiento cabecero, éste insinuaba, cordial, entre dos regüeldos, a la concurrencia:

—Coman, pues. Aquí se ha venido es pa comer.

Rió a carcajadas, y añadió:

—Hasta tocarse con el dedo....

Después, insistió, dirigiéndose a uno de los convidados:

—Pa comer, sí.... Pero, no se me ponga triste, compadre Alarcón.... ¡También heymos venido pa beber!

El compadre Alarcón gozaba fama de chupatin, y esto reforzó el chiste. Los invitados creyeron necesario romper, con las cucharas batientes, unas cuantas piezas de loza para fomentar las risotadas.

—¡Qué ocurrido, pues, don Jama!

Ña Filomena Mena, a quien en homenaje a su perfil la apodaban "La Lora", filosofó:

—Todo rico es gracioso....

Protestó el anfitrión:

—¿Rico yo, ña Filita? Soy más pelao que la pepa 'e guaba.

Ña Filomena retrucó:

—¿Pelao? Usté, don Ata, en eso tiene más pelo que la flor del palo 'e balsa. ¿Conoce?

Palo 'e balsa.... ¿Quién había pronunciado, y para qué, aquellas sílabas de conjuro?

En el comedor cuajó el silencio. Cada uno pensaba, ya con otro sentido, en esas palabras.

—¡Palo 'e Balsa!

Fué el compadre Alarcón, un poco achispado, quien rompió a hablar:

—Y, a propósito, me han dicho de que por estos laos está merodiando....

Nadie preguntó a quién se refería. Nadie preguntó quién estaba merodiando. Lo intuían todos.

—¡Palo 'e Balsa!

Y he aquí que sucedió como en cualquier folletín terrorífico. Tacatearon cascos de caballos en el portal empedrado. Ladraron los perros guardianes. Silbó un bejuco plazarte. Escaleras arriba, chasquearon espuelines de jinete.

Los comensales estaban demudados y pálidos.

Don Atanasio musitó:

—Vo a ver quién es.

Pero, ni siquiera hizo ademán de levantarse.

Cuando iba a repetir la misma frase, se le acercó un peoncito:

—En la sala está don Másimo Gómez y quiere hablar con usté.

Tembló don Atanasio:

—¿Connmigo?

—Ahá.

Se dirigió a los comensales:

—¿Pa qué será, no?

Mas, no obtuvo respuesta.

—Dile, pues muchacho 'e un cuerno, que ya voy p' allá.

Alcanzó una copa de aguardiente, y se la bebió de un trago.

A pasos menudos, tantéandose en un bolsillo trasero del pantalón "el español de cinco huevos", se encaminó a la sala.

3

Le tendió la mano al recién llegado:

—¿Qué güenos vientos me lo han soplao, pues, por aquí, don Másimo? Ya sabe, su casa....

Máximo Gómez estrechó la mano ofrecida, y dijo secamente:

—Gracias.

Después, con tono ligero, agregó:

—Ando de viandante, como usted alvertirá. Voy pa más p' arriba. Me agarró la noche, y le dije a mi peón... (Porque llevo un peón, que ha quedao en el portal con los caballos,...) Y le dije: "Capaz que don Jama, que es tan generoso y tan güena alma, nos va a dar una posadita hasta mañana". Y el peón me dijo: "Capaz, mismo". Y yo le dije: "Vamos, pues, apeándonos". Y aquí me tiene, como dice el dicho.

Don Atanasio moduló la voz lo más agradablemente que pudo, al manifestar de nuevo:

—Su casa. Porque ésta es su casa. ¡No faltaba más!

En seguida, a gritos ordenó a un servidor:

—¡Emérito! Baja a atender a la compañía del señor Gómez, y dale de comer en la cocina. Suelta los caballos en el potrero chico.

A lo último se opuso Palo 'e Balsa:

—Los caballos me los cuida el peón, no más, don Jama. No se moleste.

—Como sea su gusto... Verá: tamos celebrando el santo de mi hija segunda, de Sofía, ¿sabe?... ¡Hónrenos la mesa, don Gómez!

Asintió éste.

—Tengo una hambre de perro —dijo.

4

El festín no recobraba su alegría primitiva, a pesar de los esfuerzos que hacía don Atanasio Jama. Los asistentes sentíanse cohibidos con la presencia inusitada de Máximo Gómez, y seguramente hubieran preferido encontrarse a muchas leguas de allí, dedicándose a vigilar sus potreros, bien armados de ojos avizores y escopetas taqueadas hasta la boca.

El mutismo en que se había encerrado el cuatrero desde que ocupara su sitio en la mesa, consagrado tan sólo a devorar los platos succulentos que se sucedían, contribuía a aumentar el malestar colectivo.

Sin embargo, algo se disipó éste con el alcohol que se trasegaba afanosamente, como si un amor de embriaguez se hubiera apoderado de todo el mundo.

Casi tornó la alegría cuando al servirse los postres —ta-

zones enormes de arroz con leche, espolvoreado de canela aromada—, se escuchó en la sala el ra-gueo de las guitarras y las bandurrias, que afinaban los músicos.

Tras la última copa, don Atanasio, apoyado de manos en el borde de la mesa, propuso:

—Vamos, pues, a dar unas vueltitas. Hey mandao traer dende La Bocana esa orquestita pa que bailemos un rato. ¿Qué les parece?

Sin mayor entusiasmo, los invitados aceptaron.

5

Se bebió a toneles. Rivalizaban en ello hombres y mujeres. Persistía el deseo común de emborracharse. A poco de iniciado el baile, en la sala, con excepción de los tocadores, nadie estaba en sus cabales.

Pero, Máximo Gómez, por supuesto, no se encontraba en la sala.

Se había retirado a un extremo de la galería, y desde ese lugar, sin intervenir, contemplaba la fiesta.

Veía desfilar, al compás saltarín de los pasillos, a las parejas enlazadas.

Cuando le exigían que tomara, se excusaba:

—Más tarde. Yo me reservo pa más tarde.

Era aparente que decía eso sin malicia, sólo para expresar que no quería beber por el momento.

El dueño de casa se le aproximaba con frecuencia, zalamero, pegajoso:

—¿Ta bien, don Gómez? ¿Ta bien? Lo noto disgustao, arrinconándoseme por los güecos.... Pero, está bien, ¿no, don Gómez? Ya sabe, su casa.... Usté aquí manda, no más....

Máximo Gómez respondía con un gruñido porcino y una sonrisa vacía:

—Ahá.

Hacia la media noche la borrachera de don Atanasio Jamma había llegado al clímax. Banboleándose se aproximó al cuatrero:

—Vea, amigo —tartajeó—; yo quiero hacerle un regalito.

Máximo Gómez se sorprendió:

—¿A mí?

—¿Y menos? Vea, yo quiero regalarle una vaconcita, ¿sabe? Usté la escoge.

Máximo Gómez miró a los ojos de su interlocutor bravamente, y replicó, altanero:

—Yo, don Ata, no acepto que naidien me regale ganao....

En ese instante cruzó por la galería la hija del viejo Jamma, Sofía, la festejada. Palo 'e Balsa la observó con detenimiento.

Y concluyó:

—Cuando lo necesito, lo cojo.... Lo cojo, no más, don Ata.... Yo soy así, pues.... De nacimiento soy así....

6

De improviso, Máximo Gómez, (a) Palo e' Balsa, jefe de cuatrerros, se exaltó. Rebrillaron sus ojos oscuros. Se contrajeron sus labios nerviosos. El cuerpo entero se le sacudió en un impulso.

Penetró en la sala.

—¡Hey, pues! —gritó.

Ese rato no se bailaba. Los de la orquesta descansaban en su esquina, con los instrumentos apoyados en las rodillas.

Máximo Gómez se plantó delante del grupo, abierto de piernas, con los brazos en jarras:

—Esto, más que santo de doncella, parece velorio de muerto pobre —dijo—. ¡Hay que alegrarse!

Se apoderó de una guitarra y empezó a cantar:

—Muchachita loca,
de la boca guinda;
muchachita linda
de la dulce boca....
Toma mi corazón entre tus labios,
y mientras ellos sin cesar lo oprimen,
olvidará tu crimen,
mi pobre corazón lleno de agravios....

La música cachonda, arriscada, lujuriosa, estremeció a los concurrentes. Desafortunadamente se lanzaron a danzar.

En el centro de la sala, Palo 'e Balsa, con la guitarra apretada contra el pecho, excitaba a los bailarines, entre estrofa y estrofa:

—¡Agárense, pues, Pa esto hay que prenderse a la pareja, como cuando se trepa palo ensebao.... Hasta con las uñas...
Reía y seguía cantando:

—Muchachita linda,
de la boca loca....

Por su parte, no le quitaba la vista de encima a Sofía Jama, la festejada....

7

—¡Niña Sofía!

Sofía Jama era una montuvia ciento por ciento. Morena, mediana, gordezuela.

Cuando esa noche comenzó a galantearla, Máximo Gómez le murmuró a la oreja:

—Usted parece una yegua moza; una potranquita, niña Sofía.... O, más mejor, una vaconcita....

Era guapa de veras, Sofía Jama. Ocurriase como si fuera una estatuilla amasada con barro samborondeño: criolla Tanagra, fina y recia. Brazos prietos, muslos prietos. Senos redondos, conos perfectos: dos pequeños Cotopaxis, desvestidos de nieve. Ojos enormes, humildes.

—Sí: una vaconcita.... Una vaconcita de vientre....

Sin duda fué la mirada pacífica de Sofía Jama, —su mirada de rez mansa—, lo que suscitó en Máximo Gómez la metáfora rural.

—¿Y? ¿Quiere que bailemos este valse, niña Sofía?

Ella dijo que sí, con toda el alma vacuna saliéndosele por los ojos....

8

Amaneció el sol rutilante, tremendamente amarillo en el cielo azul violento. Hacia un calor denso, espeso, meloso, que se palpaba en el aire como un vaho. El día cantaba entre los árboles su canción matutina.

Los raudales de luz reciente se metieron en la casa de don Atanasio Jama, poniendo frente a los ojos un cuadro aquarelso: hombres y mujeres borrachos, dormidos, reclinados sobre las sillas en torpes actitudes, o volteado: en el piso, nadando en sus propios humores.

En un sofá estaba tumbado don Atanasio Jama. Roncaba como un cerdo. Su triple papada caíale sobre el pecho manchado de vómito.

Un rayo de sol le castigó el rostro como un latigazo, y se despertó.

Su primer pensamiento fué para Plo 'e Balsa:

—¡Don Gómez!—; don Gómez, —balbució.

Lo busco por toda la casa:

—¿Ondé, pues, se me ha escondido?

Llegó hasta la cocina.

Un peoncito, Ramón Solís, que hacia de pinche, atizaba ahora la candela en el gran fogón.

Don Atanasio le averiguó:

—¿Habis visto irse a don Máximo?

—Sí, patrón. Hace un tiempo largo que se jué como p' abajo, a caballo.

—¡Ah!...

Recordó de pronto don Atanasio que en su recorrido por la casa no había tropezado con su hija Sofía. Una idea negra se le metió en la cabeza.

Preguntó al muchacho:

—¿Iba... solo?

El peoncito meditó antes de responder:

Llevaba al anca a la niña Sofía... La niña Sofía iba muy triste, patrón.

—La habría amarrao Palo 'e Balsa.... ¿no?

Volvió a meditar el peoncito:

—No, patrón, vea... Suelta iba... Antes ella se le amarraba a don Máximo, trincándole así, con los brazos, por el pescuezo... Y volteaba p' acá la niña... Cuando me vido, me dijo: "¡No le digas nada a mi papás!". Pero, ya ve, patrón, yo le digo no más... Así jué.

Don Atanasio no halló cosa más oportuna que manotear una raja de leña de sobre el fogón y apalear con ella, fundamentalmente, al peoncito asombrado:

—¡Eres mismo un animal, hijo de charca!

9

En el curso de la semana don Atanasio Jama tuvo noticias de su hija.

El viejo se había abstenido de dar parte del rapto a la Policía Rural.

—¿Pa qué? —repetía;— ¿pa qué se rian de mí y me roben la plata? Lo que es a Palo 'e Balsa no le han de coger. ¡Es muy hombre pa los soldados esos! Le tienen más miedo que los pollos al gavilán. ¡Desgraciaos!

Cierta noche sonó al pie de la casa un disparo de revólver, y una voz anunció:

—Hay un papel pa usté, don Jama, en el bramadero. Pero, no baje todavía. Si baja ahorita, lo tiro.

Cuando lo calculó prudente, don Atanasio descendió hasta el corral. En el palo del bramadero había un papel escrito a máquina. Lo recogió.

Subió de nuevo. Leyó la firma.

—Es de Palo 'e Balsa —comunicó—. Y se lo dé haber escrito Zúñiga, el del Salitre, que es el único escritor que hay por estos laos....

El coro familiar confirmó:

—Ahá.

Entre todos y como pudieron, descifraron al papelucho.

Decía:

“Don Atanasio Jama. — Hacienda “Los Carraos”. — Muy señor mío: Para devolverle su hija tiene que entregarme diez vaconas gordas, sin herrar. Mándelas aflojar en el sitio Piedrajonda el sábado después de la oración. Le alvierto que si denuncia a la Rural o hace cualquier traición, pagará caro su hija. Ella está bien y lo saluda mucho. No se olvide. Su afectísimo amigo.—M. GOMEZ”.

La misiva, en verdad, carecía de firma; pues, el nombre también estaba puesto a máquina.

—Pero, es de Palo 'e Balsa, claro—, insinuó la mujer de don Atanasio.

—Así ha de ser —rezongó éste.

—¿Qué harás, Atanasio?

—Vo a mandarle las vaconas, pues.... ¡Qué vo a hacer!... Como se sea, Sofía es mi sangre.

Mas, se dejó aconsejar por la malicia.... Sí; le mandaría las vaconas. Pero, herradas. Como Palo 'e Balsa las recibiría ya oscurecido, no se apercibiría de ello. Naturalmente. Además, le mandaría una más. Once en vez de diez. Así se confundiría. Si sobajeaba alguna. Palo 'e Balsa pensaría “Esta herrada, será otra. De Piedrajonda. No es de las diez de don Atanasio”. Pero también cargaría con ella. ¡Muy bien!

Eso suponía el viejo Jama.

Soliloquiaba ahora:

—El muchacho que lleva las reses, me trae a Sofía....

Será al otro día que Palo 'e Balsa cae en cuenta. ¡Y lo haré perseguir! ¡Ahí sí lo haré perseguir!

Gastaría dinero. No importaba gastarlo. Para eso lo tenía. Planeaba obtener en Guayaquil que un piquete de caballería ligera de las fuerzas regulares, saliera en busca del cuartero. Entendería que los animales herrados dejarían fáciles indicios para la captura.

Una sonrisa de picardía se dibujó en los labios del anciano montuvio, ensanchándole la cara.

Se vanaglorió por anticipado:

—¡Ya verá, pues, ño Palo 'e Balsa, quién mismo es Atanasio Jama!

10

Procedió don Atanasio como pensara.

Con Emérito envió las reses a Piedrajonda el día señalado. Conducía el peón, además, un caballo de silla para la vuelta con la muchacha.

Era ya cerca de la madrugada cuando Emérito regresó a la casa del viejo Jama. Pero, venía solo, tirando de la cabalgadura equipada.

—¿Y Sofía?

—Don Gómez me dijo que la mandaría hoy domingo, patrón —repuso Emérito.

—¡Ah!...

El peón se extendió en detalles.... El propio Palo 'e Balsa estuvo a recibir el ganado en el potrero de Piedrajonda. "¡Qué generoso don Ata! Le pedí diez vaconas y me manda once. Será con la que quería regalarme", había dicho. Y se puso a palpar los animales. "Gordas, gordas.... Y tienen el fierrito del viejo".

—¿Lo notó?

—En seguida, pues, patrón, ¿qué se cree?

—¿Y qué hizo?

—Nada.... Me dijo: "Más luego irá la niña Sofía, pues. Más luego. Que la esperen esta noche". Y me largó p' acá.

Don Atanasio se desesperó:

—¡Se quedará con ella! —vociferó—. Pierdo yega y cabra. Mis vaconas y mi hija. Y este criminal dizque sabe cumplir su palabra? ¡Maldito sea!

Su mujer lo increpó:

—Has hecho mal en herrar el ganado, Atanasio. Eso es.

No fué en la noche del domingo. Fué en la madrugada del martes.

Se escuchó por el camino real el consabido disparo del revólver. El aviso.

—Vayan por la vaconcita. En el corral la dejo.

De la casa de don Atanasio bajaron con luces.... Trincada al palo del bramadero, encontraron a Sofía Jama. La muchacha se quejaba a través de la mordaza que le tapaba la boca. Demostraba sufrir horrosamente.

La condujeron a la casa y la depositaron en el lecho. Al empezar a desvertirla, cayó de entre sus ropas un papel.

Era, como el anterior, escrito a máquina.

Decía:

“Don Atanasio Jama. — Hacienda “Los Carraos”. — Mi querido suegro: Usted es tan mano abierta que me ha mandado una res más de las que le solicité. Gracias. Pero, no sé por qué me las ha mandado herradas. Yo no quiero ser menos, y ahí le devuelvo, también herrada, su vaconcita. Por pagarle la yapa que me ha dado, he hecho lo que ha estado a mi alcance para que la vaconcita vaya con cría. Ojalá, pues. De modo que estamos a mano.—Su afectísimo yerno.—M. GOMEZ”.

Hubo que llamar al curandero más próximo. Tendría en la casa del viejo Jama mucho trabajo. Don Atanasio estaba como loco; lloraba a gritos y se daba de cabezadas contra las paredes. Su mujer se revolvía presa de un ataque interminable. Sofía deliraba, ardiendo en el horno de la alta fiebre....

—¡Máximo! ¡Máximo! ¡Te quiero! ¡Pero, no me hagas eso, Máximo! ¡No me yerres, Máximo! Te quiero....

En una de las ancas robustas, la muchacha mostraba la quemadura.... Estaba hinchada la carne; pero, se leían en fuego, las dos letras del fierro de Máximo Gómez: una **M** de imprenta, ligada en la pata con una **G** rabo de mono....

Mucho después Sofía Jama hizo a la hermana mayor su relato:

—Máximo me tenía encerrada en una covacha, en Piedrajonda. Me trataba muy bien. Yo le quería; y si él me hubiera propuesto, yo habría sido suya por las buenas. Pero, me decía: “Tas enrienda y no puedo atocarte”. El sábado ése, después que recibió el ganado, vino a la covacha. Estaba fu-

rioso. Abusó de mí a la fuerza, y me dejó... El domingo de tarde volvió. Me amarró con sogas en la cama... ¡y me marcó!... No quiero acordarme... Me decía: "Me da pena hacerte esto yo mismo; pero no quiero que otro lo haga, para que naidien te vea el cuerpo"... Después, creo que me besó... Cuando me mandó a la casa me dijo: "Tu padre tiene la culpa"... Y yo lo había querido a Máximo Gómez. Por eso me fui con él. Y lo quise de golpe, ¿sabes?, la noche de mi santo...

—¿Y ahora?

—¿Y ahora, qué?

—¿Ya no lo quieres?

—No sé, ñaña; no sé... ¿Pa qué me preguntas eso?

—Palo 'e Balsa es un cuatrero....

—Sí....

13

—¡Sí! Máximo Gómez, (a) Palo 'e Balsa, capitán de bandidos, ladrón de ganado!....

Guayaquil.

**PRIMERA EXPOSICION
DEL LIBRO HISPANOAMERICANO**

DISCURSOS, VEREDICTOS,
DECRETOS Y OTROS
DOCUMENTOS RELACIO-
NADOS CON EL CERTAMEN
DEL LIBRO —————

COMENTARIO DE LA PRENSA

CON LUCIDA CEREMONIA SE INAUGURA LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO EN ESTA CAPITAL

Con lucida y solemne ceremonia tuvo lugar en la mañana de ayer, en el Salón Máximo de la Universidad Central, la inauguración de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada por los distinguidos intelectuales que componen el Grupo América y patrocinada por el Gobierno, los Municipios y entidades culturales de la República, con motivo de celebrarse el décimo aniversario de la fundación de la Revista América, órgano del grupo promotor.

Honrada con la concurrencia del Primer Magistrado de la Nación, los señores Ministros Secretarios de Estado, los miembros del Cuerpo Diplomático y Consular y numerosos legisladores, la ceremonia se vió asistida por distinguido y numeroso público de intelectuales y gentiles damas.

El Salón había sido artísticamente adornado con las banderas de los pueblos hispanoamericanos, destacándose en el centro de la escena un busto del ilustre ecuatoriano don Juan Montalvo.

Se inició el brillante acto con los acordes del Himno Nacional del Ecuador, tocado por la Orquesta Típica de Caballeros "Maribel". A continuación el señor Presidente de la República, doctor José María Velasco Ibarra, declaró oficialmente inaugurada la Exposición del Libro, pronunciando un elocuente y expresivo discurso, del que hemos tomado algunas sobresalientes frases:

Dijo, entre otras cosas, el señor Presidente:

"Es para mí un alto honor declarar inaugurada la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, agradeciendo a los entusiastas componentes del Grupo América esta colaboración efectiva y eficaz a los anhelos del Gobierno por realizar obra fecunda de acercamiento y comprensión real con los pueblos de Hispano América.

"Hay dos maneras de dominar las cosas: por el gobierno y por el libro; el afán de dominar por el Gobierno suscita el odio y las asechanzas entre los hombres que buscan de desalajarse unos a otros; la otra forma de Gobierno legítimo de las almas y la única de gobernar con elevados fines es por medio del libro, por medio del espíritu.

"El Gobierno se ve obligado a marchar dentro de una rutina, encontrando a cada paso la resistencia de las almas, de las pasiones, de los enconos y las ambiciones; en cambio el libro gobierna, al adueñarse de las mentes, inundándolas de conceptos bellos; el libro lo transforma todo, creando nobles estímulos y afán de comprensión pública para formar la gran patria por encima de los egoísmos de los gobiernos que procuran más bien separar el alma de los pueblos."

Manifiesta el señor Presidente que rinde respeto y homenaje a los gobernantes, pero que ello no le impide contemplar la realidad de la obra de los gobernantes; menciona los conflictos bélicos que siembran los odios entre pueblos hermanos, por aspiraciones mínimas de linderos y de supremacías egoístas, que hacen derramar torrentes de sangre en los campos de batalla, que establecen barreras arancelarias, que siembran de obstáculos el camino del buen entendimiento, rompiendo el equilibrio y la armonía que debía reinar entre las naciones.

Señala entonces la diferencia de la obra constructiva y cultural del libro, reseñando la labor lograda por los libros de Arturo Torres, en el norte, de Rodó en el Sur, que es el espíritu de Hispano América que salta del Chimborazo al Aconcagua; escritores que han comprendido que América es dueña de sus propios destinos; recuerda las figuras cumbres de escritores y poetas como Santos Chocano y otros que dieron estímulo a la revolución, al afán del pensamiento libre, líderes intelectuales cuyas miras se levantaron a los cielos como se yerguen las cumbres de los Andes.

Formula votos fervientes porque los hombres del Ecuador tengan fe y creencia en el arte, en el espíritu, en el libro. Ensalza la labor llevada a cabo con visión americanista, patriótica conciencia y estimulante entusiasmo por los jóvenes del Grupo América, en el cual hay la labor también de distinguidas damas. "Sólo donde reina el espíritu y el estudio —dice— puede levantarse la fe contra las tiranías".

Confía en que Hispano América comprenda en toda su realidad la magnitud del problema; que se rinda homenaje a la raza española "tan calumniada por los hombres de cálculos y de positivistas miras; pero tengamos fe también en la virtualidad

de la raza indígena, tan severa, tan austera y tan grande que levantaba enormes moles del fondo de las quebradas con sólo su esfuerzo y miraba de cara al sol y a las más altas cumbres, la que contemplaba al sol de frente, la raza a la cual la civilización no le ha dado el prestigio y realce que le correspondían.

Habla de la fusión de estas dos razas vigorosas, la española y la india que había necesidad de educar para la verdadera obra humana que debe realizar Hispano América. "Pueblo sin misión histórica —dice— es pueblo de degenerados que no cumple su destino de conquista de los grandes ideales". Pide que haya un afán de estímulo para la educación de estas razas, a fin de que cumplan con el deber que les impone su destino histórico y que siguiendo los ideales legados por Bolívar, levanten la bandera de los pueblos libres.

Grandes aplausos acogieron las vibrantes frases del Primer Magistrado.

A continuación la concurrencia escuchó de pie y reverentemente el Himno Hispanoamericano.

(De "El Comercio").

DISCURSO DEL SR. DN. AUGUSTO ARIAS

Pronunciado en el Salón Máximo de la Universidad Central, en la inauguración del Certamen del Libro

1.—El encantador Ovidio escribe en la última página de su *Ars Amandi*, cuando acuciado por el impetu báquico, se despide de las elegías delicadas y de la musa ligera, esta frase de ser disparada contra el letargo del milenio: "Mi obra me sobrevivirá". El poeta que hubiera gustado de la figura de una contraesfinge, de la diosa de la dádiva, explicadora de su amor joven para la faunal tristeza de los dioses humanizados, supervive en el libro de la agilidad y de la gracia, en el matiz de fugitiva perennidad de los amores y la nostalgia pòntica, como dura, en altitud máxima, Virgilio, el poeta más dulce de la tierra, y Horacio, ese tan cercano a nosotros, descubridor de la sátira en el contraste; sintetizador de lo difícil en la oda; gustador del zumo de Anacreonte en el cristal filosófico, como para despistar, del epodo. Pudiera antojársenos que sin el libro los temas ya redichos nos parecerían inéditos, aún cuando una memoria sin tradición, como intuitiva, cumpliera con el destino de advertirnos que hay un largo pasado sin cuyo conocimiento proseguiríamos con la ignorancia feliz de nuestra marcha de observantes deslumbrados o dardamos, acaso, con la expresión actual, documento de realidad, aspiración humana o evasiva romántica. Así el libro nos impulsa o nos desencanta, pero hacia él vamos, para la identificación o el rechazo y habemos de formarlo con lenta o apresurada historia, ya que hasta los que escriben en la arena no se libran de la huella captadora del transeunte o del olvido del viento. Afán de fijación el del Libro, de perdurabilidad anhelosa, mayor todavía en los aparentemente desdeñosos, en los que saben que no escriben para los hombres de hoy, pero que dan a su tregua despoblada y sin

ecos, la esperanza luenga de aquel recibimiento en el cual se presienten renacidos, cuando muchos de sus contemporáneos hayan sido acaso devorados por la necesaria mutación de las épocas. Pero la memoria salvada y salvadora busca en el libro una suerte de áncora y así viajan las edades o vence al designio de Saturno, la maravilla de la palabra.

Veamos al hombre primitivo labrando en la piedra los signos de su devenir o sigámosle, más tarde, buscando para sus libros el pesante folio de las planchas metálicas, hasta que los griegos descubrieran la capa blanda de la cera para el breve golpe de su estilo, hecho como del aticismo floral del epigrama, conciso y profundo. O reparemos en la industria de los egipcios los cuales ya supieron por el símil de las hojas de los árboles o de la epidermis de la corteza, fabricar el papyrus, con lo que se había cumplido en cierto modo, la fantasía oriental del árbol que canta. Y estos copistas del jeroglífico, bisabuelos de nuestro alfabeto, salvaron varios de los primeros libros, propagando, por ejemplo, la eternidad de los mitos esquilianos, para constituirse desde entonces en símbolo de resistencia y expansión el escribiente copto, por más que la postura misional de algunos de ellos, se haya reducido solamente a la que en el siglo XII castellano adoptara Pedro Abad, el ingenuo amanuense de las hazañas del Cid.

2.—Pretendieron los iconoclastas la destrucción de las bibliotecas, pero siempre a trueque de formarlas de nuevo, en audaz deseo de que solo su letra fuese leída, no obstante la certeza de que en su anárquico afán no hubiera podido florecer la estallante fecundidad de un Crisopo de Tarso que se ahogó entre sus setecientos libros, rascacielo de la inteligencia, pero ni siquiera la relativa contención de ese gran Lope, cuyas obras desconcertarían al lector de nuestros días amigo de los aviónicos itinerarios o de las dosis esenciales. No está lejano el día en el que los futuristas pidieran en su Manifiesto el dragado de los canales de Venecia para que se borrara ese resto romántico de las parejas en paisaje reflejada sobre el agua y la destrucción de la biblioteca de Alejandria, por su saber pesante y su germen poderoso de renacimientos... Pero en tanto que nace el libro en floración tropical o en madurada verdad, la biblioteca circula, como ocurriera antaño con el carro distribuidor del pan físico y los hombres van en pos del libro para encontrarse o perderse y el libro —realidad, anuncio o recuerdo— vive o sobrevive, y, espejo o ejemplar, refleja las imágenes o las crea y su tránsito es incesante como el de la biología.

3.—Como los días, los libros suelen también caer en el olvido y la elegía del folio breve, del pequeño libro, ensayada por Ovidio en "Las Tristes", con la segura, con la resumida alegría de hallar lectores, aún cuando ya no se supiese gustar de los antiguos versos, vuélvese en nuestro poeta Humberto Fierro de seca sonrisa, cuando se pregunta si nuestros libros serán hojeados por las manos galantes, si de los buenos amadores merecerá una sonrisa nuestra cruz, si seremos preteridos o recordados, a lo menos como un meteoro, o si ya, en la desolación de todo, alguna "alma simpática", conservará siquiera como una copa etrusca las cenizas de una ilusión..... El poeta pidió, más que con tímido reclamo, con inseguridad que alentara, no obstante, una secreta creencia en la fe del arte, sobre la mudanza la luz tranquila, la de iluminar el libro..... Recordémosle y reivindicuemos la vispera de silencio de ese preciosista cuya estancia cupo tener la elegante perspectiva del gobelino y la tristeza libresca de viajar por todos los mundos en el kaleidoscopio del volumen.

4.—"América", viviendo entre los libros los ha formado y hasta se ha dicho que en su decena de tomos han de buscarse las características mejores de una época de nuestra cultura. Sin prisa de vencer cumplió con igual tenacidad en la jornada que no pudo darle la sensación de los arribos fáciles y si no le satisficieron las tendencias de malgastar el tiempo en busca de los iconos que han de ser destruidos o golpeados por toda juventud, tampoco le cupo en suerte la petrificación salada de la figura lítica. Quienes le han acompañado en su camino son los escritores del Ecuador que con más fervorosa certidumbre se interesaron en la prueba de una sincera voluntad creadora, para dar a la palabra la convicción del pensamiento o la moldeante inquietud de la forma. No buscó el exclusivismo del libro ni la universisación de la letra. Ha vivido en su época, sin estridencia disonante y segura de que la misión literaria es, como ninguna, norma del tiempo, e inmediata receptora y propagadora de la verdad contemporánea, se ha levantado en sus páginas el mundonovismo de la inteligencia. No de otro modo se reclaman y la reciben los amigos del Continente. Y no que se trata de la exilación que suele acrisolar a veces al destino de los hombres, pues que en la Patria mereció también estímulo y apoyo generosos, pero si que se afirme que su nombre se ha fortificado en su viaje por el Ande sureño, en su peregrinación atlántica, en su llegada suscitadora.

5.—...Y esta Exposición del Libro Hispanoamericano es la presencia de cuantos aprendieron a conocer y a estimar al Ecuador literario, si no exclusivamente por la Revista "América", en gran parte por el entusiasmo constante de la viajera continental que sirvió para vincular amistades del intelecto; para revelar valores nuevos de la Patria; para prolongar, en voces de perseverancia o de rejuvenecimiento, la obra de los ya conocidos o consagrados,....

Y aquí están, representados los escritores de las patrias de América, desde el gran grupo hispanista de los Estados Unidos, hasta el joven nicaraguense que traza en romance bravo o en episodio mayor, la gesta de Sandino. Y las editoriales de letra castellana, desde la selecta Espasa Calpe que acoge y divulga los poemas del ecuatoriano Carrera Andrade y desde la medular de la Revista de Occidente, en la cual gustan de anclar alguna vez, al lado del germanismo desamericanizado de Ortega y Gasset, la gitanería esencial de García Lorca o la antítesis de Gómez de la Serna, hasta la reciente Ercilla en la que se cumple, como en la epopeya araucana que animara en la marcha de la octava real el poeta que la da nombre, una superación del valor indígena, una preferencia por los del motivo y el acento sudamericanos, como si se pudiera confiar —¿y por qué no?— en que los Caupolicanes de las letras alcanzarán un relieve mayor que los García Hurtado de Mendoza, de quienes aprendieron sin embargo, estos indios de hoy o de mañana, la gracia expresiva del neologismo de Berceo, la realidad del Arcipreste o la cruda fabla de La Celestina,....

Y aquí están, con lo mejor de su espíritu y de su vida, con sus libros, la República Argentina cuyo cerro nativo nos es familiar por la prosa relatista de Quiroga; en donde academiza en amable mundanidad la doctora Victoria Ocampo y de donde nos llega el verso enlutado de Melpómene, el Apocalipsis de Lenin o la sabiduría del gurú o la exégesis del castellano en los libros del profundo Capdevila. Y Bolivia en donde construye su verso de pitagórico estímulo el gran Franz Tamayo o en donde trabaja con la brisa capitosa del ensayo de América, Fernando Diez de Medina. Y el Brasil, geografía poética, Amazonia de floresta gigantista y de huerto incomparable, en donde se alza a la categoría de música el repasar por los poemas de Saúl de Navarro. Y Colombia que sabe del camino a pie de Fernando González y del cuento duro de Antonio García y del poema micrográfico de Castañeda Aragón

y de la tradición payanesa que arranca de los dáctilos puros de Guillermo Valencia. Y Costa Rica, cuyo Repertorio Americano es certamen perenne del espíritu, la de García Monge, seleccionador y divulgador, antologista y adelantado. Y Cuba la de Agramonte, el buscador del somatismo; la de Mañach y Marinello, milites y estilistas de la nueva conciencia. Y Chile, la que hoy se relieva en la página de Melfi o en el ensayo de Latcham; la de poetas amigos como Daniel de la Vega, como Hübner, como Préndez; la que vió el tránsito de Gabriela, de la escuela rural a los sitios en donde se detiene el aura, pues que adivina en el rostro predestinado la serenidad de quien advendrá en estatua. Y El Salvador que nos dió la palabra de Masferrer, de un optimismo exprimido raramente del desengaño, de una voluntad cantante, de una doblegación del destino. Y Guatemala, la de Arévalo Martínez y Miguel Ángel Asturias. Y Honduras, la de Mejía Nieto y Rafael Heleodoro Valle. Y México, en donde supo ejercitar su magisterio alado, ese renacentista de cultura clásica y espíritu de vanguardia, Alfonso Reyes; el México de Torres Bodet y Villaurrutia; el México que se siente propio como su charro y es incansable campo de renovación y autoctonía; el México joven de List Arzubide y Maples Arce, de Arqueles Vela de Mancisidor, de Bustos Cerecedo y Lorenzo Turrent. Y Nicaragua en donde canta el Presbítero Pallais y Hernán Robleto construye la novela de Gabriel Aguilar, la del impulso sandinista. La Nicaragua de Santiago Argüello que nos ha redescubierto la divinidad de Platón y la belleza leonardina. Y Panamá de Greenizier, ese poeta melódico que antecede a la voluntad del verso que dice de la inquietud panameña que se abrió al canal como a una puerta del universo. Y el Paraguay, en donde se oyó en una mañana esperanzada la voz ariélica de Manuel Domínguez y en donde ensayó su vuelo malogrado de polígrafo, el admirable Blas Garay. Y el Perú del simbólico, fino y matizado Eguren; de Luis Alberto Sánchez, ese magnífico itinerarista de la cultura de hoy; de Guillén el del penacho cónico del Misti. Y el Uruguay, florido y parcelado, que se dá en el verso táctil de la Ibarbourou, en el poema musculoso de Sabat Erasty o en la estrofa nativista de Silva Valdés. Y la República Dominicana, en donde vive Fiallo, el amigo de Darío, el de las canas juveniles y el madrigal intacto, el de los cuentos de Mefisto y el deseo de morir seráficamente en el calvario del pecho de la amada, como "entre las dos colinas de un rosal..." Y Puerto Rico, en cuya

"Alma Latina", elegante y ágil, cultiva Berrizbeita el latido de América; de la República isleña que oye a Concha Meléndez en su poligrafía indigenista. Y Venezuela, la de Blanco Fombona y la de la realidad que animara en novela de fortuna igualable solamente a la del colombiano Rivera, aquel escritor de la América nueva, Rómulo Gallegos.

6.—La Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada como el mejor suceso conmemorativo del décimo aniversario de la Revista "América", gracias al apoyo fervoroso del señor Presidente de la República, ha de quedar como el comienzo de una institución que se deba a los jóvenes de nuestra Patria que quieran buscar y examinar los problemas afines de los países hermanos, en la Biblioteca Hispanoamericana que ha de fundarse en breve.

En nombre del Grupo América, agradezco a todos cuantos nos han honrado con su concurrencia en esta hora que se prolongará con ecos gratos en el corazón del Continente nuestro.

DISCURSO DEL SR. DN. HUGO MONCAYO

Pronunciado en la Velada del Teatro Sucre por su mantenedor representante del Grupo "América"

Señor Presidente de la República;

Señores Ministros de Estado;

Señores Ministros Diplomáticos;

Señoras;

Señores:

¿Fue Alonso el Sabio el que dictó en sus Siete Partidas que los "que guían los navios, empleen ya la aguja que les es medianera entre la piedra y la estrella" y compuso un tratado para el manejo del astrolabio? Desde las arenas celtiberas, por el mar de Tiopía, buscaban airozas las costas de Antictonia las galeras errantes; los trirremes de ébano, burlando el Caspio, arribaban lentos a las costas de Escitia; los bajeles lusitanos avistaban ya y tornaban a perder de vista, los arrecifes de Melinde, en los que Vasco da Gama iba a conocer, más tarde, esas "tablillas náuticas" que harían época en las marinerías, cuando el Rey don Enrique el Navegante, impusiera su "tela de rumbos", guía de nautas incoercibles y de Raimundo Lullio, grumete anclado en su esmaltada Mallorca.

Era un febril espasmo de nomadismo espiritual el que agitaba la tierra en que nació la virgen burladora de los dioses desde los lomos del Toro eritreo. Partir. Partir, aun cuando,—mejor dicho—, partir, porque la sabiduría, la religión, los anales, han fijado en las rocas próximas, las columnas del término a todo término, de la omega a todo estímulo, del desfallecimiento de los sueños, de la pizarra lustral de las ambiciones, del campo abierto a las erranzas, del giro libre a las plegarias.... Había que partir. Cuatrocientos años, toda Europa cruzó su propio mar, —Mare Nostrum, lo llamaron—, se aventuró por otros mares restableció la Atlántida creyó en Anfitrite redi-viva hizo del piélago el motivo constante de sus rapsodias de la onda, la imagen trémula de sus mujeres de la espuma, el airón de sus armaduras de sus corolas, las ánforas que llevaron las canéforas de Anibal y los cálices que levantó Alejandro VI en sus orgías.

Más que las canelas exóticas en los mercados occidentales, más que las sedas y los marfiles indúes en los bazares mediterráneos, más que el orin incesante que carenaba las velas venecianas, hay un soplo espiritual que conmueve al continente plácido, de ríos lentos y landas infinitas. ¿No habían ganado sus tierras al golpe de sus lanzas? ¿No aprendieron del romano la escuadra recia que el hoplita enseñó a su vencedor sin egoísmo? ¿No ejercitaron el corcel del godo y del huno y del vándalo, el galo, el turingio, el celta, el bosnio, el ibero?... Antes, ¿no había el suave campo itálico cedido su Lacio fecundo al cazador sabido, y este al etrusco funerario lavado en rito filosófico? Ya el fenicio había marcado la audacia y el no fallecimiento de la ambición, siguiendo la mirada esmeralda de su Astarté, y el Sultán había oído a sus muezines convocar las galeras, como la gracia de Alá, onduladoras y veloces, para enviarlas a guarecerse en costas de Hispania.... Toda Europa vivía una agitación extraordinaria; el hervor de una inmensa actividad se volvía presente y vencía por mil partes la tapa de los prejuicios, derramando el vapor de su genio avasallado en las antiguas fronteras. Cazador el horizonte, cuando se venció al antilope, fue siempre función divina. Avanzar más allá, cuando la sabiduría decreta el Non Plus Ultra, es sacrilegio lleno de belleza, irreverencia admirable.

Al extremo de Circasia, en la Península bañada por dos océanos, así como en el puño cerrado de la tierra se hincharon los músculos pireneicos, en los inmensos espacios lusitanos, con tanta fuerza extranjera, tanta residencia transitoria, tanta sangre lejana y varia, fueron obrando lo único permanente de un país, lo único latente en él, que desafía mejor que el sarmiento el soplo de la tormenta, y mejor que la muralla, el empuje rabioso de la conquista. El lenguaje de Castilla surgió en la tabla de la excelencia, y si a él se le adjudica el privilegio de conmover a los cielos, con sus tiernas inflexiones, en él están presentes, inmanentes, perennes, los condimentos mismos de esa Patria, múltiple y generosa, con tantos siglos de predominio y tantos de soberbia.

En alguna parte he leído que, así como las garrafas del vino de Rioja no pueden aplacar la sed por sí solas, sino que, por ricas, satisfacen la anemia de otros vinos y los vuelven vigorosos y perfumados, así, el plácido lenguaje castellano, que tiene de celta, de heleno, de latino, de árabe y de indoaamericano, pringa cada país romance del suyo en manera indeleble y conforta cada uno de los pueblos de que ha tomado su herencia, legándoles la inefable frescura de sus canciones heroicas y de su arcaica grandeza.

No trajeron los conquistadores tan sólo, la biblia sorda, ni al arcabuz detonante ni el corcel berberisco. Algo hubo en ellos de divino, es decir, de supremo, de inexplicable, para estas gentes aborígenes que ardían con sus mil chamizas y miraban con sus llamas, hasta doblegar la severidad de los volcanes. Era el lenguaje modulado, rico, fecundo, gracioso, convincente. Al esplendor de la figura guerrera, la voz de Cortés hizo la brecha melancólica en el corazón de Marina, y la apostura de Pizarro el Mozo, la alegría romántica de la nieta de Toa.

Leed el **Diario** del descubridor; leed las **Décimas** de Herrera. ¿No es verdad que Los **Cigarrales de Toledo** dan su soplo en estas narraciones? ¿No es verdad que el recado del vencedor de las Galias, precede al de las Antillas? La Península presta una franqueza recia, casi áspera, a la frase, pero la matiza, la rellena del sol, la hincha de espacio, la deja suelta en la oración rotunda, hace la pausa imprevista y lacera el pensamiento hasta vaciarlo.

* * *

Cuando Thot, en la mitología egipcia, halló la manera de "pintar la palabra y hablar con imágenes" que la reina Haschpositú enseña aún a su hijo Amenofis desde las criptas milenarias de Tebas, hizo el primer libro. Cuando Brahama enredó, en los canutos de mil vueltas, el hilo de las existencias saludables para la eternidad del Ganges, dió el primer código a sus criaturas. Cuando Moisés, en terribles expresiones naturales, escuchó la voz de Jehová, dos tablas hicieron la pauta de sollozos de veinte siglos. Cuando el viejo Viracocha, temblándole las manos neolíticas, con el plumaje de tímidas guacamayas, tejió la primera mita, eternizó su vuelo escribiendo los anales de su raza. La ingenua expresión del **Mío Cid**, de **María Egipciaca**, de unos tres o cuatro documentos más, son la raíz, el venero y la sima de la palabra española en su lengua de Castilla. El folk-lore es vario e itálico. Berceo le dá los grandes sonos de su lira; Los Argensolas lo superan; Tirsó lo enciende con tabaco de España y agrio zumo; Góngora lo sublima hasta volatilizarlo; Lope lo divulga por el mundo; Luis de León y Teresa lo perfuman con mística sensualidad; Cervantes lo cristaliza en el engarce que los siglos forman para su provecho...

¿No escribió el prisionero del Cerámico, en su **Fedón**, que "saber es recordar"? Escribir, es guardar en depósito una experiencia, un estímulo, una pasión. Leer, es dar vida al intelecto que reposaba aprisionado y que, por un milagro maravilloso, sigue fijo en las páginas y sugeridor en las mentes. Se

entrega, en vínculo amable con la atención que sobre él se posa, aun cuando sean muy extrañas su época, su moral y su estética, pero continúa cerrado en su presencia, guardando el sueño yacente del escritor a través de todas las perturbaciones.

Un libro es siempre más que un hombre: es un instante en la vida. Hay hombres que no alcanzan a encontrarse en sí mismos, por timidez, anemia de voluntad o abandono de introspección. No hay libro que no mantenga una idea, que no sugiera aun cuando sea, la sed de otro libro. La cultura se aprecia, sobre todo, por esta concreción espiritual, por este módulo: editar libros, arrojar volúmenes a todas partes, es una beligerancia santa, excelente y provechosa. Ningún pueblo ha podido vencer este empuje, aun cuando levante piras y las prenda con pergaminos ilustres, aun cuando borre tratados y forje palimpsestos bizantinos. Ama el escritor su obra tanto como la bestia su cachorro: el simil puede sorprender, pero, en el origen mismo del grito, en la mayéutica vital de la producción, siente sus arterias desgarradas el filósofo, como la Loba del Aventino o la Leona de Tesalia arrastran las suyas.

"Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros...", dice el Caballero del Verde Gabán en las *Memorias del Ingeniero Hidalgo*... Y Mateo en su *Guzmán de Alfarache*, aconseja que sean los amigos como "los buenos libros, que no está la felicidad en que sean muchos ni muy curiosos"... Coincidía con el juicio de Montaigne que prefería sólo aquellos ya amarillentos por la pausa de las veladas y la frecuencia de las lecturas; y más aún, con el de Plinio el Joven que pedía "buenos, no muchos"; y con el Rey don Alonso, que, vencedor de Nápoles, sólo reclamó para sí: "leña seca para quemar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar y libros viejos para leer"... (*) Ya en la *Epístola Moral de Fabio*, el de Granada confesaría que:

"Un ángulo me basta entre mis lares;
un libro y un amigo; un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares..."

* * *

Hace diez años, dos jóvenes que toman sus blasones intelectuales de la cepa ambateña, —tanto tiempo cortada por

(*) Citado por don Francisco Rodríguez Marín.

la zarpa rampante de aquel que escribió en su Espectador: "Voy a tomar un baño de poesía, a darme un toque de silencio y olvido en el seno de la naturaleza", a salir de ella, "león" habiendo entrado "tigre cebado"—, (*) dos muchachos sumisos a la herencia literaria que cumplían, los poetas don Alfredo Martínez y don Antonio Montalvo, fundaban, como ofrenda a la ciudad capital, una revista literaria que pronto iba a ganar la voluntad de todos cuantos cultivan estas disciplinas estéticas y de cuántos las admiran. Su propio esfuerzo, su donosa energía, su decisión absoluta, están presentes. Es justo que en este momento así lo recordemos; es gentil y propio el hacerlo. Diez tomos de "América" significan esta labor: dos concursos literarios solemnes la acreditan; la primera Exposición del Libro Hispanoamericano en el Continente, la recomienda; el apoyo oficial, munificente y comprensivo, la prestigia; la concurrencia a este acto de tan culta asamblea, la premia; la cooperación de damas tan gentiles como dilectas, hacen ligera la lucha con la satisfacción espiritual de su sonrisa; y los pabellones propios de cada misión diplomática y consular en este escenario, amparan y estimulan, generosamente, una gestión modesta, seguida sin intermitencias ni destemplanzas.

Mirar a través de las épocas, las naciones que surgieron de la espuma de las carabelas, representando el ideal colombino, heredero radiante de tanta inmensa tradición y tantos lampos de oro, fundirse en un solo iris, como egida protectora para más severos vínculos continentales, es fuente de emoción muy justa y de gratitud para los miembros del Grupo América que en esta oportunidad represento. Muchos mensajes de aplauso hemos recibido; muchas ofrendas gentiles nos han ayudado. A la voz de "América" respondieron los Municipios de la República, la resuelta cooperación del Estado, la tribuna periodística sin distancias ni partidanismos, un constante trabajo de paciente administración, cuarenta escritores concursantes a los torneos literarios de novela y ensayo, casi cuatro millares de volúmenes y, como si todo esto pesara poco en la antigua soledad de presitos que arrastraban los ilusos escritores de la sierra, austro y costa ecuatorianos, representación elevadísima de los campos del madrigal, "lises de plata y amarantos de oro", las nobles damas de quienes soy heraldo, os dejarán, en el lecho de sus encajes, la linfa clara de sus pupilas para alegrar el recuerdo de esta Velada, por toda una vida...

(*) Montalvo.

EL LIBRO HISPANOAMERICANO

REMIGIO ROMERO y CORDERO

Sonetario declamado por el señor don Luis Coloma Silva, durante el desarrollo del cuadro plástico, en la velada de gala del Teatro Sucre, organizada por el Grupo América en honor de las naciones Hispanoamericanas.

INTRODUCCION

América y España . . . El tiempo arcaico
de la historia dormido en el recinto,
a la luz inmortal del sol incaico,
del sol que luego fué de Carlos Quinto

América y España . . . Moctezuma,
Atahualpa, Cortés, Pizarro, Almagro,
águila y cóndor y león y puma,
en la fusión racial del gran milagro

Van a pasar los pueblos . . . Con la historia
en la mano, arrodillase la gloria . . .
El libro del pasado se abre lento.

Los siglos, asombrados de la hazaña,
se desmayan como hojas en el viento . . .
Este libro es América y España . . .

LA REPUBLICA ARGENTINA

Argentina inmortal de Rivadavia,
Argentina de Alberdi y de Sarmiento,
de la colonia en la terrible ignavia,
huracanaste al sol todo tu aliento . . .

Argentina inmortal, tierra bendita,
 donde el sino del Sur completo acampa;
 Argentina inmortal, cosmopolita,
 lo mismo en las ciudades que en la Pampa . . .

Desde el gaucho bohío va el fandango
 en la vidalita y el triste tango,
 sobre el ala viajera del pampero . . .

Argentina inmortal, los bandoneones
 te están llevando por el mundo entero,
 ante el asombro audaz de las Naciones . . .

LA REPUBLICA BOLIVIANA

De la puna aymará por la tristeza
 pasa un hondo silencio preterido.
 El lago Titicaca despereza
 la onda azul y sus barcas del olvido . . .

Alto Perú, noble región criolla,
 que en la angustia infinita de la pena,
 hace que gima toda el alma colla,
 con la música errante de la quena . . .

Aún te aturde la voz de la metralla . . .
 Todavía los campos de batalla
 gimen con el dolor del moribundo . . .

Corónate de olivo, no asfodelo,
 y da el ejemplo de la paz al mundo,
 desde tu altura tan cercana al cielo . . .

LA REPUBLICA BRASILEÑA

Brasil inmenso, pueblo lusitano,
 en que vaciado Portugal, de nuevo
 pide a Camoens el eco soberano
 que diga la epopeya del renuevo . . .

Del cafeto a la sombra bendecida
 tu primavera sin igual madura,
 y discurre el encanto de tu vida
 por un Riojaneiro de hermosura . . .

Tú ves, Brasil, en tus inmensas zonas,
 cómo en el Mar penetra el Amazonas,
 lanzando al Mar Atlántico su grito . . .

Ese río que se hincha y se deshincha,
que comienza a los pies mismos de Quito
y es hielo ecuatoriano del Pichincha . . .

LA REPUBLICA COLOMBIANA

Muisca Colombia, bajo el claro dombo—
corazón de diamante, alma de roble—,
el nombre de Cristóforo Colombo
qué bien te cuadra por ilustre y noble . . .

Colombia, tu grandeza cómo suena
en los ámbitos todos de la historia . . .
Los barcos de tu río Magdalena
haciendo están las rutas de la gloria . . .

Colombia sin igual . . . Siempre que brama
el épico rumor del Tequendama,
nuestra América tiembla en sus confines . . .

La epopeya genial yace en arrobo,
y es el claro clangor de los clarines,
clangeando en Boyacá y en Carabobo . . .

LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Matriz insigne de la casta ibérica,
domadora del moro y del romano,
madre latina de la indiana América,
orgullo del orgullo castellano . . .

Por fin tu vista el horizonte abarca,
por fin dejaste que tu gente vibre;
por fin eres un pueblo sin monarca,
aprendiendo, en la América, ser libre . . .

Nosotros te enseñamos, por tu gracia,
el secreto inmortal, la democracia . . .

Nosotros te enseñamos, sin encono,
durante todo el Siglo Diecinueve,
nuestra manera de llegar al trono
y despojar del cetro al que lo lleve . . .

LA REPUBLICA COSTARRIQUENA

Para mirar tus sierras y tus valles,
las puestas de tu sol, tu noche, tu alba,

hay el viejo volcán de Miravalles,
el Poás, el Orosi y el Turrialba . . .

Costa Rica, tendida entre dos mares,
ambos mares te inventan su tramoya,
de las Bocas del Toro en los palmares
o en el agua del Golfo de Nicoya . . .

Hay no sé qué del Bósforo en tu riba,
hay no sé qué de Nápoles . . . Nativa
viene a ser de tu suelo la hermosura . . .

Costa Rica, la tierra borriñueña,
que en primavera inacabable y pura
trabaja y piensa, se redime y sueña . . .

LA REPUBLICA CUBANA

Isla llena de luz y maravillas,
que todo el sol del trópico recibe . . .
Qué bello que es el Mar de las Antillas
y en su seno la Perla del Caribe . . .

Oh, pueblo bayamés . . . Ola por ola,
el agua de tu mar se hace cubana,
fundiendo en la porción que es española
la soberbia porción que es antillana . . .

Isla llena de luz y maravilla . . .
La ciudad habanera, otra Sevilla,
la sangre de clavel de Africa toma . . .

Isla de Cuba, alción que en la alga vive
y columpia sus alas de paloma
en los vaivenes de la Mar Caribe . . .

LA REPUBLICA CHILENA

Estrella solitaria que arde en ascua
del Arauco en la vaga lejanía,
y en la isla misteriosa de la Pascua
hace suya la paz de la Oceanía . . .

Cuando el pasado, como quién se entolda,
se envuelve en la neblina o en la bruma,
las sombras de Lautaro y de Guacolda
emergen, con su manto hecho de espuma . . .

Caupolicán se aleja en el mar glauco . . .
La indómita región del bravo Arauco

se inunda de corceles de Castilla . . .
Y grita en la epopeya americana
un poeta español llamado Ercilla,
cantando para siempre la Araucana . . .

LA REPUBLICA SALVADOREÑA

Lago de Cucatlán con sus resacas,
volcán Lamatepec de picos rotos,
el valle temblador de Las Hamacas,
donde danzan sin fin los terremotos . . .

Tierra salvadoreña, tierra ilustre
de hermosas y de fértiles riberas,
hundida tierra en el hondor lacustre
y cerca de las grandes albuferas . . .

Del río Lempa en la abrasada orilla
fermenta la magnífica semilla
de este pueblo glorioso que se empeña
en vivir para afuera y para adentro,
derramando la luz salvadoreña
por la soberbia América del Centro . . .

LA REPUBLICA GUATEMALTECA

No es el canto a tus montes y a tus playas
no es a la historia en que tu gloria fincas:
es al viejo recuerdo de los mayas,
maestros de los shyrís y los incas . . .

Tus ruinas aborígenes escala
la araña del silencio indefinido . . .
Misterios de la arcaica Guatemala,
dormidos en el seno del olvido . . .

Se acerca de puntillas a tu gloria
la magestad severa de la historia;
si cabe, en tu silencio más te explayas;
la hojarasca del tiempo suena a seco,
se despiertan magníficos las mayas
y el Mundo es un rumor guatemalteco . . .

LA REPUBLICA HAITIANA

Honor de las Antillas, pueblo haitiano,
 crisol en que se funden nobles razas,
 al mandato del fuego castellano,
 fuego inmortal en sus eternas brasas . . .

Honor de las Antillas, si otras horas
 sentiste, sabes tú, qué imperialismo,
 ya pasaron los días sin auroras,
 ya vas siendo, en América, tú mismo

Afianzas tu poder . . . Ya no toleras
 la extraña mano asida a tus banderas,
 la extraña mano de tu ley asida . . .

Bien sabes de tus balas el calibre,
 derecho tienes a vivir tu vida
 y más grande te ves, siendo más libre . . .

LA REPUBLICA HONDUREÑA

Extremadura de Cortés, Honduras,
 la Nueva Extremadura cortesina,
 la tierra en que florece de hermosuras
 sus bosques de caoba montesina . . .

El áspero chirrido de la grúa,
 la voz del buque en la sirena seca,
 irán, sobre las aguas de Ulúa,
 al estuario del Golfo de Fonseca . . .

Las ruinas de Copán, las vastas ruinas,
 un revuelo de errantes golondrinas
 sentirán en las copas de los pinos . . .

Se sostendrá en bemol la primavera,
 y cumplirás, Honduras, tus destinos,
 a un tiempo pastoril y marinera . . .

LA REPUBLICA MEXICANA

Nación azteca, formidable imperio,
 hay un sitio inmortal para tí sola
 La República tú tomaste en serio,
 orgullo de la raza indoespañola

Si de Iberia la savia al fin se seca,
 si la savia de América no mana,
 ya en el mundo la noble sangre azteca
 se mezcló con la sangre castellana

Ya México existió . . . Ya, en rudo porte,
 el límite racial guardando al Norte,
 detuvo la ambición de ajena raza

Ya México inmortal, en paz o en guerra,
 el rumbo indoespañol al orbe traza,
 honrado—por ser México—a la Tierra

LA REPUBLICA NICARAGUENSE

Nicaragua, la bella y la sencilla,
 imposible en la vida el extravío
 de no nombrar, doblando la rodilla,
 al poeta más grande, a tu Darío

Se arrodillan las Letras españolas,
 se conmueve la luz, el aire, el agua;
 el Mar latino hace rugir sus olas
 golpeando el litoral de Nicaragua

Oh, cisne sin igual, cisne sonoro
 De la España genial el Siglo de Oro
 sirve de manto al bardo chorotega

Y, ante el rumor inmenso del vacío,
 la Edad Futura, que de lejos llega,
 se hace alfombra . . . Sobre ella va Darío

LA REPUBLICA PANAMEÑA

Es Bolívar quien yace sobre el plinto,
 pisoteando los monstruos de la guerra,
 para que el Istmo nuevo de Corinto
 congregate en sí los pueblos de la Tierra . . .

El Congreso Anfictiónico . . . La amiga
 Asamblea de Oriente y de Occidente;
 la Liga de Naciones, la gran Liga,
 que Wilson realizara el Siglo Veinte . . .

República del Istmo, fue Bolívar
 quién de la guerra el matador acibar
 endulzó con la paz del arbitraje . . .

Nación de Panamá, guarda en el plinto,
de ambos mares de América al olaje,
el genio de Bolívar y Corinto . . .

LA REPUBLICA PARAGUAYA

Complot de pueblos, en lejano día,
tu vida quiso que cayera trunca . . .
Imposible la trágica osadía . . .
Pueblos así no se suprime nunca . . .
El valor guaraní jamás desmaya,
en su factura ciertamente homérica,
y lleva una etiqueta paraguaya
la guerra no vencida en nuestra América . . .
Vencedor Paraguay, si son de lucha
otra vez en tus ámbitos se escucha,
que la carnicería más no vuelva . . .
Entre dos grandes pueblos soberanos,
hay que partirse una ración de selva,
como el pan se partieran dos hermanos . . .

LA REPUBLICA PERUANA

Oh, Nación del Incario, la robusta
de Guaynacápac . . . El dios Sol ensancha
la omnipotencia de su luz augusta,
al caer sobre el viejo Coricancha . . .
Sostén el trono audaz del Incaicato,
tu vernácula sangre más estima;
y añade el esplendor del Virreynato
al esplendor de la gloriosa Lima . . .
La Roma del Incario en ti perdura,
La gran Roma cuzqueña, de su altura,
ilumina la faz del Continente . . .
El pasado español en que te afincas
ciñe bien la grandeza de tu frente
donde tembló la borda de los Incas . . .

LA REPUBLICA DOMINICANA

Otro honor de las Islas antillanas,
En tí demoran, con soberbio aliento,

las horas primitivas y lejanas
del épico y genial Descubrimiento . . .

Para siempre perduran a tu vista
los hechos iniciales de la hazaña
que hizo el milagro audaz de la Conquista,
al convertir América en España . . .

En torno de las costas en que velas
vagan las sombras de las carabelas
a cuyo bordo toda España vino . . .

Por vaciar en las Indias de Occidente
la sangre hispana y el vigor latino,
originando así la nueva gente

LA REPUBLICA URUGUAYA

República Oriental, Reina del Plata,
tierra de las charrúas, que te ligas
a la inmortalidad, cuando desata
tus cadenas de acero el gran Artigas . . .

República Oriental, que las promesas
de tu suerte se cumplen, años de años,
en el claro verdor de tus dehesas,
al paso pastoril de tus rebaños

Gran pueblo agricultor, en tus campiñas,
al florecer y frutecer las viñas,
se llena el aire de murmullos vastos . . .

En églogas se inundan tus comarcas,
y en la paz infinita de los pastos
semejas un gran pueblo de patriarcas . . .

LA REPUBLICA VENEZOLANA

La madre de los héroes, Venezuela . . .
Nación de los destinos superiores . . .
En tí nacen o se hacen en tu escuela
los que se han de llamar Libertadores . . .

Te basta con Bolívar . . . Y, si manda
algo más la exigencia aún tienes mucho:
por ejemplo, a Francisco de Miranda,
y Sucre, el cumanés, el de Ayacucho . . .

La Libertad no arraiga, ni se encela,
si un soldado no presta Venezuela

para sembrar el Arbol en que vibre . . .
Parece, por decreto soberano,
que, en América el Arbol de lo libre
necesita del sol venezolano . . .

LA REPUBLICA ECUATORIANA

Patria inmortal, noble país dilecto,
ante quien se nos dobla la rodilla . . .
Predilecto del sol, su predilecto;
maravilla de aquí, la maravilla . . .
Luz de América toda, noble Quito . . .
Guayaquil, del Pacífico la Perla . . .
Ambato, Riobamba, Ibarra . . . El rito
del arte a cada cual aplaude, al verla . . .
Cuenca y Loja . . . La Cuenca, la florida . . .
Otras ciudades más, llenas de vida,
de emoción, de belleza, de prestigio . . .
Doblemos la rodilla, compatriotas;
y, a la vista inmortal de este prodigio,
que caiga nuestro llanto en grandes gotas . . .

EPILOGO

Concluyó el libro . . . Terminó la historia
su cinema inmortal, sus pasos fieles,
entre las clarinadas de la gloria
y un huracán eterno de laureles . . .
Se cierra el libro . . . Al ruido de cañones
al son del harpa y de la lira al canto,
ha pasado el cortejo de Naciones,
ceñida cada cual su propio manto . . .
América y España . . . Voz de río
finge el eco lejano del vacío . . .
Se raya el mar en eclosión de estelas . . .
Y, alzadas desde el mar al alto dombo,
pasan las sombras de las carabelas
en que manda Cristóforo Colombo . . .

SALUDO AL ECUADOR

Palabras de la poetisa Doña Emilia Bernal, pronunciadas en el Salón Máximo de la Universidad Central, antes de sustentar la conferencia sobre la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Pueblo del Ecuador: Hay amores que matan. ¿Si no, por qué me recibís así, apretándome la garganta de tal modo que me impide dirigiros la palabra? Pero al menos, me dejáis mirar y sonreír, para daros las gracias.

No las gracias porque me habéis recibido con los brazos abiertos, porque lo mismo os las daría si hubiese sido con ellos cerrados. Sino porque en el plano del acaecer sois la contingencia que líricamente me ha desplazado a encontraros.

En verdad os digo que estoy en desconcierto. Bien así que antes de veros conocí las anchuras de otros continentes; los lozanos del mundo bajo otros meridianos; los cielos caliginosos o azules de otras latitudes, y los ríos interminables de otras comarcas. La sorpresa y desconcierto no ha sido, pues, de magnitudes, sino de calidades.

Hay una voz secreta que me viene de lejos hablándome por la boca de vuestros Chimborazos: la voz de la raza. Hay una exaltación exclusivamente mía al cobijo de vuestro cielo transparente y ancho. Siento no sé qué sensación nueva de amplitud y de serenidad luminosa que me azuza a dar el salto: el salto que me trasponga al otro lado tuyo; es la voz del alma de nuestra raza.

Ecuador paradójico y fidedigno, yo amo tu verdad sorprendente a mis sentidos ágiles, que te advierten como numen nuevo en el ámbito de mis interrogaciones...

¿Es tu palabra, que en tu boca parece idioma distinto, con tu prosodia apretada; la fuerza de tus neologismos; la novedad de tus metáforas; el movimiento de tus frases; el estilo de tu pensamiento; la toga ideológica con que te vistes, a la americana?

Aquí, donde se oyen absurdos tan reales: ¿Qué me muero de

frio en el venar! ¡Qué el invierno, con su calor, me mata! ¡Aquí donde tengo por Guardia de Corps un cuartelero! ¡Aquí, donde las fresas no tienen sangre! ¿Qué podrá hacer el espíritu para adaptarse a tan irracional y nueva manera de presentarse las cosas, sino desorientarse...?

¿Aquí, donde las indias caminan con un ritmo de danza, moviendo la falda al impulso de su contoneo con aire aristocrático de miriñaque?

¿Aquí, donde las niñas recitan largos poemas clásicos, moviendo los brazos con largos ademanes curvos, como si fuesen de pascu los brazos?

¡Aquí, cabe Montalvo! ¡Mano a mano con Eloy Alfaro, el gran amigo de mi tierra! ¿Tan lejos de García Moreno; pero tan cerca de Velasco Ibarra...!

¡Aquí, donde un haz de hombres puros levanta un alcázar con ladrillos de libros en vez de hacerlo de cal y canto: pórtico, peristilo, columnatas, intercolumnios, claustros, largos salones, y hasta capilla gótica, con ábside, contrafuertes y arbotantes. Y altar, por dentro, con una sola imagen: América!

¡Aquí ha de desconcertarse el alma!

* * *

Ecuador: hay hombres que tienen sino. Yo soy uno de ellos. La tragedia de estos hombres consiste en estar siempre, si no por encima de él, por lo menos a su altura, jamás por debajo... La locura de mi arribo a esta tierra no es mía: es impersonal e irresponsable. Yo siento que vengo a América a algo. Traigo una misión del cielo. El ensueño de la América Futura lavada de historia, de la Nueva Cultura Humana, nubla mis ojos de visionaria... Siento que vengo a tomarle el pulso al palpitar de la tierra y a transmitir su temblor de creación al parto de americanidad de mis entrañas... ¡Que mi vida no se ponga por debajo de mi sino! Esta es la súplica que enderezo a quien fecunda mi espíritu desde las intemporales honduras del arcano...

* * *

Señoras y señores:

Me era necesario dirigiros estas breves palabras. Excusad su balbuceo, que sale sólo de la imposibilidad de expresar lo inefable.

Escuchad ahora mi cuento de Doña Gertrudis: una mujer de mi propio solar y hasta un poco de mi sangre.

Ecuador, 16 de agosto de 1935.

CLAUSURA DE LA EXPOSICION DEL LIBRO

Palabras pronunciadas por el
Sr. Dn. Alfredo Martínez

Señores:

Hace dos lustros que encendimos el pebetero de nuestro entusiasmo con el propósito de quemar en él el incienso de nuestros ideales. Y, en este lapso, la Revista "América" ha sido para nosotros lo que es el agua para el viandante, lo que es el pan para el hambre. Si alguna flor ha nacido en la rama de nuestra vida, "América" es esa flor; flor encendida de fe, aromada de afectos.

El tiempo que apaga las llamas indecisas, ha sido, a veces, para nosotros, el soplo que avienta la ceniza del cansancio, que disipa la sombra del pesimismo, que permite entregarse al fuego tonificante o creador, que destruye o ennoblece.

No ha faltado más de un abismo en el sendero. Para el abismo, la constancia se tendió como un puente. Los guijarros que sangran las plantas, o la valla que detiene la marcha, nos hostilizaron en algún vericuetto. Pero, para el guijarro del egoísmo, para la valla de la incomprensión, nuestra juventud fue el torrente del río. El agua de la juventud detenida en su cauce, se acrecienta, se encabrita, y, cualquier momento, arrastra, torturando, el lodo de las miserias humanas.

La historia de "América" es corta y al mismo tiempo larga. Corta por su pequeña labor y luenga por sus anhelos de cultura en potencia. Es la historia del grano de trigo que cayó en buena tierra y se alzó, sonriendo, en una espiga.

Siembra fructífera. El arado del esfuerzo penetró en la carne de nuestra voluntad como una daga de oro. El pensamiento, encerrado en el surco del optimismo en labor, supo del milagro de la multiplicación. Pronto, el aliento de las voces de los escritores del Ecuador, de nuestro Ecuador que se dora al rescoldo de pasiones furibundas, que vibra, que se fortifica, que

se endurece para mejores luchas, fue aspirado, recogido por el espíritu de los corazones que palpitan tras de las fronteras; tras de esas fronteras absurdas que señalan el egoísmo, el rencor con el nombre de líneas divisorias; líneas que sirven para aprisionar a los hombres que aún no pueden ser libres porque les amedrenta la concordia.

La juventud intelectual de América Hispana ha pesado nuestros empeños de cultura, nuestros afanes de solidaridad; y ella, generosa, limpia de la mugre que afecta a la senectud que se hunde agobiada en el sudario de una existencia inútil, nos alarga sus manos ennoblecidas.

Las manos tendidas al través de las cumbres emblanquecidas, de las aguas cantoras, de los montes y las plantas, están formando una antorcha redentora.

Yo no creo que sea una utopía el vínculo espiritual de los pueblos de nuestra América. Se adivinan ya en las alturas ardorosas de las mentalidades nuevas, el alba azul de la concordia. El corazón del niño nace lavado en linfas cristalinas. Se está forjando en el enorme crisol del Nuevo Continente la raza cósmica, la raza telúrica, animada de ritmos estelares; la raza que ha de aclimatarse en todo ambiente y ha de triunfar por el amor. La fraternidad, combatida por personas que no han querido superarse, ha de ser quizá, un día, la religión más humana.

El sol que tuesta nuestra epidermis y le da color de pergamino eterno; que madura el vino de nuestras arterias; el sol que ayer fue dios sempiterno de los indios, hoy es la brasa donde estamos cociendo las viandas del espíritu, para alimentar nuestro porvenir.

* * *

La Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, inaugurada en este santuario del pensamiento y auspiciada con empeño por el Jefe del Estado, Sr. Dr. Dn. J. M. Velasco Ibarra, es una prueba elocuente de los anhelos de solidaridad americana.

A nuestra solicitud, llamamiento de confraternidad, han acudido centenares de escritores, beneméritas instituciones de cultura, respetables casas editoras. Ya habéis observado sus obras —numerosas y de altos quilates— y sus mensajes cordiales. En sus páginas niveas, manchadas con la sangre del sentimiento y la maestría del saber, están germinando, bajo el influjo de la cultura, el grano maravilloso de la palabra castella-

na. Y como la palabra es la esencia del espíritu, aquí, a dos pasos, se alza al infinito una sinfonía de acentos silenciosos para tonificar nuestras almas.

El libro es más que una sustancia. Es el hombre mismo, sintetizado, ennoblecido, hecho papel o carne, caracteres o ritmos. El ritmo es el resplandor del espíritu. Cuando se tiene un libro en las manos, hay que pensar que un corazón palpita en él y que va a entregarse al lector por el hilo invisible de la mirada.

Los libros que habéis visto y tocado en las salas de la Exposición, son seres vivos; seres que no tienen otro destino que entregarse a vosotros con la misma mansedumbre que se entrega la miel al paladar, con la misma ansia que se da el agua al yermo, con la misma sabiduría que se filtra la luz en nuestra sangre.

Mañana, esos libros, van a formar una biblioteca, la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos; quiero decir que se va a prender una nueva luminaria sobre la torre pétreo de esta ciudad. Acudid a ella. Visitadla. Extraed los ricos y poderosos jugos de su magnífica floración. Es bueno nutrirse con la savia de los libros.

* * *

La clausura del Certamen del Libro Hispanoamericano, a la que asistimos en este momento, no es el fin de las actividades del Grupo América. Es la fiesta de la iniciación de una nueva era de cultura y una voz de los deseos de mejor acercamiento a España y a los pueblos que tienen nuestros mismos deseos de grandeza y porvenir.

Tenemos un programa que cumplir. Programa amplio. Quizá nuestras energías nos permitan realizar algunos de los propósitos de trascendencia americanista. Entre los principales números está el proyecto de fundar a la brevedad posible el Instituto Hispanoamericano. Sólo este proyecto, es ya un programa de valor incalculable.

El Grupo América anhela, desde esta antena de los Andes, regar en todos los surcos de América la simiente de los nuevos ideales. El entusiasmo que nos resta lo ofrecemos, complacidos, al servicio de la cultura nacional y a la causa de nuestra América. Para esta empresa creemos que no nos faltará el favor de los poderes públicos.

Nuestro empeño, además, está amparado por la voluntad de escritores de afuera. Más de un millar de ellos nos ofrecen

su palabra y sus brazos. Un bosque de brazos amigos está, en este momento, extendido hacia nosotros. Cuando se alzan los brazos hay que esperar un triunfo. Los brazos tendidos son el símbolo del amor y de la acción. Los brazos caídos, inmóviles por la indiferencia y el ocio, no dan fruto jamás.

Y, ahora, señores, a nombre del Grupo América, agradezco de todo corazón, a las personas que gentil y benévolutamente han participado en los actos culturales desarrollados desde el día de la inauguración del Certamen del Libro Hispanoamericano, hasta estos momentos en que el entusiasmo se mide con el infinito.

No olvidaremos la exquisita gentileza de las damitas que, con su gracia y su talento contribuyeron al resplandor de las festividades del libro, aquellas que, en la velada de gala del Teatro Sucre pasaron como una visión de maravilla ante el asombro del selecto auditorio, ni dejaremos de gustar el verso limpio, pulcro, armonioso de las recitadoras. Las lindas bailarinas dejaron en el alma del público el perfume de su arte. La música, la danza, el verso ya son para nuestros recuerdos una estela multicolor.

Para la ilustre escritora y poetisa doña Emilia Bernal, que nos acompaña, todo nuestro afecto fraterno. Su espíritu ya no se irá de nosotros. Se ha fundido en nuestros sentimientos.

A los Municipios, a los centros de cultura del país, nuestra rendidas gracias.

Al Dr. Velasco Ibarra, compañero del Grupo, nuestro agradecimiento perenne.

A la Prensa, nuestro reconocimiento cordial.

Y, a vosotros, damas y caballeros, que nos habéis honrado con vuestra presencia, las gracias más expresivas.

Por todos, por los amigos de España, de México, de la República Argentina, del Perú, de Colombia, de Venezuela, de Costa Rica, del Uruguay, de Puerto Rico, de Honduras, de El Salvador, de la República Dominicana, del Brasil, de Cuba, de Bolivia, del Paraguay, de Chile, de Guatemala, de Haití, de Nicaragua, de Panamá, por los amigos del solar ecuatoriano, por todos sus amigos, el Grupo América ya puede vivir confiado y satisfecho.

El aliento de mil pechos generosos ha agigantado la llama de nuestra fe y de nuestra gratitud.

CONCURSO NACIONAL DE ENSAYO

VEREDICTO DEL JURADO

De las diecisiete obras sometidas al Jurado, éste, unánimemente, es del parecer que el primer premio, de acuerdo con las bases del Concurso, merece "Glosario de Amiel", suscrito por **Inti Fradio**. Constituye esta obra la muestra lograda del Ensayo; una idea dominante, que va desenvolviéndose con cierto lirismo discursivo y en que la asociación poética de los conceptos es interna y es robusta. El "Glosario" se propone comprender plena y hondamente el espíritu del escritor ginebrino, a través de su "Diario Intimo", completado con datos posteriores, y lo consigue en forma bastante acabada y feliz. El autor deja la impresión de que domina el tema, poniendo el centro de gravedad en la meditativa y fluente inducción rigurosa.—Ese tema ha venido a ser de actualidad, con motivo del libro "Amiel": un estudio sobre la timidez", por el doctor G. Marañón, y la serie de reparos a la tesis que sostiene el afamado médico y escritor español comporta, cabalmente, el aspecto quizás más interesante del ensayo, que es así revelador de una innegable y fuerte capacidad de análisis.

Los dos segundos Premios, acordados últimamente por el Grupo América, estima el Jurado que deben discernirse a las obras "El agro ecuatoriano", firmada por **León Salvatierra**, y "Física y Metafísica para una Estética del porvenir", que suscribe el **Dr. Fausto**. Respecto a la primera, el Jurado encuentra que, dentro de un ordenado y preciso enjuiciamiento de la realidad agraria histórica, encierra el trabajo apreciables orientaciones para la confrontación práctica del problema que ha de ser el eje de la economía ecuatoriana: el de la función social de la propiedad. Respecto a la segunda, se observa que, aparte el intento de presentar como algo nuevo y moderno ideas mucho antes de ahora expresadas en abundante literatura extranjera, y aunque discutible en su exclusivismo la tesis fun-

damental de compenetración del complejo proceso del arte con los instintos de nutrición y reproducción, es, con todo, el ensayo una revelación de magníficas dotes de inteligencia y de estilo personal y vivo.

El Jurado resuelve, también, recomendar al Grupo América, para que procure editarlas por su cuenta, las obras "Los niños sin hogar", por Zeen, y "Epicentro de la literatura contemporánea del Ecuador", por Karmanzoff. El tema de la una, tratado con el interés emocional que de suyo inspira, y a la luz de datos estadísticos originarios de nuestro ambiente, y el novedoso entusiasmo valorativo que para una selecta porción de escritores del momento hay en la otra, justifican la recomendación que se consigna.

Quito, a 14 de Agosto de 1935.

Julio E. Moreno

Julio Endara

A. M. Paredes

Jorge Escudero

CONCURSO NACIONAL DE NOVELA

VEREDICTO DEL JURADO

El Jurado que el Grupo América designara para atribuir el premio en el Concurso Nacional de Novela, ha examinado las obras que le fueron presentadas y, de acuerdo con las Bases, encontró que se hallaban fuera de concurso cuatro de ellas: dos por haber sido firmadas con el nombre propio del autor, destruyendo la reserva expresamente exigida, y las otras dos por no ser novelas, sino colecciones de relatos cortos.

Después de la primera lectura, el Jurado retuvo, para acordar definitivamente el discernimiento del premio, cuatro de las novelas presentadas: "Los Trabajadores", suscrita por **Atahualpa**; "Intihuatana", por **Kito Cuntur**; "El Cojo Navarrete", por **Marcelo Proust** y "En las Calles" por **Juan Taco Zarzosa**. Cuatro fuertes, rudas, poderosas novelas de la realidad ecuatoriana, reveladoras de dones auténticos de novelistas y de personalidades literarias vigorosamente acusadas.

En la precisión de señalar una sola, de entre esas cuatro novelas, para la atribución del premio, el Jurado atendió primordialmente, de acuerdo con las bases, a la ecuatorianidad auténtica y profunda del ambiente humano y del cuadro de naturaleza en que se desarrolla la acción; a la fidelidad de la captación de modos expresivos nacionales; a la fuerza de comprensión, interpretación y translación a la literatura, de la esencia de la realidad nuestra. El Jurado atendió también en un plano general, a la estructuración de la obra, a su valor emocional y a la técnica de género empleada en su realización.

En consecuencia, de manera unánime, el jurado resolvió atribuir el Premio del Concurso Nacional de Novela, a la obra "En las calles" de **Juan Taco Zarzosa**.

Resolvió también recomendar, muy calurosamente, las novelas "El Cojo Navarrete", de **Marcelo Proust**; "Intihuatana", de **Kito Cuntur**; "Los Trabajadores", de **Atahualpa** y solicitar

empeñosamente al Grupo América, organizador del concurso, la edición por su cuenta de las tres novelas mencionadas, cuyo alto valor de imaginación, construcción y relato, el jurado reconoce y proclama.

Finalmente, el jurado resolvió consignar su admiración y su aplauso por la orientación recia, máscula, poderosa, de las obras premiadas, y mencionadas por su profundo sentido humano, por la trascendentalidad vital de sus motivos. Y anotar que un auténtico y artísticamente honesto empeño de verdad ambiental, ha llevado a sus autores a emplear maneras expresivas de una ruda —y acaso excesiva crudeza de lenguaje.

Quito, 4 de Agosto de 1935.

Benjamín Carrión

P. Jaramillo A.

Gonzalo Escudero

PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO

VEREDICTO DEL JURADO

En vista del numeroso aporte de las casas editoriales y escritores de veinte naciones de habla castellana a la Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada por el Grupo América, nos hemos atenido, para señalar los premios, consistentes en medallas de oro y plata, ofrecidas por el Gobierno de la República, varios de los Municipios e Instituciones culturales del país, así a la contribución mayor en volúmenes, como a la valía de los mismos, por lo cual estimamos que los premios deben ser otorgados a las casas editoras, a los centros de cultura y a los escritores que a continuación enumeramos, pues, que las primeras acudieron con selectos lotes de sus mejores publicaciones y los últimos desplegaron activa labor que consta de las comunicaciones recibidas por el Grupo América, en el sentido de que sus respectivas naciones contribuyeran en forma de veras apreciable a la Exposición del Libro:

Condecoraciones al Mérito en el Grado de Oficial, ofrecidas por el Gobierno

- A la escritora Rosa Arciniega, del Perú;
- A Joaquín García Monge, Director de "Repertorio Americano", de Costa Rica;
- A Luis Alberto Sánchez, escritor peruano;
- A M. Maucci, Editor de España;
- A Jorge Nascimento, Editor de Chile;
- A Laureano Rodrigo, Editor de Chile;
- A Arturo Zapata, Editor, de Colombia;
- A Antonio Zamora, Editor, de Argentina;
- A Salvador Santomá, Editor, de España;
- A B. Bauzá, Editor, de España;
- A M. Aguilar, Editor, de España;

A Antonio Alcántara, Director de la Biblioteca y Archivo Nacionales, de Honduras; y

A Rafael Arévalo Martínez, Director de la Biblioteca Nacional, de Guatemala.

**Premios concedidos por las Municipalidades
e Instituciones culturales:**

A la Unión Ibero Americana, de España, premio del Concejo Municipal de Quito;

A la Universidad de Santiago de Chile, premio de la Universidad Central del Ecuador, de Quito;

A la Academia Nacional de Historia, de Venezuela, premio de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, de Quito;

A la poetisa doña Emilia Bernal, premio del Colegio Nacional Pedro Carbo, de Bahía de Caráquez;

A Arturo Scarone, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo, premio del Concejo Municipal de Guayaquil;

A la Revista "Atenea" de la Universidad de Concepción, de Chile, premio del Colegio Nacional Bolívar, de Ambato;

Al Instituto Técnico de Contadores del Perú, premio del Concejo Municipal de Cuenca;

A Salvat Editores, de España, premio del Club Pichincha, de Quito;

A Alfredo E. López Ch., editor ecuatoriano, residente en Bolivia, premio del Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre, de Ibarra;

A M. Martínez Rendón, Director de "Crisol", de México, premio del Colegio Nacional Maldonado, de Riobamba;

A Alfonso Rumazo González, premio del Concejo Municipal, de Balzar;

A Seix y Barral Hermanos, de España, premio de la Universidad de Cuenca;

A Dalmau Carles, Pla., S. A., de España, premio del Instituto Manuel J. Calle, de Cuenca;

A la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, del Uruguay, premio del Colegio Nacional Bolívar, de Tulcán;

A la Editorial F. y E. Rosay, del Perú, premio del Colegio Nacional Eugenio Espejo, de Babahoyo;

A Enrique Bustamante y Ballivián, editor, del Perú, premio del Colegio Nacional Vicente León, de Latacunga;

A la Editorial Ramón Sopena, de España, premio de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española, de Quito;

A la Editorial Labor, de España, premio del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, de Guayaquil;

A la Editorial Luis Vives, S. A., de España, premio de la Universidad de Guayaquil;

A la Editorial Juventud, S. A., de España, premio del Concejo Municipal de Ambato;

A la Editorial Espasa Calpe, de España, premio de la Asociación de Empleados del Tungurahua, de Ambato;

A la "Revista Americana de Buenos Aires", de la República Argentina, premio del Concejo Municipal de Urdaneta.

El Jurado tiene a bien recomendar al Grupo América, en la imposibilidad de conceder un mayor número de premios, el envío a los más distinguidos expositores, de Diplomas de Honor en los cuales se dejará constancia de su significativa concurrencia a la Exposición del Libro, que es también, contribución fundadora de la Biblioteca América, de autores hispano-americanos.

Dejamos expresa mención en esta acta del apoyo del Gobierno de la República, por la expedición del Decreto para el otorgamiento de Condecoraciones al Mérito a escritores y editores que han cooperado a la realización de la Fiesta del Libro, afirmando así el reconocimiento patrio para quienes se mostraron vivamente interesados en este certamen cultural.

Quito, a 5 de Setiembre de 1935.

Hugo Moncayo

Isaac J. Barrera

Augusto Arias

NOTA.—Próximamente se indicará las personas e instituciones acreedoras a los premios ofrecidos por los Colegios Nacionales Bernardo Valdivieso, de Loja, y 9 de Octubre, de Machala, y los premios y diplomas que conceda el Grupo América.

ACUERDO DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Nº 69

República del Ecuador.—Cámara de Diputados.
Secretaría.

Quito, a 17 de Agosto de 1935.

Señor Secretario General del Grupo América
Presente.

Me cumple poner en conocimiento de ustedes que esta H. Cámara, en sesión verificada ayer, aprobó por unanimidad el siguiente Acuerdo:

LA CAMARA DE DIPUTADOS DEL ECUADOR,

C o n s i d e r a n d o:

Que por iniciativa y perseverante labor del "Grupo América" se ha realizado con admirable éxito en la Ciudad de Quito, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano;

Que este certamen constituye la más brillante demostración de la cultura de los pueblos de Hispano América, y del vigor y florecimiento de su espíritu;

Que la Exposición del Libro contribuye, mejor que toda otra clase de relaciones, al conocimiento mutuo de nuestros pueblos y a la exaltación de sus valores intelectuales; y,

Que esta Primera Exposición del Libro Hispano Americano, verificada en Quito, es verdadero título de honor para la Patria,

A c u e r d a :

1º—Felicitar al Grupo América por el triunfo obtenido con la actual Exposición del Libro Hispano Americano, y otorgar a dicha Sociedad un especial voto de aplauso por tan inteligente y meritoria iniciativa; y

2º—Trabajar porque en el Presupuesto del Estado conste una subvención para la Revista "América", y para la instalación e incremento de su Biblioteca.— Dado, etc.—Quito, a 16 de agosto de 1935.—(f.) Rafael Alvarado.

De Ud., atentamente,

Carlos Dousdebés
Secretario

DECRETO

Nº 132

JOSE MARIA VELASCO IBARRA,

Presidente Constitucional de la República,

Considerando:

Que es deber de los Poderes Públicos exaltar, por todos los medios a su alcance, las fuerzas culturales de la nación, y, fomentar, asimismo, los movimientos intelectuales que se traduzcan en beneficio de ella;

Decreta:

1º—Destínase, de la partida número 1179 del Presupuesto vigente del Estado, las cantidades de un mil sucsres y ochocientos sucsres, respectivamente, con el objeto de crear con la primera, dos segundos premios dedicados a los concursantes de Ensayo, en el concurso de literatura nacional, promovido por la revista *América*; y, la segunda, para el sostenimiento de la Biblioteca del mismo nombre, durante los meses de Agosto a Diciembre inclusive, del presente año.

2º—Publíquese en los talleres tipográficos nacionales las siguientes obras premiadas en el concurso literario antes referido: "El Glosario de Amiel", "En las Calles", "El Agro Ecuatoriano" y "Física y Metafísica para una Estética del porvenir".

3º—Encárgase de la Ejecución del Presente Decreto a los señores Ministros de Educación Pública y de Hacienda.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a 15 de Agosto de 1935.

(f.) J. M. VELASCO IBARRA

El Ministro de Hacienda, Encargado del Despacho de Educación,

(f.) C. Arízaga T.

El Ministro de Hacienda,

(f.) C. Arízaga T.

DECRETO

Nº 35

ANTONIO PONS,

Encargado del Poder Ejecutivo,

Considerando:

Que un alto espíritu de comprensión y amistad hispanoamericana ha guiado a escritores, editores, instituciones científicas y culturales de España y América, a corresponder en forma amplia y generosa, por medio de sus significativas donaciones de libros, al feliz éxito de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada por el Grupo América y realizada en esta ciudad;

Que es obligación del Gobierno reconocer en la forma que se merece, la noble actitud de quienes con más evidencia han contribuido a exaltar y a afirmar los sentimientos de cordialidad hispanoamericana, en un certamen cultural de vasta trascendencia, en el que se han visto prácticamente realizados los ideales de confraternidad intercontinental en uno de sus más fundamentales aspectos, lo cual mucho honor hace a América y España;

Decreta:

Art. 1º—Otórgase la Condecoración AL MERITO EN EL GRADO DE OFICIAL a las siguientes personas:

- A la escritora Rosa Arciniega, del Perú;
- A Joaquín García Monge, Director de "Repertorio Americano", de San José de Costa Rica;
- A Luis Alberto Sánchez, escritor peruano;
- A M. Maucci, Editor, de España;
- A Jorge Nascimento, Editor, de Chile;
- A Laureano Rodrigo, Editor, de Chile;
- A Arturo Zapata, Editor, de Colombia;

A Antonio Zamora, Editor, de Argentina;
A Salvador Santomá, Editor, de España;
A B. Bauzá, Editor, de España;
A M. Aguilar, Editor, de España;
A Antonio Alcántara, Director de la Biblioteca y Archivo Nacionales, de Honduras.

A Rafael Arévalo Martínez, Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala.

Art. 2º—Encárguese de la ejecución del presente Decreto al señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a 3 de Setiembre de 1935.

(f.) Dr. ANTONIO PONS

El Ministro de Obras Públicas, Encargado de la Cartera de Relaciones Exteriores,

(f.) Federico Páez

Es copia. — El Subsecretario de Relaciones Exteriores,

(f.) E. Arroyo D.

ACUERDO DE LA SOCIEDAD "AMIGOS DEL LIBRO"

GRUPO AUSPICIADO POR LA DIRECCION DE LA
"CASA DE MONTALVO"

Considerando:

1º—Que el Libro, antena multitudinaria para la onda cerebral cosmopolita, es y ha sido el epicentro cultural de todos los pueblos;

2º—Que todo esfuerzo encaminado a conseguir una mayor difusión y cultivo del Libro, es esfuerzo en pro del acercamiento espiritual colectivo por sobre convencionalismos de fronteras y banderas; a la vez que es también exaltación de la parte más noble del hombre: el pensamiento;

3º—Que el GRUPO AMERICA, cenáculo espiritual en donde la producción intelectual ecuatoriana adquirió musculatura ha organizado la Exposición del Libro Hispanoamericano; y

4º—Que este certamen cultural constituye un paso efectivo hacia la unificación de las Naciones Latinoamericanas; hasta de las que pudieron tener sus "diferendus" por acciones de política internacional poco escrupulosos; ya que el libro, desnudo de diplomacia, es la expresión auténtica de la conciencia colectiva a través de un temperamento;

Acuerda:

1º—Tributar un voto de admiración y aplauso al GRUPO AMERICA; y

2º—Delegar al señor Julio Ponciano Mera, y señorita Raquel Verdesoto para que representen a esta Sociedad, de la que son miembros, en la Exposición del Libro que deberá efectuarse en Quito, y para que hagan la entrega del presente Acuerdo al GRUPO AMERICA.

Dado en los Salones de la "Casa de Montalvo", a 6 de Agosto de 1935.

El Presidente,
Víctor M. Garcés

El Secretario Ad-hoc
C. Rosales Monge

**APOYO DE MUNICIPIOS
E INSTITUCIONES CULTURALES AL CERTAMEN
DEL LIBRO**

Donaron condecoraciones:

Colegio Nacional Pedro Carbo, de Bahía de Caráquez.
Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre, de Ibarra.
Colegio Nacional Maldonado, de Riobamba.
Concejo Municipal, de Balzar.
Club Pichincha, de Quito.
Concejo Municipal de Cuenca.
Sociedad Bolivariana del Ecuador.
Universidad de Cuenca.
Instituto Normal Manuel J. Calle, de Cuenca.
Colegio Nacional Bolívar, de Tulcán.
Colegio Nacional Eugenio Espejo, de Babahoyo.
Colegio Nacional Vicente León, de Latacunga.
Concejo Municipal de Quito.
Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española.
Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, de Guayaquil.
Universidad de Guayaquil.
Concejo Municipal de Ambato.
Concejo Municipal de Guayaquil.
Universidad Central, Quito.
Colegio Nacional Bolívar, de Ambato.
Concejo Municipal de Urdaneta.
Colegio Nacional 9 de Octubre, de Machala.
Colegio Nacional Bernardo Valdivieso, de Loja.
Asociación de Empleados de Tungurahua, de Ambato.

**Formaron un fondo para
gastos y premios**

- Concejo Municipal de Alausí.
- Concejo Municipal de Yaguachi.
- Concejo Municipal de Tulcán.
- Concejo Municipal de Guano.
- Concejo Municipal de Gualaceo.
- Concejo Municipal de Guaranda.
- Concejo Municipal de Montúfar.
- Concejo Municipal de Azogues.
- Concejo Municipal de Pelileo.
- Concejo Municipal de Colta.
- Concejo Municipal de Cotacachi.
- Concejo Municipal de Chimbo.
- Concejo Municipal de Machala.
- Concejo Municipal de Paltas.
- Concejo Municipal de Santa Elena.
- Concejo Municipal de Daule.

PROGRAMA DESARROLLADO AL CELEBRAR-
SE LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO
HISPANOAMERICANO

ORGANIZADA POR EL GRUPO AMERICA Y PATROCINADA
POR EL GOBIERNO, MUNICIPIOS Y ENTIDADES CULTU-
RALES DE LA REPUBLICA, CON MOTIVO DE CELEBRARSE
EL DECIMO ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA
REVISTA "AMERICA"

I N V I T A C I O N

SEÑOR.....

Con el propósito de celebrar dignamente los diez años de existencia de la Revista AMERICA, que ha laborado por las letras nacionales, hemos podido, con el apoyo generoso del Gobierno, dar hoy cima a uno de nuestros ideales americanistas, desde muy antes concebido: el de organizar la PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO, cuya inauguración tendrá lugar, a las 11 a. m., en los salones de la Universidad Central, el día domingo once del presente.

Importantísimo certamen éste, que entraña una honda trascendencia para la cultura de nuestra América y en el que, por primera vez y de modo tan práctico, se han puesto a prueba la voluntad constructora del pensamiento continental y los sentimientos de cordialidad de la República Española.

Entusiasta y magnífica ha sido la contribución internacional para la Fiesta del Libro. Todas y cada una de las naciones hermanas, con España en primer término, están presentes en espíritu y en inteligencia en esta espléndida manifestación, en la que, como nunca, unos mismos sentimientos de confraternidad y de exaltación de las propias fuerzas intelectuales, han fundido en un concurso elocuente, el espíritu fraternal de América y de España.

Tenemos, pues, el honor de invitar a usted a la PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO, en la que podrá constatar el alma de la raza, vibrando en la más noble y alta de sus manifestaciones.

Quito, Agosto 11 de 1935.

Augusto Arias, Miguel Angel Albornoz, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Guillermo Bustamante, Benjamín Carrión, Isaac J. Barrera, José de la Cuadra, César Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Pio Jaramillo Alvarado, Nicolás Jiménez, Hugo Moncayo, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, Juan Pablo Muñoz Sanz, Alfredo Pérez Guerrero, Oscar Efrén Reyes, Humberto Salvador, Luis F. Torres.

El señor doctor don José de la Cuadra se halla investido con la representación intelectual de los ilustres Municipios de Guayaquil y Yaguachi, para la Exposición del Libro. Y el Sr. Dn. Julio P. Mera y Srta. Raquel Verdesoto, de La Casa de Montalvo y Asociación Amigos del Libro, de Ambato.

CERTAMEN INTERNACIONAL DEL LIBRO

Naciones concurrentes

ARGENTINA	GUATEMALA
BOLIVIA	HONDURAS
BRASIL	HAITI
COLOMBIA	MEXICO
COSTA RICA	NICARAGUA
CUBA	PANAMA
CHILE	PARAGUAY
ESPAÑA	PERU
ECUADOR	REP. DOMINICANA
EL SALVADOR	URUGUAY
VENEZUELA	

NOTA.—La Primera Exposición del Libro Hispanoamericano tendrá lugar en los salones de la Universidad Central, en los días 11 y siguientes, hasta el 17 inclusive, de 3 a 6 y de 8 a 10 p. m.

DOMINGO 11

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 11 a. m.

- 1.—Himno Nacional.
- 2.—Palabras del señor Presidente de la República, Dr. Dn. J. M. Velasco Ibarra, inaugurando la Exposición del Libro.
- 3.—Himno Hispanoamericano.
- 4.—Discurso del Sr. Dn. Augusto Arias, en representación del Grupo América.
- 5.—J. M. Rondón Sotillo: "Canto a la América Latina". Recitación: Srta. Clemencia Coloma Silva.
- 6.—Orquesta.

DOMINGO 11

Velada Literario Musical

TEATRO SUCRE

A las 9 p. m.

PRIMERA PARTE

- 1.—Himno Nacional.
- 2.—Ofrecimiento: Sr. Lcdo. Dn. Hugo Moncayo, Secretario General del Grupo América.
- 3.—Intermezzo. Orquesta.
- 4.—"Libro Hispanoamericano". Cuadro plástico, con la gentil cooperación de las distinguidas damas señoritas:

Laura Cevallos Gangotena	ARGENTINA
Piedad Velasco Jijón	BOLIVIA
Yolanda Navarro Cárdenas	BRASIL
Carmen Díaz Granados	COLOMBIA
Mary Holguin Chacón	COSTA RICA
Cecilia Larrea Borja	CUBA
Sara de la Paz	CHILE
Adela Eastman Lasso	ESPAÑA
Lola Aguirre Barba	ECUADOR
Matilde Donoso Dammer	EL SALVADOR

Maruja Arcos Lizarzaburo	GUATEMALA
Gladys Dillon Calisto	HONDURAS
Graciela Escudero Moscoso	MEXICO
Tomasita Diaz Granados	NICARAGUA
Maruja Jiménez Arrarve	PANAMA
Piedad Larrea Borja	PARAGUAY
Lupe Dávalos Pareja	PERU
Gloria Eastman Lasso	REP. DOMINICANA
Rebeca Pallares Guarderas	URUGUAY
Teresa Córdova Moscoso	VENEZUELA

- Sr. Dr. Dn. Remigio Romero y Cordero: "El Libro Hispanoamericano". Recitación: Sr. Dn. Luis Coloma Silva.
5.—Himno Hispanoamericano.

SEGUNDA PARTE

- 1.—Obertura.
- 2.—F. Mendelssohn: "Rondó caprichoso". Piano solo: Srta. Lucila Molestina.
- 3.—Liszt-Schipa: "Liebstraum" (Sueño de Amor).
Canto: Srta. Marieta Viteri. Piano: Prof. Sr. Dn. Victor Carrera.
- 4.—Orquesta.
- 5.—"Valse-Fantasia", motivo coreográfico: Srtas. Amada Santoro y Betty Terán.
- 6.—Saint-Saens: "Allegro Apassionato". Piano solo: Srta. Judith Jurado.
- 7.—a) Strauss: "Danubio Azul", valse.
b) De Paulos: "Inspiración", tango.
Orquesta típica de caballeros "Maribel": Piano, Srta. Lucila Molestina; violines, Sres. Humberto Jácome, Leonidas Ponce y Arturo Ontaneda; cello, Sr. Eduardo Pólit; flauta, Sr. José Molestina; bandoneón, Sr. Tnte. Jaime Chiriboga Ordóñez; jazz-band, Sr. Augusto de la Rada; serrucho, Sr. José Mateus, y guitarra, Sr. Raúl Molestina.
- 8.—Danza española (motivo regional). Srtas. Amada Santoro y Olga Monteverde.
- 9.—Gopak (danza rusa). Conjunto coreográfico: señoritas Amada Santoro, Colombia Evans, Olga Monteverde y Maruja Monteverde.

LUNES 12

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 8 y ½ p. m.

- 1.—Himno Hispanoamericano.
- 2.—Srta. María Luisa Calle: "El Libro y su gestión espiritual".
- 3.—Orquesta.
- 4.—Miguel Angel León: "Elegía de la Raza". Recitación:
Srta. Edelina Rivas.
- 5.—Orquesta.
- 6.—Ernesto Noboa y Caamaño: Poemas. Recitación:
Srta. Gloria Román.
- 7.—Orquesta.

MARTES 13

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 8 y ½ p. m.

- 1.—Himno Hispanoamericano.
- 2.—Ignacio Lasso: "Imagen, forma y color".
- 3.—Orquesta.
- 4.—Aurora Estrada y Ayala: "Los cauces eternos".
Recitación: Srta. Beatriz Carrera Andrade.
- 5.—Canto, Srta. Eugenia Mateus.
- 6.—Antonio Montalvo: "Canto al Mar de Colón". Recitación
Srta. María Burbano Bowen.
- 7.—Orquesta.

MIERCOLES 14

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 8 y ½ p. m.

- 1.—Himno Hispanoamericano.
- 2.—Juan Pablo Muñoz: "Música y americanismo".
- 3.—Orquesta.
- 4.—Augusto Arias: "Egloga en voz reciente". Recitación:
Srta. Alicia Valdez Baquero.
- 5.—Orquesta.

- 6.—Jorge Carrera Andrade: "Meseta". Recitación: Srta. Laura Jiménez.
- 7.—Orquesta.

JUEVES 15

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 8 y $\frac{1}{2}$ p. m.

- 1.—Himno Hispanoamericano.
- 2.—Atanasio Viteri: "El cuento ecuatoriano moderno".
- 3.—Orquesta.
- 4.—Srta. Lucila Molestina. Piano solo.
- 5.—Orquesta.

VIERNES 16

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 8 y $\frac{1}{2}$ p. m.

- 1.—Himno Hispanoamericano.
- 2.—Presentación de la Sra. Dña. Emilia Bernal por el Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz Sanz.
- 3.—Saludo al Ecuador y Conferencia sobre Gertudis Gómez de Avellaneda, por la poetisa Emilia Bernal.
- 4.—Orquesta.

SABADO 17

Salón Máximo de la Universidad Central

A las 8 y $\frac{1}{2}$ p. m.

- 1.—Himno Nacional.
- 2.—Discurso de clausura: Sr. Dn. Alfredo Martínez, en representación del Grupo "América".
- 3.—Himno Hispanoamericano.
- 4.—Gonzalo Escudero: "Hombre de América". Recitación de la Srta. Blanca Mora Bowen.

- 5.—Proclamación de los Premios del Concurso Nacional de Literatura.
- 6.—Condecoraciones y diplomas ofrecidos por el Gobierno, Municipios, entidades culturales y el Grupo América a los expositores premiados en el certamen del Libro Hispanoamericano.
- 7.—Orquesta "Maribel".

LA COSECHA**J. A. Osorio Lizarazo**

Edit. A. Zapata

Manizales—Colombia—1935

Como aquí, en el Ecuador, y en algunas naciones americanas, hay en Colombia, en la actualidad, un interesante florecimiento literario, trasantador de un ideal de arte revolucionario, que pugna por estructurar dentro del movimiento continental, la fisonomía de la nacionalidad colombiana, traducida estéticamente, extraída con un realismo que abrumba por lo que hay en él de descubrimiento de este mundo etnológico y geográfico que es América.

Y este fenómeno literario, —en el que actúan y al que emigran todas las inteligencias contemporáneas, por atracción ineludible, y por natural reacción contra el gregarismo extranjerizante que tanto desnaturalizó y falseó la personalidad de la cultura americana— facetado, múltiple de revelaciones, en el fondo, donde no brilla sino una misma luz orientadora, está en gran parte, sintonizado con las nuevas armonías que emergen del cósmico anhelo humano de todas las latitudes del mundo.

Nueva literatura ésta, ambivalente, paradójicamente, destructora y constructora, disociadora y unificadora, inspirada, ahora sí, en fuente propia, y, como reflejo de un imperativo artístico que echa raíces en las más trascendentales aspiraciones humanas, universalmente confirmadas, llena de crudeza y crueldad inauditas, reflejadora de los más grandes dolores y expoliaciones, subidas a un plano de verdad bio-sociológica y con el sólo encanto de su patetismo, huérfano de melosidad lírica, desposeído de hedonismo naturista, sin poesía, a no ser la épica que emana de este ciclo de dolor, de miseria, de tragedia en que viven las grandes masas humanas del mundo.

Y, tan marcado —no hiperbólico, es decir verdadero; tampoco original, porque nunca lo son las verdades cotidianas, vividas y confirmadas,— es el realismo de esta literatura nueva, a la que los ortodoxos del arcaísmo prodigan sus excomuniones, que no se creyera sino que ha nacido

en los escritores de América, un solo afán por presentar a ésta por su anverso, es decir, por su lado vulnerable, aquel en donde se destrozan, inevitablemente, los sueños fantásticos de la gente que en América mismo y fuera de ella creen, a pesar del manoseado dicho de Baroja, como en un paraíso pródigo de encanto. Sin embargo, su verdad humana, no la de las minorías privilegiadas, la otra, la de las grandes manadas expoliadas, a lo largo del continente, es una misma.

Esta novela de Osorio Lizarazo, *LA COSECHA*, sin el atuendo de una definición técnica, que el mismo autor se ha inhibido de estampar, es una novela de carácter social. No porque en ella, su espíritu beligerante alcance las proporciones de un desafío, no porque sus protagonistas sean los grandes grupos humanos esclavizados, ni porque haya en ella, deliberadamente expresa, la intención revolucionaria. Por sólo este significativo hecho: de encerrar en sus páginas toda una denuncia de valor universal, aunque circunscrita, como no puede ser de otro modo, a límites regionales, geográficos. Es la tragedia del hombre tropical, —que lo mismo vive el cubano, el ecuatoriano o el brasilero,— que se aísla en la selva exuberante, de espaldas a la civilización, porque ésta no le utiliza sino en cuanto sirve como elemento zoológico, donde sin más ley que sus instintos, vegeta, triunfa en el único sentido posible: arrancando el sustento diario, en lucha bravía, a la naturaleza, la que, al fin, reduciendo su significación humana a una negación absoluta, anulando su valor moral, destruyendo sus aspiraciones, su cuerpo, acaba por absorberlo en el encanto dantesco de sus entrañas demoníacas.

Verdad que viven grupos sociales, colocados al margen de las leyes y la convivencia humana es lo que hay en este libro doloroso, cuya amargura realística sopla como un huracán devastador de todo sueño metafísico de toda evasión, creador, al mismo tiempo, de un nuevo sentido humanístico, de una nueva emoción trascendentalizada por su vigorosa expresión de humanidad.

COLOMBIA S. A.

Antonio García.

Ed. Zapata—1934

Lo difícil en esta hora transitiva de la cultura americana, en la que el impulso revolucionario, débil e incipiente aún, no ha logrado su configuración frente a los viejos cánones del arte, lo difícil decimos, para los escritores nuevos, orientar el movimiento literario contemporáneo, hacia una misma finalidad beneficiosa y comunitaria. Hay en la irrupción de la nueva literatura de América, un vaho enárquico que traiciona grandemente su propia acción constructora. El sentido de lo nuevo, falso en su fondo mismo, salvo los casos de excepción, más bien si logra, siquiera

aparentemente, vitalizar las vanguardias de la reacción. Y, lo revolucionario, cuando verdaderamente existe, por un mal endémico nuestro —el hiperbolismo— asoma, también, falseado, es decir, fuera de la realidad. Y es porque no hay aun formada la conciencia revolucionaria. La ética de la revolución requiere: conocimiento objetivo y subjetivo de la realidad, afirmación del pensamiento y la actitud revolucionarios, y, orientación fija de la acción intelectual renovadora. Pues que, los modernos escritores de América, como bien lo anota el escritor soviético, Carlos Radek, quien sigue de cerca y afanosamente nuestro movimiento literario, quieren ser cada uno "un escritor libre de la revolución". Es decir, un escritor que interpreta a su regalado gusto la revolución, y que, por lo mismo, procede sin ninguna idea filosófico—estética—realística, directriz de su acción intelectual.

Antonio García nos da con su COLOMBIA S. A. — una colección de cuentos proletarios— la evidencia de haber aprehendido y poseer esta nueva conciencia revolucionaria. Pues, en su libro, en el que define claramente su posición ideológica, respaldada con su trabajo artístico, consigna una sesuda "interpretación económica del arte", esbozo de teoría estética en la que plantea y resuelve los complejos problemas que motivan la concepción y realización del arte nuevo; interpretación rica de sugerencias y afirmaciones, que, a más de revelar la posición marxista en el arte —que es serlo también en la política— puede hacer agradable claridad en las enmarañadas generalizaciones del arte actual, que en su maduración devendrá realmente proletario.

Escuetos relatos los del escritor colombiano. Pero esencialmente significativos para el propósito de arte clasista que persigue, ya que, al contemplar regionalmente su realización, puesto que "la realidad colombiana carece de unidad vertebrada", exalta sin mixtificación, tanto la verdad negativa de un elemento humano con todos los poderes de la dominación económica —que vale decir con todas las dominaciones— como la pobre realidad de las masas explotadas. Y es esta seca, fría manera de enfrentar dos situaciones opuestas —que se complementan, sin embargo, en la vida y en el arte— hasta destacarlas diferenciadas en la elaboración literaria, lo que da valor e imprime al libro de una nueva emoción descubridora de una única verdad que lo mismo atañe al arte como a la política revolucionarios: la constatación —en este caso la revelación estética— de hechos simples —aparentemente sin importancia por haberse hecho carne de la convivencia cotidiana— pero repletos de una capacidad explosiva, lo suficientemente grande para atacar las viejas barreras de todas las opresiones —las exóticas y propias— y abrir los derroteros a las nuevas conquistas humanas.

CANAL ZONE

D. Aguilera Malta

Ed. Ercilla—1935

Le ha tocado a un joven escritor de la vanguardia literaria ecuatoriana, Demetrio Aguilera Malta, hacer el descubrimiento artístico del Canal de Panamá. Y esto no prueba sino que, el escritor contemporáneo, cuando su conciencia artística está conformada fuertemente con los rumbos de la nueva estética, hallará siempre, y en cualquier lugar del mundo, materiales para la elaboración de su obra, ya que, —como afirma Gorki—, "la realidad da, cada vez, más materias en bruto para establecer generalizaciones artísticas", y, mejor cuando, como al tratarse de América, sus materias brutas, inexplotadas clamorosamente, al menos en el sentido positivo-actualista del arte, ofrecen a la literatura americana, opulentamente, motivos para crear la realidad.

Y esto es lo que ha hecho Aguilera Malta en su novela. Crear la realidad. Pero crearla con un sentido concreto, histórico del arte, hasta hacer de su realización literaria un documento vivo, reciamente incrustado en el cuerpo de la vida americana y en el de la nueva ideología estética, que extiende sus tentáculos poderosos para aprehender, cada vez con mejores resultados, un acervo de experiencias y verdades propias, que, apenas las fuerzas negativas de la civilización actual, logran esconder.

Tres fuerzas concatenadas, lógicas, de valor afirmativo estructuran el libro del escritor guayaquileño. La confrontación de un problema político-social-económico, que echa sus raíces en la vida panameña; la impugnación al sistema de las oligarquías gubernativas vinculadas al capitalismo nacional e imperialista; y, por último, la corriente de reivindicación social, sagazmente filtrada en las arterias de la novela, hasta identificarla totalmente con el pactismo beligerante. —aunque amorfo, inorgánico aún, como en toda la América— de una realidad partida en dos mitades antagónicas y hace tiempo ya en trance de lucha a muerte.

La construcción del Canal de Panamá, llevada a cabo por los norteamericanos, que atrajo a millares de gente de los cuatro puntos cardinales del mundo, incrustó, sumándole a su contingente autóctono, una porción humana de la raza negra a la demografía del istmo. Es el negro, pues, el que prestó mayor contingente en el trabajo de la obra fabulosa, el que se diezmó en ella, y el que, a pesar de todo, sobrevive en el medio de la unidad nacional panameña, el personaje humanizado —tipificado ahora en el arte, como lo está socialmente en la vida —de la explotación pseudo democrática-capitalista. Y es él mismo, el negro, unidad del organismo sociológico itsmeño, odiado, esclavizado, sometido a un amargo proceso de anulación integral, definitiva, sia embargo, el que

vive realmente en "Canal Zone" su vida humana en el fondo, es decir una vida que es arte en el frenesí sensualista y plástico de sus tamboritos y danzones; que es ansia de superación espiritual y nivelación social en su lucha por la conquista de los derechos humanos, que es dolor, trabajo, resignación, miseria y protesta ante la faz irónica y sarcástica del imperialismo criollo y el exótico.

Pero, al lado del negro —al frente, mejor, o quien sabe si a sus espaldas— están también, otros elementos humanos, el criollo y el yankee, también este último incrustado en la entraña de la tierra y la vida panameña, que complementan el cuadro de los valores sociales generadores de todos los conflictos económicos, políticos y sociales, espléndidamente resueltos por éstos —por medio de sus clásicos elementos: el sitio por hambre, la intervención y la exterminación— a su favor, en mengua de las frustradas esperanzas de una clase social puesta al margen de la justicia y derechos humanos.

Y todos, negros, criollos —blancos, en este caso, para la "castología" occidental. Nadie quiere ser indio en América!— viven, diferentemente, en la novela con un grafismo veraz. Por eso ella está dedicada "a los negros de Chorrillos y Calidonia. A los revolucionarios mestizos y blancos de Panamá. A los marinos autoicónicos de la Flota Americana", y porque, además, éstos son los protagonistas de hechos auténticos, que el autor, impasiblemente, ha sabido agrupar en su novela, vertebrándola así con una emoción de irradiaciones universales.

Demetrio Aguilera Malta ha dado a la nueva literatura americana, con "Canal Zone" una buena novela, que, seguramente, el mismo la ha vivido, la ha visto vivir; y, gracias a sus excelentes dotes de observación, de crítica, artísticas, ha sabido crearla, exaltando una realidad elocuente de hechos grávidos de capacidad revolucionaria, determinante de un conflicto económico-político-social, aprovechado en una obra literaria de interés continental.

PARALELOGRAMO

—Comedia en 6 cuadros—

Gonzalo Escudero

Quito—Ecuador

Se dijera que por dos caminos convergentes hacia un mismo clímax de integración cultural va el desarrollo de la literatura contemporánea. El uno que acoge y lleva la actividad marxista (a los lados quedan las derivaciones esporádicas de sus ismos derivados, negativos) y, el otro, que resume la riqueza de las experiencias científicas provechosamente utilizadas desde la pedagogía hasta el arte.

Hay, sin embargo, —la vemos flotando en el tropicalismo intelec-

tual de América— en las filas del extremismo irreductible, la negación de valor a las obras de contenido científico que no contengan o afronten la ciencia del filósofo del materialismo histórico,— que tan malos aplicadores tiene en la realidad americana. Cuando, mas bien, la inquietud intelectual universal se nutre, con gran voracidad, de las conquistas de la ciencia en sus ramos más importantes, etnología, biología, psicología, sexología, etc., para traducirlas en una nueva expresión artística, utilísima como medio de divulgación de conocimientos científicos y de superación intelectual.

La actual literatura ecuatoriana puede contar también con estas dos fuerzas integradoras de la expresión literaria universal. Y, una de sus últimas obras, no estrictamente científica, pero sí psicológica, representativa de una alta inquietud intelectual que penetra en los dominios de la filosofía, es esta original comedia de Gonzalo Escudero, "Paralelogramo", recién salida de la prensa.

Verdaderamente esta obra de Escudero desconcierta. Por su técnica, por su contenido y por su estructuración artística. La comedia está compuesta por seis cuadros cuyos distintos escenarios son: el jardín de una universidad; el patio de una cárcel; la galería de un hospital de alienados; la sala de una morgue; el compartimento de un vagón de ferrocarril, y, una oficina policial. Sus personajes, naturalmente, están identificados con el ambiente de cada cuadro, mimetizados en ellos. Son: —dos parejas sexuadas diferencialmente, innominadas, con distinción numérica— universitarios, delincuentes, alienados, cadáveres, fugitivos, que en el último cuadro, se funden en un sólo protagonista, quien guarda en sí la intrigante clave de toda la comedia.

Nos sorprende, pues, desde el primer cuadro, tanto la dramatización sin movimiento, casi estática, del diálogo, como el aura irreal, la textura deshumanizada de sus personajes. "Bancos de piedra y humanidad de piedra se acoplan en geometría de orden externo, condigno de un desorden interno". Porque, en verdad los personajes de "Paralelogramo" son unos entes metafísicos, evadidos de un personaje real, creados, subconscientemente, desplazados por él, que cambian de caracterización según cambia también el ambiente en que actúan, y cuya actividad, que es su preocupación intelectual, su razón de existir, rebotando en todas las cimas y simas de una filosofía humanamente amarga y estremecida por una emoción contradictoria, que exalta y niega paradójicamente —negándose y exaltándose a sí mismo— las fuerzas de la dialéctica, de la metafísica, de la dinámica orgánica del instinto, fluctúa entre los cuatro vértices de un paralelogramo abstracto, cósmico: ser y no ser, el espacio y el tiempo. Y, cualquiera sea su escenario, no parece sino que los tales personajes, en todos los estadios mentales, espirituales y supra-espirituales de sus diversas situaciones, humanizados o deshumanizados, con vida orgánica o con vida metafísica, no hicieran más que analizar con filosófica

sapiencia los principios afirmativos y negativos que rigen a la naturaleza, la vida y la muerte.

Diálogo vetado de diagonales dialécticas, paradójicas, sin las parábolas geométricas de los meteoros, pero con su luminosidad deslumbradora, cruza por los escenarios. "Alguien diría que tus únicas extremidades son tus libros", dice la Mujer 2. "Y, alguien respondería que tus únicos libros son tus extremidades", contesta el Hombre 1, en el jardín de la Universidad. "El mundo es una galera en la que todos somos galeotes. Quien ama. Quien asesina. Quien incendia y quien roba, encadenado está al amor, a la muerte, a la riqueza y al fuego. Nuestra prisión está en nosotros mismos", afirma el Hombre 3, en el patio de la cárcel. "Yo puedo negarte, —dice la enferma (Mujer 4)— porque estás en mí. Porque te veo. Porque te escucho. Porque te siento. Sólo se niega lo que existe. Negar lo inexistente es negar la negación. En la morgue, mientras suena lejanamente el "Bolero" de Ravel, conversación **post-mortem**, el cadáver del hombre 3, irrumpe: "Vivimos, vivimos y estamos muertos. "La vida nos ha servido para saber que estamos muertos", exclama la mujer cadáver 2. Y, más allá, el hombre cadáver 3: "Los muertos siempre están en la ruta de alguna estrella. Estrellas últimas del agua que bebí, sediento de un cuerpo dorado, como el ámbar. Los muertos siempre están en camino. En camino de ser vivos."

Es en el cuadro 6 y último de la comedia en donde vemos despejarse el misterio que envuelve a los otros precedentes. Allí, sus personajes nada tienen de irreales, y el escenario, real en su simplicidad decorativa, comunica a la acción dramática de un simplismo verazmente humano, pero trascendentalizado por la resolución de la incógnita que se despeja, y cuya síntesis está en la figura central del cuadro —el ajusticiado— intrigante protagonista, de cuyos labios recogemos estas frases exegéticas:

"Dos hombres y dos mujeres: toda la escala bárbara de la voluptuosidad, la tetralogía del deleite, el paralelogramo del placer, en viaje sin principio ni fin, en despliegue sin tiempo, ni distancia. Arriba: cielo que puede ser tierra. Abajo: tierra que puede ser cielo y, en todas partes, luz que ametralla a la sombra o sombra que acribilla a la luz. Y la mentira de vivir —para conservarnos mediocrementemente a nosotros mismos— de reproducirnos— para conservar mediocrementemente a la especie— con hambre que no se sacia y amor que no se aplaca. Y la angustia cósmica de nuestra pequeñez de insectos en la magna magnitud del espacio. Insectos sin élitros y con orgullo de creadores mínimos. Atrás: lo mismo. Después: lo mismo. Antes de ser: nada. Después de ser: nada. Entre dos negaciones no puede mediar una afirmación. Por ello, fuimos, somos y seremos una negación y todo lo que contribuya a acentuar nuestra soberanía negativa es obra infinita de esa realidad que nos hace morir, de ese cosmos que existe —con nosotros o sin nosotros— en su misma na-

turaliza, de la que apenas recogemos electrones de fuerza animal, para devolverlos en el proceso de la liquidación biológica que es apenas también, cambio de forma en la eternidad de su substancia."

Como puede colegirse, no es pues "Paralelogramo" una comedia extraída de la fácil temática teatralista, siendo dramática en el fondo. Ella aborda, en resumen, un motivo de alta especulación filosófica, que, de no haber intervenido en su éxito la habilidad maestra del autor, hubiérase vuelto árida, en su esencia y en su realización artística. Pero ambos escollos han sido salvados. Así, su tesis, planteada desde el primer momento y desarrollada a través de la obra, adquiere su culminación en el cuadro final, logrando llevar el interés, *in-crescendo*, hasta su clímax. Y, en cuanto a su estetización, ésta ha sido realizada, como ya lo dijimos, originalmente. Tanto que ha avivado, por contraste —es decir por creerla difícil— el deseo de ver su representación.

En fin, "Paralelogramo" es una obra de un alto valor literario que viene a confirmar las fuertes posibilidades intelectuales del autor de "Hélices de Huracán y de Sol".

NOTAS MARGINALES

CLARIDAD

Es una de las mejores y más importantes revistas americanas de la actualidad. Su director, don Antonio Zamora, uno también, de los hombres nuevos, y en la Argentina, representativo de la vanguardia revolucionaria. "Tribuna del pensamiento izquierdista", se denomina la revista rioplatense, y a fe que lo es, en el más honrado sentido del epigrafe, pues sus páginas repletas siempre de la savia nutricia de los nuevos ideales que agitan a la humanidad, reflejan los trascendentales problemas que derivados de las experiencias científicas se proyectan en la actividad humana, hoy más que nunca, vuelta la proa de su lucha a la conquista de sus justas aspiraciones. Con un sentido histórico, etnológico, concreto, realístico está sembrando "Claridad" su luz marxista en la conciencia de las nuevas generaciones americanas. Noble y serenamente erguida frente a los fantasmas endémicos y exóticos: —las oligarquías capitalistas criollas, los imperialismos extraños y los otros ismos-úlceras de esta civilización dividida antagónicamente— su lucha es un apostolado de beneficio continental, por la consciente orientación que en todos los ramos de su actividad —crítica, arte, letras, política— sabe imprimir de acuerdo con los generosos postulados de su ideología, probadamente de avanzada. "América" que sigue complacida y de cerca las actividades de su amiga y compañera argentina, cumple con su deber de reconocer el significado de "Claridad" para la nueva cultura del Continente y hace votos porque su autorizada voz siga repercutiendo en todos los ámbitos americanos, con la misma energía constructora de sus altos ideales, con los que todos los hombres nuevos de América están de acuerdo.

AMERICA Y EL CONCURSO NACIONAL DE LITERATURA

Muy pronto principiarán a ver la luz pública las obras premiadas en el Concurso Nacional de Literatura que promovió "América" con motivo de su décimo aniversario. Estas obras son las siguientes: "En las Calles", novela por Jorge Icaza; "Glosario de Amiel", ensayo, que me-

recieron los primeros premios, por Juan Pablo Muñoz Sanz; y, "El Agro Ecuatoriano", por César Carrera Andrade, y "Física y Metafísica para una Estética del Porvenir", por José Alfredo Llerena.

LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO Y LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Nos es grato consignar nuestro profundo agradecimiento al señor Ingeniero don Pedro Pinto Guzmán, Rector de la Universidad Central, a los doctores don Manuel García y don Cristóbal Salgado, Vice-Rector y Secretario de la misma, por el valioso apoyo que se sirvieron prestarnos para el éxito de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, realizada en los salones del Primer Plantel cultural de la República.

"AMERICA" Y LA SIMPATIA OFICIAL

Debido a la calurosa acogida que dispensó el Gobierno a la iniciativa de la Exposición del Libro Hispanoamericano, pudo realizarse ésta con tan magníficos resultados para la cultura del país. Al señor doctor don Antonio Pons, gran amigo nuestro, tocó dar brillante fin a la fiesta del Libro, concediendo las condecoraciones al Mérito a los más altos personajes del continente, que con su contribución bibliográfica, decidieron el éxito de dicha Exposición. Agradecemos, pues, al señor doctor Pons, su decidido apoyo prestado a las labores del Grupo y la revista "América". Y, con oportunidad de los últimos sucesos políticos —a los que "América" no puede pasar por desapercibida— felicitamos, como amigos y ecuatorianos al Magistrado que en horas de prueba para la vida nacional, supo, certestamente, dar un nuevo viraje a los destinos del país.

AGRADECIMIENTO

Han obligado, también, nuestra perenne gratitud, las instituciones culturales y escritores que, dentro y fuera de la República, colaboraron moral y materialmente para la realización de la primera Exposición del Libro Hispanoamericano. En verdad, sólo la unánime voluntad continental para nuestro proyecto hizo que éste se cristalizara en un hecho que ha probado prácticamente los sentimientos de cordialidad y comprensión intercontinental, aplaudido por el mundo de la cultura hispanoamericana. Al respecto, dejamos constancia de nuestro reconocimiento por el honroso Acuerdo del Congreso Nacional, dictado en favor nuestro y suscrito por el inteligente diputado doctor don Rafael Alvarado.

EL DOCTOR MANUEL MARIA SANCHEZ

Su muerte abrió hondos vacíos en el seno de su familia, de sus amigos y de la sociedad de esta Capital y en el de la cultura ecuatoriana, ya que el doctor don Manuel María Sánchez, hombre de valores múltiples por su talento y virtudes personales, vivió una vida de rara y fructífera actividad política y literaria. Su paso por los cargos públicos en los que le tocó actuar, ya en la docencia superior, en el Rectorado del Colegio Mejía, en los altos tribunales de Justicia, en el Ministerio de Educación, etc., dejó siempre los frutos más beneficiosos en favor de la colectividad. Literato y poeta de los más representativos de la cultura ecuatoriana, mereció la consagración nacional y continental. "América" que le contó dilectamente entre los suyos y que ha sentido el dolor de su muerte en carne propia, mantendrá vivo siempre en sus páginas el recuerdo del compañero ilustre y prestigioso literato ecuatoriano.

AGRADECIMIENTO

Cumplimos con el deber de consignar nuestro sincero agradecimiento a los distinguidos miembros que integraron los Jurados Calificadores del Concurso Nacional de Literatura promovido por esta revista, señores doctores Benjamín Carrión, Gonzalo Escudero y Pío Jaramillo Alvarado (novela); y, doctores Julio Endara, Angel Modesto Paredes, don Julio Moreno y don Jorge Escudero, (ensayo) por su inapreciable apoyo en la realización de dicho certamen.

REPRESENTANTES A LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO

En la persona de la distinguida poetisa y escritora doña Emilia Bernal, la Secretaria de Educación de Cuba envió su representación oficial a la primera Exposición del Libro Hispanoamericano. Asimismo, las ilustres Municipalidades de Guayaquil y Yaguachi, enviaron como su representante al doctor don José de la Cuadra; como también la "Sociedad Amigos del Libro" de Ambato, los suyos en las personas de don Julio P. Mera y la poetisa Raquel Verdesoto.

**LA BIBLIOTECA "AMERICA",
DE AUTORES
HISPANOAMERICANOS**

Como habíamos anunciado, la Biblioteca de autores hispanoamericanos, constituida con el acervo de obras enviadas a la primera Exposición del Libro, se inaugurará oficialmente a fines del presente mes. En tal ceremonia, se efectuará la entrega de los premios ofrecidos por los Municipios y centros culturales de la República, juntamente con los diplomas respectivos, a los concursantes más distinguidos de dicha Exposición.

DEMETRIO AGUILERA MALTA

Durante su brevísima estadía en esta Capital, nos fue muy grato departir con el inteligente escritor guayaquileño, autor de "Don Goyo" y "Canal Zone". Aguilera Malta tiene un vasto plan de trabajos literarios y algunas obras inéditas. Su próxima novela, como la anterior suya, saldrá de la Editorial chilena "La Ercilla", a fines de este mes.

"HUASIPUNGO"

Editada por la Editorial "Avance", de Buenos Aires, circula la segunda edición de esta novela de Jorge Icaza, que tan justamente ha llamado la atención de la crítica contemporánea de América.

"PARA MATAR EL GUSANO"

Es el título de la novela de don José Rafael Bustamante, que editada por la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la española, se halla ya en circulación.

"VIDA DE JUAN MONTALVO"

Muy pronto también saldrá a publicidad esta biografía del autor de los Siete Tratados, escrita por el distinguido historiógrafo ecuatoriano don Oscar Efrén Reyes.

SALUDO

Tenemos la complacencia de enviar el nuestro muy efusivo a don Carlos Zambrano, uno de los valores representativos del socialismo ecuatoriano, hoy al frente de la Secretaría de Educación, en cuyo portafolio, sus vastas posibilidades, hallarán propicio campo para desarrollar una obra de verdadera renovación educacional y cultural de amplios beneficios sociales.

LA UNION IBERO-AMERICANA

Es deber nuestro destacar, entre las instituciones culturales y científicas que contribuyeron con su entendimiento y espíritu de confraternidad hispanoamericano al éxito feliz de la Exposición del Libro, el nombre de la eminente Unión Ibero-Americana de Madrid. Pues, su activa gestión para que España se hallara tan magníficamente representada en el referido certamen, hizo que escritores y entidades de mayor significación e irradiación cultural de la península, nos enviaran, por su intermedio, sus valiosos aportes bibliográficos, los mismos que han sentado las bases para la formación de la biblioteca de autores hispanoamericanos. Al dejar constancia de nuestro reconocimiento por las eficientes labores desarrolladas en favor de la cohesión espiritual hispanoamericana, y el particular beneficio otorgado a la Exposición del Libro, por la institución madrileña, inscribimos, también, a continuación, los nombres de algunas entidades que acudieron generosamente, por su intermedio, a nuestra fiesta cultural: Academia de Ciencias Morales y Políticas, Academia de Bellas Artes de San Fernando, Universidad de Madrid, Academia de Ciencias Exactas, Física y Naturales, Sociedad Geográfica, Editorial Instituto Samper, Junta de Ampliación de Estudios.

CATALOGO DE LAS OBRAS ENVIADAS A LA EXPOSICION DEL LIBRO

En la inauguración de la Biblioteca América, de Autores Hispanoamericanos, que se realizará en los últimos días de Octubre, se publicará el Catálogo de las publicaciones enviadas a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano.

DOÑA EMILIA BERNAL

Con un recital ofrecido en el Salón Máximo de la Universidad Central, el mismo que mereció el aplauso de la selecta concurrencia que asistió a la ceremonia, se despidió del Ecuador la ilustre poetisa cubana que trajera la representación de la Secretaría de Educación de Cuba a la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, celebrada en esta Capital. Al despedir a la distinguida huésped, que tan gratos recuerdos deja, hacemos votos por su ventura personal y deseamos lleve a su patria indelebles impresiones de la nuestra, ligada a la suya por históricos lazos de amistad y de comprensión internacionales.

El Licenciado don César Carrera Andrade, hizo, en tal acto, la entrega del premio donado por el Colegio Nacional "Pedro Carbo" de Bahía de Caráquez, y del diploma que el Grupo América concedió a la señora Bernal.

LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

Dejamos también constancia de nuestro reconocimiento para el Director de la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, don Víctor Mideros, por su decidido apoyo prestado en la primera Exposición del Libro Hispanoamericano. Y, de modo especial, agradecemos el valioso donativo de los bustos de ecuatorianos eminentes, como: Montalvo, González Suárez, Olmedo, Cevallos, Espejo, Vázquez, Crespo Toral y Silva, trabajados por los alumnos de ese Establecimiento, señoritas Carmen Palacios, Judith Cabezas, Emma Delgado, y señores Bolívar Mena, Luis Moscoso, Gilberto Clavijo y Rigoberto Navas, Vicente Quesada, bajo la dirección del escultor don Luis Mideros, bustos que servirán para ornar los salones de la Biblioteca América, de autores hispanoamericanos.

I N D I C E

Números 59, 60 y 61

- Arciniega Rosa:** Búsqueda y aireo de América, pág. 23.
- Andrade Coello Alejandro:** El periodismo nacional, pág. 205.
- Albornoz Miguel Angel:** Maestro y amigo, pág. 266.
- Arias Augusto:** Discurso en la inauguración de la Exposición del Libro Hispanoamericano, pág. 309.
- América:** Hacia un americanismo verdadero, pág. 1.—Gestiones relacionadas con la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, pág. 126.—Notas marginales, págs. 132 y 366.—Bibliografía titular, pág. 134.—Primera Exposición del Libro Hispanoamericano. Discursos, veredictos, decretos y otros documentos relacionados con el Certamen del Libro: Comentario de la Prensa, pág. 306.—Veredicto del Concurso Nacional de Ensayo, pág. 336.—Veredicto del Concurso Nacional de Novela, pág. 338.—Veredicto sobre la Primera Exposición del Libro, pág. 340.—Acuerdo de la Cámara de Diputados, pág. 343.—Decreto N° 132, pág. 345.—Decreto N° 35, pág. 346.—Acuerdo de la Sociedad "Amigos del Libro", pág. 348.—Apoyo de los Municipios e Instituciones Culturales al Certamen del Libro, pág. 349.—Programa de la Exposición del Libro, pág. 351.
- Barrera Isaac J.:** Literatos ecuatorianos de la Colonia, pág. 79.
- Bustamante José Rafael:** La Filosofía, pág. 165.
- Bernal Emilia:** Poemas, pág. 290.—Saludo al Ecuador, pág. 330.

- Carrera Andrade Jorge: Color de la Habana, pág. 48.
Cárdenas de Bustamante Hipátia: Sueño de amor, pág. 264.
Cuadra José de la: Palo 'e Balsa, pág. 292.
- Escudero Gonzalo: Poemas, pág. 261.
- Guillén Alberto: Mi monumento a Atahualpa, pág. 31.
Garcés V. Gabriel: La política social, pág. 191.
- Jiménez Nicolás: Luis G. Urbina y José Santos Chocano, pág. 107.—
La Biografía en el Ecuador, pág. 152.
- Llerena José Alfredo: América, Continente de la palabra, pág. 282.
- Muñoz Juan Pablo: El americanismo, principio de hermandad de los
pueblos del Continente, pág. 4.
Moreno Julio E.: Democracia aparente y teocracia latente, pág. 34.—
El problema de nuestra política educacional, pág. 172.
Martínez Alfredo: Meteoros, pág. 96.—Discurso en la clausura de la Ex-
posición del Libro, pág. 332.
Montalvo Antonio: Mirador bibliográfico, págs. 112 y 358.—Diez años
de vida, pág. 137.
Moreno Mora Manuel: La crítica literaria en el Ecuador, pág. 239.
Moncayo Hugo: Discurso en la velada del Teatro Sucre, pág. 315.
- Romero y Cordero Remigio: A la Ciudad de los Reyes, pág. 17.— El
Libro Hispanoamericano, pág. 320.
Reyes Oscar Efrén: Dos instantes de la vida de Montalvo, pág. 269.
- Sánchez Luis Alberto: Esquema de la cultura Hispanoamericana, pág. 50.
- Terán Enrique: El libro inédito y la Ordenanza del Concejo Municipal
de Quito, pág. 99.
- Viteri Atanasio: El cuento ecuatoriano moderno, pág. 222.

“INDO—AMERICA”

LIBRERIA

DE

LEONARDO JENARO MUÑOZ

ESPECIALIDAD: COMPRA Y VENTA DE OBRAS DE
AUTORES NACIONALES

Se venden las siguientes obras de Autores Ecuatorianos:

- Jorge Carrera Andrade:** Rol de la manzana. Prólogo de Benjamín Jar-
nés. Poesías. Latitudes, (Crónicas y Viajes).
Gerardo Chiriboga: Minuto Muerto. Poesías.
Augusto Arias: El Cristal Indígena.
Izurieta Villena: Sinfonía de Ayer, (Poemas).
Elisa C. Mariño: Procelarias.
Nicolás Espinosa Cordero: Estudios Literarios y Bibliográficos.
Bibliografía Ecuatoriana.
Humberto Salvador: Esquema Sexual.
Sergio Núñez: Novelas del Páramo y de la Cordillera.
Dr. José Peralta: Monaquismo.
Dr. Angel Modesto Paredes: Teoría General del Derecho Internacional,
3 tomos.
J. Gonzalo Orellana: El Ecuador en Cien Años de Independencia. 2 toms.
Valverde Miguel: Anécdotas de mi Vida.
Capitán Julio H. Muñoz: Doctrina Fortificatoria.
Alejandro Ojeda: Etza o el Alma de la Raza Jivara.
Dr. Pío Jaramillo Alvarado: El Indio Ecuatoriano, 2a. edición.
Alejandro Andrade Coello: Motivos Nacionales. Tomo Segundo.
Del Quito Antiguo.
Quiteños Auténticos.
Nociones de Literatura General. Última edición.

OBRAS AGOTADAS Y DE VENTA EN ESTA LIBRERIA

- Boletín de Estudios Históricas Americanos. 4 tomos.— Boletín de la
Academia Nacional de Historia. 12 tomos. Toda la colección. 16
tomos.
I.—Libro Primero de los Cabildos de Quito. Dos tomos.—1534-1543.
II.—Libro Segundo. Dos tomos—1544-1551.

- III.—Oficio o Cartas al Cabildo de Quito por el Virrey de España o Virrey de "Indias".—1552-1568.
- IV.—Libro de Cabildos de la Ciudad de Quito—1575-1576.
- V.—Libro de los Cabildos de la Ciudad de Quito.—1575-1576. 7 Tomos. Colección Completa.
- Testamento de Dn. Sebastián de Benalcázar.
- Gaceta Municipal.—Número Extraordinario.—Agosto 1934, dedicado al Cuarto Centenario de la Fundación Española.
- Gaceta Municipal. Número Extraordinario. Mes de Diciembre, dedicado al Cuarto Centenario de la Fundación de Quito.
- Pedro Fermín Cevallos:** Resumen de Historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845. 6 tomos.
- Presbítero Juan de Velasco:** Historia del Reino de Quito. 3 tomos, empastado en un solo volumen.
- Revista de la Sociedad Jurídico Literaria:** Año de 1902, hasta el año de 1912. Primera Serie. Colección Completa.
- Sociedad Jurídico Literaria:** 1913 hasta el año de 1931, publicados 131 números.—Segunda Serie—Colección completa.
- Revista Forense:** Organo del Colegio de Abogados de Quito.—Año de 1913 a 1935.—117 números. Colección completa.
- Dr. Teodoro Wolf:** Mapa del Ecuador. La mejor Carta Geográfica. Geografía y Geología del Ecuador.
- Dr. Adolfo Benjamín Serrano:** Clave de Legislación Ecuatoriana.
- Dn. Pedro Moncayo:** El Ecuador de 1825 a 1875.
- Belisario Quevedo:** Compendio de Historia Patria.
- Dn. Cristóbal Gangotena y Jijón:** Al Margen de la Historia. Leyenda de Pícaros Frailes, etc.
- Remigio Romero y Cordero:** Condóricamente. Poemas. La Ronjería de las Carabelas. Poemas.
- José Rumazo González:** El Ecuador en la América Prehispánica. Obra premiada en concurso.

Me encargo de atender a toda clase de pedidos de Obras de Autores Nacionales, aunque se hallaren agotadas.

RECIBO A COMISION OBRAS DE AUTORES ECUATORIANOS E INDOAMERICANOS.

PARA AMERICA:

Solicito canjes de Obras de Autores Indoamericanos con Obras de Autores Ecuatorianos.

LOCAL: Venezuela N° 36.
Apartado de Correos N° 510.
QUITO—ECUADOR.